



MORGAN RICE

UN
SUEÑO
DE
MORTALES

LIBRO#15 EN EL ANILLO DE EL HECHICERO

UN SUEÑO DE MORTALES

(LIBRO#15 EN EL ANILLO DE EL HECHICERO)

MORGAN RICE

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

Algunas opiniones acerca de Morgan Rice

”EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros valientes e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico”.

-Books and Movie Reviews, Roberto Mattos

“Una entretenida fantasía épica”.

-Kirkus Reviews

“Los inicios de algo extraordinario están ahí”.

-San Francisco Book Review

“Lleno de acción... La obra de Rice es sólida y el argumento es intrigante”.

-Publishers Weekly

“Una animada fantasía...Es sólo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para adultos jóvenes”.

--Midwest Book Review

Libros de Morgan Rice

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

LA NOCHE DEL VALIENTE (Libro #6)

EL ANILLO DEL BRUJO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

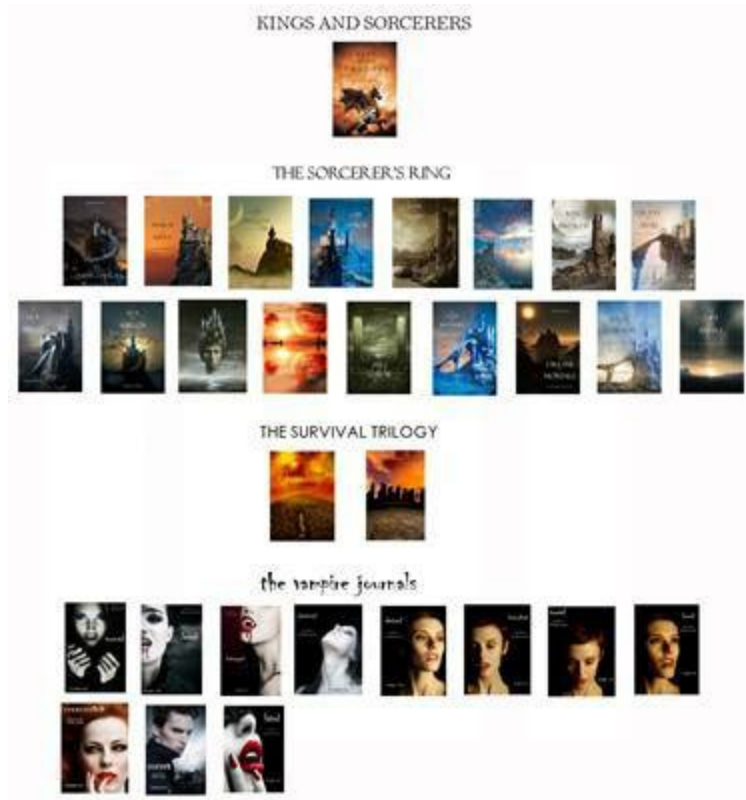
UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE LA SUPERVIVENCIA
ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro # 1)
ARENA DOS (Libro # 2)

LOS DIARIOS DEL VAMPIRO
TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)
AMORES (Libro # 2)
TRAICIONADA (Libro # 3)
DESTINADA (Libro # 4)
DESEADA (Libro # 5)
COMPROMETIDA (Libro # 6)
JURADA (Libro # 7)
ENCONTRADA (Libro # 8)
RESUCITADA (Libro # 9)
ANSIADA (Libro # 10)
CONDENADA (Libro # 11)
OBSESIONADA (Libro # 12)

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)





¡[Escuche](#) la saga de EL ANILLO DEL HECHICERO en formato de audio libro!

Ya está disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

Derechos Reservados © 2014 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada uno. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta escritora.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es totalmente una coincidencia.

Imagen de la cubierta Derechos reservados Isoga, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.



ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO UNO

Gwendolyn abrió lentamente los ojos, que tenían arena incrustada, usando todas sus fuerzas para ello. Solo podía abrirlos un poco y, con los ojos entreabiertos, divisó un mundo borroso, lleno de sol. En algún lugar allá arriba, los deslumbrantes soles del desierto brillaban, creando un mundo blanco que la cegaba. Gwen no sabía si estaba muerta o viva- sospechaba que era lo último.

Cegada por la luz, Gwen estaba demasiado débil para girar la cabeza hacia la izquierda o hacia la derecha. *¿Esto es estar muerto?*, se preguntaba.

De repente, una sombra le cubrió el rostro y ella parpadeó y vio una capucha negra encima de ella, ocultando el rostro, escondido en la oscuridad, de una pequeña criatura. Lo único que Gwen pudo ver fueron sus ojos amarillos, pequeños y brillantes, que la miraban fijamente como si fuera un objeto perdido en el desierto. Hacía un ruido chirriante y Gwen se dio cuenta de que hablaba un idioma que ella no entendía.

A continuación se oyeron unos pies que se arrastraban, seguidos de una nube de polvo, y aparecieron dos más de aquellas criaturas, con las caras cubiertas por capuchas negras y los ojos más brillantes que el sol. Parecía que se comunicaban entre ellas con un sonido chirriante. Gwen no sabía qué tipo de criaturas eran y se preguntaba otra vez si estaba viva o si todo aquello era un sueño. ¿Se trataba de otra de las alucinaciones que había sufrido por el calor del desierto?

Gwen sintió un golpecito en el hombro, volvió a abrir los ojos y vio a una de las criaturas tocándola y dándole golpecitos con un bastón, al parecer para comprobar si aún estaba viva. Gwen, molesta, deseaba levantar el brazo y apartarlo de un golpe, pero estaba demasiado débil incluso para esto. Sin embargo, agradeció la sensación; le hacía sentir que quizás, solo quizás, estaba viva después de todo.

Gwen sintió que, de golpe, unas garras largas y delgadas le rodeaban las muñecas y los brazos, la cogían y la levantaban en una especie de tela, una lona quizás. Sentía cómo la arrastraban por el suelo del desierto y se deslizaba de espaldas bajo el sol. No tenía ni idea de si la estaban arrastrando hacia su muerte, pero estaba demasiado débil para preocuparse. Al mirar hacia arriba

veía el mundo pasar, el cielo parecía rebotar, los soles abrasadores y brillantes como nunca. En su vida se había sentido tan débil y deshidratada; le daba la sensación de que respiraba fuego.

Gwen de repente sintió un líquido frío que corría por sus labios y vio a una de las criaturas inclinada sobre ella, que vertía agua de un saco. Necesitó toda su energía para sacar la lengua. El agua fría caía por su garganta y le parecía estar tragando fuego. No había imaginado que su garganta pudiera llegar a estar tan seca.

Gwen bebió con ansia, aliviada de que por lo menos aquellas criaturas eran amables. Sin embargo, la criatura retiró el saco tras unos segundos y dejó de verter agua.

“Más”, intentó susurrar Gwen, pero las palabras no le salían, su voz era todavía demasiado áspera.

Mientras la continuaban arrastrando, Gwendolyn intentaba reunir la energía para liberarse, para levantar el brazo y agarrar aquel saco y beberse toda el agua que había dentro. Pero no tenía energía ni para levantar un brazo.

A Gwen la arrastraban y arrastraban, sus piernas y sus pies golpeaban los bultos y las piedras que habían por debajo y parecía continuar para siempre. Después de un rato ya no podía decir cuánto tiempo había pasado. Parecían días. El único sonido que oía era el del viento del desierto arrasando.

Gwen sintió más agua fría en sus labios y esta vez bebió más, hasta que la apartaron. Abrió un poco más los ojos y, al ver que la criatura la retiraba, entendió que se la estaba suministrando lentamente como para no darle demasiada de golpe. Esta vez, el agua que caía por su garganta no parecía tan molesta y sintió cómo la hidratación corría por sus venas. Sintió lo desesperadamente que la necesitaba.

“Por favor”, dijo Gwen, “más”.

En su lugar, la criatura vertió agua sobre su cara y sus ojos y sintió el agua refrescante corriendo por su piel caliente. Se llevó parte del polvo de sus párpados y los pudo abrir un poco más – por lo menos lo suficiente para ver lo que estaba sucediendo.

A su alrededor vio más de aquellas criaturas, docenas de ellas, arrastrando los pies por el suelo del desierto, con sus túnicas y sus capuchas negras, hablando entre ellos con extraños ruidos chirriantes. Echó un vistazo y vio que

llevaban algunos cuerpos más y sintió un inmenso alivio al reconocer los cuerpos de Kendrick, Sandara, Aberthol, Brandt, Atme, Illepra, la bebé, Steffen, Arliss, algunos Plateados y Krohn – quizás una docena de ellos en total. Los arrastraban junto a ella y Gwen no podía decir si estaban vivos o muertos. Por la forma en que estaban tumbados, todos tan flácidos, solo podía imaginar que estaban muertos.

Su corazón le dio un vuelco y Gwen le pidió a Dios que no fuera así. Sin embargo, ella era pesimista. Después de todo, ¿quién podría haber sobrevivido allí? Todavía no estaba del todo segura de que *ella* hubiera sobrevivido.

Mientras la continuaban arrastrando, Gwen cerró los ojos y cuando los volvió a abrir se dio cuenta de que se había quedado dormida. No sabía cuánto tiempo más había pasado pero ahora ya era tarde, los dos soles estaban bajos en el cielo. Todavía la estaban arrastrando. Se preguntaba quiénes eran aquellas criaturas; imaginaba que eran algún tipo de nómadas del desierto, quizás alguna tribu que había conseguido sobrevivir allí. Se preguntaba cómo la habían encontrado, a dónde la llevaban. Por un lado, estaba muy contenta de que le hubieran salvado la vida; por el otro, ¿quién sabe si se la llevaban para matarla? ¿Cómo comida para la tribu?

Fuera como fuera, estaba demasiado débil y agotada para hacer algo al respecto.

Gwen abrió los ojos, no sabía cuánto tiempo más tarde, sobresaltada por un crujido. Al principio parecía un arbusto de espinas dando vueltas por el suelo del desierto. Pero mientras el sonido se volvía más fuerte, más incesante, supo que era otra cosa. Parecía una tormenta de arena. Una tormenta de arena intensa e incesante.

Cuando se aproximaron y los que la llevaban se giraron, Gwen echó un vistazo y eso le permitió tener una vista como nunca había tenido. Era una vista que le revolvió el estómago, especialmente al darse cuenta que se estaban acercando a ella: allí, quizás a unos quince metros, había un muro de arena arrasador, que se elevaba hasta el cielo, tan alto que no se podía ver si tenía un final. El viento soplaba violentamente a través de él, como un tornado contenido y la arena se arremolinaba violentamente en el aire, era tan grueso que no se podía ver a través de él.

Se dirigían directamente hacia el muro de arena embravecido, el ruido era tan fuerte que resultaba ensordecedor y ella se preguntaba por qué. Parecía que se estaban acercando a una muerte instantánea.

“¡Girad!” intentó decir Gwen.

Pero su voz era ronca, demasiado débil para que alguien la oyera, especialmente por encima del viento. Dudaba que la escucharan, incluso aunque la hubieran oído.

Gwen empezaba a notar que la arena le arañaba la piel mientras se acercaban al agitado muro de arena y, de repente, dos criaturas se acercaron a ella y cubrieron todo su cuerpo con una sábana larga y pesada, y le taparon la cara. Se dio cuenta de que la estaban protegiendo.

Un instante después, Gwen se encontró dentro de un muro violento de arena removida.

Cuando se adentraron en él, el ruido era tan fuerte, que Gwen sentía que iba a ensordecer y se preguntaba si era posible sobrevivir a ello. Gwen se dio cuenta enseguida de que aquella tela sobre ella la estaba salvando; protegía su cara y su piel de ser hechas trizas por el embravecido muro de arena. Los nómadas continuaban andando, con las cabezas agachadas contra el muro de arena, como si lo hubieran hecho muchas veces antes. Continuaban tirando de ella a través de él y, mientras la arena parecía enfurecerse a su alrededor, Gwen se preguntaba si aquello tendría un final.

Entonces, finalmente, llegó el silencio. Un silencio dulce, dulce como nunca antes había disfrutado. Dos nómadas le retiraron la tela y Gwen vio que habían pasado el muro de arena, que habían salido al otro lado. Pero, ¿al otro lado de qué? se preguntaba.

Finalmente, dejaron de arrastrarla y, al hacerlo, todas las preguntas de Gwen fueron respondidas. La dejaron en el suelo con delicadeza y ella se quedó allí tumbada, inmóvil, mirando hacia el cielo. Parpadeó varias veces, intentando comprender la visión que había ante ella.

Lentamente, la visión que tenía ante ella se hizo nítida. Vio un muro hecho de piedra increíblemente alto, que se elevaba cientos de metros hacia las nubes. El muro se alargaba en todas direcciones, desapareciendo en el horizonte. Arriba del todo de estos altísimos peñascos, Gwen vio murallas, fortificaciones y, encima de ellas, miles de caballeros que llevaban armaduras

que brillaban al sol.

Ella no podía entenderlo. ¿Cómo podían estar aquí? se preguntaba. ¿Caballeros, en medio del desierto? ¿Dónde la habían llevado?

Entonces, de repente, con un sobresalto lo supo. Su corazón palpitaba más rápido al darse cuenta de repente que lo habían encontrado, que habían llegado hasta aquí, atravesando todo el Gran Desierto.

Después de todo, existía.

El Segundo Anillo.

CAPÍTULO DOS

Angel sentía cómo se deplomaba en el aire mientras se tiraba de cabeza a las furiosas aguas del embravecido mar de allá abajo. Todavía veía el cuerpo de Thor sumergido bajo el agua, inconsciente, flácido, hundiéndose más con cada momento que pasaba. Sabía que él podía morir en unos instantes y, que si ella no hubiera saltado del barco cuando lo hizo, seguramente no tendría ninguna oportunidad de vivir.

Estaba decidida a salvarlo -incluso si ello significaba su vida, incluso si moría allá abajo con él. Realmente no podía comprenderlo, pero sentía una intensa conexión con Thor, incluso desde el momento que lo había visto por primera vez en la isla. Había sido el único que había conocido que no tenía miedo de su lepra, que le había dado un abrazo a pesar de ella, que la había mirado como una persona normal y que nunca la había evitado ni por un minuto. Sentía que estaba en gran deuda con él, sentía una intensa lealtad hacia él y sacrificaría su vida por él, costara lo que costara.

Angel sentía que las aguas congeladas le perforaban la piel mientras se sumergía. Sentía como si un millón de puñales le perforaran la piel. Estaba tan fría que se sobresaltó y aguantó la respiración al sumergirse más y más, abriendo los ojos en las turbias aguas en busca de Thorgrin. Apenas pudo divisarlo en la oscuridad, hundiéndose más y más, dio un gran puntapié, una y otra vez, alargó un brazo y, usando su impulso hacia abajo, le agarró la manga.

Pesaba más de lo que ella pensaba. Lo rodeó con ambos brazos, dio la vuelta y movió las piernas con furia, usando todas sus fuerzas para dejar de descender y ascender a cambio. Angel no era ni grande ni fuerte, pero al crecer había aprendido rápidamente que sus piernas tenían una fuerza que la parte superior de su cuerpo no tenía. Sus brazos eran débiles por la lepra pero sus piernas eran un don, más fuertes que las de un hombre y ahora las usaba, dando patadas con todas sus fuerzas, para nadar hacia arriba, hacia la superficie. Si alguna cosa había aprendido al crecer en una isla, era a nadar.

Angel se abrió camino impulsándose con los pies a través de las profundas aguas turbias, más y más arriba, hacia la superficie, mirando hacia arriba y viendo al sol reflejarse a través de las olas de allí arriba.

¡Venga! pensaba. ¡Solo unos metros más!

Agotada, incapaz de aguantar la respiración por más tiempo, tuvo la voluntad de impulsarse más fuerte con los pies y, con una patada final, salió disparada a la superficie.

Angel salió buscando el aire y trayendo a Thor con ella, con los brazos alrededor de él y usando las piernas para mantener a ambos a flote, dando más y más puntapiés, manteniendo la cabeza de él por encima de la superficie. Todavía le parecía inconsciente y ahora le preocupaba si se había ahogado.

“¡Thorgrin!” gritaba. “¡Despierta!”

Angel lo agarró por detrás, pasando los brazos con fuerza alrededor de su estómago y apretó bruscamente hacia ella, una y otra vez, como había visto hacer a uno de sus amigos leprosos cuando otro amigo se estaba ahogando. Ahora lo hacía ella, apretando su diafragma, sus pequeños brazos temblaban mientras lo hacía.

“Por favor, Thorgrin”, gritaba. “Por favor vive! ¡Vive por mí!”

Angel de repente oyó una gratificante tos, seguida de una expulsión de agua y se sintió feliz al darse cuenta de que Thor había vuelto. Echó todo el agua del mar, con un dolor en los pulmones, tosiendo una y otra vez. A Angel la inundaba el alivio.

Incluso mejor, Thor parecía haber recuperado la conciencia. Todo el sufrimiento parecía finalmente haberlo sacudido de su profundo sueño. Ella esperaba que, quizás, fuera incluso lo suficientemente fuerte para derrotar a aquellos hombres y ayudar a ambos a escapar hacia algún lugar.

Angel apenas había terminado este pensamiento cuando sintió, de repente, que una cuerda pesada iba a parar a su cabeza, descendiendo desde el cielo y envolviendo por completo a ella y a Thorgrin.

Miró hacia arriba y vio a los despiadados por encima de ellos en el borde del barco, mirando fijamente hacia abajo, agarrando el otro extremo de la cuerda y tirando de ella, subiéndolos como si fueran peces.

Angel luchaba, tirando de la cuerda, y esperaba que Thor lo hiciera también. Pero mientras tosía, todavía yacía allí flácido y ella vio claramente que todavía no tenía la fuerza para defenderse.

Angel sentía que lentamente los elevaban hacia el aire, más y más arriba, el agua goteaba por la red, mientras los piratas tiraban de ellos, acercándolos más, de vuelta al barco.

“¡NO!” exclamó ella, luchando, intentando liberarse.

Un despiadado sacó un largo garfio de hierro, enganchó la red y tiró de ellos con un movimiento errático hacia cubierta.

Se balancearon en el aire, cortaron las sogas y Angel sintió como caía e iba a parar de golpe a cubierta, cayendo desde unos tres metros y rodando al hacerlo. A Angel le dolían las costillas por el impacto y luchaba con la cuerda, intentando liberarse.

Pero fue inútil. En unos instantes varios piratas saltaron encima de ellos, inmovilizándolos a ella y a Thorgrin y tirando de ellos. Angel sintió que varias manos ásperas la agarraban y sintió que le ataban las manos a la espalda con una cuerda tosca que la arrastraba tirándole de los pies, chorreando. No podía incluso ni moverse.

Angel echó un vistazo, preocupada por Thorgrin y vio que él también estaba atado, todavía desorientado, más dormido que despierto. Los arrastraron a ambos por la cubierta, demasiado rápido, Angel tropezaba mientras andaban.

“Esto te enseñará a no escapar de nosotros”, dijo un pirata bruscamente.

Angel miró hacia arriba y vio una puerta de madera que se abría en la parte inferior de cubierta y miró fijamente hacia la oscuridad de las bodegas que había bajo cubierta. A continuación vio cómo los piratas la lanzaban a ella y a Thorgrin.

Angel sintió cómo se tambaleaba mientras caía volando de cabeza hacia la oscuridad. Se dio un golpe fuerte en la cabeza con el suelo de madera, cayendo de cara y después sintió que el peso del cuerpo de Thor iba a parar encima suyo y los dos daban vueltas en la oscuridad.

Desde arriba cerraron de golpe la puerta de madera de cubierta, tapando toda la luz y después la cerraron con una cadena pesada y ella estaba allí tumbada, respirando con dificultad en la oscuridad, preguntándose dónde la habían lanzado los piratas.

En el otro extremo de la bodega de repente entró la luz invadiendo el espacio y vio que los piratas habían abierto una escotilla de madera, cubierta por barras de hierro. Allá arriba aparecieron varias caras, que los miraban con desprecio, algunos de ellos escupían antes de irse. Antes de que cerraran de golpe también esta escotilla, Angel escuchó una voz en la oscuridad que la

tranquilizó.

“Todo está bien. No estás sola”.

Angel miró fijamente, sorprendida y aliviada al oír una voz y se sintió sorprendida y feliz al darse la vuelta y ver a todos sus amigos sentados allí en la oscuridad, todos con las manos atadas detrás de su espalda. Allí estaban Reece y Selese, Elden e Indra, O’Connor y Matus, todos ellos prisioneros pero vivos. Ella había estado segura de que habían muerto en el mar y el alivio la invadió.

Y, aún así, también la llenaba una premonición: si todos aquellos guerreros habían sido tomados como prisioneros, ¿qué posibilidad tenía cualquiera de ellos de salir de allí con vida?

CAPÍTULO TRES

Erec estaba sentado en la cubierta de madera de su barco, con la espalda contra un asta, las manos atadas a la espalda y miraba con consternación la visión que tenía ante él. Los barcos que quedaban de su flota se extendían ante él en las tranquilas aguas del océano, todos prisioneros en la noche, asediados por la flota de mil barcos del Imperio. Todos estaban anclados allí mismo, iluminados bajo las dos lunas llenas, sus barcos ondeaban las banderas de su tierra y los barcos del Imperio ondeaban las banderas negras y doradas del Imperio. Era una visión desalentadora. Se había entregado para evitarles a sus hombres una muerte segura- y aún así estaban a la merced del Imperio, prisioneros comunes sin salida.

Erec veía cómo los soldados del Imperio ocupaban cada uno de sus barcos, igual que el suyo propio, una docena de soldados del Imperio hacían guardia en cada barco, mirando fija y lánguidamente al océano. En las cubiertas de sus barcos Erec veía a un centenar de hombres en cada una, todos en fila, con las muñecas atadas a su espalda. En cada barco, ellos superaban en número a los guardas del Imperio, pero estaba claro que los guardas del Imperio no estaban preocupados. Con todos los hombres atados, no necesitaban que otros hombres los vigilaran, mucho menos una docena. Los hombres de Erec se habían entregado y estaba claro que, con su flota asediada, no podían ir a ningún lugar.

Mientras Erec observaba la visión que tenía ante él, la culpa lo atormentaba. Nunca antes en su vida se había entregado y tener que hacerlo ahora le dolía sin límites. Tenía que recordarse a él mismo que ahora era un comandante, no un simple soldado de a pie y tenía una responsabilidad sobre todos sus hombres. Tan superiores en número como habían sido, no podía permitir que los mataran a todos. Estaba claro que los habían llevado hasta una trampa, gracias a Krov, y luchar en aquel momento hubiera sido en vano. Su padre le había enseñado que la primera ley para ser comandante era saber cuando luchar y cuando bajar las armas y escoger luchar otro día, de otra manera. Él le había dicho que eran la bravuconería y el orgullo los que llevaban a la mayoría de los hombres a sus muertes. Era un consejo sensato, pero un consejo difícil de seguir.

“Yo hubiera luchado”, dijo una voz a su lado, sonando como la voz de su conciencia.

Erec echó un vistazo y vio a su hermano, Strom, atado a un poste a su lado, que parecía tan imperturbable y seguro como nunca, a pesar de las circunstancias.

Erec frunció el ceño.

“Tú hubieras luchado y todos nuestros hombres estarían muertos”, respondió Erec.

Strom encogió los hombros.

“Seremos derrotados de todas formas, hermano mío”, respondió él. “El Imperio solo tiene crueldad. Por lo menos, a mi manera, hubiéramos sido derrotados con gloria. Ahora estos hombres nos matarán, pero no será de pie-será por la espalda, con las espadas en nuestros cuellos”.

“O peor”, dijo uno de los comandantes de Erec, atado a un poste al lado de Strom, “nos tomarán como esclavos y nunca volveremos a vivir como hombres libres. ¿Para esto te seguimos?”

“No sabéis nada de esto”, dijo Erec. “Nadie sabe qué hará el Imperio. Por lo menos estamos vivos. Por lo menos tenemos una oportunidad. El otro camino nos hubiera garantizado la muerte”.

Strom miró a Erec con decepción.

“Nuestro padre no hubiera tomado esta decisión”.

Erec enrojeció.

“Tú no sabes lo que hubiera hecho nuestro padre”.

“¿Ah, no?” contestó Strom. “Viví con él, crecí con él en las Islas toda mi vida, mientras tú jugueteabas con el Anillo. Apenas lo conocías. Y te digo que nuestro padre hubiera luchado”.

Erec negó con la cabeza.

“Estas son palabras fáciles para un soldado”, le respondió. “Si fueras comandante, tus palabras serían diferentes. Sé lo suficiente sobre nuestro padre para saber que hubiera salvado a sus hombres, a cualquier precio. No era imprudente y no era impulsivo. Era orgulloso, pero no tenía orgullo en exceso. Nuestro padre *el soldado de a pie*, en su juventud, igual que tú, hubiera luchado; pero nuestro padre *el Rey* hubiera vivido y hubiera vivido para luchar otro día. Hay cosas que entenderás, Strom, cuando crezcas y te

conviertas en un hombre”.

Strom enrojeció.

“Yo soy más hombre que tú”.

Erec suspiró.

“No entiendes realmente qué significa la batalla”, dijo. “No hasta que pierdes. No hasta que ves a tus hombres morir delante de ti. Tú nunca has perdido. Tú has estado protegido en aquella Isla toda tu vida. Y esto ha formado tu arrogancia. Te quiero como a un hermano -pero no como a un comandante”.

Se quedaron en un tenso silencio, una especie de tregua, mientras Erec miraba la noche, miraba las interminables estrellas y estudiaba la situación. Verdaderamente amaba a su hermano, pero muy a menudo en la vida discutían por todo; no veían dos cosas del mismo modo. Erec se dio un tiempo para tranquilizarse, respiró profundamente y, a continuación, se dirigió finalmente a Strom.

“No pretendo que nos entreguemos”, añadió, más calmado. “Ni como prisioneros, ni como esclavos. Debes tener una visión más amplia: entregarse es a veces solo el primer paso hacia la batalla. No siempre te encuentras al enemigo con la espada desenfundada: a veces la mejor manera de combatirlo es con los brazos abiertos. Siempre puedes blandir la espada más tarde”.

Strom lo miró, perplejo.

“Y entonces, ¿cuándo tienes pensado sacarnos de aquí?” preguntó. “Hemos perdido nuestras armas. Estamos prisioneros, atados, incapaces de movernos. Estamos rodeados por una flota de mil barcos. No tenemos ninguna posibilidad”.

Erec negó con la cabeza.

“Tú no ves toda la imagen”, dijo él. “Ninguno de nuestros hombres está muerto. Todavía tenemos nuestros barcos. Puede que seamos prisioneros, pero veo pocos guardas en cada uno de nuestros barcos -lo que significa que los superamos enormemente en número. Lo único que hace falta es una chispa que encienda el fuego. Los podemos pillar por sorpresa -y podemos escapar”.

Strom negó con la cabeza.

“No podemos vencerles”, dijo. “Estamos atados, indefensos, así que los números no significan nada. Y aunque lo hiciéramos, nos destrozaría la flota

que nos rodea”.

Erec se dio la vuelta, ignorando su hermano, su pesimismo no le interesaba. En su lugar, echó un vistazo a Alistair, que estaba sentada a unos metros de él, atada a un poste a su otro lado. Su corazón se le rompía al observarla; estaba allí, prisionera, todo gracias a él. Por él, no le importaba estar prisionero -este era el precio de la guerra. Pero por ella, se le rompía el corazón. Daría lo que fuera por no verla así.

Erec se sentía muy en deuda con ella; después de todo, había vuelto a salvarles la vida, allá en la Espina del Dragón, contra aquel monstruo marino. Sabía que todavía estaba exhausta por el esfuerzo, sabía que era incapaz de reunir ninguna energía. Sin embargo, Erec sabía que ella era su única esperanza.

“Alistair”, exclamó de nuevo, como había hecho durante toda la noche, cada pocos minutos. Se inclinó hacia delante y rozó el pie de ella con su pie, golpeándolo suavemente. Daría cualquier cosa por deshacer sus ataduras, por poder ir hacia ella, por abrazarla, por liberarla. Estar a su lado y no poder hacer nada le hacía sentir muy indefenso.

“Alistair”, exclamó. “Por favor. Soy Erec. Despierta. Te lo suplico. Te necesito -te *necesitamos*”.

Erec esperaba, como había hecho toda la noche, perdiendo la esperanza. No sabía si jamás volvería a él después de su último esfuerzo.

“*Alistair*”, suplicaba, una y otra vez. “Por favor. Despierta por mí”.

Erec esperaba, observándola, pero ella no se movía. Estaba muy quieta, inconsciente, más hermosa que nunca a la luz de la luna. Erec deseaba que volviera a la vida.

Erec desvió la mirada, bajó la cabeza y cerró los ojos. Quizás todo estaba perdido, después de todo. Simplemente, no había nada más que pudiera hacer llegado este punto.

“Estoy aquí”, dijo una voz suave, sonando en la noche.

Erec miró hacia arriba esperanzado y, al darse la vuelta, vio que Alistair lo miraba fijamente y su corazón latió más rápido, abrumado por el amor y la alegría. Parecía agotada, sus ojos apenas estaban abiertos, mientras lo miraba soñolienta.

“Alistair, amor mío”, dijo inmediatamente. “Te necesito. Solo esta última

vez. No puedo hacerlo sin ti”.

Ella cerró los ojos durante un buen rato y después los abrió, solo un poco.

“¿Qué necesitas?” preguntó.

“Nuestras ataduras”, dijo. “Necesitamos que nos liberes. A todos”.

Alistair volvió a cerrar los ojos y transcurrió un buen rato, durante el cual Erec solo oía el viento acariciando el barco, las olas chocando suavemente contra el casco del barco. Un pesado silencio llenaba el aire y, a medida que pasaba más tiempo, Erec estaba seguro de que no los volvería a abrir.

Finalmente, Erec observó que volvía a abrir los ojos lentamente.

Con lo que parecía ser un esfuerzo monumental, Alistair abrió los ojos, levantó la barbilla y observó todos los barcos, estudiándolo todo. Él veía que sus ojos cambiaban de color, un azul claro brillante, que iluminaban la noche como dos antorchas.

De repente, la atadura de Alistair se rompió. Erec oyó su chasquido en la noche y vio como ella levantaba las dos manos ante ella. Una luz intensa salía brillando de ellas.

Un instante después, Erec sintió un calor detrás de su espalda, a lo largo de sus muñecas. Estaban completamente calientes, entonces, de repente, sus ataduras empezaron a soltarse. Tira a tira, Erec sentía que cada una de sus cuerdas se soltaba, hasta que finalmente pudo romperlas él mismo.

Erec levantó las muñecas y las examinó incrédulo. Era libre. Era verdaderamente libre.

Erec escuchó el crujido de cuerdas y, al echar un vistazo, vio que Strom se soltaba de sus ataduras. El chasquido continuaba por todo el barco y a lo largo de todos sus otros barcos y vio cómo se rompían las ataduras de sus otros hombres, vio cómo sus hombres se liberaban, uno a uno.

Todos miraron a Erec y él, haciendo un gesto con el dedo en los labios, les pidió que se quedaran en silencio. Erec vio que los guardas no se habían dado cuenta, todos estaban de espaldas a ellos, de pie ante la baranda, bromeando los unos con los otros y observando la noche. Evidentemente, ninguno de ellos estaba alerta.

Erec hizo una señal a Strom y a los demás para que lo siguieran y, en silencio, con Erec a la cabeza, todos se movieron lentamente hacia delante, en dirección a los guardas.

“¡Ahora!” ordenó Erec.

Echó a correr y todos ellos hicieron lo mismo, corriendo a toda velocidad a la una, hasta que llegaron a los guardas. Mientras se acercaban, algunos de los guardas, alertados por el crujido de la madera en cubierta, se giraron y empezaron a desenfundar sus espadas.

Pero Erec y los demás, todos ellos guerreros curtidos, todos desesperados por su única oportunidad de sobrevivir, se les adelantaron, moviéndose demasiado rápido en la noche. Strom se abalanzó sobre uno y le agarró la muñeca antes de que pudiera blandir la espada; Erec alcanzó el cinturón del hombre, sacó su puñal y le cortó el cuello mientras Strom le arrebatava la espada. A pesar de todas sus diferencias, los dos hermanos trabajaban con constancia juntos, como siempre habían hecho, luchando como uno.

Todos los hombres de Erec arrebataron las armas a los guardas, matándolos con sus propias espadas y puñales. Otros hombres simplemente derribaban a los soldados que se movían con demasiada lentitud, empujándolos por la baranda, mientras gritaban y mandándolos al mar.

Erec echó un vistazo a sus otros barcos y vio a sus hombres matando a los guardas a diestro y siniestro.

“¡Cortad las anclas!” ordenó Erec.

A lo largo y ancho de sus barcos sus hombres cortaban las cuerdas, guardándolas en su lugar, y pronto Erec notó la sensación conocida de su barco balanceándose bajo él. Finalmente, eran libres.

Los cuernos sonaron, se oyeron gritos y se encendieron antorchas a lo largo y ancho de los barcos mientras la más grande flota del Imperio finalmente se dio cuenta de lo que estaba pasando. Erec se dio la vuelta y observó el asedio de barcos que les obstruían el paso a mar abierto y supo que la batalla de su vida le estaba esperando.

Pero ya no le importaba. Sus hombres estaban vivos. Eran libres. Ahora tenían una oportunidad.

Y ahora, esta vez, los derrotarían luchando.

CAPÍTULO CUATRO

Darius sintió que la sangre le rociaba la cara y, al darse la vuelta, vio cómo una docena de sus hombres eran derribados por un soldado del Imperio montado en un inmenso caballo negro. El soldado blandía una espada más grande de lo que Darius jamás había visto y, en un corte limpio, les cortó la cabeza a doce de ellos.

Darius oyó gritos a su alrededor y giró en todas direcciones para ver a sus hombres derribados por todas partes. Era surrealista. Daban grandes golpes con sus espadas y sus hombres caían por docenas, después por centenas - después por miles.

Darius, de repente, se encontró en un pedestal y, tanto como la vista le alcanzaba, veía miles de cadáveres. Toda su gente, amontonados muertos en el interior de las paredes de Volusia. No quedaba nadie. Ni un solo hombre.

Darius soltó un gran grito de agonía, de desamparo, mientras sentía cómo los soldados del Imperio lo cogían por detrás y lo arrastraban, mientras él gritaba, hacia la oscuridad.

Darius se despertó de golpe, respirando con dificultad, revolcándose. Miró a su alrededor, intentando comprender qué estaba sucediendo, qué era real y qué era un sueño. Escuchó el traqueteo de cadenas y, cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, empezó a darse cuenta de dónde venía el ruido. Al mirar hacia abajo, vio que sus tobillos estaban encadenados con pesadas cadenas. Sentía daño y dolor por todo su cuerpo, el escozor de las heridas recientes y vio que su cuerpo estaba cubierto de heridas, y tenía sangre seca incrustada por todo el cuerpo. Cada movimiento dolía y sentía como si lo hubieran golpeado un millón de hombres. Tenía un ojo hinchado, prácticamente cerrado.

Poco a poco, Darius se dio la vuelta y echó un vistazo a su alrededor. Por un lado, se sentía aliviado de que todo hubiera sido un sueño -sin embargo, mientras lo asimilaba todo, recordaba lentamente y el dolor volvió. Había sido un sueño y, sin embargo, había habido mucha verdad en él. Recuerdos recurrentes de su batalla contra el Imperio dentro de las purertas de Volusia volvían a él. Recordaba la emboscada, cuando se cerraron las puertas, cuando los rodearon las tropas y cómo masacraron a todos sus hombres. La traición.

Luchaba por revivirlo todo y lo último que recordaba, después de matar a varios soldados del Imperio, era que recibió un golpe a un lado de su cara con la punta desafilada de un hacha.

Darius levantó el brazo y las cadenas traquetearon y palpó un enorme verdugón a un lado de su cabeza, que llegaba hasta el hinchazón de su ojo. Aquello no era un sueño. Aquello era real.

Mientras lo recordaba todo, a Darius le abrumaba la angustia, el remordimiento. Sus hombres, todas las personas a las que había querido, estaban muertos. Todo por su culpa.

Miraba frenéticamente a su alrededor en la débil luz, buscando alguna señal de alguno de sus hombres, alguna señal de supervivientes. Quizás muchos habían sobrevivido y, como él, habían sido tomados como prisioneros.

“¡Moveos!” se oyó una dura orden en la oscuridad.

Darius sintió que unas manos ásperas lo cogían por detrás de sus brazos y lo arrastraban hasta ponerlo de pie, después sintió cómo una bota le golpeaba en la columna.

Gimió de dolor mientras se tambaleaba hacia delante, con el traqueteo de cadenas, sintiendo cómo iba a parar volando a la espalda de un chico que había delante de él. El chico se giró hacia él y le dio un codazo a Darius en la cara, haciendo que tropezara hacia atrás.

“¡No me vuelvas a tocar!”, gruñó el chico.

El chico, que parecía desesperado, lo miró fijamente, estaba encadenado como él y Darius se dio cuenta de que estaba encadenado a una larga fila de chicos, en ambas direcciones, largos eslabones de hierro pesado que conectaban sus muñecas y sus tobillos, todos ellos se movían en manada por un sombrío túnel de piedra. Los capataces del Imperio les daban patadas y codazos continuamente.

Darius examinaba las caras lo mejor que podía, pero no reconocía a nadie.

“¡Darius!” susurró una voz con insistencia. “¡No te vuelvas a desmayar! ¡Te matarán!”

El corazón de Darius dio un brinco ante el sonido de aquella voz familiar y, al darse la vuelta, vio a algunos hombres tras él en la fila, Desmond, Raj, Kaz y Luzi, sus viejos amigos, los cuatro encadenados, con la misma apariencia de haber sido golpeados con crueldad que él debía tener. Todos lo

miraban aliviados, felices de ver que estaba vivo.

“Vuelve a hablar”, dijo un capataz furioso a Raj, “y te cortaré la lengua”.

Darius, aunque aliviado de ver a sus amigos, se preguntaba por los incontables otros que habían luchado y servido con él, que lo habían seguido hasta las calles de Volusia.

El capataz avanzó por la fila y, cuando estaba fuera de su vista, Darius se dio la vuelta y susurró.

“¿Qué pasó con los demás? ¿Sobrevivió alguien?”

Rogaba en silencio que sus centenares de hombres lo hubieran conseguido, que estuvieran esperando en algún lugar, quizás prisioneros.

“No”, la respuesta decisiva vino de detrás de ellos. “Nosotros somos los únicos. Todos los demás están muertos”.

Darius sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la barriga. Sentía que había defraudado a todo el mundo y, a su pesar, sintió cómo una lágrima corría por su mejilla.

Tenía ganas de llorar. Una parte de él quería morir. Apenas podía concebirlo: todos aquellos guerreros de todas aquellas aldeas esclavas... Había sido el comienzo de lo que iba a ser la mayor revolución de todos los tiempos, que cambiaría la faz del Imperio para siempre.

Y todo había terminado bruscamente con una matanza masiva.

Ahora cualquier posibilidad de libertad que hubieran tenido estaba destruida.

Mientras Darius caminaba, con la agonía de las heridas y los moratones, de las cadenas de hierro que se clavaban en su piel, miraba a su alrededor y empezaba a preguntarse dónde estaba. se preguntaba quiénes eran aquellos otros prisioneros y hacia dónde los llevaban a todos. Mientras los observaba, se dio cuenta de que todos eran más o menos de su edad y todos parecían estar extraordinariamente en forma. Como si todos ellos fueran guerreros.

Giraron una curva en el oscuro túnel de piedra y, de repente, se encontraron con la luz del sol, que se colaba por las barras de hierro de la celda de más adelante, al final del túnel. A Darius lo empujaron bruscamente, le golpearon con un garrote en las costillas, se precipitó hacia delante con los demás hasta que se abrieron las barras y, con una última patada, salió a la luz del sol.

Darius tropezó junto a los demás y cayeron en grupo sobre el barro. Darius escupió barro de su boca y levantó las manos para protegerse de la fuerte luz del sol. Algunos fueron a parar encima de él rodando, todos ellos enredados con las cadenas.

“¡De pie!” gritó un capataz.

Iban caminando de chico en chico, golpeándolos con los garrotes, hasta que al final Darius consiguió ponerse de pie junto a los demás. Tropezaba mientras los otros chicos, que estaban encadenados a él, intentaban recuperar el equilibrio.

Estaban de pie de cara al centro de un patio de barro circular, quizás de unos quince metros de diámetro, rodeado de altos muros de piedra, con las barras de las celdas alrededor de sus aberturas. De cara a ellos, en el centro, con el ceño fruncido, estaba un capataz del Imperio, claramente su comandante. Tenía un aspecto amenazante, era más alto que los demás, con sus cuernos y su piel amarillos y sus brillantes ojos rojos, sin camiseta, con los músculos protuberantes. Llevaba armadura en las piernas, botas, piel con tachones alrededor de las muñecas. Llevaba el rango de un oficial del Imperio y andaba arriba y abajo, examinándolos a todos con desaprobación.

“Me llamo Morg”, dijo, con una voz oscura, que resonaba con autoridad. “Os dirigiréis a mí como señor. Soy vuestro nuevo carcelero. Ahora soy toda vuestra vida”.

Mientras caminaba de un lado a otro, su respiración parecía más bien un gruñido.

“Bienvenidos a vuestro nuevo hogar”, continuó. “Vuestro hogar provisional, de hecho. Pues antes de que la luna esté arriba, todos vosotros estaréis muertos. De hecho, yo tendré el gran placer de veros morir a todos”.

Sonrió.

“Pero mientras estéis aquí”, añadió, “viviréis. Viviréis para complacerme. Viviréis para complacer a los demás. Viviréis para complacer al Imperio. Ahora sois nuestros objetos de entretenimiento. Nuestros objetos para el espectáculo. Nuestro entretenimiento significa vuestra muerte. Y lo llevaréis a cabo bien”.

Hizo una sonrisa cruel y mientras continuaba paseando, los examinaba. En la distancia se oyó un gran grito proveniente de algún lugar y todo el suelo

tembló a los pies de Darius. Sonaba como el grito de cien mil ciudadanos sedientos de sangre.

“¿Oís aquel grito?” preguntó. “Es el grito de la muerte. Una sed de muerte. Allí, tras aquellos muros, se encuentra el gran circo. En aquel circo, lucharéis con otros, lucharéis entre vosotros, hasta que no quede ninguno de vosotros”.

Suspiró.

“Habrá tres rondas de batalla”, añadió. “En la última ronda, si alguno de vosotros sobrevive, se os regalará la libertad, se os regalará la oportunidad de luchar en el mayor de los circos. Pero no tengáis muchas esperanzas: nadie ha sobrevivido jamás hasta ahora.

“No moriréis rápidamente”, añadió. “Estoy aquí para asegurarme de ello. Quiero que muráis lentamente. Quiero que seáis grandes objetos de entretenimiento. Aprenderéis a luchar, y aprenderéis bien, para alargar nuestro placer. Porque ya no sois hombres. No sois esclavos. Sois menos que esclavos: ahora sois gladiadores. Bienvenidos a vuestro nuevo, y último, papel. No durará mucho”.

CAPÍTULO CINCO

Volusia caminaba a través del desierto, con sus cientos de miles de hombres detrás de ellas, el ruido de sus botas al caminar llenaba el cielo. Era un sonido dulce para sus oídos, un sonido de progreso, de victoria. Al echar un vistazo mientras caminaba, le satisfacía ver los cadáveres en fila en el horizonte, por todas partes en las arenas duras y secas en la silueta de la capital del Imperio. Miles de ellos, esparcidos, completamente inmóviles, tumbados de espaldas y mirando hacia el cielo con agonía, como si hubieran sido arrasados por un maremoto.

Volusia sabía que no había sido un maremoto. Habían sido sus hechiceros, los Voks. Habían lanzado un maleficio muy poderoso y habían matado a todos aquellos que ellos pensaban que podían tenderle una emboscada y matarla.

Volusia sonreía con aires de superioridad mientras caminaba, viendo su obra, deleitándose por este día de victoria, por haber sido más lista, una vez más, que aquellos que querían matarla. Todos ellos eran líderes del Imperio, todos grandes hombres, todos hombres que nunca antes habían sido derrotados y lo único que se interponía entre ella y la capital. Ahora allí estaban, todos aquellos líderes del Imperio, todos los hombres que habían osado desafiar a Volusia, todos los hombres que habían pensado que eran más listos que ella - todos ellos muertos.

Volusia caminaba entre ellos, a veces esquivaba los cuerpos, a veces pasaba por encima de ellos y a veces, cuando le apetecía, los pisaba directamente. Le producía una gran satisfacción sentir la carne del enemigo bajo sus botas. Le hacía sentir de nuevo como una niña.

Volusia miró hacia arriba y vio la capital allí delante, su enorme cúpula de oro brillaba claramente en la distancia, vio los enormes muros que la rodeaban, de unos treinta metros de altura, se fijó en su entrada, enmarcada por elevadas puertas arqueadas de oro y sintió cómo la emoción de su destino se desplegaba ante ella. Ahora, nada se interponía entre ella y su sede de poder final. Ningún político, líder o comandante se podía cruzar en su camino reclamando gobernar el Imperio aparte de ella. La larga caminata, tomar una ciudad tras otra durante todas estas lunas, reunir a su ejército de ciudad en ciudad –finalmente, todo era para llegar a esto. Justo más allá de aquellos

muros, justo más allá de aquellas puertas de oro brillantes, estaba su última conquista. Pronto, estaría dentro, asumiría el trono de poder y, cuando lo hiciera, no habría nadie ni nada que la detuviera. Tomaría el control de todos los ejércitos del Imperio, de todas sus provincias y todas sus regiones, los cuatro cuernos y las dos puntas y, finalmente, hasta la última criatura del Imperio la tendría que declarar a ella –una humana– su comandante suprema.

Incluso más, tendrían que llamarla *Diosa*.

Pensar en ello la hacía sonreír. Levantaría estatuas de ella misma en cada ciudad, delante de cada centro de poder; pondría su nombre a festividades, haría que la gente se saludara con su nombre y el Imperio pronto no conocería otro nombre que no fuera el suyo.

Vólusia caminaba al frente de su ejército bajo los soles de la mañana, examinando aquellas puertas de oro y siendo consciente de que este sería uno de los más grandes momentos de su vida. Dirigiendo a sus hombres se sentía invencible – especialmente ahora que todos los traidores de dentro de sus rangos estaban muertos. Que estúpidos que habían sido, pensaba ella, al creer que era tan ingenua, al creer que caería en su trampa; solo porque era joven. Precisamente por su avanzada edad –hasta ahora había podido con ellos. Solo habían conseguido una muerte temprana por subestimar su sabiduría –una sabiduría incluso más grande que la suya.

Y aún así, mientras Vólusia caminaba, mientras examinaba los cuerpos del Imperio en el desierto, empezó a sentir un creciente sentimiento de preocupación. Se dio cuenta de que no había tantos cuerpos como debía haber. Había quizás unos cuantos miles de cuerpos, pero no los centenares de miles que ella esperaba, no el cuerpo principal del ejército del Imperio. ¿Aquellos líderes no le habían traído a todos sus hombres? Y si no, ¿dónde podían estar?

Empezaba a hacerse preguntas: con sus líderes muertos, ¿todavía se defendería el Imperio?

Mientras Vólusia se acercaba a las puertas de la capital, hizo una señal a Vokin para que diera un paso al frente y a su ejército para que se detuviera.

A una, todos se detuvieron tras ella y, finalmente, reinó la quietud en la mañana del desierto, nada a parte del sonido del viento pasando por allí, el polvo levantándose en el aire y un arbusto de espinas dando vueltas. Vólusia examinó las enormes puertas cerradas, el oro tallado en floridos adornos,

signos y símbolos, que narraban historias de las antiguas batallas de las tierras del Imperio. Aquellas puertas eran famosas a lo largo del Imperio, se decía que habían tardado cien años en tallarlas y que tenían más de tres metros de grosor. Era un signo de fuerza que representaba a todas las tierras del Imperio.

Volusia, apenas a unos quince metros de distancia, nunca antes había estado tan cerca de la entrada a la capital y estaba impresionada con ellas –y con lo que representaban. No solo era un símbolo de fuerza y estabilidad, también era una obra maestra, una antigua obra de arte. Ansiaba tocar aquellas puertas de oro, pasar sus manos por las imágenes talladas.

Pero sabía que ahora no era el momento. Las examinó y un presentimiento empezó a crecer en su interior. Algo iba mal. No estaban vigiladas. Y todo estaba demasiado tranquilo.

Volusia miró hacia arriba y, en lo alto de los muros, guarneciendo los parapetos, vio cómo miles de soldados del Imperio aparecían ante su vista lentamente, en fila, mirando hacia abajo, a punto de disparar arcos y lanzas.

En medio, mirando hacia abajo, había un general del Imperio.

“Sois estúpidos al acercaros tanto”, dijo gritando, su voz resonando. “Estáis al alcance de nuestros arcos y nuestras lanzas. Puedo mataros en un instante con tan solo mover un dedo”.

“Pero seré misericordioso”, añadió. “Decid a vuestros ejércitos que bajen las armas y os dejaré vivir”.

Volusia miró al general, no podía ver su cara contra la luz del sol, este comandante solitario que se había quedado solo para defender la capital, y miró a sus hombres, que estaban a lo largo de las murallas, todos con los ojos fijos en ella, y los arcos en la mano. Sabía que hablaba en serio.

“Os daré una oportunidad para que bajéis vuestras armas”, respondió, “antes de que mate a todos tus hombres y convierta esta capital en escombros”.

Él rió con disimulo y ella vio cómo él y todos sus hombres bajaban sus viseras, preparándose para la batalla.

Rápido como un rayo, Volusia de repente oyó el sonido de un millar de flechas y un millar de lanzas lanzadas y, al mirar hacia arriba, vio que el cielo ennegrecía, lleno de armas, que apuntaban todas hacia ella.

Volusia estaba allí, como clavada al suelo, sin miedo, sin tan solo encogerse. Sabía que ninguna de estas armas podía hacerle daño. Después de

todo, era una diosa.

A su lado, el Vok levantó una de sus largas y verdes manos y, al hacerlo, una esfera verde salió de ella y flotó en el aire delante de ella, proyectando un escudo de luz verde a pocos metros por encima de la cabeza de Volusia. Un instante después, las flechas y las lanzas rebotaron sin causar ningún daño y fueron a parar al suelo, en un montón enorme, a su lado.

Volusia observó con satisfacción el montón, cada vez más grande, de lanzas y flechas y, al mirar de nuevo hacia arriba, vio las caras atónitas de todos los soldados del Imperio.

“¡Os daré una nueva oportunidad para bajar vuestras armas!” exclamó.

El comandante del Imperio tenía el semblante serio, estaba claramente frustrado y sopesando sus opciones, pero sin moverse. En su lugar, hizo señas a sus hombres y ella vio cómo preparaban otra descarga.

Volusia hizo una señal con la cabeza a Vokin y este hizo un gesto a sus hombres. Docenas de Voks dieron un paso adelante, se pusieron todos en fila y levantaron las manos, apuntando con ellas, por encima de sus cabezas. Un instante después, docenas de esferas verdes llenaban el cielo, en dirección a las murallas de la capital.

Volusia observaba con gran expectación, esperando a ver cómo las murallas se desmoronaban, esperando ver a todos los hombres aplastados a sus pies, esperando a que la capital fuera suya. Ya estaba ansiosa por sentarse en el trono.

Pero, para su sorpresa y consternación, Volusia observó cómo las esferas de luz verde rebotaban, inofensivas, en las murallas de la capital, para después desaparecer en brillantes destellos de luz. No podía comprenderlo: eran inefectivas.

Volusia miró a Vokin, el cual parecía también desconcertado.

Allá arriba, el comandante del Imperio, reía mientras miraba hacia abajo.

“Usted no es la única que posee brujería”, dijo. “Las paredes de esta capital no pueden derribarse con la magia, han superado el paso de miles de años, han mantenido a raya a los bárbaros, ejércitos enteros más grandes que el suyo. No existe magia que pueda derribarlas –solo las manos humanas”.

Él hizo una maliciosa y amplia sonrisa.

“Ya ve”, añadió, “ha cometido el mismo error que tantos otros que

pretendieron conquistarla antes que usted. Ha confiado en la brujería para acercarse a esta capital y ahora pagará el precio”.

Los cuernos sonaban arriba y abajo de los parapetos y, cuando Volusia echó un vistazo, se sorprendió al ver un ejército de soldados que dibujaba el horizonte. La línea del horizonte estaba llena de cientos de miles de ellos, un gran ejército, más grande incluso que los hombres que tenía tras ella. Estaba claro que habían estado esperando la orden del comandante del Imperio más allá de las murallas, al otro lado de la capital, en el desierto. No había topado con una batalla más, esta sería una guerra en toda regla.

Sonó otro cuerno y, de repente, las enormes puertas de oro que tenía ante ella empezaron a abrirse. Se abrían más y más y, mientras lo hacían, se oyó un gran grito de guerra, mientras salían más miles de soldados del Imperio, dirigiéndose directamente a ellos.

A la vez, los centenares de miles de soldados que estaban en el horizonte se dirigían también hacia ellos, dividiendo sus fuerzas alrededor de la ciudad del Imperio y atacándolos por ambos lados.

Volusia, que se mantenía en su sitio, levantó un puño en alto y lo bajó después.

Tras ella, su ejército soltó un gran grito de guerra mientras corrían a toda prisa para encontrarse con los hombres del Imperio.

Volusia sabía que esta era la batalla que decidiría el destino de la capital – el mismo destino del Imperio. Sus hechiceros le habían fallado pero sus soldados no lo harían. Al fin y al cabo, ella podía ser más despiadada que cualquier hombre y, para ello, no necesitaba de la brujería.

Veía cómo los hombres se dirigían hacia ella y no se movió, deleitándose ante la oportunidad de matar o ser asesinada.

CAPÍTULO SEIS

Gwendolyn abrió los ojos al sentir una sacudida y un golpe en la cabeza y miró a su alrededor, desorientada. Vio que estaba tumbada de costado encima de una plataforma dura de madera y el mundo se movía a su alrededor. Entonces oyó un quejido y sintió algo húmedo en la mejilla. Echó un vistazo y vio a Krohn, acurrucado a su lado, lamiéndola, y su corazón dio un salto de alegría. Krohn tenía un aspecto enfermizo, famélico, agotado, sin embargo, estaba vivo. Esto era lo único que importaba. Él también había sobrevivido.

Gwen se lamió los labios y se dio cuenta de que no estaban tan secos como antes; se sentía aliviada incluso de podérselos lamer, ya que antes su lengua había estado muy hinchada, incluso para moverse. Sintió cómo un chorrito de agua entraba en su boca y, al mirar por el rabillo del ojo, vio a uno de aquellos nómadas del desierto de pie a su lado, sujetando un saco por encima de ella. Ella lo lamía ávidamente, una y otra vez, hasta que él lo retiró.

Cuando él retiró la mano, Gwen alargó el brazo y le cogió la muñeca y la llevó hacia Krohn. Al principio el nómada parecía atónito, pero después entendió lo que pasaba y vertió agua en la boca de Krohn. Gwen se sintió aliviada al observar a Krohn dando lengüetazos al agua, bebiendo mientras estaba tumbado a su lado, jadeando.

Gwen sintió otra sacudida, otro golpe al temblar la plataforma y echó un vistazo al mundo, girada de lado y, a parte del cielo y las nubes que pasaban, no vio nada ante ella. Sentía que su cuerpo se elevaba, más y más arriba, hacia el aire, con cada una de las sacudidas y no comprendía qué estaba sucediendo, dónde se encontraba. No tenía fuerzas para incorporarse, pero podía estirar el cuello lo suficiente para ver que estaba tumbada en una amplia plataforma de madera, que unas cuerdas situadas en cada punta de la misma levantaban. Alguien tiraba de las cuerdas, que chirriaban por el desgaste, desde arriba y, con cada tirón, la plataforma se elevaba un poco más. La levantaban a lo largo de unos interminables y empinados acantilados, los mismos acantilados que había reconocido antes de desmayarse. Los acantilados coronados por parapetos y caballeros relucientes.

Al recordarlo, Gwen se dio la vuelta y estiró el cuello y, al mirar hacia abajo, inmediatamente se sintió mareada. Estaban a más de cien metros del

suelo del desierto y seguían subiendo.

Se giró y miró hacia arriba y, a unos treinta metros por encima de ellos, vio los parapetos, el sol dificultaba su visión y los caballeros, que miraban hacia abajo, estaban cada vez más cerca con cada tirón de las cuerdas.

Gwen se dio la vuelta de inmediato y examinó la plataforma y la inundó el alivio al ver que toda su gente estaban todavía con ella: Kendrick, Sandara, Steffen, Arliss, Aberthol, Illepra, la bebé Krea, Stara, Brandt, Atme y varios de los Plateados. Todos estaban tumbados en la plataforma, todos atendidos por los nómadas, que vertían agua en sus bocas y sobre sus caras. Gwen sentía una enorme gratitud hacia aquellas extrañas criaturas nómadas que les habían salvado la vida.

Gwen volvió a cerrar los ojos, recostó la cabeza sobre la dura madera, mientras Krohn se acurrucaba a su lado y sintió como si la cabeza le pesara cientos de miles de kilos. Todo estaba en un cómodo silencio, no se oía nada excepto el viento y el chirriar de las cuerdas. Había viajado hasta allí, durante mucho tiempo y se preguntaba cuándo acabaría todo. Pronto estarían en la cima y ella solo rezaba para que los caballeros, fueran quienes fueran, se mostraran tan hospitalarios como estos nómadas del desierto.

Con cada tirón, los soles se notaban más fuertes, más calientes, no había sombra bajo la que esconderse. Sentía como si se estuviera achicharrando, como si la estuvieran elevando hasta el mismo centro del sol.

Gwendolyn abrió los ojos al sentir una última sacudida y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Sintió movimiento y vio que los nómadas la estaban llevando con cuidado y la colocaban a ella y a su gente encima de las lonas de tela y los pasaban de la plataforma a los parapetos.

Gwendolyn sintió cómo la dejaban suavemente sobre el suelo de piedra, miró hacia arriba y parpadeó varias veces al mirar al sol. Estaba demasiado agotada para estirar el cuello, sin estar segura de si estaba despierta o soñando.

Ante su vista aparecieron docenas de caballeros, que se acercaban a ella, vistiendo una coraza y una cota de malla brillantes e inmaculadas, que se amontonaban a su alrededor y la miraban con curiosidad. Gwen no entendía cómo unos caballeros podían estar allí en este gran desierto, en este vasto desierto en medio de la nada, cómo podían hacer guardia en la cresta de esta

inmensa montaña, bajo estos soles. ¿Cómo sobrevivían allí? ¿Qué estaban guardando? ¿De dónde sacaron esta majestuosa armadura? ¿Todo aquello era un sueño?

Incluso el Anillo, con su antigua tradición de esplendor, contaba con pocas armaduras que pudieran igualar a las que llevaban estos hombres. Era la armadura más completa que había visto jamás, forjada con plata y platino y algún otro metal que no reconocía, grabada con complejas marcas y con armas a juego. Estaba claro que estos hombres eran soldados profesionales. Se acordaba de los días en que era una niña y acompañaba a sus padres al campo; él le mostraba los soldados y ella miraba hacia arriba y los veía en fila en todo su esplendor. Gwen se preguntaba cómo podía existir tal belleza, cómo podía incluso ser posible. Quizás ella había muerto y esta era su versión del cielo.

Pero entonces oyó que uno de ellos se adelantaba a los demás, se sacaba el casco y la miraba con sus brillantes ojos azules, llenos de sabiduría y compasión. Debía tener unos treinta años, tenía un aspecto llamativo, su cabeza era totalmente calva y tenía una clara barba rubia. Estaba claro que era el oficial a cargo.

El caballero dirigió su atención a los nómadas.

“¿Están vivos?” preguntó.

En respuesta, uno de los nómadas alargó su largo bastón y dio un suave golpecito a Gwendolyn, que cambió de postura cuando lo hizo. Deseaba más que nada incorporarse, hablar con ellos, descubrir dónde estaban, pero estaba demasiado agotada y su garganta demasiado seca para responder.

“Increíble”, dijo otro caballero dando un paso adelante, sus espuelas tintineaban y más y más caballeros se adelantaron y se amontonaron a su alrededor. Estaba claro que todos ellos eran objetos de curiosidad.

“No es posible”, dijo uno. ¿Cómo podrían haber sobrevivido al Gran Desierto?”

“No podrían”, dijo otro. “Deben ser habitantes del desierto. De algún modo habrán atravesado la Cresta, se habrán perdido y habrán decidido volver”.

Gwendolyn intentaba responder, decirles todo lo que había sucedido, pero estaba demasiado agotada para que le salieran las palabras.

Después de un corto silencio, el líder dio un paso adelante.

“No”, dijo con seguridad. “Mirad las marcas de su armadura”, dando un golpecito con el pie a Kendrick. “Esta no es nuestra armadura. Y tampoco es la armadura del Imperio”.

Todos los caballeros se reunieron alrededor, atónitos.

Entonces ¿de dónde vienen?” preguntó uno, claramente perplejo.

“¿Y cómo sabían dónde encontrarnos?” preguntó otro.

El líder se giró hacia los nómadas.

“¿Dónde los encontrasteis?” preguntó.

Los nómadas respondieron con un chirrido y Gwen vio como el líder abría los ojos como platos.

“¿Al otro lado del muro de arena?” les preguntó. “¿Estáis seguros?”

Los nómadas respondieron con un chirrido.

El comandante se dirigió a su pueblo.

“No creo que supieran que estábamos aquí. Creo que tuvieron suerte –los nómadas los encontraron y querían su precio y los trajeron aquí, al confundirlos con nosotros”.

Los caballeros se miraban los unos a los otros y estaba claro que nunca antes se habían encontrado con una situación así.

“No podemos acogerlos”, dijo uno de los caballeros. “Conocéis las normas. Los acogemos y dejamos una pista. Sin rastros. Jamás. Tenemos que devolverlos al Gran Desierto”.

Un largo silencio siguió, interrumpido tan solo por el fuerte viento y Gwen podía sentir que estaban discutiendo qué hacer con ellos. No le gustaba lo larga que era la pausa.

Gwen intentó incorporarse para protestar, para decirles que no podían enviarlos de nuevo allí, simplemente no podían. No después de todo lo que habían pasado.

“Si lo hiciéramos”, dijo el líder, “significaría su muerte. Y nuestro código de honor exige que ayudemos a los indefensos”.

“Y, sin embargo, si los acogemos”, respondió un caballero, “entonces podríamos morir todos. El Imperio seguirá su rastro. Descubrirán nuestro escondite. Pondríamos a toda nuestra gente en peligro. ¿No prefiere que mueran unos cuantos extraños que toda nuestra gente?”

Gwen veía al líder pensando, roto por la angustia, enfrentándose a una dura decisión. Ella entendía qué significaba enfrentarse a decisiones difíciles. Estaba demasiado débil como para rendirse ante otra cosa que no fuera ponerse a la merced de la bondad de otras personas.

“Puede que así sea”, dijo al final su líder, con resignación en la voz, “pero no abandonaré a inocentes para que mueran. Vienen con nosotros”.

Se dirigió a sus hombres.

“Bajadlos al otro lado”, ordenó, con voz firme y autoritaria. “Los llevaremos ante nuestro Rey y él mismo decidirá”.

Los hombres escucharon y empezaron a ponerse en marcha, a preparar la plataforma al otro lado para el descenso y uno de sus hombres miró fijamente al líder, indeciso.

“Está violando las leyes del Rey”, dijo el caballero. “No se admiten extranjeros en la Cresta. Jamás”.

El líder lo miró fijamente con firmeza.

“Jamás unos extranjeros habían llegado hasta nuestras puertas”, respondió.

“El Rey podría encarcelarlo por esto”, dijo el caballero.

El líder no dudó.

“Ese es un riesgo que estoy dispuesto a correr”.

“¿Por unos extraños? ¿Por unos nómadas del desierto sin valor? dijo el caballero sorprendido. “A saber quiénes son esta gente”.

“Toda vida es valiosa”, contestó el líder, “y mi honor bien vale mil vidas en prisión”.

El líder hizo una señal con la cabeza a sus hombres, que estaban todos esperando, y Gwen de repente sintió que un caballero la cogía en brazos, la armadura de metal contra su espalda. La cogió sin esfuerzo, como si fuera una pluma, y la llevó, igual que los caballeros llevaban a los demás. Gwen vio que caminaban a través de un ancho plano de piedra en lo alto de la cresta de la montaña, de quizás cerca de cien metros de ancho. Andaban y andaban y ella se sentía relajada en brazos de aquel caballero, más relajada de lo que se había sentido en mucho tiempo. No había nada que deseara más que decir gracias, pero estaba demasiado agotada incluso para abrir la boca.

Llegaron al otro lado de los parapetos y mientras los caballeros se preparaban para colocarlos en una nueva plataforma y bajarlos al otro lado de

la cresta, Gwen echó un vistazo y vislumbró a dónde iban. Fue una visión que nunca jamás olvidaría, una visión que la dejó sin aliento. Vio que la cresta de la montaña, que se elevaba en el desierto como una esfinge, tenía la forma de un enorme círculo, tan amplio que desaparecía de la vista en medio de las nubes. Ella se dio cuenta de que era un muro protector y, al otro lado, allá abajo, Gwen vio un resplandeciente lago azul tan ancho como el océano, centelleante bajo los soles del desierto. La riqueza del azul, la visión de toda aquella agua, la dejó sin respiración.

Y más allá, en el horizonte, vio una amplia tierra, una tierra tan vasta que no podía ver dónde terminaba y, para su sorpresa, era un verde fértil, un verde fértil que irradiaba vida. Tanto como la vista le alcanzaba se extendían granjas y árboles frutales y viñedos y huertos en abundancia, una tierra rebosante de vida. Era la visión más idílica y hermosa que jamás había visto.

“Bienvenida, mi señora”, dijo el líder, “a la tierra más allá de la cresta”.

CAPÍTULO SIETE

Godfrey, acurrucado como una bola, se despertó por un quejido constante y persistente que interfería con sus sueños. Despertó lentamente, dudoso de si estaba realmente despierto o todavía atrapado en su interminable pesadilla. Parpadeó en la débil luz, intentando deshacerse del sueño. Había soñado que era un títere en una cuerda, colgando de los muros de Volusia, cogido por los Finianos, que tiraban de las cuerdas arriba y abajo, moviendo los brazos y las piernas de Godfrey mientras él colgaba de la entrada de la ciudad. Habían hecho mirar a Godfrey mientras, bajo él, miles de sus compatriotas eran asesinados ante sus ojos, mientras por las calles de Volusia corría la sangre roja. Cada vez que creía que había acabado, el Finiano volvía a tirar de las cuerdas, tirando de él arriba y abajo, una vez y otra y otra...

Al final, afortunadamente, Godfrey despertó por el quejido y se dio la vuelta, con la cabeza como rota, y vio que el ruido procedía de unos pocos metros, de Akorth y Fulton, los dos acurrucados en el suelo junto a él, quejándose, cubiertos de moratones y cardenales. Por allí cerca estaban Merek y Ario, tumbados inmóviles en el suelo de piedra también –que Godfrey enseguida reconoció como el suelo de la celda de una prisión. Todos parecían haber sido cruelmente golpeados pero, por lo menos todos ellos estaban allí y, por lo que Godfrey veía, todos respiraban.

Godfrey estaba aliviado y consternado a la vez. Estaba sorprendido de estar vivo después de la emboscada de la que había sido testigo, sorprendido de que los Finianos no lo hubieran matado allí mismo. Sin embargo, al mismo tiempo, se sentía vacío, angustiado por el remordimiento de saber que, por su culpa, Darius y los demás habían caído en la trampa dentro de las puertas de Volusia. Todo por culpa de su ingenuidad. ¿Cómo había podido ser tan estúpido de confiar en los Finianos?

Godfrey cerró los ojos y sacudió la cabeza, deseando que el recuerdo se marchara, que la noche hubiera ido de otra forma. Él había llevado a Darius y los demás hasta la ciudad inconscientemente, como los corderos al matadero. En su mente oía, una y otra vez, los gritos de aquellos hombres intentando luchar por sus vidas, intentando escapar, que resonaban en su cerebro y no lo dejaban tranquilo.

Godfrey se apretaba las orejas e intentaba hacer que se marchara y que los quejidos de Akorth y Fulton se ahogaran, pues los dos estaban obviamente doloridos por todas sus magulladuras y por haber dormido una noche en un duro suelo de piedra.

Godfrey se incorporó, la cabeza parecía que pesaba media tonelada y miró a su alrededor, una pequeña celda de prisión en la que solo estaban él y sus amigos, y unos cuantos más a los que no conocía y le consolaba un poco el hecho de que, dado lo lúgubre que parecía aquella celda, la muerte podía venir a por ellos más pronto que tarde. Esta prisión era claramente diferente a la última, daba más la sensación de ser una celda de espera para aquellos que están a punto de morir.

En algún sitio a lo lejos, Godfrey oyó los gritos de un prisionero que era arrastrado por un corredor y lo entendió: este sitio en realidad era una cárcel de espera para ejecuciones. Había oído hablar de otras ejecuciones en Volusia y sabía que, con la primera luz del día, él y los otros serían arrastrados hacia fuera y se convertirían en un diversión para el circo, para que los buenos de sus ciudadanos pudieran ver cómo los Razifs los desgarraban hasta la muerte, antes de que los juegos de gladiadores de verdad empezaran. Por esto los habían mantenido con vida tanto tiempo. Por lo menos ahora todo esto tenía sentido.

Godfrey gateó sobre sus manos y rodillas, estiró el brazo y dio un golpe a cada uno de sus amigos, intentando despertarlos. La cabeza le daba vueltas, le dolía cada rincón de su cuerpo, que estaba cubierto de chichones y moratones y le dolía hasta moverse. El último recuerdo que tenía era el de un soldado que lo había dejado inconsciente y entendió que lo debían haber apaleado ellos una vez estaba fuera de combate. Los Finianos, aquellos cobardes traidores, obviamente no eran capaces de matarlo ellos mismos.

Godfrey se agarró la frente, le sorprendía que pudiera dolerle tanto sin ni siquiera haber bebido. Consiguió ponerse de pie de manera insegura, las rodillas le temblaban, y observó la oscura celda. Solo había un único guarda al otro lado de las barras, de espaldas a él, apenas mirándolo. Y, sin embargo, estas celdas estaban hechas de sólidas cerraduras y gruesas barras de hierro y Godfrey sabía que no sería fácil escapar esta vez. Esta vez, estarían aquí hasta la muerte.

A su lado, poco a poco, Akorth, Fulton, Ario y Merek consiguieron ponerse de pie y todos también examinaron los alrededores. Veía el desconcierto y el miedo en sus ojos, seguidos del remordimiento, cuando empezaron a recordar.

“¿Murieron todos?” preguntó Ario, mirando a Godfrey.

Godfrey sintió un dolor en el estómago al asentir lentamente con la cabeza.

“Es culpa nuestra”, dijo Merek. “Los decepcionamos”.

“Sí, lo es”, respondió Godfrey, con la voz rota.

“Te dije que no te fiaras de los Finianos”, dijo Akorth.

“La cuestión no es de quién es la culpa”, dijo Ario, “sino qué vamos a hacer al respecto. ¿Vamos a dejar que todos nuestros hermanos y hermanas mueran en vano? ¿O vamos a vengarnos?”

Godfrey vio la seriedad en el rostro del joven Ario y le impresionó su determinación de acero, incluso estando en prisión y a punto de morir.

“¿Venganza?” preguntó Akorth. “¿Estás loco? Estamos encerrados bajo tierra, custodiados por barras de hierro y guardas del Imperio. Todos nuestros hombres están muertos. Estamos en medio de una ciudad hostil y de un ejército hostil. Todo nuestro oro ha desaparecido. Nuestros planes han fracasado. ¿Cómo vamos a vengarnos?”

“Siempre existe una manera”, dijo Ario, decidido. Se dirigió a Merek.

Todas las miradas se dirigieron a Merek y él frunció el ceño.

“Yo no soy experto en venganzas”, dijo Merek. “Yo mato hombres cuando me molestan. No espero”.

“Pero tú eres un experto ladrón”, dijo Ario. “Has pasado toda tu vida en la celda de una cárcel, según dices. ¿Seguro que no nos puedes sacar de esta?”

Merek se giró e inspeccionó la celda, las barras, las ventanas, las llaves, los guardas –todo– con ojos de experto. Lo estudió todo y los miró de nuevo con tristeza.

“Esta no es una celda de prisión común”, dijo. “Debe ser una celda finiana. Artesanía muy cara. No veo puntos flacos, ni salida, por mucho que desearía decirlo contrario”.

Godfrey se sentía agobiado, intentaba no escuchar los gritos de otros prisioneros de al final del pasillo, caminó hacia la puerta de la celda, apoyó la frente contra el frío y pesado hierro y cerró los ojos.

“¡Traedlo hasta aquí!” resonó una voz al fondo del pasillo de piedra.

Godfrey abrió los ojos, giró la cabeza y, al mirar al fondo del pasillo, vio a varios guardas del Imperio arrastrando a un prisionero. El prisionero llevaba una banda roja sobre su hombro y por el pecho y colgaba sin fuerzas de sus brazos, sin ni siquiera intentar resistirse. De hecho, cuando se acercó más, Godfrey vio que tenían que arrastrarlo, pues estaba inconsciente. Obviamente algo le sucedía.

“¿Ya me traéis otra víctima de la plaga?” exclamó el guarda burlonamente. “¿Qué esperáis que haga con él?”

“¡No es nuestro problema!” respondieron los otros.

El guarda de turno puso cara de miedo mientras levantaba las manos.

“¿Yo no voy a tocarlo!” dijo. “Ponedlo por allí, en el hoyo, con las otras víctimas de la plaga”.

Los guardas lo miraron de manera inquisidora.

“Pero todavía no está muerto”, respondieron.

El guarda de turno frunció el ceño.

“¿Pensáis que me importa?”

Los guardas intercambiaron una mirada e hicieron lo que les habían dicho, lo arrastraron por el pasillo de la cárcel y lo echaron a un gran hoyo. Godfrey entonces vio que el hoyo estaba lleno de cuerpos, todos ellos cubiertos por la misma banda roja.

“¿Y qué pasa si intenta escapar?” preguntaron los guardas antes de irse.

El guarda al mando esbozó una cruel sonrisa.

“¿Sabéis lo que la plaga le hace a un hombre?” preguntó. “Estará muerto por la mañana”.

Los dos guardas se dieron la vuelta y se marcharon y Godfrey miró a la víctima de la plaga, tumbado allí solo en un hoyo sin vigilancia y, de repente, tuvo una idea. Era tan disparatada que podía incluso funcionar.

Godfrey se dirigió a Akorth y a Fulton.

“Dadme un puñetazo”, dijo.

Ellos intercambiaron, perplejos, una mirada.

“¡He dicho que me deis un puñetazo!” dijo Godfrey.

Ellos negaron con la cabeza.

“¿Estás loco?” preguntó Akorth.

“Yo no voy a darte un puñetazo”, interrumpió Fulton, “por mucho que te lo merezcas”.

“¡Os digo que me deis un puñetazo!” exigió Godfrey. “Fuerte. En la cara. ¡Rompedme la nariz! ¡AHORA!”

Pero Akorth y Fulton se dieron la vuelta.

“Has perdido la cabeza”, dijeron.

Godfrey se dirigió a Merek y a Ario, pero ellos también se echaron atrás.

“No sé de qué va esto”, dijo Merek, “pero no quiero ser parte de ello”.

De repente, uno de los otros prisioneros de la celda se dirigió de forma decidida hacia Godfrey.

“No pude evitar oírlos”, dijo, mostrando su boca desdentada al sonreír, echándole su aliento rancio. “Estaré más que feliz de darte un puñetazo, ¡solo para que cierres la boca! No tienes que preguntármelo dos veces”.

El prisionero se balanceó e impactó directamente con sus huesudos nudillos en la nariz de Godfrey y Godfrey sintió un agudo dolor que le atravesó el cráneo mientras chillaba y se agarraba la nariz. La sangre le chorreó por la cara y por la camisa. Los ojos le escocían por el dolor, nublándole la vista.

“Ahora necesito aquella banda”, dijo Godfrey, dirigiéndose a Merek. “¿Me la puedes conseguir?”

Merek, atónito, siguió la vista a través del corredor, hasta el prisionero que yacía inconsciente en el hoyo.

“¿Por qué?” preguntó.

“Hazlo, sin más”, dijo Godfrey.

Merek frunció el ceño.

“Si le ato algo, quizás pueda alcanzarla”, dijo. “Algo largo y muy delgado”.

Merek levantó el brazo, palpó el cuello de su propia camisa y sacó un alambre de ella; al estirarlo, era lo suficientemente largo para su propósito.

Merek se inclinó hacia delante contra las barras de la prisión, con cuidado para no alertar al guarda y estiró el alambre, intentando enganchar la banda. Lo arrastró por el barro, pero cayó a pocos centímetros.

Lo intentó una y otra vez, pero Merek seguía atrapado a la altura del codo en las barras. No eran lo suficientemente delgado.

El guarda miró hacia allí y Merek rápidamente lo retiró antes de que pudiera verlo.

“Déjame probar”, dijo Ario, dando un paso adelante cuando el guarda dio la vuelta.

Ario agarró el largo alambre y pasó sus brazos a través de la celda y sus brazos, mucho más delgados, pasaron hasta la altura del hombro.

Estos quince centímetros de más era lo que necesitaba. Apenas alcanzó la punta de la banda roja con el ganchó, Ario empezó a tirar de él. Se detuvo cuando el guarda, que estaba girado en la otra dirección dando una cabezada, levantó la cabeza y echó un vistazo. Todos esperaron, sudando, rezando para que el guarda no mirara hacia ellos. Esperaron durante lo que pareció ser una eternidad, hasta que el guarda empezó a cabecear de nuevo.

Ario tiró de la banda más y más, deslizándola por el suelo de la cárcel, hasta que al final atravesó las barras y entró en la celda.

Godfrey estiró el brazo y se puso la banda y todos se alejaron de él por miedo.

“¿Qué narices estás haciendo?” preguntó Merek. “La banda está cubierta de plaga. Nos puedes infectar a todos”.

Los otros prisioneros de la celda también se escharon hacia atrás.

Godfrey se dirigió a Merek.

“Voy a empezar a toser y no voy a parar”, dijo, con la banda puesta mientras una idea se cocía en su mente. “Cuando venga el guarda, verá mi sangre y esta banda y le dirás que tengo la plaga, que se equivocaron y no me separaron”.

Godfrey no perdió el tiempo. Empezó a toser violentamente, restregándose la sangre de la cara por todas partes para que pareciera peor. Tosía más fuerte de lo que jamás lo había hecho hasta que, finalmente, oyó cómo se abría la puerta de la celda y entraba el guarda.

“Haced que se calle vuestro amigo”, dijo el guarda. “¿Entendéis?”

“No es un amigo”, respondió Merek. “Solo un hombre al que conocimos. Un hombre que tiene la plaga”.

El hombre, perplejo, miró hacia abajo y, al ver la banda roja, sus ojos se abrieron como platos.

“¿Cómo entró aquí?” preguntó el guarda. “Deberían de haberlo separado”.

Godfrey tosía más y más, todo su cuerpo se retorció por el ataque de tos.

Prontó sintió que unas manos ásperas lo agarraban y lo arrastraban hasta fuera, empujándolo. Fue tropezando por el pasillo y, con un empujón final, lo tiró al hoyo con las víctimas de la plaga.

Godfrey estaba tumbado encima del cuerpo infectado, intentando no respirar muy profundamente, intentando girar la cabeza y no respirar la enfermedad de aquel hombre. Le rogaba a Dios que no la cogiera. La noche sería larga allí tumbado.

Pero ahora no lo vigilaban. Y cuando hubiera luz, se levantaría.

Y atacaría.

CAPÍTULO OCHO

Thorgrin sentía cómo se precipitaba al fondo del mar, la presión crecía en sus oídos mientras se hundía en el agua helada, sintiendo como si le clavaran un millón de puñales. Pero mientras se hundía más, sucedió la cosa más extraña: la luz no se volvía más oscura, sino más brillante. Mientras se sacudía, hundiéndose, arrastrado hacia abajo por el peso del mar, miró hacia abajo y se sorprendió al ver, en una nube de luz, a la última persona que esperaba ver aquí: su madre. Ella le sonrió, la luz era tan intensa que apenas podía ver su cara y ella extendió sus amorosos brazos hacia él mientras se hundía, dirigiéndose directamente a ella.

“Hijo mío”, dijo, su voz era totalmente clara a pesar del agua. “Estoy aquí contigo. Te quiero. Todavía no ha llegado tu hora. Sé fuerte. Has pasado una prueba, sin embargo van a venir muchas más. Enfrentate al mundo y no olvides nunca quién eres. Nunca lo olvides: tu poder no proviene de tus arma, sino de tu interior”.

Thorgrin abrió la boca para responder pero, al hacerlo, sintió cómo el agua lo envolvía, lo tragaba, lo ahogaba.

Thor despertó de golpe, miró a su alrededor, preguntándose dónde estaba. Sintió un áspero material en sus muñecas y se dio cuenta de que estaba atado, con las manos detrás de su espalda, a un palo de madera. Echó un vistazo a la lúgubre bodega, sintió el balanceo y enseguida supo que estaba en un barco. Lo sabía por la manera en que se movía su cuerpo, por las brechas de luz que entraban, por el olor decrepito de hombres atrapados bajo cubierta.

Thorgrin miró alrededor, poniéndose alerta de inmediato, sintiéndose débil e intentando recordar. Lo último que recordaba era aquella horrible tormenta, el naufragio, él y sus hombres cayendo del barco. Recordaba a Angel, recordaba agarrarse a ella con todas sus fuerzas y recordaba la espada en su cinturón, la Espada de los Muertos. ¿Cómo había sobrevivido?

Thor miraba a su alrededor, preguntaba cómo podía estar navegando en el mar, confundido, buscando desesperadamente a sus hermanos y a Angel. Se sintió aliviado al distinguir unas formas en la oscuridad y verlos a todos por allí cerca, atados con cuerdas a postes: Reece y Selese, Elden e Indra, Matus, O'Connor y, a pocos metros de ellos, Angel. Thor se sentía feliz al ver que

todos ellos estaban vivos, aunque todos parecían estar agotados, machacados por la tormenta y por los piratas.

Thor oyó una risa escandalosa, discusiones, griterío proveniente de algún lugar por allá arriba y después lo que sonó como explosiones en sus oídos mientras los hombres se tiraban unos sobre otros en la hueca cubierta y recordó: los piratas. Aquellos mercenarios que intentaron hundirlo en el mar.

Reconocería aquel sonido en cualquier lugar, el sonido de individuos vulgares, aburridos en el mar, en busca de crueldad -se los había encontrado muchas veces antes. Se dio cuenta, al sacudirse su sueño, que ahora era su prisionero y luchó con las cuerdas, intentando liberarse.

Pero no pudo. Habían atado bien sus brazos, igual que sus tobillos. No iba a ir a ninguna parte.

Thorgrin cerró los ojos, intentando reunir el poder que llevaba dentro, el poder que él sabía que podía mover montañas si él lo elegía.

Pero no vino nada. Estaba demasiado agotado por la dura experiencia del naufragio, sus fuerzas todavía estaban demasiado bajas. Sabía por experiencia en el pasado que necesitaba tiempo para recuperarse. Tiempo que sabía que no tenía.

“¡Thorgrin!” dijo una voz aliviada, a través de la oscuridad. Era una voz que reconocía bien y, al echar un vistazo, vio a Reece, atado a pocos metros, mirándolo con alegría. “¡Vives!” añadió Reece.

“¡No sabíamos si lo lograrías!”

Thor se dio la vuelta y vio a O’Connor atado a su otro lado, igualmente contento.

“Rezaba por ti a cada minuto”, dijo una dulce y suave voz en la oscuridad.

Thor echó una ojeada y vio a Angel, con lágrimas de alegría en los ojos, y sintió lo mucho que se preocupaba por él.

“Le debes la vida, ¿sabes?” dijo Indra. “Cuando te lanzaron al agua, fue ella la que se tiró al agua y te trajo de vuelta. Si no hubiera sido por su valentía, ahora mismo no estarías aquí”.

Thor miró a Angel con un nuevo respeto y un nuevo sentimiento de gratitud y devoción.

“Pequeña, encontraré el modo de recompensarte”, le dijo.

“Ya lo has hecho”, dijo, y él pudo ver que realmente así lo creía.

“Recompénsala sacándonos a todos de aquí”, dijo Indra, luchando contra sus cuerdas, enojada.

“Aquellos piratas parásitos son lo más bajo que hay. Nos encontraron flotando en el mar y nos ataron mientras todavía estábamos inconscientes por la tormenta. Si se hubieran enfrentado a nosotros hombre a hombre, hubiera sido otra historia”.

“Son unos cobardes”, dijo Matus. “Como todos los piratas”.

“También nos quitaron nuestras armas”, añadió O’Connor.

El corazón de Thor dio un vuelco cuando, de repente, recordó sus armas, su armadura, la Espada de los Muertos.

“No te preocupes”, dijo Reece, al ver su cara. “Nuestras armas superaron la tormenta –la tuya incluida. Por lo menos, no está en el fondo del mar. Pero la tienen los piratas. ¿Ves allí, a través de los listones?”

Thor miró a través de los listones y vio, en la cubierta, todas sus armas, tendidas bajo el sol, los piratas reunidos a su alrededor. Vio el hacha de batalla de Elden y el arco dorado de O’Connor y la alabarda de Reece y el mayal de Matus y la lanza de Indra y el saco de arena de Selese – y su propia Espada de los Muertos. Vio a los piratas, con las manos en las caderas, mirando hacia abajo y examinándolas con regocijo.

“Nunca había visto una espada así”, dijo uno de ellos a otro.

Thor enrojeció de ira al ver cómo un pirata daba un golpe con el pie a la espada.

“Parece que fuera de un Rey”, dijo otro, dando un paso adelante.

“La encontré yo primero, es mía”, dijo el primero.

“Eso será por encima de mi cadáver”, dijo el otro.

Thor observaba cómo los hombres se abalanzaban el uno sobre el otro y después oyó un fuerte porrazo cuando ambos se desplomaron sobre cubierta, luchando, mientras los otros piratas formaban un círculo a su alrededor y los abucheaban. Iban rodando sobre el suelo de aquí para allá, dándose puñetazos y codazos, mientras los demás les animaban a hacerlo, entonces finalmente Thor vio que la sangre le salpicaba a través de los listones, vio cómo un pirata pisoteaba la cabeza del otro varias veces.

Los demás gritaban, deleitados con ello.

El pirata que ganó, un hombre sin camisa, con un torso nervudo y una larga

cicatriz en el pecho, se levantó y, respirando profundamente, se dirigió hacia la Espada de los Muertos. Mientras Thor observaba, este alargó el brazo, la agarró y la levantó victorioso. Los demás gritaron.

Thor hervía la verla. Esta escoria sujetando su espada, una espada digna de un Rey. Una espada por la que él había arriesgado su vida. Una espada que le habían dado a él, y a nadie más.

Entonces se oyó un grito repentino y Thor vio cómo la cara del pirata, de golpe, hacía un gesto de agonía. Gritó y lanzó la espada, parecía que estaba sujetando una serpiente y Thor vio cómo volaba por los aires e iba a parar a cubierta con un sonido metálico y un golpe seco.

“¡Me ha mordido!” exclamó el pirata a los demás. “¡Este bicho raro me ha mordido la mano! ¡Mirad!”

Extendió la mano para mostrar que le faltaba un dedo. Thor echó un vistazo a la espada, a través de los listones se veía la empuñadura y vio unos pequeños dientes afilados sobresaliendo de una de las caras que estaban allí grabadas y la sangre corriendo por ella.

Los otros piratas se giraron a mirarla.

“¡Es del demonio!” exclamó uno.

“¡Yo no la tocaré!” exclamó otro.

“Olvidaos de ella”, dijo uno, dándole la espalda. “Hay muchas más armas para escoger”.

“¿Y qué pasa con mi dedo?” grito el pirata con agonía.

Los otros piratas rieron, lo ignoraron y, a cambio, se concentraron en las otras armas, luchando todos ellos por el alijo.

Thor volvió a fijarse en su espada, ahora la veía allí, tan cerca de él, casi al alcance de la mano al otro lado de los listones. Una vez más intentó con todas sus fuerzas liberarse, pero la cuerda no cedía. Estaba bien atado.

“Si pudiéramos conseguir nuestras armas”, dijo Indra furiosa. “No puedo soportar ver sus grasientas manos encima de mi lanza”.

“Quizás yo pueda ayudar”, dijo Angel.

Thor y los demás la miraron incrédulos.

“A mí no me ataron como a vosotros”, explicó. “Mi lepra les asustó. Ataron mis manos, pero después lo dejaron. ¿Veis?”

Angel se puso de pie, mostrando que sus muñecas estaban atadas detrás de

su espalda, pero sus pies estaban libres para caminar.

“De poco nos servirá”, dijo Indra. “Incluso así estás encerrada aquí abajo con todos nosotros”.

Angel negó con la cabeza.

“No lo entendéis”, dijo. “Soy más pequeña que todos vosotros. Mi cuerpo puede colarse entre estos listones”. Se dirigió a Thor. “Puedo llegar hasta tu espada”.

Él la miró, impresionado por su valor.

“Eres muy valiente”, dijo. “Te admiro por ello. Aún así, te pones en peligro. Si te cogen allá fuera, podrían matarte”.

“O peor”, añadió Selese.

Angel los miró de nuevo, orgullosa, insistente.

“Moriré de todas formas, Thorgrin”, respondió Angel. “Esto lo aprendí hace tiempo. Mi vida me lo enseñó. Mi enfermedad me lo enseñó. Morir no me importa; solo vivir es lo que importa. Y vivir libre, libre de las ataduras de los hombres”.

Thor la miró, inspirado, sorprendido de su sabiduría a una edad tan temprana. Ella ya sabía más sobre la vida que la mayoría de los grandes maestros que él había conocido.

Thor asintió con la cabeza solemnemente. Podía ver el espíritu guerrero dentro de ella y no lo iba a refrenar.

“Ve entonces”, dijo. “Sé rápida y silenciosa. Si ves alguna señal de peligro, vuelve a nosotros. Tú eres más importante que aquella espada”.

Angel se alegró, estaba animada. Se dio la vuelta rápidamente y corrió a través de la bodega, andando torpemente con las manos detrás de su espalda, hasta llegar a los listones. Allí se arrodilló y miró hacia fuera, sudando, con los ojos abiertos como platos por el miedo.

Finalmente, viendo su oportunidad, Angel pasó la cabeza a través de un agujero que había en los listones, lo suficientemente ancho para que ella pasara. Se contoneó para poder pasar por él y se dio impulso hacia fuera con los pies.

Un instante después, desapareció de la celda y Thor vio que estaba de pie en cubierta.

Su corazón latía fuerte mientras rezaba por su seguridad, rezaba para que

podiera coger su espada y volver antes de que fuera demasiado tarde.

Angel, que estaba de pie, se puso de cuclillas y fue corriendo hacia la espada; la alcanzó con su pie descalzo, lo colocó en la empuñadura y lo deslizó.

La espada hizo un ruido fuerte al deslizarse por cubierta, hacia la bodega. Cuando estaba a tan solo unos centímetros de los listones, de repente, una voz cortó el aire.

“¡Pequeña asquerosa!” exclamó un pirata.

Thor vio que todos los piratas se giraban hacia ella y después echaban a correr tras ella.

Angel corrió, intentando volver, pero la cogieron antes de que pudiera conseguirlo. La agarraron y la alzaron en brazos y Thor vio cómo se dirigían hacia la barandilla, como si se prepararan para arrojarla al mar.

Angel consiguió levantar el talón con fuerza y, al impactar con él directo en medio de las piernas del pirata, se oyó un quejido. El pirata que la sujetaba gimió y la soltó y, sin dudar, Angel fue corriendo por la cubierta, llegó a la espada y le dio un puntapié.

Thor observó, emocionado, cómo la espada se colaba entre las grietas e iba a parar a la bodega, justo a sus pies, con un fuerte golpe.

Entonces se oyó un grito cuando uno de los piratas dio una bofetada a Angel. Los otros la alzaron y la llevaron de vuelta a la barandilla, preparados para tirarla al mar.

Thor, sudoroso, tenía más miedo por Angel que por él mismo, miró hacia su espada y sintió una intensa conexión con ella. Su conexión era muy fuerte. A Thor no le hacía falta usar sus poderes mágicos. Le hablaba, como si lo hiciera con un amigo, y sentía que le escuchaba.

“Ven a mí, amiga mía. Líberame de mis ataduras. Vamos a estar juntos de nuevo”.

La espada atendió su llamada. De repente, se levantó en el aire, flotando tras su espalda y cortó sus cuerdas.

Thor inmediatamente se dio la vuelta, agarró la empuñadura en el aire y bajó la espada, cortando las cuerdas de sus tobillos.

Entonces se puso de pie de un salto y cortó las cuerdas de todos los demás.

Thor se giró y se dirigió a los listones, levantó su bota y dio una patada a

la puerta de madera. Hecha añicos, salió volando en pedazos mientras él salía disparado a la luz, libre, espada en mano y decidido a rescatar a Angel.

Thor corrió a toda velocidad por cubierta y fue directamente a los hombres que sostenían a Angel, que se retorcía en sus brazos, con miedo en los ojos mientras se acercaban a la barandilla.

“¡Soltadla”, exclamó Thor.

Thor corría hacia ella, derribando a los piratas que se acercaban a él por todos lados, rajándoles el pecho antes de que pudieran atacar – ninguno de ellos podía igualarse a él y a la Espada de los Muertos.

Se abrió camino en el grupo, de un golpe se sacó a los dos últimos del camino, después estiró el brazo y agarró por atrás la camisa del último pirata justo antes de que la tirara abajo. De un tirón lo trajo hacia él, tirando a Angel de vuelta por encima de la barandilla, le torció el brazo al pirata para que la soltara. Ella fue a parar segura a cubierta.

Entonces Thor agarró al hombre y lo lanzó por la borda. Cayó en picado en el mar helado, gritando.

Thor oyó pasos y, al darse la vuelta, vio docenas de piratas que se le echaban encima. Esta no era una barca pequeña sino un enorme barco profesional, tan grande como cualquier barco de guerra y albergaba, por lo menos, a cien piratas, todos ellos curtidos, acostumbrados a una vida de matar en el mar. Todos ellos atacaban, dando claramente la bienvenida a la lucha.

Los hermanos de la Legión de Thor empezaron a salir de la bodega, cada uno de ellos corriendo hacia delante para recuperar sus armas antes de que los piratas las pudieran alcanzar. Elden, de un saltó, evitó a un pirata que quería cortarle el cuello con un machete, entonces lo agarró y, de un cabezazo, le rompió la nariz al pirata. Le arrebató el machete de la mano y lo cortó por la mitad. A continuación, de un salto, fue a por su hacha de batalla.

Reese tomó su alabarda, O'Connor su arco, Indra su lanza, Matus su mayal y Selese su saco de arena, mientras Angel pasó rápidamente por delante de ellos y dio una patada en la espinilla a un pirata antes de que este lanzara un puñal a Thor. El pirata gritó y se agarró la pierna y el puñal salió volando por la borda.

Thor fue al ataque hacia delante y saltó hacia el grupo, dando una patada a un pirata en el pecho y rajando a otro, después dio la vuelta y rajó a otro en el

brazo antes de que pudiera alcanzar a Reece con su machete. Otro atacó e hizo oscilar un garrote dirigido a su cabeza y Thor se agachó, mientras el garrote pasaba de largo zumbando. Se disponía a apuñalarlo, pero Reece dio un paso adelante y usó su alabarda para matarlo.

O'Connor soltó dos flechas que pasaron, como un zumbido, por delante de Thor y Thor se dio la vuelta y vio cómo dos piratas, que le atacaban por la espalda, caían muertos. Divisó un pirata que iba directo a Angel y Thor estaba a punto de alcanzarlo cuando O'Connor se adelantó y le clavó una flecha en la espalda.

Thor oyó pasos y, al girarse, vio a un pirata atacando a O'Connor por la espalda con un garrote. Thor embistió y, sintiendo cómo la Espada de los Muertos vibraba, partió el grueso garrote en dos y después apuñaló al pirata en el corazón antes de que pudiera alcanzarlo. Thor entonces dio la vuelta, pegó una patada a otro hombre en las costillas y, dirigido por la Espada de los Muertos, cortó la cabeza del hombre. Thor estaba maravillado. Era como si la espada tuviera un corazón latiente propio y deseara que Thor hiciera lo que ella quería que hiciera.

Mientras Thor daba cuchilladas con furia en todas direcciones, una docena de hombres se amontonó delante de él, que estaba cubierto de sangre hasta los codos cuando, de repente, un pirata saltó por detrás sobre su espalda. El mercenario alzó un puñal y lo dirigió hasta la parte de atrás del hombro de Thor y estaba demasiado cerca, y era demasiado tarde, para que Thor pudiera reaccionar.

Thor divisó, por el rabillo del ojo, un objeto que era lanzado en el aire hacia él y, de repente, notó que el hombre lo soltaba y caía sobre cubierta. Al darse la vuelta vio que Angel estaba allí y que acababa de tirar una piedra y entendió que había impactado a la perfección con la sien del hombre. El hombre se retorció a los pies de Thor y Thor observó, sorprendido, cómo Angel daba un paso adelante, agarraba un anzuelo de cubierta y, levantándolo en alto, le atravesó el pecho al hombre. Era el mismo anzuelo que los piratas habían usado para atraparlos en su red en el mar. Thor se dio cuenta de que la justicia había cerrado el círculo.

Thor no tenía ni idea de que Angel tuviera aquello dentro de ella; vio la furia en sus ojos mientras estaba delante de él y se dio cuenta de que tenía el

espíritu de un verdadero guerrero y era mucho más compleja de lo que él sabía.

Thor se giró y se lanzó a la lucha y él y sus hombres atacaron despiadadamente, todos ellos en bandada, como habían hecho en tantos lugares, eran una máquina de matar bien ajustada, vigilándose las espaldas los unos a los otros. Su lucha conjunta era perfecta, pues se conocían los ritmos los unos a los otros. Cuando Elden blandió su hacha de batalla, Indra arrojó su lanza, matando a todos aquellos que él no pudo alcanzar. Matus blandió su mayal, matando a dos piratas a la vez, mientras Reece usaba su larga alabarda para matar a tres piratas antes de que pudieran alcanzar a Selese. Y Selese, a su vez, esparció el polvo de su saco sobre sus heridas, sanando todas sus heridas sobre la marcha y manteniéndolos fuertes.

Lentamente, la corriente cambió, mientras iban derribando a un hombre tras otro. El montón de hombres era alto y pronto solo quedaron una docena de ellos.

Con los ojos abiertos como platos, los doce piratas que quedaban, viendo que no podían ganar, dejaron caer sus puñales, machetes y hachas y levantaron las manos, aterrados.

“¡No nos matéis!” exclamó uno, temblando. “¡No era nuestra intención! ¡Solo seguíamos la corriente a los demás!”

“Estoy seguro de que no era así”, dijo Elden.

“No os preocupéis”, dijo Thor, “no os vamos a matar”.

Thor enfundó su espada, dio un paso adelante, agarró al pirata, lo levantó por encima de su cabeza y arrojó por la borda hacia el mar.

“Los peces lo harán por nosotros”.

Los otros se le unieron, llevando a los pocos que quedaban por la borda con sus armas, hacia el mar, y Thor observó cómo el mar pronto se volvía rojo, los tiburones formaron un círculo y ahogaron los gritos de los piratas.

Thor se giró hacia los demás, que lo estaban mirando. En sus ojos podía ver que estaban pensando lo mismo que él: la victoria, la dulce victoria, era suya.

CAPÍTULO NUEVE

Erec se inclinó en la barandilla y miró con la luz de una antorcha hacia un mar lleno de cadáveres del Imperio. Una docena de soldados del Imperio flotaban allí, todos ellos muertos por Erec y sus hombres, todos arrojados por la borda y, mientras observaba, lentamente, uno tras otro se hundían.

Erec miraba su flota de barcos de arriba abajo y veía a sus hombres en ellos, todos libres ahora, gracias a que Alistair había roto sus ataduras. El Imperio había sido estúpido al dejar solo una docena de soldados para vigilar cada barco, creyéndose invencible. Les habían sobrepasado enormemente en número y, una vez las ataduras de los hombres de Erec se rompieron, había sido fácil matarlos y recuperar sus barcos. Habían subestimado a Alistair.

Tampoco tenían ninguna razón para temer una revolución porque habían rodeado por completo los barcos de Erec. De hecho, cuando Erec miró hacia arriba vio que el asedio del Imperio, con sus miles de barcos, estaba todavía intacto. No podía ir hacia ningún lado.

Sonaron más cuernos, más soldados del Imperio gritaban en la noche y Erec veía cómo las antorchas se encendían a lo largo y ancho de la flota. El Imperio, aquel dragón dormido, lentamente estaba organizándose. Pronto rodearían a los hombres de Erec como una pitón y los estrangularían hasta la muerte. Erec estaba seguro de que, esta vez, no tendrían piedad.

Erec pensó rápidamente. Inspeccionó los barcos del Imperio, buscando algún punto débil en el sitio, un lugar con menos barcos. Cuando se giró para mirar detrás suyo, divisó un lugar donde los barcos del Imperio estaban más separados, quizás casi unos veinte metros. Era el punto más débil del círculo – aunque, incluso así, el sitio apenas tenía puntos débiles. Era la mejor de las peores opciones. Tenían que intentarlo.

“¡A TODA VELA!” gritó Erec y, mientras él se ponía en acción, sus órdenes se gritaban y resonaban a lo largo y ancho de su flota.

Izaron las velas y empezaron a remar, Erec en proa, su barco al frente, su flota siguiéndolo de cerca por detrás. Miró hacia delante, dirigiendo su barco hacia el punto débil del sitio. Él solo esperaba que pudieran pasarlo lo suficientemente rápido, antes de que los barcos del Imperio se acercaran y reforzaran sus posiciones. Si tan solo pudieran atravesarlo, tendrían mar

abierto ante ellos. Sabía que el Imperio los seguiría de cerca y que, muy probablemente sería una carrera que no podrían ganar.

Sin embargo, debía intentarlo. Cualquier plan, incluso un plan temerario, era mejor que ceder ante la derrota y la muerte.

“¿Podemos pasarlo?” dijo una voz.

Al darse la vuelta Erec vio a Strom acercándose a él, con la espada en la mano, todavía roja por la sangre al haber matado soldados del Imperio, observando la noche.

Erec se encogió de hombros.

“¿Tenemos alguna elección?” respondió.

Strom miraba fijamente al horizonte a su lado, impávido.

“¿Cuánto tiempo tenemos hasta que vean que nos estamos acercando?”

La respuesta llegó cuando una flecha pasó haciendo un zumbido en el aire, justo pasando por Erec y Strom, y encontró su blanco en uno de los hombres de Erec, que estaba justo a unos metros detrás de ellos. El hombre gritó y cayó de espaldas, agarrando la flecha que tenía en el pecho y tirando de ella con ambas manos, temblando en el suelo mientras moría.

Otra flecha atravesó el aire, después otra y otra. Ni él ni Strom se agacharon, los dos estaban de pie sin miedo, manteniéndose firmes.

Erec echó un vistazo y divisó formas en la oscuridad, vio que los soldados del Imperio estaban apuntando, poniéndose en fila, disparando hileras de flechas y sabía que esto iba a salir mal. Todavía les quedaban casi cien metros hasta llegar al sitio.

“¡Escudos!” exclamó Erec. “¡Juntaos! ¡Manteneos cerca! ¡Hombre a hombre!”

Los hombres de Erec obedecieron, tomaron posiciones, levantaron los escudos y Erec, satisfecho, hizo lo mismo, arrodillándose al lado de Strom y de los demás y sujetando su escudo por encima de su cabeza.

Erec sintió tres flechas que impactaron dando tres rápidos golpes secos, cuyas vibraciones hicieron temblar su brazo.

Se oyeron unos gritos en la noche y Erec oyó que un cuerpo se zambullía en el agua; se giró y el corazón le dio un vuelco al ver al comandante de uno de sus barcos caer por la borda. El hombre se sumergió en el agua, con dos flechas en el pecho y Erec vio el miedo en los ojos de sus hombres mientras el

barco de su lado empezaba a alejarse. Erec sabía que sin su comandante el barco no seguiría y perdería a sus hombres. Un barco necesitaba un comandante – especialmente ahora.

“¡Strom! gritó a su hermano, frenético. “¿Puedes hacer un salto si me acerco lo suficiente?”

Strom miró hacia atrás a su hermano y después al barco y, en un instante, entendió lo que Erec quería. Asintió con la cabeza con confianza y, sin dudar, corrió hacia la barandilla.

Erec corrió hacia el timón y dirigió su barco cerca del otro y, cuando estuvieron suficientemente cerca, Stro, ignorando las flechas, se puso de pie en la barandilla. Levantó su arco y rápidamente ató una flecha a una cuerda, apuntó alto y disparó.

La flecha, atada a la cuerda, dibujó un arco en lo alto por encima del mástil del barco e hizo un nudo alrededor del mismo.

Strom tiró de ella, satisfecho, después la agarró y saltó al aire.

Strom navegó por el aire, a unos doce metros, balanceándose en un arco, hasta alcanzar finalmente el otro barco, saltó y cayó en la cubierta, ante la atónita mirada de todos los marineros de a bordo.

Strom se puso de pie y tomó el timón y, al hacerlo, todos los hombres, reanimados, le siguieron.

“¡Adelante!” exclamó Strom, tomando el cargo. “¡Sigamos a mi hermano!”

Los hombres volvieron a sus posiciones, tomaron los remos, izaron las velas, ignorando las flechas que les venían encima.

Cuando Erec dio la vuelta y se encaró a los barcos, que se acercaban todavía más, el mar de flechas se volvió más grueso y más de sus hombres gritaban y caían por la borda. Erec sabía que debía hacer algo. Tenía que mantener al Imperio desprevenido o arriesgarse a perder a demasiados de sus hombres al acercarse.

“¡Arqueros, tomad posiciones!” exclamó Erec.

Sus hombres hicieron lo que ordenó y los otros barcos los imitaron también, cuando Strom repitió su orden.

“¡Fuego!” exclamó Erec.

Sus hombres enviaron una descarga de flechas a los barcos del Imperio y Erec se sintió satisfecho al oír los gritos de docenas de arqueros del Imperio,

subidos en los mástiles, al caer sobre cubierta. Otros cayeron por la borda, hacia el mar, y, finalmente, hubo un parón en las flechas que iban hacia ellos.

“¡Otra vez!” exclamó Erec, y sus hombres enviaron otra descarga, pudiendo evitar ellos mismos por poco las flechas al reagruparse el Imperio.

Los dos bandos iban de un lado para otro, descarga tras descarga, los hombres morían a ambos lados y la flota de Erec, mientras tanto, se acercaba todavía más, estrechando el cerco. Ahora estaba a menos de cincuenta metros, las flechas caían pesadamente y él navegaba directo al casco del barco más cercano del Imperio, preparado para atacarlo. Erec se giró para mirar atrás y, por encima del hombro, vio la flota del Imperio, que era más grande, empezando a reagruparse, para dirigirse hacia ellos. Sabía que no tenía mucho tiempo. Debía derribar este asedio y las probabilidades no parecían buenas.

Erec, desesperado, de repente tuvo una idea.

“¡Reforzad las catapultas!” exclamó Erec. “¡Armadlas con lanzas y encended las puntas! ¡Ahora!”

La orden de Erec resonó a lo largo y ancho de las filas de su flota y observó con satisfacción cómo sus hombres colocaban lanzas encendidas en catapultas normalmente reservadas para rocas. Quería prender fuego, pero sabía que tenía que estar más cerca, dentro del alcance, para asegurarse de que funcionaba; no tendría una segunda oportunidad.

“¡Esperad!” exclamó Erec, al ver las caras nerviosas de todos sus hombres, con las manos en las cuerdas, sujetando las catapultas. Sabía que estaban tan ansiosos por disparar como él, especialmente mientras más flechas seguían cayendo.

Finalmente, cuando estuvieron a menos de treinta metros, Erec exclamó:

“¡FUEGO!”

La flota del Imperio se dio cuenta demasiado tarde de lo que los hombres de Erec estaban haciendo y un instante antes de que sus hombres hicieran fuego vio las expresiones de terror de los comandantes de sus barcos, mientras se apresuraban nerviosos a ordenar a sus hombres que movieran sus barcos.

Erec observaba cómo cientos de lanzas, todas encendidas, navegaban a través de la noche, abriendo un camino flameante, iluminando los negros mares. Una a una iban a parar a las velas, incrustándose en la tela, en los mástiles, en las cubiertas de madera.

En unos instantes los barcos del Imperio se incendiaron. Mientras sus hombres se apresuraban a apagarlos, algunos fuegos fueron a menos, pero otros se extendieron salvajemente. Esto hizo cierto daño –pero lo más importante era que Erec había conseguido su objetivo: esto mantuvo ocupada a la flota del Imperio, los distrajo y, finalmente, la lluvia de flechas se detuvo.

“¡A TODA VELA!” exclamó Erec.

Los hombres de Erec, en todos sus barcos, corrieron hacia sus velas y remos y Erec aumentó la velocidad, en dirección al barco más cercano, lo único que se interponía entre ellos y la libertad, un barco del Imperio medio en llamas, con todos sus hombres gritando y luchando por apagar los fuegos.

“¡En una sola fila!” gritó Erec a los otros barcos. “¡Manteneos cerca de mí!”

Strom repitió su orden y se puso en fila detrás de Erec y Erec observó con satisfacción cómo su flota se acercaba detrás de él. Sabía que era su única oportunidad. No le hacía falta pasar todo el sitio; sólo necesitaba el espacio suficiente para que pasara un barco. Y entonces los demás podían seguirle los pasos.

Miró hacia arriba y su corazón dio un vuelco al acercarse más y más al sitio, que ahora estaba apenas a veinte metros... después a diez... después a cinco. Sabía que el impacto sería duro.

“¡PREPARAOS!” exclamó Erec.

Erec se agarró a la barandilla, preparándose él también, mientras el barco se les echaba encima.

Erec se tambaleó, el barco entero temblaba, mientras impactaban contra el barco del Imperio desde un ángulo afilado. El barco entero de Erec se movía, igual que el barco del Imperio, los dos se movían de un lado para otro y, por un instante, Erec dudó si su barco se hundiría.

Pero un segundo más tarde Erec sintió movimiento y supo que habían logrado pasar. El barco del Imperio giró bruscamente, saliendo de un golpe del camino, dejando suficiente espacio para pasar entre los barcos.

Erec, barco a barco con los soldados del Imperio, tan cerca que podía mirarlos a la cara, sabía que tenía que atacar primero. Sabía que si intentaba simplemente salir navegando, ellos atacarían.

“¡A LA CARGA!” gritó Erec.

No perdió el tiempo. Desenfundó su espada, corrió hacia delante y saltó de su cubierta al barco del Imperio que había a su lado, todos sus hombres soltaron un grito de guerra y lo siguieron de cerca.

Erec dirigía a sus hombres mientras iban a la carga a través de la cubierta del barco del Imperio, dando cuchillazos a los soldados del Imperio que se cruzaban en su camino, demasiado tarde, todavía luchando para apagar las llamas. Poco a poco, los soldados del Imperio se dieron cuenta de lo que estaba pasando y dirigieron su atención a Erec y sus hombres.

Erec atacaba a través del barco en llamas, evitando por poco el fuego, mientras luchaba mano a mano con los soldados del Imperio. Sus espadas sonaban en la noche, las chispas volaban, mientras Erec rajaba a un gran soldado del Imperio tras otro, todos ellos eran más grandes que él, pero ninguno le igualaba en velocidad o habilidad. Un soldado grande bajó su espada, Erec la paró, entonces la blandió y lo cortó en dos. El hombre cayó por la borda, gritando.

Erec hacía lo que mejor se le daba, mataba a uno, dos, tres soldados a la vez, ninguno era capaz de derrotarlo. Ningún caballero en todo el Imperio había sido capaz jamás de superarlo y estos soldados del Imperio, tan buenos como eran, no eran tampoco de su calibre. Los soldados del Imperio caían a puñados y Erec no aflojaba, corriendo por el barco de popa a proa, con sus hombres tras él, despejando las cubiertas.

Erec vio con satisfacción que Strom estaba dirigiendo a sus propios hombres para que saltaran al barco del Imperio al otro lado del sitio. Igual que su hermano mayor, Strom atacaba sin miedo a través del otro barco del Imperio, derribando hombres a diestro y siniestro, moviéndose como el rayo. Cogieron al Imperio desprevenido: después de todo, ningún comandante del Imperio imaginaría jamás que estos pocos barcos osarían atacarlos.

Sin embargo, cuando los soldados del Imperio se reagruparon, atacaron violentamente y con su armadura y armas superiores consiguieron matar docenas de los hombres de Erec y Strom. Fue una sangrienta y violenta batalla mano a mano en medio de las llamas y los gritos de los hombres llenaban la noche.

Erec vio, por el rabillo del ojo, que el resto de la flota del Imperio, con cada barco lleno de soldados, se estaba acercando y sabía que estaban

perdiendo un tiempo precioso. Pronto estarían completamente rodeados.

Erec sabía que debía hacer algo rápidamente. Examinó el barco rápidamente, divisó una enorme ancla de metal sujeta a una cadena, sobre cubierta, y tuvo una idea.

“¡El ancla!” gritó Erec a Strom. “¡Destruid el casco!”

Erec corrió hacia el ancla, agarró su cadena, la hizo oscilar por encima de su cabeza y después la bajó, impactando contra la cubierta, la madera se hizo añicos por todas partes. Un enorme agujero apareció justo en el centro de la cubierta y, al echar un vistazo, Erec vio que Strom empezaba a hacer lo mismo. Los hombres de Erec corrieron a ayudar y, juntos, hicieron oscilar la cadena más alto, más rápido, más fuerte, impactando con la cubierta una y otra vez, rompiéndola en trozos. El ancla se hundía más y más, hacia las bodegas más bajas, hasta que, finalmente, el agua congelada brotó hacia arriba, como un géiser.

Erec oyó el satisfactorio sonido del barco partiéndose en dos y sintió que el enorme barco empezaba a inclinarse.

“¡Volved a nuestro barco!” gritó Erec.

Todos los hombres de Erec se dieron la vuelta, corrieron por cubierta y saltaron por la barandilla hacia su barco, justo antes de que los barcos del Imperio empezaran a hundirse. Tomaron los remos y continuaron avanzando hacia delante, justo al lado de los barcos que tenían a ambos lados, que empezaban a hundirse rápidamente. Strom, con el daño hecho, escapó también hacia su barco.

Erec consiguió pasar su barco entre las barcas, todos sus barcos en una única fila tras él, todos ellos abriendo fuego contra los soldados del Imperio en la flota más grande que ahora se estaban acercando y atacándolos a ellos. Algunos soldados del Imperio incluso consiguieron saltar de sus barcos a la flota de Erec y los hombres de Erec corrieron hacia delante y los mataron, uno a uno. Les estaban acosando por todas partes.

Pero ellos seguían adelante y pronto, con un último golpe seco, Erec pasó el asedio, pasó él último de los barcos ardientes hacia el mar abierto.

Erec echó un vistazo y vio mar abierto ante él y, por primera vez, se sintió aliviado. Toda la flota del Imperio podría estar reuniéndose tras él pero, por lo menos, ahora tenía mar abierto, una oportunidad para huir de ellos. Por una

vez, sentía que podía conseguirlo.

Y entonces, de repente, el corazón de Erec se congeló ante la horrible visión que apareció ante él: allí, girando una curva, bloqueándole el camino de nuevo, había dos de los más grandes barcos del Imperio que jamás había visto, cinco veces el tamaño de los demás, aparecidos de la nada y creando otro asedio definitivo.

Su salida estaba completamente sellada.

Y estaba vez no había por donde escapar.

CAPÍTULO DIEZ

Darius estaba en el patio de barro circular cercado por altos muros de piedra, su periferia repleta de guardas del Imperio y luchaba contra su compañero de entrenamiento hasta que el sudor le escocía en los ojos. Iban de un lado para el otro, Darius blandía pesados garrotes con ambos brazos mientras su contrincante, un esclavo de una raza que no reconocía, con la piel verde y las orejas puntiagudas y amarillas, dos veces más musculoso que él y de su edad, se defendía empuñando dos escudos. Darius iba golpe a golpe con sus garrotes y su oponente los paraba todos, el estruendo de su escudo sonaba en el aire mientras Darius lo hacía retroceder por el círculo.

Por todo el patio había docenas de otros esclavos, entre ellos Desmond, Raj, Kaz y Luzi, todos ellos observando, alentándolos.

Darius, que respiraba con dificultad, estaba agotado. Había estado peleando todo el día bajo los ardientes soles, como habían hecho los demás, por turnos bajo la mirada vigilante de los capataces. Le dolían los hombros por el esfuerzo, su cuerpo entero estaba empapado en sudor y no sabía cuánto tiempo aguantaría. Si alguien se atrevía a escapar, como un alma desgraciada había intentado antes por la mañana, los soldados del Imperio estaban deseosos de dar un paso adelante con sus armas forjadas de acero real y atravesarle el corazón con una espada.

Darius sabía que no había escapatoria –no por ahora, por lo menos. La única salida era hacer lo que le decían, luchar, entrenar y prepararse para el circo.

Hubo otro murmullo y rugido en la distancia, proveniente del circo y Darius sabía que era la multitud, con ganas de ver más gladiadores, más entretenimiento. Su sed de sangre era insaciable.

Seguido vino un grito todavía más fuerte, seguido de un cuerno y Darius sabía lo que significaba: otro gladiador había muerto en algún lugar más allá de aquellos muros. La multitud se volvió loca, pero Darius y sus hombres todos dejaron caer sus hombros, deprimidos por el pensamiento. Este era su destino, que les estaba esperando muy pronto.

Muy pronto se enfrentaría a la muerte –todos ellos lo harían– e intentaba no pensar en ello mientras peleaba sin resultados bajo el sol. Una parte de él

había desconectado y ya no le preocupaba. Después de todo, casi todas las personas que había conocido y querido en este mundo ahora estaban muertas, gracias a él. La culpa le absorbía y una parte de él quería morir con ellos también. Los únicos de quienes no conocía el destino eran su hermana, Sandara y su perro, Dray. Se preguntaba si todavía estaban vivos, allá fuera en algún lugar, si habían sobrevivido de algún modo. La última vez que había visto a su hermana fue cuando está partió hacia el Gran Desierto y la última vez que había visto a su perro le estaba clavando los dientes en la garganta a un soldado. Darius cerró los ojos y recordó el horrible golpe que el soldado le había dado al perro con un garrote, recordaba su quejido al caer al suelo y rezaba por que hubiera sobrevivido de alguna manera.

Darius sintió un repentino impacto en el costado de su cabeza, el ruido del metal sonaba en sus oídos, se tambaleó hacia atrás y se dio cuenta de que su contrincante había blandido sus escudos y le había golpeado en la cabeza.

Morg se interpuso entre ellos y los chicos se detuvieron.

“Has perdido la concentración”, Morg reprendió a Darius. “Cuando hagas esto en el circo, al lado de tu cabeza no habrá un escudo, sino el filo de un hacha”.

Darius estaba allí, respirando con dificultad y entendió que tenía razón.

Morg miró a los demás.

“¿Veis el error que cometió hoy Darius”? Si alguno de vosotros pierde la concentración, si alguno de vosotros va a otro lugar, será la última vez que lo haga. No es que me impore si morís todos –de hecho, lo estoy deseando. Pero no quiero que muráis pronto por mí. Esto dará una mala impresión de *mí*. La gente necesita entretenimiento y, si caéis pronto, yo pagaré por ello. Y no tengo pensado pagar por nada”.

Inspeccionó a los chicos mientras un tenso silencio caía sobre ellos.

“Si hay alguno de vosotros que no sea capaz o no quiera luchar, que me lo diga ahora”, añadió, analizando sus rostros.

Darius echó un vistazo a la formación de docenas de chicos y todos parecían perdidos, desolados, para él, rostros llenos de adversidades, chicos que habían sufrido, como él, que habían vivido una vida de trabajo y dolor. Había caras que no deberían tener ese aspecto de dolor a una edad tan temprana.

“¡Yo no deseo luchar!” exclamó un chico.

Todas las miradas se dirigieron hacia él, un chico sorprendentemente más grande y musculoso que los demás, mientras daba un paso adelante y bajaba la cabeza.

“No deseo matar a nadie”, dijo el chico. “Soy un hombre sencillo. Un granjero. Nunca he hecho daño a nadie. Y no deseo hacerlo ahora”.

Morg lo miró, con una amplia sonrisa, y caminó lentamente hacia él, sus botas crujían en el patio. Morg, sin camisa, con las piernas cubiertas por la negra armadura, era una figura imponente, más grande incluso que este chico, se detuvo ante él y lo miró de arriba abajo como si no fuera nada.

“Eres muy valiente al admitir tus miedos”, dijo Morg, “al decirme cómo te sientes. Te lo agradezco. Entiendo que no quieras luchar y puedo ayudarte”.

El chico miró hacia arriba esperanzado y Morg dio un paso adelante, estiró el brazo y sacó un pequeño puñal de su cinturón. Darius se dio cuenta demasiado tarde e intentó gritar, lanzarse hacia delante.

Pero no hubo tiempo. En un rápido movimiento hizo un paso adelante, agarró al chico por la nuca y se lo hundió en el corazón, sujetándolo con fuerza.

El chico gritaba con agonía, pero Morg lo sujetaba fuerte, apretando el cuchillo en su pecho, sujetándolo cara a cara, mientras lo miraba fijamente. La mirada del chico se heló hasta que, finalmente, se quedó como congelado y se desplomó.

Morg lo dejó caer sin entusiasmo al suelo, a sus pies. Allí yacía, su sangre roja manchaba de rojo la arena.

“¿Veis?” dijo Morg mirando hacia el chico. “¡Ahora necesitáis luchar!”

Morg subió la mirada y lentamente estudió las caras de los otros chicos; todos miraban al chico muerto, con terror en sus miradas. El mismo Darius sentía que ardía de rabia, tenía ganas de matar a Morg.

“¡NO!” gritó Darius, incapaz de contenerse.

Se lanzó hacia delante, dispuesto a golpear al hombre hasta la muerte, pero apenas se había movido unos metros cuando varios soldados dieron un paso adelante, vestidos con armaduras completas y le cerraron el paso con sus alabardas.

Morg apenas sonreía. Se giró y echó un vistazo a todos los demás chicos,

que ahora lo miraban fijamente, esta vez con miedo.

“¿Hay alguien más entre vosotros que no desee luchar?” preguntó. “¿Algunos que no quieran hacer daño a los demás? ¿Algunos que tengan miedo?”

Todos los chicos estaban allí, en silencio esta vez, ninguno deseaba dar un paso adelante o decir una palabra.

Morg asintió con satisfacción.

“El circo no es para los dóciles y los temerosos; no es para aquellos que no están seguros de poder luchar, o que no están preparados para matar a otros. No dejaré que mis gladiadores me avergüencen ante el Imperio. Tú, un paso adelante”, dijo, señalando a uno de los prisioneros más pequeños.

El pequeño chico dio un paso adelante y Morg se dio la vuelta e hizo una señal con la cabeza a otro chico, una bestia musculosa con la piel rojiza, una mirada maliciosa, los ojos estrechos, una cara cubierta de cicatrices y un largo pelo trenzado que le caía por la espalda.

“Drok”, dijo Morg. “Ven hacia delante”.

Drok, estrechando los ojos con maldad, dio un paso adelante y miró fijamente al chico más pequeño como un león que quiere devorar a su presa. Darius veía la maldad en los estrechos ojos de Drok mientras miraba al chico pequeño. Podía sentir que era un asesino curtido.

Morg asintió con la cabeza y uno de sus soldados lanzó un garrote a Drok y otro al chico. El chico se movió torpemente y se le cayó, mientras Drok lo cogió sin esfuerzo y se dio la vuelta para encararse al chico con gusto.

Drok atacó, sin esperar, mientras el chico más pequeño intentaba torpemente coger su garrote, Drok bajó su garrote con tanta fuerza que partió el garrote del chico pequeño en dos.

En el mismo movimiento Drok se balanceó hacia atrás y golpeó al chico en la mandíbula, haciendo girar su cabeza y mandándolo al suelo, de cara al barro.

El chico yacía allí, inmóvil, la sangre salía por su boca.

Morg dio un paso adelante por encima del chico y miró hacia abajo fijamente con desaprobación.

“Perderías el tiempo en el circo”, le dijo al chico inmóvil. “La arena no es para los débiles o los patosos”.

Mork hizo una señal con la cabeza a Dork y, dando un paso adelante, levantó el garrote por encima de su cabeza y lo bajó en dirección al cráneo del chico.

Darius se dio cuenta, una vez más demasiado tarde, de lo que estaba pasando.

“¡NO!”

Darius echó a un lado a sus captores y echó a correr hacia delante.

Pero no a tiempo. Drok bajó su garrote, golpeando el cráneo del chico, matándolo allí mismo.

A Darius se le revolvió el estómago al ver al chico tumbado en un charco de sangre.

Darius, furioso, soltó un grito gutural, embistió hacia delante y derribó a Drok, lo echó hacia atrás y fue a parar de golpe al suelo.

Los otros chicos se reunieron alrededor y pedían gritando una lucha, mientras Darius se revolcaba con él en una nube de polvo. Drok casi le doblaba el tamaño a Darius, era nervudo, todo músculo, sin una pizca de grasa y era escurridizo, pues estaba cubierto en sudor. A Darius le costaba agarrarlo mientras daban vueltas por el suelo, cubiertos de tierra y sangre.

Drok consiguió ponerse encima de Darius y bajó los dedos pulgares con la intención de arrancarle los ojos a Darius. Darius los cogió en el aire y los retuvo, pero entonces Drok se echó hacia atrás e intentó morderle los dedos a Darius.

Darius apartó rápidamente las manos y, con la frente, Drok le dio un cabezazo a Darius en la cara.

Darius cayó de espaldas al suelo, el mundo le daba vueltas y vio cómo Drok se disponía de nuevo a arrancarle los ojos. Darius se inclinó hacia atrás, hizo girar su codo e impactó con la mandíbula de Drok.

Drok cayó de encima suyo dando una vuelta, fue a parar al suelo a su lado y Darius, rabioso por aquellos otros chicos, le dio puñetazos en la cara, una y otra vez, hasta que finalmente sintió varias manos fuertes que lo estiraban hacia atrás.

De pie, tirado por varios soldados del Imperio, Darius vio que Morg se acercaba.

“Tu instinto es fuerte”, dijo. “Ciertamente serías un buen luchador si no

fuera por tu compasión. Sigue con esta compasión y esto significará tu muerte. No sientas lástima por aquellos más débiles que tú, por aquellos que mueren injustamente. En el circo no hay lugar para la compasión. Solo hay lugar para la victoria”.

Morg dirigió su mirada al grupo de chicos, como si buscara a más para deshacerse de ellos y esta vez sus ojos se detuvieron en Luzi. Darius podía ver lo que estaba pensando: Luzi era más pequeño que todos los demás y también quería deshacerse de él.

“Vosotros dos”, dijo a dos chicos grandes, “luchad con aquel chico”.

Luzi echó una mirada a Darius, nervioso, mientras daba un paso adelante y le obligaban a enfrentarse a los dos chicos grandes, con un garrote cada uno. Luzi parecía aterrorizado.

Darius se soltó del soldado y corrió entre Luzi y los chicos.

“Si queréis luchar con él, tenéis que enfrentaros a mí”, les dijo Darius.

Los dos se miraron nerviosos, después de ver su última actuación, estaba claro que ninguno quería luchar con él.

“Luchad con él”, insistió Morg. “O yo mismo os mataré”.

Los dos chicos fueron corriendo hacia Darius, que estaba desarmado, y cuando el primer chico blandió un garrote hacia su cabeza, Darius se agachó, alargó el brazo y le dio un puñetazo en el riñón. Se desplomó, inmóvil.

El otro chico fue hacia el costado de Darius, pero Darius se apartó de una vuelta y, a la vez, barrió las piernas del chico desde abajo, tirándolo de espaldas, entonces dio un giro y le dio un codazo en la cara, derribándolo.

Los dos chicos yacían en el suelo, inmóviles, y Darius se puso de pie y miró desafiante a Morg.

Morg lo miró fijamente, furioso.

“Manda a alguien más a luchar con Luzi”, dijo Darius furioso, “y tendrá que vérselas conmigo. Lo mataré con mis propias manos si hace falta”.

Morg estaba allí, obviamente furioso, sin saber qué hacer, mirando de Darius a Luzi.

Finalmente, escupió en el suelo.

“Dejadlo que muera allí entonces”, dijo bruscamente. “Es una muerte más para los espectadores. Y ha llegado la hora de la matanza”.

Con esto, Morg se dio la vuelta y se fue caminando con aire pomposo por

el patio, sus hombres lo siguieron, y Darius y los demás pronto sintieron cómo los encadenaban en grupo y los llevaban a través del patio polvoriento. Más adelante se abrió la enorme puerta de una celda, que llevaba a un estrecho túnel de piedra y, mientras tanto, Darius oía los gritos. Era el sonido de una multitud, la multitud más grande que jamás había oído, sedienta de sange, y chillando cada vez más y más fuerte.

Sabía que había llegado la hora de entrar al circo.

CAPÍTULO ONCE

Volusia observaba sorprendida cómo salían centenares de miles de soldados del Imperio, dispuestos a atacarla, preparados para enfrentarse en la mayor batalla que jamás había experimentado. Se dirigían a ella por todos lados, saliendo a raudales por ambos lados de los muros de la capital. También salían en masa a través de las puertas de oro de la capital, que se abrían más y más, mientras los hombres del Imperio soltaban un gran grito. Parecía que las mismas puertas del infierno se abrían para atacarla. Jamás había visto tantos hombres.

Volusia estaba sorprendida y decepcionada porque la brujería de los Voks no había logrado derribar los muros de la capital, sorprendida de ver que sus poderes eran inútiles ante aquellas fortificaciones y que no le quedaba otro remedio que prepararse para una guerra convencional –sus doscientos mil hombres contra un ejército dos o tres veces su tamaño.

Volusia miró por encima de su hombro y sintió alivio al ver que sus hombres mantenían las posiciones, bien disciplinados, y que todos avanzaban, como ella había ordenado, para encontrarse sin miedo con el ejército.

Mientras los hombres se iban acercando, ahora a menos de cien metros y ganando velocidad, uno de sus consejeros se acercó a su lado.

“Diosa, debe retirarse”, dijo, con miedo en la voz mientras le tiraba del brazo. “aquí morirá. Debe retirarse ya a las filas posteriores”.

Volusia soltó su brazo y se mantuvo firme, encarándose desafiante al ejército del Imperio. Al fin y al cabo, era una diosa. Sentía que lo era. Era invencible. Y ningún hombre, nada en esta tierra, podía hacerle daño.

“Si tienen que luchar con mis hombres, tendrán que luchar conmigo primero”, respondió. “Tendrán que vérselas conmigo”.

Volusia estaba allí mientras sonaban cuernos y trompetas, mientras soldados montados en caballos enormes, ondeando banderas, se le echaban encima. Alzó la vista y vio, allá arriba, al general del Imperio, mirando hacia abajo, obviamente disfrutando, satisfecho de estar a punto de presenciar una sangrienta matanza.

Sin embargo, Volusia no tenía miedo. De hecho, se deleitaba en la confrontación. Toda su vida le había gustado la violencia y sentía que esto no

era diferente.

“¡Dividíos en tres!” ordenó, su voz resonaba entre el estruendo de los caballos galopando. “¡Unos a la izquierda, otros a la derecha y otros en medio conmigo!”

Su ejército, bien disciplinado, hizo lo que ella ordenó, se dispersó en tres unidades, preparados para enfrentarse a cada uno de los tres batallones del Imperio. Una enorme caravana de caballos cargaba directamente hacia ella, por encima del puente de oro y, delante de ellos, a la vanguardia, se le echaban encima miles de soldados a pie, con sus largas hachas negras y doradas sostenidas en alto, brillando al sol.

Volusia sabía que no contaba con el número de hombres de estos soldados. Pero tenía una fe inalterable en ella misma: simplemente no se veía a ella misma morir. Y lo que ella no veía, no podía suceder.

Se acercaron más y más y Volusia estaba allí y se preparaba cuando el primero de los hombres llegó hasta ella, gritando, con el hacha de guerra levantada hacia el cielo, brillando mientras la dirigía hacia su frente.

Volusia esperó hasta el último momento, hasta que el filo casi tocó su cara, de pie completamente inmóvil, entonces levantó el brazo y llevó la pequeña cuchilla que tenía atada a su mano derecha hacia la garganta del soldado. La llevó directamente hacia allí, incrustándola en la garganta del hombre, hasta que la sangre gorgoteó, dejó caer el hacha, cayó de rodillas y se desplomó de cara, muerto.

La primera víctima de esta guerra era suya y Volusia no podía estar más emocionada. Cuantos más hombres se le acercaban, ahora de todos lados, ella se giraba y se daba la vuelta, usando su pequeño cuchillo para rajarse una garganta tras otra. No le hacían falta ni la fuerza ni el tamaño cuando tenía destreza y astucia; ella sabía que el arma más pequeña, usada por la persona más pequeña, a veces podía ser la más mortífera de todas.

Entonces se oyó un tremendo ruido de armaduras y armas, de hombres gritando, cuando finalmente todos los ejércitos se encontraron en el medio, en una gran enfrentamiento en batalla. Los dos bandos se encontraron en una explosión de energía, las espadas chocaban con los escudos, las hachas, mazas, alabardas y las lanzas chocaban con las armaduras, extremidades perdidas, hombres que morían a ambos lados al juntarse. La lucha era intensa

y violenta, hombre a hombre, hombre a hombre, ningún bando cedía en lo más mínimo. Quebrantaban las filas los unos a los otros, llevados por sus impulso, seguidos de un ir de aquí para allí, las filas fluctuaban en ambas direcciones.

Los hombres de Volusia, a su favor, no cedían ante el miedo, se mantenían firmes como un muro de piedra, incluso ante los ejércitos que los atacaban. Los hombres de Maltolis estaban bien disciplinados; esto es lo que te aportan años de entrenamiento a manos de un loco.

Volusia veía que los ejércitos del Imperio habían esperado su potencia para llevarlos, habían esperado a arrollar a sus hombres como una marea o habían esperado que se retiraran. Pero nada de esto había sucedido y esto, sus hombres manteniéndose incondicionalmente firmes, había creado un efecto cuello de botella que empezó a funcionar a favor de Volusia. Pronto los hombres del Imperio tuvieron que retroceder, directos hacia la capital, aunque muchos pudieron atravesar las puertas de la capital de una vez con todos los hombres de ella parados. A pesar de sus grandes cifras, ambos lados se mantenían igualados.

Sin embargo, a los laterales de la batalla, era otra historia: allí, en campo abierto, la fuerza llevaba a las grandes cifras del Imperio hacia delante y seguían llegando a raudales, un batallón tras otro, sobrepasando las fuerzas de ella. Sus hombres llevaban a cabo una lucha valiente, matando a montones de hombres del Imperio pero el Imperio tenía una reserva interminable de hombres y, para el Imperio, los hombres eran baratos. Volusia no tardó en darse cuenta de que estaban siendo vencidos en los laterales. Los cuerpos se amontonaban rápidamente en el suelo del desierto y sabía que debía hacer algo con rapidez o se arriesgaba a que la rodearan.

Volusia oyó un repentino estruendo y sintió cómo la tierra se movía a sus pies y hacía que se tambaleara. Oyó hombres chillar y, al echar un vistazo, vio que una roca enorme había ido a parar al suelo a pocos metros de ella, dejando un gran cráter en el suelo y aplastando a varios de sus hombres. También mató a algunos hombres del Imperio, pero al Imperio parecía no importarle.

Volusia alzó la vista y vio al general del Imperio en lo alto de los parapetos de la ciudad, mirando hacia abajo con una sonrisa de satisfacción. Vio que docenas de rocas más asomaban por el filo de los parapetos,

manteniendo el equilibrio con precariedad, a punto de ser lanzadas hacia abajo.

Volusia observaba horrorizada cómo las rocas empezaban a caer, una tras otra, y el suelo temblaba y se movía por las explosiones que habían a su alrededor. Enormes nubes de polvo se levantaban en el aire mientras los hombres gritaban de agonía. Sus hombres caían a diestro y siniestro y Volusia enseguida supo que no solo las rocas eran letales, sino también el impacto psicológico de aquellas armas que les arrojaban.

Sabía que perderían esta batalla si no hacía algo, y rápido.

Mientras Volusia terminaba de cortar el cuello a otro hombre, miró hacia arriba y se preparó al divisar a varios soldados del Imperio que salían disparados hacia ella. Todos la tenían en el punto de mira y sabía que esta vez no podía evitarlos. Se tapó la cara con las manos mientras bajaban las hachas, sabiendo que no podía hacer nada más y preparándose para encontrarse con su destino.

Vokin dio un paso adelante a su lado y levantó una mano y, al hacerlo, se formó una burbuja de un verde claro a su alrededor; las hachas que descendían hacia su cabeza rebotaron sin causarle daño, una tras otra y tras otra.

Volusia estaba allí, agradecida de estar viva mientras los soldados no podían tocarla. Ellos blandían sus armas una y otra vez, en vano.

Volusia dio un paso adelante y clavó su puñal a uno de ellos en el corazón, clavándolo en el pecho hasta que le sacó el corazón. Lo alcanzó con sus manos y lo arrancó, disfrutando del momento mientras el hombre caía gritando al suelo y Volusia sostenía su corazón, todavía latiente, en la mano.

“Yo soy la Diosa Volusia”, dijo con calma al soldado moribundo.

Volusia se dirigió a Vokin, sabía que debían hacer algo.

“Si no puedes derribar los muros”, le dijo gritando por encima del estruendo, “entonces hazme otro hechizo. Hiérelos de otra manera”.

Él le echó una mirada intencionada, se dio la vuelta e hizo un gesto con la cabeza a su ejército de Voks verdes. Ellos, a la una, dieron un paso adelante y levantaron las manos.

Salieron volando esferas de luz verdes, apuntando bajo, hacia el suelo del desierto y, cuando impactaban, el suelo del desierto empezó a agrietarse y a abrirse. Aparecieron fisuras, que se hacían más anchas, y pronto de unos seis

metros de ancho, entre el ejército de Volusia y la embestida de soldados del Imperio.

Las fuerzas del Imperio, todavía atacando, se tambalearon, hombre y caballo, hacia las zanjás. Los hombres gritaban mientras caían y eran asfixiados por más hombres y caballos que iban a parar encima suyo.

Las decenas de miles de soldados del Imperio que iban al ataque se detuvieron bruscamente mientras sus hombres se desplomaban en las zanjás. Era como si la tierra se los estuviera tragando.

Los hombres del Imperio que estaban atrapados cerca de las trincheras se dieron la vuelta y miraron por encima del hombro, atemorizados, dándose cuenta de que estaban separados del ejército principal.

“¡AL ATAQUE!” ordenó Volusia.

Sus hombres, envalentonados, soltaron un gran grito de guerra y atacaron, doblando sus esfuerzos. Clavaban la espada y apuñalaban a los soldados atrapados, derribándolos por docenas, haciéndolos retroceder. Volusia sacó su mayal de tres puntas, lo balanceó en alto y golpeó a media docena de soldados detrás de la cabeza, con una gran sonrisa mientras los mataba.

Los hombres del Imperio, aterrados, empezaron a darse la vuelta y a huir.

“¡FLECHAS Y ESPADAS!” gritó Volusia.

Sus hombres tomaron posiciones y arrojaron lanzas y dispararon flechas a las espaldas de los soldados que huían y estos cayeron por centenas.

La fuerza estaba girando a su favor, pero Volusia echó un vistazo y vio que las zanjás se estaban llenando, abarrotadas con miles de soldados del Imperio y supo que no podía aguantar por mucho tiempo.

“¡LAS LLAMAS!” exclamó Volusia.

Vokin se adelantó con sus hombres y, al levantar las manos, esta vez salieron volando hacia delante esferas rojas, impactando contra los soldados de dentro de las zanjás. Al hacerlo, todos los soldados de dentro de repente ardieron en llamas, enormes llamaradas subían con furia hacia el cielo, mezcladas con el horrible sonido de hombres que eran quemados vivos. Un enorme anillo de fuego rodeaba la capital, mientras los hombres soltaban gritos horribles y todas las zanjás ardían.

“¡AL ATAQUE!” gritó Volusia.

Volusia embistió hacia delante, directa al centro, directa a las zanjás, hacia

todos los hombres que estaban ardiendo, sin miedo. Corría rápidamente, por encima de sus cabezas, hombros y brazos, usándolos como un puente humano y, mientras chillaban bajo ella, se deleitaba con su sufrimiento. Corría a través de ellos, pisando de cabeza en cabeza, de hombro en hombro, sus hombres la seguían, usando los cuerpos del Imperio como pasarela.

Al otro lado, Volusia corrió directo a las puertas de la capital. Los soldados del Imperio que estaban ante ellas, agobiados, con el humo en la cara, aterrorizados al ver que sus hombres venían al ataque a través de las llamas, finalmente se rindieron. Se dieron la vuelta y corrieron hacia la seguridad de las puertas de la capital.

El comandante del Imperio, que lo estaba observando todo, vio lo que estaba pasando allá abajo, frunció el ceño y gritó una orden. Sonaron los cuernos y, lentamente, las grandes puertas doradas de la capital se cerraron. No le importaban sus hombres que todavía no habían entrado, cerró las puertas delante de ellos. Tomó la decisión de salvar primero la ciudad.

Volusia dirigía a sus hombres con furia mientras gritaban fuerte y mataban a cientos de soldados del Imperio más atrapados entre ellos y las puertas, ahora cerradas. No tenían ningún lugar al que ir y los asesinaban sin piedad, su sangre manchó las puertas.

La misma Volusia mataba hombres, dando golpes con el machete como a través de arbustos de espinas, en dirección a las puertas de la capital, sus hombres la seguían de cerca, hasta que finalmente no quedó nadie a quien asesinar.

Respirando con dificultad, viendo que no quedaba nadie con quien luchar y examinando las puertas que había ante ella, exclamó:

“¡ARIETE!”

Sus hombres se dividieron y, ante ella, pasó rodando un enorme ariete de hierro sobre ruedas, empujado hacia delante por dos docenas de hombres. Tiraron de él hacia atrás para, a continuación, tirar de él hacia delante a toda velocidad, golpeando fuerte en las puertas doradas. Entonces se oyó un gran golpe seco.

Golpearon otra vez, y otra, y otra. Pero las puertas doradas no cedían.

Volusia vio caer algo por el rabillo de ojo y empezó a oír que sus hombres chillaban. Alzó la vista y vio, allá arriba, a las fuerzas del Imperio

inclinándose al borde de los parapetos y vertiendo calderas de aceite hirviendo sobre sus hombres. Entonces dejaron caer antorchas y sus hombres, que estaban manejando el ariete, ardieron de repente en un gran incendio y el ariete junto a ellos.

Volusia soltó un grito, furiosa, decidida a atravesar aquellas puertas. Por el horizonte venían refuerzos del Imperio y sabía que su tiempo era limitado. Necesitaba entrar en la capital, golpear en su corazón, cortar su cabeza y tomar el mando de sus ejércitos. Sabía que si no podía atravesar aquellas puertas, todo estaba perdido.

Sabía que había llegado el momento de tomar acciones desesperadas.

Volusia se dio la vuelta e hizo una señal con la cabeza a uno de sus comandantes.

“¡Las catapultas humanas!” ordenó.

El comandante la miró fijamente, con los ojos abiertos como platos, pero seguidamente ladró las órdenes a sus hombres.

Desde las filas posteriores del ejército poco a poco se formó una larga fila de catapultas, docenas de ellas, más pequeñas que las otras. En cada una de ellas había una bala de paja y, mientras Volusia observaba, la élite de sus soldados se montaba en la paja y se ataba las balas al estómago, sujetándose en la catapulta.

“Mi señora”, dijo Gibvin, el comandante de sus ejércitos, corriendo hacia ella, con pánico en los ojos, “este es un plan insensato. Matará a hombres buenos. No puede salir bien. Todos estos hombres morirán”.

Ella le echó una mirada fría.

“Algunos morirán”, dijo ella, “pero los valientes vivirán. Yo misma entre ellos”.

Él la miró fijamente, incrédulo.

“¿Usted?” dijo. “¿No pretenderá unirse a ellos?”

Ella le sonrió.

“Yo iré la primera”, respondió.

“Morirá”, dijo con la voz entrecortada.

Ella hizo una sonrisa más amplia.

“¿Y desde cuándo le temo a la muerte?”

Volusia corrió hacia las catapultas, se ató una bala de paja con una cuerda

larga y subió a una catapulta. Miró a la izquierda y a la derecha y vio docenas de otros soldados atados a la paja, cada uno en su catapulta, todos mirándola fijamente con una mirada aterrorizada, esperando. Miró hacia arriba, a unos treinta metros, y vio lo descabellado que era. Sin embargo, si iba a morir, no se le ocurría mejor manera.

“¡FUEGO!” ordenó.

Entonces se oyó el repentino ruido de cuerdas cortadas, el crujir de los engranajes de madera y Volusia perdió la respiración al sentirse, de golpe, disparada al aire, dibujando un arco como una estrella fugaz, más y más arriba en el cielo, junto a docenas de sus otros hombres, todos atados a enormes balas de paja. Volusia, abrumada por la sensación, apenas podía respirar, mirando con dificultad por el viento, sintiendo cómo su estómago caía. Nunca se había sentido tan temeraria. Tan viva. Se sentía libre por primera vez en su vida. Libre de todo miedo a morir.

Volusia salió disparada hacia arriba, por encima de los muros, pasando a unos seis metros por encima de ellos y miró hacia abajo, a la mirada atónita que había en la cara del general del Imperio, mientras observaba cómo ella planeaba por encima de su cabeza, por encima del muro.

Sin embargo, ella fue una de los afortunados: muchos de sus hombres en las catapultas no consiguieron salvarlo, sino que impactaron contra el muro, gritando mientras se desplomaban directos hacia su muerte en el lado equivocado.

Mientras Volusia pasaba por encima del muro y empezaba a caer al otro lado, miró hacia abajo y vio las calles de la capital del Imperio bajo ella. Cuando la velocidad disminuyó, la sensación creciente se detuvo pero, al hacerlo, sintió una repentina sensación de desplomarse, su estómago le subió a la garganta y empezó a caer directamente al otro lado.

Se agitaba al caer, con la bala de paja atada al pecho e intentó colocarse de tal manera que aterrizara sobre la paja. Rezaba para que la bala aguantara, para que su plan funcionara, para aterrizar primero sobre su barriga. A su alrededor, sus soldados gritaban mientras se agitaban al caer también hacia abajo.

Al caer, las calles adoquinadas se acercaban más y más, amenazadoras...

Sus hombres pesaban más que ella y muchos aterrizaron antes que ella. Los

que ella vio no tuvieron tanta suerte. La mayoría no aterrizaron adecuadamente, dando vueltas torpemente y yendo a parar sobre la piedra y rompiéndose la espalda al instante. El sonido repugnante de huesos al romperse llenaba el aire. Le hubiera causado terror, si hubiera habido tiempo para el terror.

Instantes después, Volusia se preparó y golpeó el suelo con el impacto de un asteroide que cae a la tierra. Se dio la vuelta en el último segundo y consiguió colocar la paja entre ella y el suelo. La bala de paja explotó y dio un golpe contra el suelo a través de ella, que le amortiguó la caída.

Volusia estaba allí tumbada, la cabeza le daba vueltas, le faltaba el aire, poco a poco se incorporó sobre sus manos y rodillas. Sacudió la cabeza y le llevó unos instantes darse cuenta de que estaba viva.

Lo había conseguido.

Miró a su alrededor y vio que una docena de sus hombres también lo habían conseguido.

Volusia, que oyó los gritos de los soldados del Imperio reuniéndose en las calles, no perdió el tiempo. Se soltó las cuerdas, se puso de pie torpemente y dirigió el camino, corriendo hacia las puertas de la capital. Sus hombres, poniéndose de pie uno tras otro, fueron tras ella.

Ante ella, por lo que podía ver, había media docena de soldados del Imperio, de espaldas a ella, haciendo guardia ante las puertas doradas. Era una formación ligera porque, por supuesto, el Imperio nunca esperaba que las puertas cedieran. Y estaban de espaldas a ella porque nunca esperaban una amenaza desde el interior.

Volusia corría todo lo rápido que podía, cerrando el cerco, y consiguió clavar un cuchillo en la espalda de uno de los soldados antes de que ninguno de los demás reaccionara.

Sin embargo, los demás se dieron la vuelta y un soldado del Imperio levantó su espada y la dirigió al cuello descubierto de Volusia; ella vio que no podía reaccionar lo suficientemente rápido y se preparó para el golpe.

Una lanza pasó zumbando por el aire, atravesó al soldado y lo clavó en la puerta. Entonces vinieron unos cuantos más y Volusia se dio la vuelta y vio que sus hombres corrían para unirse a ella. Atacaron a los soldados en avalancha y los soldados, sin saber qué estaba pasando y desprevenidos, pronto estuvieron

mueritos, lanzas, espadas y mazas descendieron sobre ellos como una lluvia de muerte.

Volusia echó un vistazo y vio, satisfecha, que todos los hombres que guardaban la puerta estaban muertos. Se giró y divisó una enorme y antigua manija de oro que controlaba la apertura de las puertas.

“¡LA MANIJA!” exclamó.

Volusia corrió hacia la enorme manija, levantó el brazo y con todas sus fuerzas tiró de ella –en vano. Pesaba demasiado para ella.

Sus hombres se unieron a ella y juntos empezaron a tirar de ella hasta que, poco a poco, empezó a moverse.

Entonces se oyó un gran chirrido y lentamente, palmo a palmo, Volusia observó deleitada cómo las puertas empezaban a moverse. Al principio solo era una grieta de luz, de unos centímetros de ancho, pero después se hizo más amplia. Y más.

Tras ella, docenas de soldados del Imperio dentro de la ciudad se percataron de su presencia y fueron al ataque para matarla. Estaban a menos de treinta metros y acercándose.

Pero mientras las puertas se abrían se oyó un gran grito y Volusia observó extasiada como su ejército llegaba en oleadas. Los soldados del Imperio se detuvieron de golpe, se dieron la vuelta y marcharon corriendo.

Su ejército entró a raudales en la capital, a través de las puertas que cada vez se abrían más, y ella observaba cómo corrían como una estampida de elefantes, directos a las sagradas calles de esta antigua ciudad.

El ambiente pronto se llenó con el ruido de los soldados del Imperio y los ciudadanos que eran asesinados, de su sangre que llenaba las calles y Volusia echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Finalmente, la capital era suya.

CAPÍTULO DOCE

Gwendolyn tomó un trago lardo del saco de agua, que esta vez le pasó uno de los caballeros, inclinado sobre ella, con su armadura brillando al sol. Le dio más de beber que lo que habían hecho aquellos nómadas y ella bebía con ansia, tragando hasta que le caía por las mejillas.

Tosiendo, Gwen se incorporó por primera vez, sintiéndose llena de energía. Abrió los ojos, mirando con dificultad al sol, levantando una mano y se dio cuenta de que estaba en una barca, una barca larga y estrecha. En ella había media docena de aquellos caballeros, que la acompañaban, y esparcidos por allí estaban todos sus hombres, todos desparramados en varias posiciones de recuperación, a todos les ofrecían sacos de agua. Se deslizaban con calma por las aguas más azules que jamás había visto y su largo camino por el árido desierto, todo aquello parecía un sueño.

Gwen se llenó de alivio al ver que todos ellos estaban vivos, todos recuperándose, algunos de ellos incluso comiendo trozos de pan. Al alzar la vista vio que un caballero le ofrecía un pedazo de pan y, al darle un pequeño mordisco, sintió que recuperaba la fuerza. El caballero, de cuclillas a su lado, le tendió un pequeño plato de miel y al untar el pan en la miel y probarlo, le pareció lo más fantástico que jamás había comido. Sintió que el ánimo volvía a ella.

Gwen oyó un gemido y, al mirar hacia abajo, vio a Krohn acurrucado en su regazo e inmediatamente se acordó de él, sintiéndose culpable. Le ofreció el resto del pan y él lo agarró, se lo tragó y pidió más. Le lamió la miel de los dedos.

Gwen quería darle las gracias al caballero cuando se levantó para irse, pero todavía estaba demasiado agotada, su garganta demasiado seca para que le pudieran salir las palabras. Se preguntaba si alguna vez volvería a hablar.

Cuando el caballero se marchó para atender a los demás, Gwen acarició la cabeza de Krohn, observando la vista que tenía ante ella. Las suaves brisas del lago le acariciaban la cara mientras se deslizaban por él, tan grande como el océano, la barca se mecía suavemente. Los caballeros remaban en armonía y, mientras avanzaban, el lago brillaba, con el color azul más hermoso que jamás había visto. Todavía era más impresionante lo que había en el horizonte: una

tierra rebotante de abundancia, de un verde tan exuberante que, a su lado, las agua quedaban en ridículo. No parecía posible.

Gwen todavía se sorprendió más al ver tantos barcos de vela en el agua, cerca de la lejana orilla, tantas personas viviendo una despreocupada vida de tranquilidad, de alegría, navegando en armonía y seguridad. La vida en el Anillo había sido abundante, aunque siempre en guardia, endurecida por el combate, por las amenazas; aquí, parecía no haber amenazas. Le desconcertaba ver tanta libertad en medio de un Imperio hostil y tanta abundancia en medio de un desierto cruel y sin vida. Gwen podía decir a simple vista que esta sociedad, fuera la que fuera, era evidentemente rica, estaba sólidamente establecida, era segura y fiable tras la cresta de montaña que la enmarcaba, que se alargaba en un enorme círculo a su alrededor, en el horizonte, de la misma manera que el Cañón enmarcaba el Anillo. Y aún así, esta tierra, con toda su abundancia, dejaba incluso al Anillo en ridículo.

Gwendolyn quería hablar desesperadamente, saber más. Por su mente corrían muchas preguntas. Estiró la mano y le agarró el brazo a un caballero que pasaba por ahí y él se arrodilló, se giró y la miró. Ella intentaba hablar, pero no le salían las palabras; se sentía agotada por el esfuerzo.

“Ahora descanse”, le dijo en voz baja. “Lo necesita”.

Él se marchó y Gwen intentó observar, ver más; sin embargo, las brisas de las aguas calmadas, cargadas de humedad, la hacían dormirse, la hacían sentir relajada, profundamente en calma, por primera vez en no sabía cuánto tiempo y, a pesar de sus esfuerzos, al poco rato estaba profundamente dormida.

*

Gwendolyn abrió lentamente los ojos, miró con dificultad por el resplandor, se incorporó y apenas podía creer lo que veía. Al principio parecía una ilusión. Miró hacia arriba y vio dos inmensas estatuas de oro, cada una de unos treinta metros de alto, con los brazos en alto como en un extraño saludo y entrecruzados los unos con los otros. Una era la estatua de un caballero, con el torso musculoso, descubierto, y la otra era de una mujer, más pequeña, pero igualmente musculosa. Cada uno de ellos sostenía una espada y, cuando Gwen miró hacia abajo, vio que bajo ellos había un enorme arco, a través del cual el agua corría entre sus piernas, proclamando la entrada a la

tierra y fluyendo hasta un enorme puerto. La luz salía reflejada de ellas y brillaba sobre todo, haciendo que las aguas del puerto resplandecieran como si estuvieran vivas.

Mientras su barca lo atravesaba, Gwen se incorporó más, para contemplar los alrededores, cautivada. Había esperado encontrar un lugar solitario y tranquilo, cubierto de bosques y se sorprendió al ver que estaban en un sofisticado y animado puerto de ciudad, lleno de barcos altos, con todo tipo de mástiles y velas, con las orillas repletas de escaparates, casas, calles con adoquines lisos y desgastados y rebosantes de caballos, carros y gente. Todas las fachadas se veían antiguas y estaba claro a simple vista que esta sociedad había estado aquí durante siglos. El tráfico entrecruzaba el puerto en todas direcciones y el lugar rezumaba riqueza y lujo. Se preguntaba si todo aquello podía ser real.

Los demás también empezaban a despertarse mientras tomaban pronto tierra en un muelle, con una parada suave; apenas habían atracado cuando los caballeros que los acompañaban se apresuraron a ayudarlos a todos, cogiendo de los brazos a Gwen, ayudándola a levantarse para ir hasta el muelle. Era la primera vez que Gwen andaba desde la dura experiencia y se sentía bien al estar otra vez de pie, aunque fuera un poco inestable. Necesitaba ayuda al hacer los primeros pasos. Sintió un frotamiento en la pierna y se tranquilizó al mirar hacia abajo y ver que Krohn estaba todavía allí, a su lado.

Gwen estaba exultante al ver a Kendrick, Steffen y todos los demás caminando también, cuando llegaron al muelle, Kendrick y Steffen la cogieron cada uno por un brazo y la ayudaron a llegar a tierra seca. Ellos tenían la apariencia de haber pasado por una dura experiencia, mucho más flacos de lo que habían estado y, aún así, tenían una cálida sonrisa; ella podía decir que se sentían tranquilos, igual que ella, de tener una segunda oportunidad en la vida.

Los caballeros los guiaron hacia el muelle y hacia un reluciente carruaje descubierto, lo suficientemente grande para acogerlos a todos. Ella dejó que pasaran todos primero y observó con alivio al ver a toda su gente –Illepra y la bebé, Stara, Kendrick, Sandara, Steffen, Aberthol, Brandt, Atme y media docena de Plateados- embarcando. Gwen estaba emocionada al ver que Argon todavía estaba vivo también, llevado por los caballeros, en un estado muy debilitado, aunque inconsciente y, sin embargo, vivo después de todo. Lo

colocaron en la carreta con suavidad y ella rezaba para que pudieran encontrar una cura para él aquí en este lugar.

Por lo menos había rescatado a algunos de los del Anillo y, por lo menos, los había traído hasta aquí.

Uno de los caballeros la ayudó a subir los tres peldaños de oro y, cuando dio la vuelta para marcharse, Gwen estiró el brazo y le agarró la muñeca.

“¿A dónde vamos?” preguntó.

El caballero la miró, sorprendido.

“¿Por qué? Al castillo, mi señora”, respondió él, como si fuera la cosa más natural del mundo. “A encontrarnos con nuestro Rey. Estará en su derecho decidir qué será de ustedes, si permitirá que se queden”.

Gwen sintió una ráfaga de miedo.

“¿Qué clase de Rey es?” preguntó.

El caballero sonrió.

“Un Rey bueno y justo. Un Rey sabio. Rezo para que les permita quedarse”.

Entonces se oyó el chasquido de un látigo y los caballos –cuatro hermosas yeguas blancas, con el pelo largo y suelto, las más hermosas que jamás había visto– se pusieron de repente en acción. Salieron a paso rápido y Gwen se sorprendió de no sentir sacudidas. Al mirar hacia abajo vio que el carruaje era de una construcción superior, una que ella jamás había visto, y las carreteras eran muy lisas, era como cabalgar en el aire. Ella estaba impresionada, una vez más, por aquella gente, fueran quienes fueran.

Atravesaron calles immaculadas mientras recorrían el pueblo del puerto, lleno de gente vestida con elaborados atuendos. Las calles estaban rebosantes de gente que vendía mercancías, que probaban comida, que caminaban deprisa, todos andando por ahí libremente sin sensación de peligro. Gwen estaba sorprendida por todas sus modas, los vestidos de colores brillantes con un diseño inusual para todas las mujeres y por los peinados de los hombres; todos parecían llevar la cabeza afeitada y brillantes barbas rubias. Parecía ser la costumbre aquí.

Toda la gente parecía relajada y simpática, muchos se echaban hacia atrás y reían con ganas. Parecían ser una gente abierta y simpática, de risa fácil, los hombres y las mujeres eran altos y de hombros anchos, bien bronceados y

relajados, los niños corrían y reían a sus pies. Le recordaba la Corte del Rey en su auge.

Gwen examinaba los edificios en busca de alguna señal de un castillo, contemplando este lugar con satisfacción y no veía ni rastro de él. De hecho, la carretera pronto giró y se dirigió fuera de la ciudad y, ante ella, vio que se dirigían a campo y cielo abierto, se dirigían a colinas verdes suavemente ondulantes. Se sorprendió al ver que estaban dejando la ciudad.

Ella entendió que el castillo debía de estar en algún otro lugar –quizás más hacia el interior.

Gwen se inclinó hacia delante, más cerca del conductor del carruaje, que sostenía las riendas de los caballos, de espaldas a ella.

“¿Dónde está el castillo?” le preguntó Gwen.

Él la miró por encima del hombro de buena manera y negó con la cabeza.

“No queda mucho, querida”, dijo. “Está al otro extremo de la Cresta. Puede que nos lleve casi todo el día llegar allí. Simplemente siéntese y relájese y disfrute de nuestra tierra”.

La carretera llevaba a otra carretera de la misma manera que una tierra cambiaba a otra, más rural, árboles exuberantes dibujaban el camino. Viajaban arriba y abajo por suaves colinas ondulantes, girando y dando vueltas suavemente, los pájaros cantaban, pasaban huertos de árboles frutales y viñedos y granjas como jamás había visto. Gwen veía campos enteros llenos de brillantes frutos rojos, que goteaban jugo. Vio otros campos llenos de arándanos del tamaño de su mano. Vio viñedos cargados de uvas, vio agricultores felices empujando carros, silbando; vio exuberantes campos de hierba y un horizonte entero lleno de ganado, caballos y cabras pastando libremente bajo los relucientes soles, que aquí eran de un naranja más suave.

Esta era una tierra de esplendor.

“¿Alguna vez había visto algo así?” dijo una voz a su lado.

Ella vio que Kendrick estaba sentado a su lado, mirándolo todo, como estaban los demás, igualmente sorprendido.

Gwen negó con la cabeza.

“Apenas puedo creer que sea real”, dijo Illepra, sentada a su otro lado, todavía sosteniendo a la bebé que, Gwen estaba feliz de ver, volvía a tener buen aspecto.

“¿Y qué pasa si este Rey no nos dejara quedarnos?” preguntó Steffen.

Eran las mismas preguntas que ardían en la mente de Gwen.

“Hemos sido honrados con una segunda oportunidad en la vida”, dijo ella.
“Sea lo que sea lo que Dios nos conceda, lo aceptaremos”.

Gwen se dirigió a Aberthol, que examinaba la tierra con su mirada significativa.

“¿Este es el Segundo Anillo?” le preguntó.

Él suspiró.

“No lo puedo asegurar, mi señora”, dijo. “Si el Segundo Anillo existe, seguro que debe de ser esto”.

Gwendolyn se giró y miró a Argon, moría por tener respuestas. Estaba ardiendo más que nunca por preguntarle, por que él le contara todo sobre aquel lugar, sobre su destino, sobre lo que sucedería. Sin embargo, él todavía yacía allí, respirando pero inconsciente.

Les pasaban sacos de agua, que les habían dejado allí los caballeros y Gwen notó que Steffen le dejaba uno, bueno y frío, en la mano. Bebió y tenía un gusto dulce, quizás mezclado con miel, y sintió una ola de alivio. También sintió sueño.

Las suaves brisas de este lugar llegaban a ella y se tumbó de espaldas, a su pesar, y cerró los ojos, cada paso del caballo la llevaba más y más a un sueño profundo.

*

Cuando Gwen finalmente volvió a abrir los ojos, no sabía cuántas horas más tarde, vio los dos soles bajos en el cielo, un suave brillo rojizo proyectado sobre las tierras. Miró a su alrededor y vio a los demás profundamente dormidos también. Lentamente se sacudió los sueños de la mente, sueños de Thorgrin, de Guwayne, ambos llegando a ella en algún mar lejano. Sentía un peso en el corazón al pensar en ellos. Se sentía consumida por la tristeza al mirar alrededor, en busca de ellos, deseando más que cualquier otra cosa que estuvieran aquí ahora, a su lado.

Gwendolyn escuchó un gemido, miró hacia abajo y acarició la cabeza de Krohn, que estaba en su regazo. Echó un vistazo y vio que el carruaje todavía se movía y se dio cuenta de que habían estado viajando todo el día. ¿Cómo es de grande esta tierra?, se preguntaba. Se maravillaba de que pareciera no tener

fin, de la abundancia que podía cubrir una zona tan amplia.

Gwen alzó la vista, era la única que estaba despierta, mientras el carruaje lentamente llegaba a la cresta de una colina y se detenía en la cima. Mientras la rodeaban, Gwen se inclinó hacia delante, anonadada por la vista que tenía ante ella: allí, en el horizonte, estaba la ciudad más hermosa que jamás había visto, todo estaba hecho de plata, chapiteles de plata brillantes se alzaban al cielo, reflejándose en el último sol de la tarde. Todo brillaba y parecía sumamente mágico. Era el sitio más hermoso que jamás había visto.

La ciudad, que se extendía eternamente, estaba rodeada por muros de piedra bajos, por una serie de fosas con puentes que las atravesaban y se entremezclaban con praderas y campos de pasto. Y en el centro, alzándose por encima de todo, había un castillo de plata reluciente, repleto de chapiteles, parapetos, con un puente levadizo y centenares de caballeros haciendo guardia.

Su corazón latía con más fuerza al contemplar todo aquello. ¿Quiénes eran aquella gente? se preguntaba. ¿Encontrarían un nuevo hogar aquí?

“Mi señora”, dijo el conductor, dirigiéndose a ella cuando se detuvo. “Permítame ser el primero en darle la bienvenida al Castillo de la Cresta”.

CAPÍTULO TRECE

Thor estaba en la proa del elegante barco pirata negro, ahora bajo su control, agarrado a la barandilla y observando el mar que se movía rápidamente a sus pies, mientras reflexionaba. Él sabía que, en algún lugar allá fuera, estaba su hijo, Guwayne. En algún lugar allá fuera estaba su destino, era lo que acabaría esta misión y le haría volver a Gwendolyn.

¿Pero dónde?

Mientras su barco subía y bajaba en alta mar, el mar le salpicaba la cara, ellos navegaban a toda marcha, con las velas llenas, más rápido ahora de lo que jamás lo habían hecho, gracias a este poderoso barco. Era lo que habían necesitado tener desde el principio. Por supuesto, no iba, aún así, tan rápido como Thor podría haber viajado montado en el dragón y, echando de menos a Mycoples, Thor buscó a Lycoples en el cielo, con la profunda esperanza de que volvería a ellos, a ayudarlos.

Pero no había ni rastro de ella.

Thor reflexionó. Había estado muy seguro de encontrar a Guwayne cuando partió por primera vez, muy seguro de que se encontraba a la vuelta de la esquina. Había sentido claramente dónde estaba, sabía que estaba cerca de encontrarlo.

Pero ahora, después del viaje por el infierno, después de aquella tormenta, después de la batalla con los piratas, Thor no estaba tan seguro; se sentía como si estuviera recogiendo las piezas, empezando de cero otra vez. Sin embargo, esta vez, no tenía ni idea de dónde buscar a su hijo. Ninguno de ellos lo sabía. No podía evitar sentir que ahora, incluso con el barco más rápido, estaban navegando en este barco sin rumbo.

Thor no sabía a dónde se dirigían, pero por lo menos iban *a algún lugar*; al fin y al cabo, quedarse quieto en aquellos mares no le daría a su hijo. Este barco, más rápido y grande que cualquiera que hubiera llevado, cortaba el agua como si fuera mantequilla y Thor pensó que era irónico que los piratas, unos renegados, tuvieron los mejores barcos para ellos. Por lo menos, se había hecho justicia en cierta medida.

Era una sensación agradable estar finalmente en un barco sólido, uno que los llevara fácilmente a través de los mares, que pudiera soportar cualquier

tormenta y repleto de provisiones. Thor y sus hermanos se habían sorprendido gratamente al descubrir, después de haber tomado el barco, que la bodega estaba llena no solo de todo tipo de botines, de joyas y oro y de utensilios de valor incalculable, sino también de barriles de ron, de vino, de agua fresca, de cerveza y caja tras caja llena de comida en lata, mermeladas, dulces, galletas saladas y otros bienes. Era obvio que estos piratas no pasaban hambre. Solo Dios sabía a quién se lo habían robado, pero a Thor ya no le importaba. Ahora era suyo, todo ello, y Thor finalmente se sentía equipado para atravesar el mundo si tenía que hacerlo, para encontrar a su hijo.

“¡Mira!” dijo la voz de una niña. “¡Mira lo que encontré!”

Thor volvió a la realidad y al darse la vuelta vio a Angel tirándole de la pierna, de pie a su lado. Se arrodilló y la miró, sosteniendo orgullosa algún tipo de exquisitez que había encontrado. Era largo y rojo y parecía que era blando.

“¿Qué es esto?” preguntó Thor.

Ella sonrió.

“¡Caramelo!” exclamó. “Es blando y gomoso. Sabe a frambuesa. ¡Pruébalo!”

Se lo pasó a Thorgrin con su brazo cubierto de lepra blanca y él sintió pena por dentro, al ver su enfermedad. Le había cogido más cariño a Angel de lo que podía expresar, como si fuera su propia hija, y le dolía verla sufrir por su desgracia. En su interior, Thor había decidido encontrar una cura para ella – incluso aunque tuviera que cruzar el mundo para encontrarla. Tenía que existir una manera; no la dejaría morir.

Pero Angel no parecía dolorida –al contrario, estaba muy contenta sujetando su caramelo.

Por fuera, Thor sonreía. Se lo llevó a la boca, le dio un mordisco y estaba delicioso, sabía a frambuesas explotando dentro de su boca.

“¡Aquellos piratas”, dijo con una risa, “por lo menos tenían buen gusto!”

Thor estaba encantado de ver a Angel de tan buen humor y se dio la vuelta para inspeccionar el barco. Vio que todos sus hombres estaban de buen humor, todos ellos parecían relajados y aliviados por primera vez desde que habían embarcado. Era comprensible. Finalmente, después de todo lo que habían pasado, tenían la comodidad y la seguridad de un barco lujoso y grande, toda

la comida que podían comer, todo el vino que podían beber y, por primera vez desde que podía recordar, no corrían peligro. Thor empezaba a sentirse relajado también y hubiera estado completamente a gusto si no hubiera sido porque sabía que su hijo y su mujer estaban en algún lugar, esperándolo y seguramente en peligro.

Con poca cosa que hacer, los otros holgazaneaban en cubierta, Elden afilaba su hacha, O'Connor pulía su arco y ajustaba el objetivo, cada hombre estaba ocupado con su arma, cada uno perdido en su mundo. Thor estaba exultante por volver a tener sus armas y, por encima de todo, le estaba agradecido a Angel, que ya le había salvado la vida más de una vez. Se dio cuenta de que lo gracioso era que él pensaba que era él el que la había salvado a ella pero era *ella* la que lo estaba salvando a él.

Se dirigió a ella, resuelto a mostrarle su gratitud.

“Mientras viva, te protegeré. Siempre pondré tu vida por delante de la mía. Quédate cerca de mí y te prometo que nunca te harán daño”.

Angel lo miró, con lágrimas en los ojos, y corrió hacia delante para abrazarlo.

“Tú ya me has devuelto la vida”, dijo, “al sacarme de aquella isla. Eres la única persona que he conocido que no me temía. Que no tenía miedo de tocarme o abrazarme. Me tratas como a una persona normal, como si no tuviera ningún problema. Y esto es lo que hace que quiera vivir de nuevo”.

Thor la echó hacia atrás y la miró significativamente.

“Y esto se debe a que no tienes ningún problema”, dijo. “Eres perfecta. Y sea cual sea la causa de tu dolencia, te prometo que encontraré una cura. ¿Confías en mí?”

Ella asintió con la cabeza y él pudo ver la esperanza rebosando en sus ojos y ella lo abrazó de nuevo, rodeando sus piernas con sus brazos.

“Te quiero”, dijo.

Thor se quedó atónito ante sus palabras, que le llegaron directas, especialmente después de todo lo que habían pasado.

“Yo también te quiero”, le respondió mientras la abrazaba y sentía cada una de las palabras.

Reece se acercó hacia allí, poniéndose a su lado, y Thor se giró a observar el mar con él.

“Parece que navegamos hacia el norte”, le dijo Reece a Thorgrin, poniéndole un brazo sobre el hombro. “¿Tienes algún destino en mente?”

Thor, lentamente y con tristeza, negó con la cabeza.

“Donde sea que esté mi hijo”, dijo. “Supongo que estoy esperando a que el azar me señale el camino”.

“Desde aquella tormenta”, interrumpió Matus, acercándose, “nos hemos desviado del camino – ninguno de nosotros sabe dónde estamos ahora”.

“No teníamos ni rumbo cuando aquella tormenta nos azotó”, añadió O’Connor, uniéndose a ellos. “Una vez recogimos a Angel, una vez nos fuimos de la Isla de los Leprosos, ya no tuvimos más un destino real”.

“Quizás deberíamos dejar la búsqueda”, dijo Elden, uniéndose a ellos, “y navegar rumbo al Imperio. Intentar encontrar un lugar que, por lo menos, sabemos que existe. Podemos reunirnos con Gwendolyn y los demás y decidir desde allí. Quizás ellos han oído hablar de algo, quizás tengan alguna idea”.

Thor hizo un gesto mientras negaba lentamente con la cabeza.

“No puedo volver sin mi hijo”, dijo seriamente.

Los demás se callaron, comprendiéndolo, y un espeso silencio los cubrió, roto solo por el rugido del viento. Thor suspiró. En el fondo, sabía que los demás tenían razón. Estaban navegando sin rumbo en un inmenso océano y esto no los acercaba más a Guwayne.

Thor dejó el grupo, caminó solo hacia la barandilla; bajó la cabeza y miró fijamente a las olas, que le salpicaban a la cara y cerró los ojos. Se quedó en completo silencio en su interior, intentando concentrarse, centrándose en él mismo.

Por favor, Dios, rezaba. Dame una señal. Cualquier señal. Muéstrame. ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde tengo que ir ahora?

Cuando Thor se quedó callado, sintió que un calor lento empezaba a brotar en su interior. Le quemaba más y más y lo podía sentir latiendo en sus manos y después en su frente, entre los ojos. Sentía que estaba recibiendo un mensaje.

Thor abrió los ojos y echó un vistazo al universo y, mientras sentía que el universo le hablaba, esperaba ver una señal. Sin embargo, le confundía no ver otra cosa que no fueran nubes sin fin, ondeando en el horizonte tan lejos como la vista le alcanzaba.

Entonces, de repente, mientras esperaba, se oyó un chillido solitario, allá

arriba.

Al principio Thor no estaba seguro de haberlo oído o de si era solo su imaginación. Levantó la vista, buscó entre las nubes y no vio nada.

Entonces se oyó de nuevo, un chillido solitario y agudo.

Thor buscó en el cielo de nuevo y esta vez el corazón le dio un vuelco al ver a Lycoples, volando en círculos por encima, batiendo sus alas. No podía creerlo: realmente estaba allí.

“¡Un dragón!” exclamó Angel atónita.

Angel corrió arrollando, al igual que los demás, todos observaban asombrados cómo Lycoples bajaba en picado, volando increíblemente rápido. Descendió todavía más, precipitándose directamente hacia ellos, tan cerca que justo antes de que impactara contra ellos, tuvieron que agacharse para esquivar sus largas garras.

Entonces volvió a subir, a toda velocidad por encima del mástil del barco y volando en la otra dirección. Esta vez, volaba en la dirección contraria a la que estaban navegando, en dirección al sur. Soltó un chillido final y a continuación desapareció de su vista.

Mientras Thor veía cómo se marchaba, sintió un calor dentro de sus manos. Sintió que era un mensaje. Les estaba dando una pista, intentaba indicarles dónde debían ir.

Cuando Thor cerró los ojos, sintió la mente del dragón y tuvo un repentino destello de conciencia. Alguien a quien quería estaba en peligro.

Thor se dirigió a los demás.

“Girad el barco”, ordenó. “Y seguidlo”.

Todos lo miraron atónitos.

“¿Nos llevará hasta Guwayne?” preguntó Reece.

Thor negó con la cabeza lentamente mientras observaba cómo desaparecía en el horizonte.

“No”, respondió. “Nos lleva hasta mi hermana”.

CAPÍTULO CATORCE

Darius sintió una fuerte patada en el coxis y fue dando trompicones hacia delante, todavía encadenado, el dolor se disparaba hasta su columna vertebral. Sin embargo, se mantenía de pie y fue tambaleándose hacia delante por un túnel largo y oscuro hacia una luz cegadora, que se juntaba con un rugido tan ensordecedor que hacía temblar todo su cuerpo.

El circo.

Darius miró con dificultad contra la luz y vio la multitud más grande que jamás había visto, sentado en filas a muchos metros de altura, todos saltando, gritando, haciendo temblar el mismo suelo. Le dolían los oídos, era difícil pensar, mientras se tambaleaba hacia delante, intentando mantener el equilibrio, todavía encadenado a todos los demás en medio de un tintineo de cadenas.

Mientras los hombres del Imperio los empujaban a patadas hacia el centro del circo, Darius sintió que las cadenas tiraban de su tobillo, uno de los chicos perdió el equilibrio y tropezó de nuevo. Él echó un vistazo y le consoló el hecho de que, por lo menos, por allí cerca estaban sus cuatro amigos, Raj, Desmond, Kaz y Luzi; a su lado estaban encadenados otra docena de gladiadores, chicos cuyas caras no conocía y no quería conocer. Sabía que muy pronto todos estarían muertos. Mejor no recordar.

Los ruidos ensordecedores continuaban y Darius, más que nunca, quería liberarse, prepararse. Pero ante su consternación todos estaban encadenados entre ellos, con quizás tres metros de cadena entre ellos y no podían ir a ningún lugar. Incluso no podía maniobrar libremente sin estar a la merced de los movimientos de aquellos otros chicos. Estaban allí, en el circo, todos aquellos chicos encadenados y podía ver el miedo en algunas de sus caras; otros tenían miradas frías y duras, miradas de resignación. Todos sabían que pronto estarían muertos y todos afrontaban la muerte de forma diferente.

Darius sabía que sería muy duro luchar contra cualquier cosa que se le acercara, pero con los pies encadenados a aquellos otros chicos, sería demasiado peligroso incluso empezar una pelea. Si uno de los chicos tropezaba, Darius también tropezaría. Estaba a merced de los demás. Lo único que tenía era el triste garrote que le habían dado a él y a los demás antes de

entrar en el circo y que agarraba con todas sus fuerzas.

La multitud empezó a quedarse callada y Darius echó un vistazo y vio a Morg entrando en el circo a través de una puerta al lado opuesto y a desfilar con actitud teatral hacia el centro, saboreando su atención, su calva cabeza desnuda brillaba bajo el sol. Cuando llegó al centro, con una cruel sonrisa en el rostro, la multitud gritó deleitada y él extendió los brazos, con las manos en alto y se dio la vuelta lentamente, hasta que la multitud se quedó gradualmente en silencio.

“Ciudadanos miembros del Imperio”, dijo con voz retumbante. “¡Os presento la cosecha de gladiadores de hoy!”

La multitud se puso de pie, pisando fuerte, sedientos de sangre y Darius sintió cómo el temor de los otros chicos se hacía más profundo.

Morg alzó de nuevo las manos y la multitud se quedó en silencio a la vez que le prestaba toda su atención.

“En el día de hoy”, gritó, “Día Uno de los juegos, los juegos acaban cuando los gladiadores ganan –o cuando solo quedan seis hombres. Si algún gladiador sobrevive, avanzará hasta los juegos de mañana. ¡Como siempre, será una lucha hasta la muerte!”

Darius hizo números inmediatamente en su cabeza: ellos eran dieciséis, lo que significaba que, o bien tenían que matar a todos los contrincantes del Imperio o que diez de los suyos tenían que morir. Pensó que lo más probable era que diez de los suyos murieran primero.

La multitud gritaba violentamente en aprobación y, mientras Morg se retiraba, sonaban cuernos y las trompetas resonaban por todo el estadio y Darius observaba, con el alma en vilo, cómo al otro extremo del circo se abrían dos puertas enormes de hierro, dando un portazo que resonó.

La multitud volvió a rugir, cuando a través de ellas aparecieron dos soldados del Imperio a caballo, vestidos con la armadura del Imperio, totalmente negra, empuñando lanzas y hachas largas, moviéndose hacia el círculo, haciendo una entrada triunfal. La multitud enloqueció cuando irrumpieron, levantando el polvo mientras se dirigían directamente a Darius y los demás.

“¡Debemos permanecer juntos!” gritó Darius, dirigiéndose a los otros mientras los jinetes se les echaban encima a todos ellos. “¡Debemos luchar

como uno! ¡Si no, todos estaremos perdidos!”

Los otros miraron hacia atrás; algunos parecían demasiado aterrorizados para responder, otros parecían estar de acuerdo y otros parecían desafiantes.

Drok, encadenado al otro extremo de la fila, miró a Darius haciéndole una mueca.

“¡Nadie te nombró nuestro líder!” dijo bruscamente. “Muévete como quieras y nosotros nos moveremos como queramos. Y si te metes en mi camino, entonces quizás te mataré yo primero”.

Darius agarró el garrote con su mano y alzó la vista hacia los soldados del Imperio, engalanados con su armadura, todos dirigiéndose hacia él, empuñando las mejores espadas y las lanzas y hachas más largas. Entonces echó un vistazo a la formación de chicos y vio que estaban en clara desventaja de hombres y de armas. Era una competición injusta. Pero, una vez más, eso era lo que quería el Imperio: esto era lo que creaba el entretenimiento.

Darius sentía cómo tiraban de sus piernas, mientras los demás se movían nerviosos en todas direcciones. Corría tanto peligro que no veía de qué manera podía ganar, mucho menos sobrevivir tres rondas.

Darius se obligaba a superar sus miedos, a ser fuerte. Mientras los caballos se les echaban encima, Darius agarró con fuerza su garrote y se preparó lo mejor que pudo, sintiendo cómo todos sus músculos se tensaban.

El primer jinete llegó hasta el primero de su fila, un chico al que Darius no reconocía y el chico intentó esquivarlo de un salto. Pero el chico subestimó la corta longitud de la cadena que lo unía al otro chico y, cuando intentó saltar, no llegó a ningún sitio. La lanza del soldado descendió y atravesó la caja torácica al chico.

La multitud gritó extasiada, mientras el soldado galopaba por delante de ellos, dispuesto a volver a ellos dibujando un círculo.

A continuación, el otro soldado fue al ataque, directo a Raj. Darius vio que Raj estaba atascado, incapaz de moverse, con los pies encadenados a otro chico que no reaccionó a tiempo.

“¡Muévete!” gritó Raj, pero el chico estaba paralizado por el miedo. Darius sabía que si no reaccionaba a tiempo, su amigo moriría.

Darius dio un paso adelante, apuntó y, con todas sus fuerzas, lanzó el garrote.

Mientras el soldado se acercaba a Raj y levantaba su larga hacha de batalla, el garrote, dando vueltas sobre sí mismo, le golpeó la muñeca e hizo que el hacha cayera de su mano. Fue a parar a la arena de un golpe seco, justo evitando a Raj cuando el soldado pasó por su lado.

La multitud exclamó ante este fallo y Raj lo miró con gratitud; Darius sabía que había tenido suerte, pero que era improbable que la volviera a tener.

Darius no perdió el tiempo. Se lanzó hacia delante, intentando llegar hasta el hacha caída. Pero, cuando ya estaba cerca, apenas a unos pocos metros, las cadenas le apretaron. Miró hacia atrás y vio que el chico al que estaba encadenado se resistía, intentaba correr hacia el otro lado asustado del otro soldado que se dirigía hacia ellos de nuevo. Darius estiró el brazo, pero cayó de cara, muy cerca del hacha.

Darius escuchó un estruendo y alzó la vista, indefenso, mientras el otro soldado iba directo hacia él. Sabía que estaba a punto de aplastarlo.

Desmond corrió hacia delante, bloqueando el paso entre Darius y el caballo, blandió su garrote y lo llevo directamente al hocico del caballo. Fue un golpe perfecto. El caballo se echó hacia atrás y evitó a Darius en el último instante, salvándole la vida.

Darius estiró el brazo e intentó una vez más llegar hasta el hacha, pero todavía estaba fuera de su alcance. A la vez, sintió cómo, de repente, las cadenas lo arrastraban varios metros hacia atrás. Echó un vistazo y vio a Drok ir por detrás de uno de los otros chicos, rodear su cuello con las cadenas y apretar. Darius no podía creer lo que estaba sucediendo: ¿por qué iba a atacar Drok a uno de los suyos? se preguntaba.

Entonces lo entendió: una vez ganaran –o quedaran solo seis de ellos– los juegos del día se suspenderían. Este chico, mercenario como era, quería tomar un atajo: acabar con los otros gladiadores.

Darius observaba horrorizado cómo Drok ahogaba al otro chico hasta la muerte, todo sucedió muy rápidamente, el chico simplemente se desplomó en sus brazos, con los ojos completamente abiertos, muerto. La multitud vitoreó.

Drok no perdió el tiempo. Se abalanzó sobre Luzi, claramente dispuesto a matar a tantos como pudiera. Darius entendió que debía ver una oportunidad con Luzi, al ser uno de los chicos más pequeños. O quizás solo tenía rencor.

Drok saltó sobre él, rodeó su cuello con las cadenas y empezó a apretar,

Darius vio cómo los ojos de Luzi le sobresalían. Sabía que si no hacía algo pronto, Luzi moriría.

Darius se puso en acción. Ignoró los jinetes que se les echaban encima, ignoró el hacha que estaba en la tierra y, en su lugar, se dio la vuelta, se lanzó hacia delante, echó el brazo hacia atrás y le dio un codazo a Drok en la cara.

Se oyó un crujido cuando Darius le rompió la nariz a Drok y este cayó hacia atrás, al suelo. Luzi se soltó, jadeando, y Raj dio un paso adelante y dio una patada a Drok en la mandíbula, dejándolo inconsciente.

“¿Estás bien?” le preguntó Darius a Luzi.

Luzi asintió con la cabeza, perturbado.

Darius escuchó un murmullo y, al darse la vuelta, vio al segundo jinete dando la vuelta al ruedo, echándoseles encima otra vez. Uno de los otros gladiadores consiguió llegar hasta el hacha, que yacía olvidada en el suelo y la cogió para arrojarla, directa a cortar las cadenas que lo unían a los demás. Pero fue un movimiento salvaje e imprudente y, al bajarla, el chico de su lado cambió de posición y, accidentalmente, le cortó el pie al chico.

El chico gritó de dolor, agarrándose el pie amputado, con la sangre chorreando por todas partes. El chico que sostenía el hacha lo miró horrorizado, paralizado, y mientras el otro soldado se les echaba encima, estiró el brazo, le arrebató el hacha de las manos y, con un movimiento, blandió el hacha y le cortó la cabeza al chico.

La multitud enloqueció.

Los dos caballos, ahora armados, volvieron a andar en círculos y a atacar a los chicos que quedaban. Darius sabía que aquello no tenía buena pinta. Aquel hacha era su mejor oportunidad y ahora estaba perdida.

Darius sintió que, de repente, tiraban de él varios metros hacia atrás y, al darse la vuelta, vio que algunos de los otros chicos corrían, intentaban alejarse de los soldados que los acechaban; Darius, a su merced, notaba cómo las cadenas tiraban de él hacia atrás. Se tambaleó hacia atrás varios metros, ahora estaba al descubierto en medio del circo mientras el soldado venía directo hacia él, con la lanza en alto, apuntando a su espalda. Darius sabía que no podría apartarse a tiempo esta vez.

Darius se preparaba para el golpe mortal cuando, de repente, Kaz corrió hacia delante y lo derribó, dándole un golpe con el hombro para apartarlo del

camino del caballo que se acercaba.

Darius, derribado en el suelo, dio vueltas y se giró; al mirar a Kaz, vio que estaba donde él había estado un momento antes y su corazón se paralizó al ver que, de repente, la lanza le perforaba directamente el pecho.

Kaz gritaba, clavado en el suelo, mientras la multitud enloquecía y la lanza estaba todavía dentro de él, clavada tan profundamente que el soldado no pudo arrancarla. El soldado continuó cabalgando, dando una vuelta victoriosa por el estadio sin su lanza, la multitud vitoreaban como locos.

Darius echó un vistazo a su amigo, que yacía allí, muerto. Apenas podía creerlo. Había muerto por él; si no fuera por Kaz, ahora mismo él no estaría vivo. Sentía que el peso de la culpa y la responsabilidad estaba pesadamente sobre sus hombros.

Y un ardiente deseo de venganza como nunca antes había sentido.

Algo despertó dentro de Darius; sabía que había llegado la hora. Su amigo había lanzado su vida al viento y era el momento que él hiciera lo mismo.

Darius corrió hacia Kaz, que yacía muerto, y le sacó la lanza del soldado del Imperio de su cuerpo. Se puso de pie, se giró y se enfrentó al otro soldado que se dirigía hacia él, con su larga hacha a su lado, apuntando a su cabeza.

Darius apuntó, dio un paso adelante y arrojó la lanza. Pasó con un zumbido por el aire, apuntando a la perfección, y fue directa a la armadura del soldado, perforándole el corazón.

La multitud gritó atónita cuando el soldado del Imperio cayó del caballo. Fue a parar al suelo, dando vueltas hasta detenerse a escasos metros de Darius, muerto, con el hacha a su lado.

Darius no perdió el tiempo. Se apresuró hacia delante, sus cadenas le dieron suficiente holgura para hacerse con el hacha y llevarla hasta sus cadenas. Entonces cortó las cadenas de otro chico; y después de otro.

El soldado del Imperio que quedaba, en plena vuelta de victoria, se dio la vuelta y embistió. Cuando el soldado se encaró a los gladiadores liberados, algunos de ellos armados, Darius percibió cierta duda en sus ojos. Al fin y al cabo, su amigo ahora estaba muerto; el Imperio ya no era intocable.

El soldado desenfundó su espada mientras cabalgaba, la alzó y apuntó directamente hacia Darius. Darius estaba allí, sujetando la larga hacha de batalla delante suyo con ambas manos, impávido, esperando. Cuando el

soldado lo alcanzó, se echó a un lado, ahora libre de hacerlo con sus cadenas cortadas, levantó el hacha y la blandió. Dio un golpe a la espada del hombre seguido de un gran ruido metálico y una lluvia de chispas, mientras partía la espada en dos. Sin embargo, el golpe también hizo añicos la cabeza del hacha, dejando a Darius solo con un palo largo y tachonado.

El soldado pasó cabalgando por su lado, atónito, mientras la multitud vitoreaba y, furioso, dio la vuelta de nuevo.

Darius, sin cadenas, no esperó más. Embistió por la arena, sin esperar a encontrarlo.

El soldado parecía sorprendido de ver a Darius atacando. No estaba preparado. Alargó el brazo para alcanzar su otra espada, pero Darius ya estaba sobre él y, en un rápido movimiento, mientras corría, Darius echó su garrote hacia atrás y lo blandió, apuntando a las patas del caballo. El golpe le partió las patas al caballo y el soldado salió volando de cara al suelo.

La multitud vitoreó.

Darius no perdió el tiempo. Saltó sobre la espalda del soldado, alcanzó sus cadenas y le rodeó el cuello con ellas. Apretó, sujetándolo con todas sus fuerzas, mientras el soldado daba sacudidas.

“Esto es por Kaz”, dijo Darius.

La multitud se puso de pie de un salto, gritando como locos, mientras Darius apretaba con todas sus fuerzas, estrangulando al enorme soldado del Imperio, dos veces su tamaño. Darius, con las manos ensangrentadas, no lo soltaba por nada del mundo. Le debía esto a Kaz, por lo menos.

Finalmente, el soldado dejó de moverse.

Darius perdió toda noción de la realidad cuando un cuerno sonó por algún lugar, la multitud enloqueció y él sintió unas manos bajo sus brazos, las manos de sus hermanos, que lo levantaban.

El mundo daba vueltas a su alrededor y le llevó un momento darse cuenta de que todo había terminado.

Para darse cuenta de que él, Darius, había hecho lo imposible.

Había ganado.

CAPÍTULO QUINCE

Volusia estaba sentada a la cabeza de la brillante mesa de oro semicircular de dentro del Salón de la Capital y observaba a la multitud de hombres que había delante de ella, sintiéndose victoriosa. Sentado frente a ella, al otro extremo de la mesa, estaba el comandante de los ejércitos del Imperio, junto a una docena de sus generales que estaban sentados a su lado, y detrás de él, cien senadores del Imperio, todos vestidos con sus distintivas túnicas blancas y escarlatas que corresponden a su rango. Todos ellos la miraban fijamente, con el ceño fruncido, con una mezcla de desafío y ansiedad, mientras se preparaban para oír su decisión.

Volusia los observó a todos, examinó sus caras, dejando que el silencio merodeara, dejando que se dieran cuenta de que ella tenía el control ahora y deleitándose con su poder sobre ellos. Gracias a ella, sus fuerzas habían conseguido tomar la capital; habían asesinado a todos los soldados del Imperio que había dentro de sus muros y sus ejércitos habían llenado la capital, moviéndose en manada dentro de ella, antes de que las puertas se cerraran tras ellos. Por supuesto, más allá de los muros de la capital, al otro extremo de la ciudad, quedaban cientos de miles de soldados del Imperio hostiles, todos pululando por allá fuera, esperando a escuchar las condiciones de la rendición. Con el tiempo podían entrar pero, por lo menos por ahora, ella y sus hombres estaban seguros, pendientes de las condiciones de esta negociación.

Volusia estaba sentada, mirándolos a todos, con las manos encima de la mesa de oro, disfrutando del momento. Ella, una chica joven, había desafiado a todos aquellos hombres viejos, aquellos rancios hombres viejos que habían gobernado el Imperio durante siglos con puño de acero. Incluso estaba sentada en el mismo asiento del poder, en el Salón de la Capital, a la cabeza de la Mesa de Oro, el lugar reservado solo para gobernadores del Imperio. Había conseguido lo imposible. Lo único que faltaba era negociar con aquellos hombres, adquirir lo que quedaba de los ejércitos del Imperio y, de una vez por todas, tomar el control supremo del Imperio.

“Reina Volusia”, se oyó una voz en el salón.

Volusia echó un vistazo y vio que uno de los senadores daba un paso

adelante hasta ponerse al lado del general, con la barbilla en alto, mirándola desafiante.

“Nos ha reunido aquí para oír nuestras condiciones de rendición. Nosotros se las presentaremos. Si está de acuerdo, entonces todo estará en armonía entre nosotros. Nuestras fuerzas admitirán la derrota ante las suyas y usted gobernará el Imperio junto a nosotros”.

Volusia lo miró fijamente, con firmeza, molesta por atreverse a dictarle a ella las condiciones.

“*Diosa* Volusia” le corrigió.

El senador la miró fijamente, atónito, era obvio que no esperaba aquella respuesta y el comandante de los ejércitos del Imperio puso un puño encima de la mesa y la miró enfurecido.

“Ganó gracias a la brujería, al engaño y a la magia”, refunfuñó con su profunda voz. “Usted no es mi Reina y ciertamente no es ninguna Diosa. Solo es una chica joven, una arrogante chica joven que tuvo suerte muchas veces. Pero su suerte se acabará, se lo aseguro”.

Ella le sonrió.

“Quizás”, respondió, “pero parece ser, Comandante, que la suya ya lo ha hecho”.

Él enrojeció, su furia era más profunda, y ella se dio cuenta de que echó una mirada a su funda, ahora vacía; después alzó la vista y miró hacia todos los rincones de la sala, vio centenares de soldados en fila, todos con la espada en mano y, evidentemente, pensó que era mejor no hacer ningún movimiento brusco.

Él suspiró amargamente.

“Estoy preparado para entregarle a todos mis hombres”, dijo él. “Cientos de miles de hombres fuera de estos muros. A cambio, usted me concederá de nuevo el liderato de mis hombres, con la dignidad y el respeto que corresponden a un comandante del Imperio”.

“Aún más”, interrumpió el senador que estaba a su lado, “nos admitirá a nosotros, a los cien senadores que siempre han servido a la República del Imperio, en nuestras legítimas labores y nosotros compartiremos el poder con usted, como siempre hemos hecho con cada Comandante Supremo. Dejaremos atrás todas sus atrocidades, en nombre de la guerra, y usted tomará decisiones

junto a nosotros”.

Volusia hizo una sonrisa altiva, al darse cuenta de lo ilusos que eran aquellos hombres. Pensaban que ella era una simple comandante: no tenían ni idea de que estaban dirigiendo a una Diosa. La gran Diosa Volusia.

Su respuesta se hizo esperar y el senador y los generales la miraron fijamente, claramente incómodos con el largo silencio, obviamente sin saber qué haría a continuación.

El senador, nervioso, se aclaró la garganta.

“Si no acepta nuestras condiciones”, exclamó el senador, “si intenta desafiarnos de algún modo, tenga la seguridad de que sus hombres morirán aquí hoy. Sí, sus soldados llenan la capital. Pero no olvide que, más allá de los muros de esta capital, hay diez veces nuestros soldados y, más allá aún, más allá de los mares, hay un millón de hombres de Rómulo, a los que incluso ahora han llamado del Anillo para que vuelvan a servirnos”.

“Y en los otros cuernos del Imperio”, exclamó otro senador, “aguardan más millones de soldados que se aproximan para destruirla”.

El senador sonrió.

“Así que, ya ve”, añadió, “le superamos enormemente en números y está rodeada en todas direcciones”.

“Si rechaza nuestra oferta”, refunfuñó el comandante del Imperio, “morirá dentro de estas paredes. Igual que su madre”.

Volusia sonrió.

“¿Cómo mi madre? ¿No saben que fui *yo* la que mató a mi madre?”

Todos la miraron, horrorizados, los cogió desprevenidos.

“No me matarán hoy aquí, ni mañana, ni incluso en esta vida. Sé que me sobrepasan en número y sé que si no acepto sus condiciones, todos nosotros moriremos. Y por esta razón he venido hasta aquí para aceptarlas”.

El comandante del Imperio y los senadores la miraron fijamente y ella vio sorpresa y alivio en sus rostros.

“Una sabia decisión”, dijo el senador.

Volusia se puso de pie y sus hombres se acercaron de inmediato a su lado y ella caminó poco a poco alrededor de la mesa, hasta que se quedó frente al comandante del Imperio.

La tensión pesaba en el aire, ella lo miró; era un hombre grande y ancho de

la raza del Imperio, con la piel de un amarillo brillante, los cuernos pequeños y estaba cubierto de cicatrices. Él le sonrió, o más bien frunció el ceño, arrogante, mirándola con aires de superioridad mientras se acercaba. Obviamente esperaba este reconocimiento a su poder.

“Reconoceré su sitio en mi Imperio, como comandante de mis hombres”, dijo ella. “Bese mi anillo, reconozca mi mando y tendrá un lugar en mi Imperio para siempre”.

Ella tendió su mano derecha. En su dedo anular había un gran anillo de ónix, negro, brillante, y el comandante la miró, escéptico, dudoso. Se puso rojo.

Entonces, lentamente, alargó el brazo, tomó su mano y besó el anillo.

Al hacerlo, de repente, se quedó paralizado. Los ojos se le salieron de sus cuencos y todo su cuerpo empezó a temblar.

Instantes más tarde, se agarró el cuello, la sangre le salía de la boca y se desplomó en el suelo, muerto.

Todos sus hombres lo miraron, atónitos, conmocionados.

A la vez, los hombres de Volusia se lanzaron desde todos los rincones de la habitación, empuñando sus espadas, dirigiéndose al grupo de senadores y generales. No podían escapar hacia ningún lugar. Los hombres de Volusia los derribaban a hachazos, matándolos allí mismo.

Pronto la habitación se tiñó de rojo, la sangre salpicaba a Volusia por todas partes y ella sonreía abiertamente y se reía, deleitándose con ello, encantada con cada cadáver que caía a sus pies, la sangre que corría por los dedos de sus pies. Amaba especialmente a su anillo de ónix, lleno con un líquido tan letal que, con tan solo tocar los labios de alguien, le provocaba la muerte. Era un truco que no había usado en muchos años, pero que había visto usar a menudo a su madre.

Finalmente, cuando la habitación se quedó en silencio, no quedaba más que el quejido de unos pocos hombres, el ruido de sus hombres caminando por toda la habitación y apuñalando a los cadáveres para asegurarse de que estaban muertos, Volusia bajó los brazos y colocó sus manos en el charco de sangre. Cerró los ojos y sintió la esencia de la vida de sus enemigos en aquella sangre. Todos aquellos que osaron oponerse a ella ahora estaban muertos.

Volusia se dio la vuelta y se dirigió a las dobles puertas que llevaban al balcón, con vistas a la capital del Imperio. Salió fuera, bajo los dos soles que se estaban escondiendo y, a sus pies, vio a todos sus hombres llenando la capital, matando a los ciudadanos. Miró hacia abajo con gran satisfacción mientras observaba cómo una estatua de Andrónico caía al suelo, y después una estatua de Rómulo. Fueron a parar al suelo con un fuerte ruido, el polvo de mármol llenó el aire y sus hombres dieron gritos de alegría.

La multitud se abrió por la mitad y entonces llegó, apoyada sobre una larga carreta de madera con ruedas, una inmensa estatua de oro de Volusia, de unos treinta metros de longitud, recostada sobre su espalda. La había hecho traer desde Volusia, a sabiendas de que un día podría colocarla en la capital. Observó con gran satisfacción la imagen que ya había tenido tantas veces en su mente: centenares de sus hombres, la levantaban lentamente con la ayuda de cuerdas y la colocaban en el centro de la capital. La estatua se levantó, brillando con los soles, más alta que cualquier otra cosa en la capital. Sus hombres soltaron un gran grito de alegría cuando estuvo firmemente colocada.

Toda su gente alzó la vista para verla a ella en el balcón y sus gritos de alegría se intensificaron.

“¡VOLUSIA! ¡VOLUSIA!”

Era un grito de euforia, un grito de triunfo. Abrió sus brazos hacia ellos y miró a su gente. Ahora era una Diosa y todos aquellos hombres a los que ella había creado eran sus hijos. Sentía su adulación al levantar las manos, la adulación de todos sus hijos.

Volusia miró hacia el horizonte, más allá de los muros de la ciudad, y vio que todos los ejércitos del Imperio llenaban el horizonte, reclamando a gritos entrar dentro de aquellos muros. También sabía que, lejos de ellos, en algún lugar del horizonte, se aproximaba un gran ejército.

Se avecinaba una tormenta. Y ella le daba la bienvenida.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Gwendolyn caminaba lentamente, todavía débil, apoyándose de vez en cuando sobre Kendrick y Steffen, que estaban junto a ella, con Krohn a su lado y seguida por su séquito, el resto del Imperio, mientras llevados por el castillo más espectacular que jamás había visto. Su corazón latía más rápido a la expectativa de conocer al Rey y a la Reina mientras caminaban, escoltados por sus caballeros. Intentaba comprender cómo algo tan espléndido podía existir aquí, en medio de un desierto así; este castillo era resplandeciente, con techos elevados, suaves suelos de adoquines y ventanas con vitrales que dejaban entrar la luz de los dos soles del cielo del desierto. En muchos aspectos, caminar por este castillo de la Cresta le recordaba caminar por la Corte del Rey; pensaba que las similitudes eran escalofriantes, casi como si existiera una réplica en otro lugar del mundo.

Iluminados por el suave y silencioso brillo que se filtraba por las ventanas había centenares de espectadores, vestidos con atuendos hermosos y elegantes, reunidos a ambos lados de la lujosa alfombra para verlos pasar. Mientras Gwen y los demás paseaban por la alfombra, toda aquella gente los miraba fijamente, como si fueran objetos de curiosidad. Era obvio que había corrido rápidamente la voz por la corte de su llegada y, por el modo en que los miraban, boquiabiertos, los niños pequeños apretados contra las faldas de sus madres, estaba claro que aquí nunca recibían visitas, especialmente de más allá de la Cresta. Los miraban como si unos extraterrestres hubieran caído del cielo.

Gwen también los miraba; se fijaba en sus atuendos, en sus gestos y estaba increíblemente impresionada. Estaba claro que esta era una sociedad refinada y civilizada, las mujeres vestían hermosas sedas y encajes y las joyas más trabajadas. Todos ellos estaban bronceados, en forma, sanos y esta gente le recordaba a la gente que ella había visto en la Corte del Rey. Sin embargo, el resplandor aquí era mayor. No solo rezumaba riqueza, sino también fuerza e invencibilidad. Era obvio que esta tierra había estado aquí durante centenares de años. De algún extraño modo, era muy parecido al Anillo, era como volver a casa.

Por otro lado, también era diferente. La gente de aquí era parecida a la del

Anillo, pero llevaban el pelo de forma diferente, todos los hombres llevaban la cabeza completamente calva y largas barbas rubias y brillantes y las mujeres llevaban el pelo liso, rubio casi blanco, algunas trenzado y otras no. Los niños llevaban en pelo totalmente rubio y a Gwen le pareció que solo se lo afeitaban cuando se convertían en hombres.

Mientras avanzaban por la alfombra, Gwen vio ante ella un inmenso trono de marfil, sobre una plataforma, a la que se ascendía por unos cuantos peldaños de oro. Allá arriba había un hombre y una mujer, evidentemente su Rey y su Reina. El Rey, quizás de unos cuarenta años, musculoso, también tenía la cabeza afeitada, con una larga barba de un color dorado claro. Llevaba una túnica de seda morada, una armadura de malla de platino, sin camisa y puños de platino. Tras ellos había una docena de guerreros, con las manos sobre sus espadas.

El Rey se levantó cuando Gwen y su séquito se acercaron y Gwen pudo ver sus marcados músculos cuando estuvo totalmente de pie y sacó pecho. Parecía ser el mismo símbolo de la fuerza, un hombre que había sido nombrado Rey por derecho y no por herencia. Tenía el cuerpo de un gran guerrero y rezumaba un aura de poder, control e invencibilidad.

Pero a al vez también tenía una amable sonrisa y Gwen veía compasión y justicia en su mirada e inmediatamente se sintió a gusto.

Gwen y los demás se detuvieron ante él, quizás a unos seis metros y el Rey descendió lentamente mientras la multitud se quedaba completamente en silencio. El Rey los observó detenidamente, era obvio que estaba sorprendido por su presencia.

“Mi Rey”, dijo una voz y Gwen echó un vistazo y vio a uno de los consejeros del Rey, con una larga barba gris, sujetando un garrote, vestido con un traje real de color morado. “Son extranjeros, mi señor, que encontramos en el desierto. Estos son los que han atravesado la Cresta”.

Entre la multitud se oyó un soplido y Gwen sintió que la atravesaban con la mirada, que la miraban a ella y a los demás con una curiosidad ardiente. El Rey también los miraba, sus brillantes ojos grises se encontraron con los de Gwen.

A continuación hubo un largo silencio, hasta que al final el Rey se aclaró la garganta. Miró a Kendrick.

“¿Eres tú el líder de este grupo?” le preguntó, con voz profunda y llena de autoridad, que resonó en toda la habitación.

Kendrick negó con la cabeza y Gwen dio un paso adelante.

“No”, respondió Gwen, con la voz todavía rasposa. “Yo soy su Reina”.

El Rey abrió los ojos como platos ante la sorpresa y la multitud hizo un grito ahogado.

“¿Reina?” repitió, con la sorpresa en la voz. “¿Reina de qué?” Nadie de más allá de la Cresta ha llegado jamás a nosotros. Esta situación es bastante extraordinaria. Al principio os tomamos por habitantes del desierto, pero obviamente no es el caso. ¿Realmente habéis conseguido atravesar el Gran Desierto? ¿Venís de otro lugar?”

Gwen asintió con la cabeza solemnemente, mirándolo a los ojos y, con un gran esfuerzo, consiguió pronunciar sus siguientes palabras con voz rasposa.

“Sí, mi señor”. “Venimos de más allá de los mares”.

De la multitud salió un grito ahogado y el Rey abrió los ojos como platos mientras la examinaba lleno de asombro.

“¿De más allá de los mares?” preguntó, incrédulo.

Gwen asintió con la cabeza.

“Huimos de nuestra tierra, destruida por el Imperio. Somos exiliados del Reino del Anillo”.

Un grito todavía más grande se extendió por la multitud y estalló un largo murmullo de asombro. Gwen vio cómo la sorpresa se dibujaba en el rostro del Rey.

Finalmente, la multitud se calmó y el Rey se dirigió a ella.

“Se rumorea que la existencia del Anillo es un mito”, dijo, examinándola con escepticismo. “Una gran tierra, en medio de un inmenso océano, protegida por un cañón, escudada por el Anillo de un Hechicero. Un lugar mítico, protegido de todo peligro y de todo mal por este Anillo. ¿Es este el lugar del que decís ser?”

Gwen asintió con la cabeza solemnemente.

“Estuvo libre de todo mal”, dijo con tristeza, “una vez. Pero ya no lo está. Esta es la razón por la que estamos aquí hoy. El Anillo del Hechicero se ha roto; el poder que una vez fue nuestro ya no existe, fue destruido por Rómulo, por otro poder mágico. Nuestro viaje desde entonces ha sido largo y duro.

Hemos navegado por el océano para escapar del Imperio”.

El Rey la miró, perplejo.

“¿Habéis venido hasta el Imperio para escapar del Imperio?”

Gwendolyn asintió como respuesta.

“Un líder debe tomar decisiones difíciles en momentos de crisis”, explicó, “y está fue la decisión que tomé. En desventaja numérica, con los días contados, necesitábamos encontrar el mejor lugar para escondernos y pensé que no había un lugar mejor para esconderse que en el regazo de nuestro enemigo”. Gwen miró a su alrededor. “Una idea, mi señor, que seguro que usted y su pueblo de la Cresta entenderán”.

Él le sonrió.

“Completamente”, respondió. Miró a Gwen con un nuevo respeto. “O sea que usted es la líder”.

Gwen asintió.

“Ante usted tiene lo que queda del Anillo”, respondió. “Mi padre fue Rey antes que yo y su padre antes que él. Descendemos de una larga línea de Reyes MacGil”.

El mismo Rey se quedó sin aliento esta vez y toda la multitud con él. La miró fijamente, sorprendido.

“¿*MacGil*, dijo?” preguntó.

Gwen asintió.

“*Nosotros* somos MacGils”, dijo el Rey.

La multitud estalló en un agitado murmullo, mientras Gwen intercambiaba una mirada de sorpresa con Kendrick y los demás. Miró de nuevo al Rey, sorprendida y, por primera vez, mientras examinaba su rostro, su mandíbula, empezó a ver algo sutil allí que le recordaba a su gente.

“Hace siglos éramos uno”, dijo Aberthol, dando un paso adelante, su vieja voz áspera. “Los MacGils vienen de la misma familia, de ambos lados del mar”.

Mientras la multitud murmuraba, el Rey la examinaba, mientras se frotaba la barba y reflexionaba sobre todo”.

“Mi Rey” dijo una voz.

El Rey se dio la vuelta y Gwen vio a su lado un guerrero imponente, con arrugas de preocupación grabadas en su frente, era el único entre ellos que

llevaba una barba larga y negra. Miró a Gwen y a los demás con desaprobación.

“Me compadezco de la mala experiencia de este pueblo” dijo y la habitación se quedó en silencio, “sin embargo, no podemos aceptarlos aquí. Nunca antes hemos aceptado extraños en la Cresta – seguramente habrán dejado un rastro evidente en el desierto. Este rastro llevará hasta nosotros. La Cresta ha permanecido en secreto, nunca ha sido descubierta, gracias a la prudencia de nuestros antepasados. Si el Imperio sigue su rastro, eso podría llevarnos a la ruina. Debemos devolverlos a donde han venido, de vuelta al Gran Desierto y dejar que el Imperio los encuentre allí. El futuro de nuestra tierra está en juego”.

A continuación hubo un largo y tenso silencio, mientras la expresión del Rey se ensombrecía. Examinaba a Gwen y a los demás, mientras se frotaba la barba, claramente perturbado por la decisión que tenía ante él.

Finalmente, suspiró y, cuando empezó a hablar, la habitación hizo silencio.

“Compartimos el mismo linaje”, dijo el Rey, mirando a Gwendolyn. “Los mismos antepasados. E incluso el mismo nombre. La hospitalidad es una responsabilidad sagrada. No os mandaré de vuelta al desierto. Sean cuales sean los riesgos”.

Gwen suspiró aliviada y sintió una enorme gratitud hacia aquel amable y valiente Rey. Sabía que cualquier otra decisión significaría su sentencia de muerte.

“Sois bienvenidos aquí”, añadió el Rey. “Os quedaréis aquí. Viviréis con nosotros y seréis parte de nuestro pueblo. Nos contaréis vuestra historia, todo sobre vuestras vidas, qué os trajo hasta aquí, vuestros esfuerzos, vuestras batallas, vuestro pueblo y nosotros os hablaremos de nosotros”.

“Pero ahora no es el momento. Ahora descansaréis y os recuperaréis y, cuando el sol se esconda, daremos un banquete real. Reuniré a todas nuestras familias y nos lo contaréis todo. Mientras tanto, nuestro castillo es vuestro, amigos míos”.

El Rey dio un paso adelante, se detuvo delante de Gwen, le colocó ambas manos encima de los hombros, se inclinó hacia delante y le besó la frente, después sonrió y se inclinó para acariciar a Krohn. Se dirigió a Kendrick, le estrechó el antebrazo, entonces fue por toda la fila, estrechando el antebrazo a

todos y cada uno de los hombres, mirando solememente a los ojos a cada uno.

“Mi Rey”, dijo Gwen, “aceptamos gustosamente. Pero antes de descansar y recuperarme, debo decirle que hemos venido aquí con una misión urgente”.

Él la miró de nuevo, con curiosidad, mientras la habitación se quedaba de nuevo en silencio.

“Cuando llegamos al Imperio”, continuó Gwen, “un pueblo esclavo de los alrededores de Volusia nos acogió con la mayor de las hospitalidades. Ahora, dirigidos por Darius, se encuentran en medio de una gran rebelión y se enfrentan en batalla al Imperio. Hemos venido hasta aquí, hemos cruzado el desierto, con una solemne promesa de encontrar ayuda, para pedir que sus ejércitos vuelvan con nosotros, se unan a Darius y nos ayuden a asegurar su libertad y a destruir el Imperio”.

La multitud murmuró, inquieta, durante mucho tiempo, y el Rey la miró con seriedad. Hizo una señal con la cabeza a uno de sus consejeros, que al momento se acercó y le pasó un pergamino a Gwendolyn.

“Mi Reina”, dijo, mientras ella cogía el pergamino. “Esto llegó con el águila de esta mañana. Noticias de Volusia: a la gente de la que habla se les ha tendido una emboscada, han sido asesinados. No queda nadie”.

Gwen leyó el pergamino con las manos temblorosas y el corazón empezó a rompersele por dentro. No lo podía creer. Muertos. De inmediato sintió que era culpa suya, como si los hubiera abandonado a todos. Se sentía morir por dentro. Su gran sentido de la misión se derrumbó delante de sus ojos.

“¡No!” gritó una voz y, al darse la vuelta, Gwen vio a Sandara llorando en los brazos de Kendrick. “¡Mi hermano!”

“Lo siento, mi Reina!, dijo el Rey. “Pero ahora vuestro hogar está aquí. Con nosotros”.

Con esto, el Rey se dio la vuelta y sonó un cuerno. La multitud empezó a dispersarse y Gwen se quedó allí, vacía por dentro, desgarrada con emociones entremezcladas. ¿Se encontraría de nuevo alguna vez con Thorgrin? ¿Y con Guwayne?

Y se preguntaba cómo sería ahora su futuro.

CAPÍTULO DIECISIETE

Godfrey, despierto, con cara de sueño por haber estado despierto toda la noche, se quitó lentamente la banda roja, aguantando la respiración para no infectarse con la plaga y se la llevó a la cabeza mientras examinaba los alrededores con la débil luz de antes del amanecer. Finalmente, todo estaba en silencio y tranquilo en la celda de la prisión, el único ruido que se oía era la respiración del guarda, constante y regular, y el ligero ronquido de los prisioneros. Había llegado el momento.

Esta había sido una de las noches más horrorosas de su vida, reclinado en un hoyo infectado por la plaga, respirando en la banda roja e intentando por todos los medios desviar su boca para no cogerla. Godfrey se incorporó lentamente, con los músculos agarrotados, esperando impaciente el momento toda la noche. Había sido una noche tortuosa, uno de los prisioneros al lado del cual había estado tumbado, había muerto en algún momento durante la noche. Godfrey recordaba el momento exacto en el que había muerto, con la cara contra la suya, soltó su último aliento, su cuerpo tembloroso, quedándose después tieso como una tabla. Godfrey apenas había podido aguantar el vómito.

Godfrey había hecho todo lo posible para respirar en la dirección contraria y le pedía a Dios con todas sus fuerzas que no cogiera cualquiera que fuera la plaga que este tipo tenía. Godfrey se imaginaba que no había mucho que perder: si no conseguía escapar, lo ejecutarían en unas horas de todos modos.

Godfrey, gracias a su autoritario padre, había ido a parar a las celdas de las mazmorras en muchas ocasiones, aunque solo fuera por unos días, su padre siempre intentó enseñarle una lección que nunca aprendió. Alerta a los ritmos del interior de la celda de una prisión, Godfrey se fijaba en todos los ruidos y sensaciones que envolvían la prisión, asegurándose de que todo estuviera preparado antes de lanzarse. Godfrey sabía que una prisión tenía sus propios y singulares sonidos y ritmos: conocía el ruido que hacía una prisión justo antes de que los prisioneros estuvieran a punto de organizar una revuelta; conocía el ruido que precedía a un guarda pegando a alguien; conocía el ruido de un nuevo prisionero entrando en la sección y conocía el sonido de cuando se

llevaban a alguien a la fuerza.

Y, lo más importante, conocía el sonido de un guarda quedándose dormido.

Godfrey se giró y fijó su vista en el guarda del Imperio, que estaba al lado de la celda de la prisión, con la cabeza caída, la barbilla tocándole el pecho, los hombros caídos y relajados. Tal y como Godfrey los quería. Sus ojos se centraron en las llaves, un pequeño manojito de llaves de plata en el cinturón del guarda y sabía que había llegado el momento.

Godfrey se incorporó sigilosamente, el cuerpo le pesaba, deseaba pesar veinte kilos menos. Uno de estos días iba a dejar la bebida, pero seguro que no iba a ser hoy. Godfrey se bajó lentamente la banda roja y se la colocó alrededor de la cintura; sabía que más tarde le sería útil.

Godfrey se separó lentamente del cadáver, sacándose de encima al prisionero infectado por la plaga, como había deseado hacer toda la noche, feliz por haberse quitado ese peso de encima y entonces, lentamente, se puso de rodillas. Desde allí, se puso sobre sus pies, de cuclillas. Sus piernas se habían dormido y les dio un momento para volver a la vida antes de entrar en acción.

Godfrey miró de un lado al otro del pasillo y no vio ni rastro de algún guarda vigilando por allí. Evidentemente, tenía sentido: estaban a mitad de la noche y un guarda de pie delante de una celda cerrada tendría que ser suficiente, especialmente con prisioneros tan patéticos como Godfrey y su grupo y las otras almas en pena que estaban allí con ellos. De hecho, cuando Godfrey miró más allá de las barras de la celda, vio a Akorth y a Fulton profundamente dormidos, aunque les había dicho que se quedaran despiertos, roncando tan profundamente que tapaban el ruido que él pudiera hacer. Por una vez, se alegraba de sus ronquidos.

Sin embargo, Ario y Merek, gracias a Dios, lo habían escuchado y estaban allí, cada uno en su esquina, mirando fijamente con ojos de poseído, observándole totalmente despiertos. De nuevo, Godfrey se preguntaba si esos dos dormían alguna vez.

Godfrey corrió como un rayo a través del pasillo, arqueando sus pies como un gato, moviéndose tan silenciosamente como podía, estaba impresionado por su propio silencio. Fue directo a las llaves del guarda y, con las manos temblorosas, se agachó a su lado y buscó a tientas el broche de su

cinturón. Consiguió soltarlo y, al hacerlo, apretó el manajo de llaves para que no hiciera ruido. Las examinó rápidamente, imaginando cuál sería la buena, la introdujo con cuidado en el cierre y la giró tan silenciosa y suavemente como pudo.

Con el ligero sonido de un pestillo al girar, la puerta de la celda se abrió y Godfrey se quedó mirando fijamente, sorprendido, maravillado de que realmente hubiera funcionado.

Merek y Ario, que no necesitaban que les incitaran, ya estaban en la puerta, pero Godfrey hizo un gesto señalando a Akorth y Fulton, y Ario se dio la vuelta y fue corriendo hacia ellos, golpeándoles bruscamente en la espalda y cubriéndoles la boca para que no gritaran. Se pusieron torpemente de pie y empezaron a salir lentamente por la puerta de la prisión.

Godfrey estaba impresionado. Dejando a un lado que Akorth y Fulton no estuvieran despiertos y preparados, todo estaba transcurriendo con fluidez, de acuerdo con el plan que tenía en mente. En un arrebato de optimismo, se dio cuenta de que su alocado plan podía realmente funcionar.

Justo cuando estaban llegando a la puerta de la celda, un prisionero que estaba al fondo, un hombre con sobrepeso con una enorme barriga y los ojos pequeños, se puso de pie de un salto.

“¿A dónde vais todos vosotros?” gritó. “¡Esperadme!”

Godfrey sintió una ráfaga de furia ante la estupidez de este tipo, que armó un jaleo al moverse por la celda. Con el corazón latiéndole fuerte, Godfrey empezó a darse la vuelta para ir a ver si el guarda se había despertado.

Pero no llegó a tiempo. Godfrey sintió que las fuertes manos del guarda le tiraban del pelo por detrás y, de golpe, sintió cómo golpeaba su cabeza contra las barras de hierro, una y otra vez, la cabeza le dolía a muerte con cada asalto.

El prisionero ruidoso corrió hacia delante e intentó correr hacia la puerta abierta y, mientras lo hacía, el guarda la cerró de golpe; el prisionero chilló, pues el brazo se le quedó pillado allí.

Finalmente, el guarda lo soltó y Godfrey se giró y vio a Ario corriendo hasta ponerse detrás de él y dándole una patada detrás de la rodilla, haciéndolo caer sobre una rodilla.

Entonces Merek se lanzó hacia delante y golpeó la cabeza del guarda

contra las barras.

Pero este guarda era invencible. Rebotó hacia atrás, alcanzó a Merek, lo agarró y lo tiró contra las barras; entonces se dio la vuelta y dio un codazo a Ario, dejándolo inconsciente en el suelo. Akorth y Fulton estaban allí, inútiles, y Godfrey supo que debía actuar rápidamente o, si no, se arriesgaba a perderlo todo.

Godfrey se acordó de la banda roja que llevaba en la cintura. Cuando el guarda le dio la espalda para acabar con Merek, Godfrey se abalanzó hacia delante, saltó sobre la espalda del guarda y le rodeó el cuello con la banda. La cogió con todas sus fuerzas y tiró de ella.

El guarda enloqueció, gimiendo, dando vueltas, corriendo en todas direcciones, pero Godfrey lo sujetaba con todas sus fuerzas, apretando, sin intención de soltarlo. Sabía que aquella banda era su cuerda salvavidas.

El guarda daba vueltas y golpeaba su espalda, con Godfrey encima, contra las barras de hierro una y otra vez; Godfrey sentía cómo le golpeaban en el pecho, sentía como si lo aplastaran.

Y aún así, ante su sorpresa, se mantenía allí.

Merek se volvió a poner de pie, corrió hacia delante y dio un puñetazo al guarda en la barriga. Finalmente, por suerte, cayó de rodillas, con Godfrey todavía encima suyo.

Ario, Akorth y Fulton corrieron hacia delante, todos dando patadas al guarda, una y otra vez y otra, hasta que finalmente cayó sobre su estómago.

Merek corrió hacia delante, ayudó a Godfrey a coger la banda y los dos apretaron todavía con más fuerza.

Aún así, el guarda, invencible, como un animal que se niega a morir, continuaba jadeando.

Finalmente, Ario sacó un pequeño puñal de su cinturón, dio un paso adelante con calma, se puso de rodillas y le clavó el puñal al guarda en la nuca.

Finalmente, dejó de moverse.

Godfrey se soltó, con las manos temblorosas, y los cuatro se miraron los unos a los otros en silencio, sorprendidos ante lo que había pasado.

“¡Abre esta jodida puerta de una vez!” gritó el otro prisionero, con su brazo todavía atrapado en la puerta.

Godfrey se levantó y lo miró fijamente, furioso.

“Tienes suerte de que no te mate”, dijo.

Godfrey se giró hacia los demás y los cuatro, a la vez, ahora un equipo fortalecido, corrieron pasillo abajo, cada vez más rápido, girando y dando vueltas, con la luz del día por delante.

“¿Y ahora hacia dónde?” preguntó Ario, mirando a Godfrey, por fin con respeto.

“A donde sea”, respondió, “menos aquí”.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ragon estaba al borde de una loma cubierta de hierba al extremo de la Isla de la Luz y observaba el vasto océano que había ante él, preguntándose dónde podía estar Thor. Había marchado tan súbitamente que había cogido a Argon desprevenido y rara vez en su vida cogían a Argon desprevenido. De alguna manera, por primera vez en su vida, no lo había previsto.

Ragon había estado seguro de cómo iban a evolucionar las cosas: había previsto la llegada de Thorgrin a la isla y pensaba que había previsto que Thor se reuniera con Guwayne, aunque esta visión había sido confusa.

Y, sin embargo, estaba seguro de que nunca había previsto que Thorgrin se marchara tan de golpe, especialmente en medio de la noche. Al principio se había quedado totalmente desconcertado de por qué había sucedido aquello – hasta que vio, arriba en el cielo, la sombra que pasaba, un demonio que se había escapado del infierno, y entendió lo que había pasado exactamente. Habían engañado a Thorgrin; lo habían llevado por el mal camino, había caído presa de las fuerzas oscuras del infierno. Ragon entendió que, en efecto, debían ser fuerzas muy poderosas, si podían llegar hasta la Isla de la Luz y podían afectar a un guerrero y druida como Thorgrin.

Todo esto le hacía temer a Ragon por el futuro de Thorgrin. ¿Qué poderes monumentales podían estar en marcha en el universo, podían estar usando a Thorgrin como su juguete? ¿Por qué era Thorgrin tan importante que lo iban a visitar en persona? Era obvio que Thorgrin era más poderoso de lo que Ragon pensaba; había subestimado su gran sino. Lo había subestimado a él y a las fuerzas que se movían a su alrededor.

Guwayne, en brazos de Ragon, empezó a llorar y Ragon lo meció, mientras lo miraba a los ojos, que eran grises como los de Thorgrin.

“Shhhh”.

Ragon meció a Guwayne y Guwayne se quedó en silencio de inmediato. Él sentía el calor del pequeño en sus brazos mientras lo tranquilizaba para que se durmiera. Sentía un gran honor de sostener a aquel niño, del que había previsto un destino aún más grande.

Pero Ragon estaba perplejo de que estuviera sosteniendo todavía a Guwayne, de que Thorgrin no se hubiera reunido con él y se lo hubiera

llevado. Había previsto acoger a Guwayne solo por un corto periodo de tiempo, solo hasta que Thorgrin hubiera vuelto. Y ahora aquí estaba, todavía con el niño, mientras Thorgrin estaba en algún lugar por allí fuera buscándolo. Ragon sabía que algo no iba bien. Un gran mal se había perpetuado en el universo y Thorgrin, llevado por el mal camino, tenía que corregirlo. Tenía que ver la claridad y reunirse con su hijo.

Ragon miró hacia el cielo, vio a Lycoples volando en círculos, cerró los ojos y le ordenó en silencio:

Ve, hija mía.

Allá arriba se oyó un chillido como respuesta y Lycoples volaba en círculos, una y otra vez, alejándose, pero después, curiosamente, regresando. Ragon estaba confundido; Lycoples siempre había obedecido sus órdenes. Y ahora, sin embargo, parecía dudar.

Ve. Busca por los mares. Encuentra a Thorgrin. Tráemelo hasta aquí.

Ragon abrió los ojos, esperando que Lycoples obedeciera sus órdenes, pero no se iba.

Ragon no podía comprenderlo. ¿Por qué Lycoples se negaba a marcharse? Percibía que intentaba contarle algo y, sin embargo, esto también era extraño. ¿Por qué seguía él sin una explicación? ¿Preveía Lycoples un futuro oscuro que él no podía ver?

Ragon cerró los ojos e intentó ver el futuro, intentó ver a Thorgrin regresando, reuniéndose con Guwayne... Pero, por alguna razón, su visión era oscura. No veía nada. Solo oscuridad.

“¡VE!” gritó Ragon, con una voz sobrenatural y firme, levantando la voz y el bastón. Guwayne empezó a llorar.

Esta vez, Lycoples chilló como protesta, entonces de repente se dio la vuelta, batió sus alas y se fue volando hacia el horizonte.

Ragon observaba cómo se iba, disipándose con el cielo escarlata y, a su pesar, no podía evitar sentir que se avecinaba una gran maldad.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Thor estaba en la proa del barco mientras navegaban a través de la negra noche del océano, navegando más rápido de lo que jamás lo habían hecho, mientras observaba la oscuridad y pensaba en su hermana.

Alistair, dónde estás.

Navegaban a través de aguas agitadas, la neblina de las aguas le salpicaba la cara, en dirección al sur, siguiendo el instinto de Thor. Thor notaba que Alistair estaba por allí; notaba que estaba en peligro, de una forma tan intensa que era como si estuviera aquí mismo con él. Sabía que era donde el dragón lo había llevado y no podía estar en ningún otro lugar hasta que la hubiera ayudado.

Pero ¿qué estaba haciendo ella allí, en este inmenso y vacío mar?

Intentaba recordar la última vez que la había visto. Se marchaba del Anillo, hacia el sur, para embarcarse hacia las Islas del Sur con Erec. Parecía muy feliz, igual que él. En lo único que Thor siempre había encontrado consuelo desde la destrucción del Anillo era su hermana, sabía que había marchado antes de la invasión, sabía que estaba segura en algún lugar de las Islas del Sur con Erec.

Y ahora esto. ¿Cómo era posible que estuviera aquí?

Thor no sabía la respuesta. No le hacía falta, había aprendido a fiarse de su instinto.

“¿Estás seguro de que vamos por el camino correcto?” dijo una voz.

Thor se giró y vio a Angel a su lado, mirándolo con los ojos llenos de confianza y esperanza.

Thor alargó el brazo y le puso una mano encima del hombro.

“No estoy seguro de nada, Angel”, dijo, “solo de lo que me dice mi instinto”.

Ella asintió con la cabeza, solemnemente.

“Esto es lo más seguros que podemos estar de algo”, respondió ella.

Como siempre, a Thor le sorprendió su sabiduría; a veces se sentía como si estuviera hablando con un señor mayor, lleno de conocimiento.

“¡Thor!” gritó una voz.

Thorgrin miró hacia atrás y vio a O'Connor, arriba en el mástil, señalando

hacia la oscuridad.

Thor se dio la vuelta y volvió a observar el horizonte, pero no vio nada.

Pero entonces, mientras continuaban navegando, empezó a ver un débil brillo en el horizonte. Vio humo y olió un fuego en el mar. Podía ver que no había tierra por allí delante y eso le confundía; no podía entender cómo podía haber fuego.

A menos que hubiera algo allí. Barcos. Barcos encendidos.

Los presentimientos de Thor se intensificaron.

“¡MÁS RÁPIDO!” ordenó Thor. “¡A toda vela!”

Reece, Elden y Matus manejaban las velas y, mientras ganaban velocidad, Thor preparaba las armas.

“¡Preparaos!” exclamó Thor. “¡Nos dirigimos a una batalla!”

Mientras se acercaban, las nubes de humo se hacían más grandes, estaban quizás a unos cien metros, Thor empezó a distinguir lo que se desplegaba ante ellos: había un brillo de llamas, una flota de barcos encendidos y gritos de hombres. Había centenares de barcos del Imperio, una flota inmensa, y dentro de aquella flota, vio media docena de otros barcos, sitiados por un fuego vivo. Y el corazón le dio un vuelco al ver que en aquellos barcos ondeaba la bandera de las Islas del Sur.

Sin necesidad ni siquiera de verlo, Thor inmediatamente supo que Alistair y Erec estaban en aquellos barcos, en peligro, atrapados por el Imperio. Vio la flota del Imperio apuntando con sus arcos, levantando sus flechas, en dirección a la flota de Erec, mientras disparaban una descarga tras otra. Vio los enormes barcos que les cerraban el paso y vio que estaban a punto de destruirlos para siempre.

“¡Más rápido!” ordenó Thor, sintiendo cómo su elegante barco se deslizaba con el viento, la espuma del mar cada vez era más fuerte.

Ahora estaban a casi cincuenta metros y, cuando se acercaban, Thor se dio cuenta de que tenían una ventaja: el Imperio no esperaba que los atacaran por detrás, desde mar abierto y, con todas las miradas dirigidas al interior, hacia la flota de Erec, no veían a nadie que se molestara en mirar.

Aún así, no iban lo suficientemente rápido; Thor sabía que no llegarían a tiempo. Su hermana, Erec y toda su gente morirían.

Thor cerró los ojos y se concentró, intentando sentir a su hermana en la

oscuridad.

Entonces sucedió la cosa más extraña. Mientras se acercaban y se concentraba en su hermana, Thor lentamente sintió un poder que crecía dentro de él, un poder más grande de lo que jamás había sentido. Era como si estar cerca de Alistair le permitiera acceder a sus poderes más fácilmente. Esto los cambiaba, los hacía más fuertes.

Thor cerró los ojos y sintió que el poder crecía en su interior, un poder unido entre él y Alistair y, al levantar ambas manos, sentía un poder que volaba entre ellos sin intentarlo. Abrió los ojos y apuntó con sus manos y de cada una de ellas salió una bola de luz naranja en llamas. Salieron disparadas por el aire, cada una de ellas dirigida a cada uno de los enormes barcos del Imperio que cerraban el paso a Erec para escapar.

Las bolas impactaron justo antes de que los arqueros pudieran soltar las flechas. Cada uno de los barcos fue sacudido por una explosión, ardiendo en llamas que iluminaron la noche y disparando trozos de madera, que volaron por los aires y cayeron sobre el mar en todas direcciones.

Los dos barcos se partieron de inmediato, se empezaron a inclinar y a hundir rápidamente en el mar.

Erec, viendo su oportunidad, alzó las velas y avanzó a través de los restos de lo que quedaba de las ruinas en llamas, creando un pasillo para el resto de los barcos, todos navegando en una única fila tras él.

En unos instantes estuvieron al otro lado, junto al barco de Thorgrin, que se acercó hasta ellos.

Thorgrin vio las caras de sorpresa de Erec, Alistair y de todos sus hombres, iluminadas por la luz de las antorchas y todos lo miraron a él, estupefactos. La cara de Alistair estaba llena de lágrimas.

“¡Thorgrin!” gritó.

Él podía ver sus caras de alivio.

Pero no había tiempo para un reencuentro. Thor se unió a la flota de Erec mientras él daba la vuelta inmediatamente a su barco y se dirigía hacia ellos, huyendo del Imperio.

Tras ellos, los centenares de barcos del Imperio salieron a la caza. Thor miró por encima del hombro y vio que se les estaban echando encima y supo, mientras todos se dirigían a mar abierto, que tenían pocas esperanzas de

escapar. Pero, por lo menos, estaban juntos. Y, si hiciera falta, lucharían todos juntos hasta la muerte.

Navegaban y navegaban en la noche, Thor llevaba su elegante barco pirata lo más rápido que podía y Alistair y Erec se mantenían a su lado. Había bajado una niebla que iba y venía y, cuando se despejó momentáneamente, Thor echó un vistazo por encima del hombro, como hacía cada pocos minutos, y vio que la flota del Imperio todavía estaba allí, a menos de cien metros. No podían perderlos; de hecho, estaban cerrando el cerco lentamente pero de forma segura. Thor y los demás tenían suerte de tener ahora un fuerte viento a su espalda, pero si este viento cesaba sabía que los rodearían y los matarían.

Y lo que era peor, Thor estaba agotado por haber usado su energía, por aquellas bolas de fuego y, mientras intentaba reunir más poder, esta vez cuando cerró los ojos no vino nada. Sabía que no le quedaba otra opción que no fuera luchar con ellos mano a mano, hombre a hombre y sabía que esta era una lucha que no podía ganar.

Thor echó un vistazo al barco y se sintió seguro al ver la cara de Alistair, muy calmada y tranquila, al lado de Erec; Thor sentía que juntos, con la combinación de sus poderes, no existía peligro al que no se pudieran enfrentar.

Pero mientras los barcos del Imperio se acercaban, el aire se llenaba con el sonido de las flechas zumbando y Thor y los demás se pusieron a cubierto.

“¡Están cerca!” exclamó Erec.

Un mar de flechas y lanzas cayó sobre ellos y los hombres de Erec gritaron, ya que muchos fueron alcanzados y cayeron por la borda.

Entonces Thor oyó un grito a su lado y echó un vistazo, horrorizado al ver que su amigo Reece estaba de rodillas a su lado con una flecha clavada en el pecho.

A Thor se le paró el corazón al ver la herida. Sabía, sin duda, que era letal.

“Quédate aquí”, le dijo Thor a Reece, mientras le sujetaba la cabeza, “¡Te pondrás bien!”

Entonces se oyó un gran golpe y Thor sintió que, de repente, el barco impactaba contra algo duro, rascando su parte inferior, como si navegaran por encima de algo y, a continuación, desapareciera igual de rápido. Thor miró a los demás y ellos lo miraron, igualmente perplejos.

Pero volvió a suceder y Thor corrió hacia la barandilla y miró al agua y se quedó sorprendido con lo que vio: allí, delante de ellos, extendiéndose tan lejos como la vista alcanzaba, había bancos de peces poco profundos, rocas intercaladas en las aguas, cada quince metros más o menos. Miró hacia arriba y, a través de la niebla, vio que llegaban hasta donde la vista alcanzaba. Mirando a través de la niebla Thor vio otra cosa que le sorprendió. Había una enorme formación rocosa que se levantaba desde el océano y dentro de uno de los enormes peñascos había la entrada a una cueva, una entrada arqueada lo suficientemente alta para esconder sus barcos. Miró más allá de ella y vio otra cueva, y otra. De la misma forma que no había tierra a la vista, toda esta extensión de océano estaba llena de bancos de peces y cuevas, extraños afloramientos de roca en medio del océano.

Thor tuvo una idea.

“¿Qué os parecen las cuevas?” dijo Thor a Erec y Alistair desde la barandilla.

Ellos echaron un vistazo y las examinaron, también.

“Si podemos escondernos en ellas, quizás pasen de largo”, añadió Thor.

Erec miró por encima de su hombro y negó con la cabeza.

“Están demasiado cerca”, respondió gritando. “Nos verían”.

Alistair alargó el brazo y posó su mano sobre la muñeca de Erec y él la miró.

“Existen otras maneras”, respondió.

Alistair dio un paso adelante, miró a Thorgrin y extendió una mano hacia su barco.

“Mi hermano”, le dijo a Thor, “acerca más tu barca. Levanta tu mano y únala a la mía.”

Thorgrin dirigió su barca y se acercaron más navegando y, cuando fue hasta el extremo de su barca e hizo lo que ella le dijo, juntando su mano con la suya, sintió un tremendo calor saliendo de ella.

Mientras todos los demás observaban, paralizados, hermano y hermana juntaron las manos y, lentamente, se empezó a formar una luz blanca entre ellos. La luz empezó a coger forma, a coger forma de nube y empezó a extenderse por todos los barcos a la vez y después se quedó detrás de ellos.

Thor miró hacia atrás y vio que formaba una perfecta pared de niebla

detrás de su flota, ocultándolos de la vista del Imperio.

“¡Hacia la cueva!” exclamó Alistair.

Todos los barcos se dieron la vuelta y navegaron juntos hacia la cueva, más y más adentro. Allí todo estaba tranquilo e iluminado por unas extrañas aguas de un azul claro, que se reflejaban en las paredes, proporcionándoles suficiente luz para poder ver.

Cuando el último de sus barcos entró, Alistair extendió la mano y ella y Thor volvieron a unirlas.

La nube apareció de nuevo y esta vez escondió la entrada de la cueva y, a continuación, la cueva entera.

Thor oyó el sonido de la flota del Imperio, más allá de la cueva, cortando camino a través de las aguas, navegando justo por delante de ellos.

No tenían ni idea de donde estaban.

Finalmente, hizo un gran suspiro de alivio.

Lo habían conseguido.

CAPÍTULO VEINTE

Darius estaba sentado en un pequeño patio de piedra junto a los otros gladiadores, con los codos sobre las rodillas, la cabeza en sus manos, cuidándose un terrible dolor de cabeza. Se echó hacia atrás lentamente, examinando su cuerpo mientras se retorció y giraba y sintió mil pinchazos. Cubierto de arañazos, moratones y cortes, sentía como si lo hubiera aplastado una roca después de la lucha en el circo. Sus manos estaban hinchadas, agarrotadas y le dolía tan solo abrirlas. Sus extremidades también estaban agarrotadas cuando intentó estirar el codo para echarse hacia atrás y se preguntaba cómo lo haría para volver a luchar. Necesitaba tiempo para recuperarse y tenía el presentimiento de que no lo tendría.

Mientras Darius miraba a su alrededor, tenía un sentimiento de pena y culpa que le dolía más que sus heridas. Vio a Raj, a Desmond y a Luzi sentados por allí cerca, todos mirándose las heridas, todos ellos mirando al vacío. Darius se imaginó que, igual que él, lloraban la muerte de Kaz.

Darius sentía un dolor en el estómago cuando pensaba en él. Él y Kaz prácticamnete habían crecido juntos, habían entrenado juntos incontables días, Kaz siempre fue el más grande y más fuerte de todos ellos y ganaba siempre todas las competiciones. Al principio, Kaz había sido una especie de abusón.

Pero con el tiempo él y los otros habían estrechado lazos con Kaz, que siempre había estado allí para él y que ahora había dado su vida por Darius. Ahora la muerte planeaba por encima de todos ellos, ahora era una realidad, cuando su grupo de amigos había disminuido de cuatro a tres. Sabía que la muerte podía llegarle a cualquiera de ellos y que nada podía detenerla.

Darius notaba que los demás estaban pensando lo mismo allí sentados, con la mirada fija, contemplándose las heridas. Vio que también faltaban algunos de los chicos, ahora muertos, que habían ido con ellos al circo y sabía que sus filas menguantes no presagiaban nada bueno. Se dio cuenta de que era un pequeño milagro haber ganado el primer asalto. Sabía que no podían tener tanta suerte la próxima vez. Estaba seguro de que el Imperio les enviaría contrincantes más fuertes, armas más fuertes. Querían un espectáculo y solo sería cuestión de tiempo hasta que él y todos los demás murieran aquí en este lugar, como objetos de entretenimiento para el Imperio.

Darius hizo una mueca, odiaba ese pensamiento. Siempre había querido morir en la batalla, a campo abierto, luchando por una causa que amara. No de esta manera. No como un prisionero para el espectáculo de un salvaje.

Darius vio las caras abatidas de todos los demás gladiadores, chicos a los que no conocía, con las caras arañadas, los cuerpos con cicatrices por el combate y sospechaba que sentían lo mismo. Todos ellos miraban fijamente a la nada como si estuvieran mirando a sus muertes que se aproximaban amenazantes. Todos ellos estaban allí sentados, esperando a morir.

Darius cerró los ojos y negó con la cabeza. Ya no le tenía miedo a la muerte. Sentía que una parte de él ya había muerto allí, con sus hombres, cuando les tendieron la emboscada dentro de los muros de Volusia. Su corazón todavía estaba con su hermano muerto, a quien él había llevado a que lo asesinaran. Una parte de él sentía como si ya no tuviera derecho a vivir.

Darius se sobresaltó por el repentino golpe de una puerta de hierro de la celda y, al alzar la vista, vio a Morg pavoneándose por el patio, acompañados por varios guardas grandes del Imperio. Les lanzó una mirada asesina a todos en desaprobación.

“Que ninguno de vosotros imagine por un momento que sobrevivirá a esto”, dijo gritando, mirándolos a todos y cada uno de ellos. “Hoy tuvisteis suerte, solo murieron unos pocos de vosotros. Pero mañana será otro día y la mayoría, si no todos, moriréis”.

Examinó sus caras.

“Solo uno de vosotros sobrevivirá a esto, si es que lo hace. Al último hombre que quede tras el tercer asalto, si es que alguno de vosotros llega hasta allí, se le concederá la libertad –o algo parecido. Será llevado a la capital del Imperio, donde luchará en el mayor circo conocido para el Imperio. No es exactamente la libertad; más bien se trata de una prórroga para la muerte. Porque para la verdadera libertad deberíais ganar allí también y nadie lo ha hecho jamás. Se aseguran de que así sea”.

Los ojos de Morg se detuvieron en Darius. Su cara enfurecida se acentuó más cuando dio varios pasos adelante y le clavó la mirada.

“Hoy luchaste bien”, dijo. “Estoy sorprendido. No pensaba que fueras capaz de esto. Me sirves como objeto de entretenimiento. Por ello te voy a recompensar: te llevaré a un circo separado, donde tendrás la oportunidad de

luchar solo, sin cadenas, en asaltos para el entretenimiento y no para la muerte. Vivirás muchos años y te tratarán bien”.

Darius, sintiendo que una gran injusticia crecía dentro de él, se mantuvo firme y se encaró a Morg.

“Solo me iré de este lugar”, respondió Darius, “si mis hermanos vienen conmigo. De no ser así, me quedaré aquí y lucharé con ellos”.

Morg miró a Darius, incrédulo, y frunció más el ceño.

“La oferta solo es para ti, no para tus amigos. Si te quedas aquí, morirás con ellos”.

Darius apretó la mandíbula.

“Entonces moriré con ellos”, respondió decidido.

Los ojos de Morg se abrieron como platos.

“Entonces ¿morirías por tus amigos?”

Darius lo miró fijamente.

“Si abandono a mis amigos”, respondió, “entonces no habré vivido de verdad”.

Morg negó con la cabeza, hizo una mueca y escupió a Darius en los pies.

“Disfrutaré viéndote morir mañana”, dijo. “A ti y a todos tus amigos”.

“No lo disfrute tanto todavía”, interrumpió Raj. “Podría sorprenderle. Y si lo hace, estoy seguro de que le matará a usted primero”.

Morg sonrió, con una sonrisa cruel, se dio la vuelta y marchó hecho una furia del patio, con sus hombres detrás de él, la puerta de hierro se cerró de golpe cuando salieron.

“No deberías haber hecho esto”, dijo Luzi, acercándose a él.

“Tendrías que haber cogido tu libertad”, dijo Desmond.

Darius negó con la cabeza y continuó en silencio.

“Ningún hombre se quedará atrás”, respondió. “Ni ahora, ni nunca. Este es el significado de la amistad”.

Darius podía ver el respeto y el agradecimiento en los ojos de sus hermanos, cuando cada uno de ellos dio un paso adelante y le apretó el antebrazo.

“Traes un gran honor a la memoria de Kaz”, dijo Desmond.

Una mirada de preocupación se dibujó en el rostro de Luzi.

“Todavía no puedo creer que Kaz esté muerto”, dijo Luzi. “No lo entiendo.”

Era el más grande y el más fuerte de todos nosotros. Si a él lo han matado, ¿qué esperanza queda para cualquiera de nosotros?” Su expresión cambió a pánico. “Tengo que salir de aquí”, añadió. “¡Tengo que salir de aquí!”

Luzi atravesó corriendo el patio y empezó a aporrear la puerta de hierro. Darius lo observaba sorprendido y entendió que Luzi estaba teniendo un ataque de nervios.

“¡Haced que se calle!” exclamó uno de los otros chicos. “¡Si sigue dando estos golpes, volverán y nos matarán a todos!”

“Tendrías que haberme dejado que lo matara en el circo”, dijo una voz profunda.

Darius se giró y vio que Drok estaba a su lado, sus estrechos ojos lo miraban con furia.

“Hubiera sido limpio y sin problemas”, añadió. “Y solo lo tendría que haber matado una vez”.

Darius se llenó de furia al recordar el intento de Drok de matar a Luzi en el circo.

Drok empezó a andar pomposamente por el patio, hacia Luzi, y Darius atravesó el patio corriendo, olvidando todo su dolor y se puso entre ellos, impidiéndole el paso. Miró fijamente a Drok y Drok lo miró sorprendido.

“Para llegar hasta él, tendrás que pasar por mí”, dijo Darius.

El chico le hizo una mueca a Darius.

“También te tenía que haber matado a ti allí”, dijo Drok. “Estaré feliz de hacerlo ahora, a ti y a tu pequeño y patético amigo”.

Mientras se disponía a atacar a Darius, Drok se agachó furtivamente, cogió un puñado de arena del suelo y se lo tiró a Darius a los ojos.

Darius, que no se lo esperaba, se quedó momentáneamente ciego y, a continuación, sintió unos fuertes brazos alrededor de su cintura, que lo derribaron, llevándolo hasta el suelo. Se cayó de espaldas y dio un fuerte golpe en el suelo, le dolía cada músculo de su cuerpo, mientras el chico, luchando, lo clavaba en el suelo.

Todos los chicos se acercaron de inmediato.

“¡LUCHA!” gritaron. “¡MÁTALO!”

Después de la actuación de Drok en el circo, de su intento de matar a los otros chicos, Darius sabía que lo animaban a él.

Darius luchaba por sacarse la arena de los ojos, por recuperar la respiración, y notó unos duros nudillos en su mejilla mientras Drok le daba puñetazos en la cara, una y otra vez.

Cuando se disponía a atacar de nuevo, Darius levantó el brazo y esta vez le agarró la muñeca en el aire; a la vez, consiguió girarse, ponerse encima de Drok y darle dos puñetazos en la cara.

Drok le dio una patada entre las piernas a Darius, se inclinó y le dio un cabezazo, y Darius sintió un infinito dolor mientras el chico se daba la vuelta y se colocaba encima. Darius dio un giro y le dio un codazo en la mandíbula y el chico se desplomó a su lado.

Darius salió de debajo de él dando vueltas por el suelo y recuperó la respiración.

Desmond, Raj y Luzi aparecieron, entre todos cogieron al chico por detrás y lo arrastraron a sus pies, cogiéndolo por los brazos.

Darius consiguió ponerse de pie y lo miró fijamente.

“Acaba con él”, dijo Desmond.

“Acaba con él para siempre”, dijo Luzi metiendo baza.

“¡MÁTALO!” decían a coro los otros chicos-

Darius miró al chico, que luchaba por soltarse, durante un buen rato y se dio cuenta de que podía matarlo. No sería aquí. No mientras estuviera prisionero.

“No”, respondió Darius. “Soltadlo”.

En el instante en que lo soltaron, Drok se abalanzó sobre Darius, gruñendo, mientras la sangre goteaba de su boca. Corría para derribarlo, pero esta vez Darius estaba preparado, esperó hasta el último momento y dio un paso al lado. Mientras Drok pasó por delante corriendo, Darius echó el brazo hacia atrás y le dio un codazo en la mandíbula.

Drok cayó de cara al suelo.

Estaba allí, gimiendo, y Darius vio cómo alargaba el brazo y cerraba los dedos para agarrar un puñado de tierra y, esta vez, Darius se dio cuenta de que estaba a punto de tirarle otro puñado de arena.

Darius le pisó la muñeca al chico, inmovilizándola contra el suelo, justo antes de que pudiera darse la vuelta y tirarle la arena. Darius cogió impulso y le dio una patada en la cara con el otro pie, dejándolo de espaldas al suelo y

fuera de combate.

Pero Drok era fuerte. Dio vueltas y más vueltas, se puso de pie y se quedó allí, mirando a Darius, ensangrentado pero indestructible. Se dio la vuelta y corrió hacia la pared, agarró una espada de madera de entrenamiento del estante y se encaró a Darius.

“¡Darius!” dijo una voz.

Darius se dio la vuelta y vio que Raj le lanzaba una espada de madera; la cogió en el aire y la levantó justo a tiempo para parar el primer golpe de Drok.

Darius y Drok peleaban sin parar con un gran repiqueteo de madera, dando golpes y parándolos, empujándose el uno al otro. Darius debía admitirlo: el chico era rápido e implacable, y lo llevaba el odio.

Sin embargo, no era tan rápido como Darius. Darius recordó sus entrenamientos con Raj y Desmond y puso todas sus habilidades en marcha, atacando y golpeando un poco más rápido que Drok y, cuando estaba a punto de darle un golpe, Drok cogió a Darius desprevenido y le barrió el pie desde abajo.

Darius se tambaleó y cayó de espaldas y Drok inmediatamente levantó la espada, se abalanzó hacia delante y, agarrando la empuñadura, dirigió la punta directo en la garganta de Darius.

Darius lo esquivó girando en el suelo en el último momento, la punta se clavó en el suelo y él se balanceó y tiró la espada de la mano de Drok, a continuación se puso de pie.

Drok, furioso, cogió su espada de madera y la rompió sobre su rodilla, dejando la punta serrada, entonces embistió y gritó, dirigiéndose a clavarle la espada en el corazón a Darius.

Darius esperó y esperó, tranquilo y sereno, entonces en el último instante dio un paso al lado y dio un codazo a Drok en la garganta, haciendo que se desplomara sobre su espalda.

Drok yacía allí, inmóvil, y cuando alargó lentamente el brazo para coger su espada, Darius la apartó de una patada.

Darius se arrodilló a su lado, agarró la espada serrada y apuntó con el extremo afilado a la garganta de Drok. Sus manos temblaban mientras pensaba si lo mataba.

“¡MÁTALO!” gritaban los otros chicos, acercándose.

Drok les hizo una mueca, mientras la sangre salía de su boca.

“Hazlo”, insistió Drok. “Me harás un favor”.

Darius finalmente soltó la espada.

“No”, dijo Darius, “no te haré este favor. No sería honrado matarte mientras estás indefenso. Y yo no mancharé mi honor, ni siquiera por los de tu especie”.

Darius se puso de pie y lo miró haciendo una mueca.

“El circo decidirá quien vivirá y quien morirá”, concluyó. “Y si existe un verdadero Dios, mañana morirás tú”.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Volusia estaba en el balcón, en lo alto de la inmensa cúpula de oro que se alzaba en el centro de la capital y observaba el horizonte con un interés cada vez mayor. Allí, levantando una nube de polvo, había un séquito de siete cuadrigas negras, tirados por los caballos más grandes que jamás había visto, apareciendo en el día del desierto. Lo que le sorprendía más no era el tamaño de los carruajes o de los caballos, o incluso su velocidad, sino el hecho de que las legiones de soldados del Imperio acampados fuera de la ciudad rompieron filas para dirigirse hacia ellos inmediatamente. Un mar de cuerpos se extendió, dirigiéndose a aquellos carruajes que se aproximaban y Volsua se dio de que era obvio que, aquel séquito de personas, fueran quien fueran, eran muy respetados.

Los carruajes continuaban avanzando, directos a las puertas de la capital y Volusia se preguntaba quién podía ser tan insolente como para pensar que podía acercarse.

“¿Quién se dirige hacia nuestras puertas?” le preguntó a Koolian, uno de sus hechiceros, que estaba a su lado junto a una docena de otros consejeros, examinando el horizonte.

Él se aclaró la garganta, con una mirada seria en el rostro.

“Diosa”, respondió. “Ante usted tiene a los Caballeros de los Siete. Representan los cuatro cuernos y las dos puntas del Imperio y son los representantes directos del Gran Consejo. Representan la fuerza colectiva y el poder negociador de todo el Imperio”.

“Hay poca cosa en la que se pongan de acuerdo los Cuernos y las Puntas, Diosa”, Aksan, su asesino, dijo, dando un paso adelante a su otro lado, “pero si hay algo que tienen en común, es el Gran Consejo. Una palabra del Gran Consejo es una palabra de todo el Imperio. Nadie se atreve a desafiarlos. Nadie puede desafiarlos”.

“Lo más sabio sería que los recibiera de buen grado, Diosa” dijo su comandante, Gibvin.

Volusia observaba cómo los relucientes carruajes negros corrían a través del desierto, directos hacia sus puertas, tan orgullosos, tan majestuosos y tan arrogantes, que era obvio que no esperaban que nadie o nada se interpusiera

en su camino.

“¿Y qué creéis que quieren de mí?” preguntó.

“Ellos solo vienen por una razón”, dijo Gibvin, “para dictar condiciones. Le harán una oferta y solo la harán una vez. Sea lo que sea, hará bien en aceptarla, Diosa”.

Se giró hacia él desafiante.

“Este no es el consejo de la capital”, dijo. “Este es el Gran Consejo, de todos los hombres. No representan solo una ciudad, sino decenas de miles. No solo tienen ejércitos, también tienen hechiceros, tan poderosos como los suyos y un número infinito de hombres que perder. Se lo ruego, no despierte a la bestia”.

Volusia lo examinó, tranquila, inexpresiva, después se dio la vuelta y observó cómo el séquito se acercaba a las puertas doradas de la capital.

Sus soldados, allá abajo, alzaron la vista, esperando una respuesta.

Un espeso silencio colgaba en el aire, mientras Volusia miraba fijamente hacia abajo, reflexionando.

“Diosa, se lo suplico”, dijo Gibvin. “No los haga esperar. Abra las puertas de inmediato”.

Volusia esperó un poco más, toda la ciudad estaba tan en silencio que se podía oír cómo caía un alfiler, entonces finalmente, cuando se sintió preparada, asintió con la cabeza lentamente.

Las puertas se abrieron de inmediato y los carruajes entraron corriendo, directos hacia la cúpula dorada, hacia ella, como si supieran sin ninguna duda que les dejaría entrar.

*

Volusia estaba sentada en la mesa del Gran Consejo, delante del representante de los Caballeros de los Siete y lo miraba con curiosidad. No era para nada lo que ella esperaba. Ella esperaba un gran guerrero de la raza del Imperio, un hombre duro, grande, fuerte, que vistiera armadura y llevara armas.

Pero delante de ella veía a un hombre simple –un ser humano, no menos – con ojos inteligentes, que llevaba una toga marrón, con las manos cuidadosamente dobladas dentro de ella. Estaba allí sentado tranquilamente, mirándola con una cara inexpresiva, quizás con una ligera sonrisa en el rostro,

como si no le tuviera miedo a nada en este mundo. Y, de alguna manera, Volusia pensaba que esta conducta calmada daba más miedo que todos los grandes guerreros del Imperio. Percibía que era un hombre con poderes ilimitados a su disposición, que hablaba en serio.

“Es usted muy valiente por venir hasta aquí sin guardas”, dijo ella, rompiendo el silencio.

Él rió.

“Soy un delegado de los Caballeros de los Siete”, respondió. “No necesito guardas. Nadie sería tan estúpido como para atacarme”.

Todavía sonriente, se aclaró la voz y asintió ligeramente.

“Diosa”, dijo, “no he venido por amenazas. No creo en ellas. Tampoco he venido para hacer un trato. Vengo solo a expresar la verdad tal y cómo la veo. Usted ha empezado una gran guerra aquí. Se ha llevado por la fuerza varias divisiones del ejército del Imperio y la capital del Imperio. Ha asesinado al Gran Consejo de la capital y, junto con ellos, a miles de hombres. Ahora gobierna la ciudad”, dijo, y suspiró. “E incluso así, debe entender que gobierna a la fuerza. No por elección del Imperio”.

“A la fuerza”, repitió. “De la misma manera que Rómulo y Andrónico lo gobernarán antes que él”.

Él asintió con una sonrisa.

“Cierto”, replicó. “Y ninguno de esos hombres está aquí hoy”.

Ella asintió, admitiendo este punto.

“Lo que no sabe”, continuó, “lo que nadie sabe es que, incluso el más grande y más poderoso líder del Imperio responde ante alguien. Y este alguien es *nosotros*”.

Ella lo examinaba fríamente, este hombre, de voz suave pero que, sin embargo, había algo en él que provocaba escalofríos.

“Dígalo”, dijo bruscamente, impaciente. “¿Me está amenazando con quitarme el poder?” preguntó, con la voz dura como el acero.

Él sonrió.

“Como le dije, yo no amenazo. Además, nosotros, los Caballeros de los Siete vemos en usted algo mucho más interesante”.

Ella lo miró con curiosidad.

“Como por obra del destino”, dijo él, “usted representa la oportunidad de

unir finalmente al Imperio. Rómulo y Andrónico eran salvajes, generales malhumorados que tomaron el trono por la fuerza bruta. Usted, por supuesto, tampoco es una princesa y, de hecho, por lo que he oído es también bastante salvaje”.

Él la examinó.

“Sin embargo es joven y hermosa”, añadió, “usted gobernó Volusia, igual que su madre lo hizo antes de usted y, por lo menos, puede engañar las masas con su apariencia, por su pedigrí, para que piensen que es una líder pura y legítima. El liderazgo, al fin y al cabo, es cuestión de apariencia, ¿verdad?”

Él sonreía mientras la miraba con atención y Volusia estrechó sus ojos, preguntándose a dónde quería llegar con esto.

“¿Entonces no ha venido aquí con una amenaza?” preguntó.

Él negó con la cabeza.

“He venido a ofrecerle el gobierno -un gobierno fiable- del Imperio”, dijo. “De parte de los cuatro Cuernos y las dos Puntas. Un gobierno que abarque la mitad del Imperio. Desde aquí hasta el Río Espiano será suyo. Más allá del Espiano gobernarán los Caballeros de los Siete. Nuestra oferta le da más tierras de las que podría haber soñado jamás. También tendrá una vida de paz y tendrá la seguridad de que nuestros ejércitos –todos nuestros ejércitos- serán suyos”.

Él se levantó, se dirigió hacia la ventana y miró hacia fuera.

“Mire fuera”, dijo. “Fuera de los muros de esta ciudad, quedan centenares de miles de hombres de los ejércitos del Imperio. Están acampando allí, esperando para vengar a su comandante y nunca olvidarán”.

“Tras ellos hay más millones. Acepte mis condiciones y aquellos hombres que ve bajarán sus armas y responderán ante usted. Los millones de hombres de Rómulo, también, cuando hablemos desde el Anillo camino de casa, admitirán su autoridad. Igual que lo harán los millones de hombres más que se extienden entre los Cuernos y las Puntas. No tendrá más preocupaciones, más miedos y todo lo que siempre ha deseado será suyo”.

Se giró y la miró, con los ojos brillantes.

“Acepte ahora”, dijo, “y conviértase en Gobernadora Suprema”.

Sacó un largo pergamino de papiro de dentro de su camisa, lo desenrolló y lo colocó en la mesa delante de ella. Le pasó un sello, para que lo estampara,

del que goteaba cera caliente.

Volusia, ante la atenta mirada de docenas de consejeros, caminó lentamente hacia él, mientras en la habitación reinaba un espeso silencio.

Volusia cogió el sello y lo examinó.

“Me ofrece la mitad del Imperio”, dijo, mirando fijamente la sello. “Pero una Diosa no gobierna medio mundo. Una Diosa lo gobierna todo entero”.

Le echó una mirada penetrante y él la miró también.

“Tendré todo el Imperio”, ordenó ella. “Aunque sean tierras, como usted dice, a las que nunca llegaré, nunca veré, nunca sentiré, nunca tocaré – sabré que todo esto es mío. Puede ir de vuelta a sus Siete y darles este mensaje: tienen una oportunidad para bajar las armas”.

Él soltó una fuerte carcajada, después negó con la cabeza lentamente mientras enrollaba el pergamino.

“Había pensado que sería más lista”, dijo. “Por supuesto, entiende”, añadió, “que usted y todos sus hombres morirán”.

Ahora le tocó a ella sonreír.

“Todo el mundo muere”, dijo. “Pero no todo el mundo vive”.

Volusia cogió la cera, todavía sonriente, dio un repentino paso adelante y le clavó el sello ardiente en la frente.

Él gritó e intentó resisitirse, mientras la insignia del Imperio se marcaba a fuego en su frente, pero le agarró la cabeza por detrás y la sujetó, empujando más y más adentro. Cuando acabó, con el emblema grabado, le retorció el cuello con ambas manos con un movimiento limpio, hasta partírselo.

Cayó, sin vida, a sus pies.

Todos en la habitación se quedaron en silencio, atónitos, incapaces de creer lo que acababan de presenciar.

Ella miró a todos sus hombres.

“Cortad su cuerpo en seis trozos”, ordenó con voz profunda y autoritaria, “y enviadlos a los cuatro Cuernos y las dos Puntas del Imperio. La cabeza, enviadla a los Siete”.

Hizo una amplia sonrisa.

“Quiero que reciban mi respuesta personalmente”.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Gwendolyn despertó entre unas lujosas sábanas por el distante y suave cantar de los pájaros, una ligera brisa movía las cortinas y entraba en la habitación y por un momento se olvidó de donde estaba. Abrió los ojos y se estiró en la cama, sintiéndose más cómoda de lo que jamás lo había hecho, se sentía como si hubiera dormido un millón de años y se acordó: la Cresta. Estaba en el castillo del Rey.

Gwen se incorporó, recomponiéndose. Era la primera vez que dormía cómoda en algún lugar desde que abandonara el Anillo y se giró para observar los suaves rayos de sol que inundaban el reino de la Cresta y entendió que había dormido la mayor parte del día. Después del encuentro con el Rey y de que la hubieran acompañado hasta sus lujosos aposentos, solo esperaba tumbarse y poder descansar la cabeza durante una hora más o menos. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que había pasado mucho tiempo. Después del largo viaje por el gran Desierto entendió que debía estar agotada.

Gwen encontró que un surtido de exquisiteces la estaban esperando en la habitación –pasteles y dátiles, frutos secos y fruta de todo tipo, jarras de agua y zumos- y lo primero que hizo fue compartirlo todo con Krohn, que estaba tumbado, enroscado como una bola, en la punta de su cama, durmiendo bien por primera vez desde que podía recordar. Se levantó de la cama y atravesó la habitación, los adoquines se notaban suaves en sus pies descalzos, llegó a una cisterna y se echó agua en la cara varias veces. Cogió un higo fresco, que estaba al lado de la cisterna y se lo comió mientras se dirigía hacia la arqueada ventana abierta, las cortinas se hinchaban con la brisa. Estaba delicioso y la llenó de energía.

Gwen observaba aquella espléndida ciudad y estaba incluso más impresionada que cuando entró en ella: era magnífica. La luz del sol caía a raudales, iluminando los huertos de árboles frutales hasta que la vista le alcanzaba, entremezclados con antiguos edificios de piedra. Elegantes jardines se extendían desde el castillo hasta las calles de la ciudad, todo aquel lugar rebosaba abundancia. Los ciudadanos, vistiendo capas moradas y finas sedas,

paseaban sin prisa por los jardines. Era impresionante.

Mientras Gwen miraba al horizonte, se sintió abrumada por un sentimiento de tristeza y pérdida. En su mente no cesaba de oír las palabras del Rey, su pronunciamiento de que Darius y toda su gente estaban muertos y se sentía consumida por la pérdida. Había cruzado el desierto para sobrevivir, por ellos, para reunir un ejército y regresar para ayudarlos. Les había dado su palabra. Y ahora que había encontrado este lugar, no había razón para volver. Aunque sabía que había hecho todo lo que podía, se sentía como si, de alguna manera, los hubiera abandonado. Odiaba la idea de que aquel pueblo del Imperio, todos aquellos buenos hombres, mujeres y niños que los habían acogido hubieran sido todos asesinados a manos del Imperio. Le hacía sentir desesperación, como si el Imperio no pudiera ser nunca derrotado.

Gwendolyn pensaba en su hermano, Godfrey, en la última vez que lo había visto, aventurándose hacia la ciudad de Volusia, contra toda posibilidad, para ayudar en la causa. Se preguntaba si habría sobrevivido. Negaba con la cabeza, sabiendo que él también debía estar muerto y esto le provocaba un dolor infinito. Si hubiera sabido que todo esto iba a pasar, nunca se hubiera arriesgado, sino que se hubiera quedado con ellos. Parecía que Gwen siempre sobrevivía, mientras que los que estaban a su alrededor, aquellos a los que amaba, fallecían. El sentimiento de culpa que la acompañaba era cada vez más grande.

Examinaba el cielo mientras se secaba una lágrima y, lo que más le dolía, más que todo esto, era pensar en Guwayne, que estaba allí, en algún lugar en el mar, solo –si es que aún estaba vivo. Y, por supuesto, en Thorgrin. Daría cualquier cosa por saber que ambos estaban vivos, que estaban seguros. Tenía un pensamiento perturbador: incluso si, por casualidad, regresaban al Imperio, ¿cómo podrían saber dónde estaba ella, ahora que estaba aquí, en medio del Gran Desierto, escondida tras un muro de arena, detrás de la Cresta? ¿Y si volvían y no la podían encontrar? ¿Se volvería a reunir con ellos alguna vez?

Mientras Gwendolyn pensaba en este nuevo lugar, se preguntaba si la vida podía continuar. ¿Podría recoger las piezas, reconstruirlas aquí? ¿Querría hacerlo sin Thorgrin y Guwayne a su lado? ¿Tendría la fuerza para continuar?

La Cresta era un lugar hermoso y se sentía dichosa de estar aquí, de estar viva. Pero no era su hogar, no era el Anillo. ¿Volvería a ver el Anillo otra vez?

Mientras veía cómo el sol se ponía, recordó que el banquete del Rey era dentro de unas pocas horas y se alegró de haberse despertado a tiempo para el mismo. Quería tener tiempo para prepararse; al fin y al cabo, deseaba conocer a la familia del Rey, a toda su corte. Moría por saber más de este lugar, más sobre sus antepasados comunes y su historia. Incluso el hecho de que la Cresta existiera todavía era como un sueño para ella. Después de haber caminado a través del Gran Desierto, a través de tanta devastación, vacío y desolación, Gwen apenas podía creer que quedara algún lugar en el mundo. Incluso hubiera aceptado una pequeña cueva como refugio. Pero encontrar este lugar era más de lo que ella podía concebir.

Gwendolyn escuchó un suave lloro, como si acompañara sus propios pensamientos y su estado pensativo, echó un vistazo y, en la distancia, lejos allá abajo, en los jardines reales, divisó a Sandara, junto a Kendrick, ambos sentados en un banco de mármol, Kendrick la rodeaba con su brazo mientras ella lloraba. Gwendolyn entendió enseguida por qué estaba llorando: la pérdida de Darius, su hermano. Ella sentía su sufrimiento y su tristeza y se compadecía de ella.

Gwendolyn sintió la necesidad de consolarla. Se puso una bata por encima y, cuando Krohn se levantó y la siguió, salió corriendo de la habitación, atravesó los pasillos de piedra del castillo y bajó por las escaleras de caracol, hacia los jardines reales.

Gwendolyn salió corriendo del castillo, con Krohn a sus pies, y se adentró en los jardines, impresionada por su belleza. Aquí había mucho silencio, mucha paz, especialmente cuando se ponía el sol. El olor de las flores era intenso en el aire y el sonido del canto de pájaros exóticos llenaba sus oídos. Caminó a través de setos perfectamente podados, hasta que giró una esquina y se encontró con Kendrick y Sandara.

Al acercarse ella se giraron y, cuando se disponían a levantarse, Krohn corrió hacia ellos, saltó encima de Kendrick y le lamió la cara a Sandara. Sandara no pudo evitar sonreír.

Gwendolyn miró a Kendrick, vio lo demacrada que estaba su cara y la de Sandara e, inmediatamente, sintió una gran culpa. Todos aquellos días sin comer les habían pasado factura a todos ellos –todos parecían esqueletos andantes. A Gwendolyn le consolaba que, por lo menos, habían sobrevivido.

Kendrick se acercó y la abrazó, igual que Sandara, todos ellos unidos por un lazo invisible, todos ellos habían sufrido mucho juntos.

“Lo siento, mi señora”, dijo Sandara.

“¿Qué sientes?”

“Mis lágrimas”, respondió. “Debería estar agradecida. Nos ha llevado a todos hasta la supervivencia”.

Gwendolyn negó con la cabeza lentamente, entendiéndola.

“No a todos”, dijo ella. “Lloramos a aquellos que no lo han hecho. Tú lloras por tu hermano, ¿verdad?”

Sandara asintió con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, y Gwendolyn le pasó un brazo alrededor del hombro mientras ella lloraba. Gwendolyn también lloró, pero no por la misma razón. Su mente estaba llena de pensamientos de Thor, de todo lo que había dejado atrás. Se daba cuenta de que todo el estrés de las últimas lunas estaba finalmente saliendo de su cuerpo.

“Tu hermano era un noble guerrero”, dijo Gwendolyn. “Dio a vuestro pueblo un sorbo de libertad. Murió con honor”.

“Gracias, mi Reina”, dijo, “pero me niego a pensar que esté muerto”.

Gwendolyn la miró sorprendida.

“Darius no se rinde fácilmente”, añadió Sandara. “Dentro de mi corazón, no puedo creer que todos ellos hayan sido aniquilados. Creo que él vive. Lo puedo sentir”.

“Estás muy cansada, amor mío”, dijo Kendrick, rodeándola con su brazo.

“Yo puedo creer lo que quiera”, dijo bruscamente, sacándole la mano de encima. “Hasta que no vea su cuerpo, no lo creeré. Mi señora”, dijo, dirigiéndose a Gwendolyn, “él necesita nuestra ayuda. Debemos regresar con ellos. ¡Debemos ayudarlo!”

Gwen miró a Kendrick, que se ruborizó, parecía avergonzado.

Gwen suspiró.

“Lo siento por ti”, le dijo. “Pero no puedo llevaros de vuelta, aunque lo quisiera, aunque tu hermano estuviera vivo. No estamos en situación de volver, de hecho, tenemos suerte de haber sobrevivido. Perder a un hermano es algo horrible y terrible. Pero estamos vivos. Debemos proteger lo que nos queda y estar agradecidos por ello”.

Sandara rompió a llorar más y se dio la vuelta y se marchó,

desapareciendo entre los jardines reales.

Kendrick miró a su hermana, disculpándose.

“Lo siento”, dijo.

“No lo sientas”, respondió ella. “Yo comprendo el dolor. Es ilógico, es muy exigente y necesita un objetivo para tu furia”.

“Esta gente de la Cresta”, dijo Kendrick, mirando a lo lejos, pensativo, “¿cree que podemos fiarnos de ellos?”

Gwendolyn estaba pensando en lo mismo.

“Eso parece”, dijo.

Kendrick asintió con la cabeza.

“Son asombrosas”, dijo, “las similitudes entre esto y el Anillo, al otro lado del mundo. Es casi como si fuéramos una familia, separada”.

Él hizo una pausa.

“¿Volveremos alguna vez al Anillo?” preguntó, con la voz llena de esperanza y, en aquel momento, aquello a ella le recordó cuando él era pequeño.

Gwen lo miró, podía ver la añoranza en sus ojos, podía ver que añoraba el hogar tanto como ella y que él tampoco esperaba volver nunca.

Ella suspiró y le puso una mano en el hombro.

“Quizás, hermano mío,”, dijo ella, “este será nuestro nuevo hogar”.

*

Gwen estaba sentada sola en los jardines reales mientras el sol se ponía, Kendrick se había marchado hacía rato, disfrutando de la tranquilidad, reflexionando, cuando escuchó el crujido de unas ramas y, al darse la vuelta, encontró a una chica joven y guapa caminando hacia ella, en su cara se mezclaban la determinación y la ansiedad. Al acercarse, Gwen vio que se trataba de Stara, cabizbaja, perdida también en sus pensamientos. Cuando la miró, se sorprendió de que, tan solo unas lunas atrás, casi se había casado con Thorgrin en una doble boda junto a Reece y Selese –todo interrumpido por Stara y su amor por su hermano. Pero aquella boda nunca se llevó a cabo y todo había cambiado muy rápidamente. Stara parecía ahora la superviviente de una guerra, perdida sin Reece y perdida sin su familia de las Islas Superiores, especialmente su hermano Matus.

“Mi Reina”, dijo Satara, sorprendida de verla.

“Stara”, respondió Gwen, feliz de ver una cara conocida y feliz de ver que había sobrevivido. Gwen todavía guardaba malos sentimientos hacia ella por Selese y, sin embargo, Reece amaba a Stara y esto era suficiente para ella.

“Echo mucho de menos a su hermano”, dijo Stara.

“Yo también echo mucho de menos a Reece”, dijo Gwen.

“¿Piensa que está vivo?” preguntó Stara.

Gwen suspiró.

“Si no lo está, entonces es posible que Thorgrin no lo esté y esto es algo que no querría ni imaginarme”, respondió ella.

Stara asintió con la cabeza.

“Yo iba a casarme con Reece”, dijo. “Todavía tengo pensado hacerlo. Cada día en el que no lo veo, se me parte el corazón. Debo verlo –*necesito* verlo.

Gwendolyn asintió, la comprendía.

“Yo echo de menos a Thorgrin tanto como tú a Reece”, respondió ella. Pero ellos están en el mar y nosotros estamos aquí. No hay nada que yo pueda hacer”.

“*Hay* algo que usted puede hacer”, dijo Stara con un desplante, de repente violenta y decidida.

A Gwen su pasión la dejó de piedra.

“Podemos irnos de este lugar”, dijo Stara. “Podemos buscar un mar – cualquier mar– e ir en su busca. No solo podemos hacerlo –*debemos* hacerlo. Thorgrin y Reece no pueden volver. ¿Cómo se supone que nos van a encontrar ahora?”

Stara empezó a llorar y Gwen, escuchando su tormento, le puso una mano en el hombro para consolarla.

“Comprendo cómo te sientes”, dijo, “pero nunca los encontraremos en el mar. Debemos quedarnos aquí hasta que ellos nos encuentren a nosotros. Debes tener fe”.

Stara la miró con los ojos llenos de lágrimas.

“Me queda poco espacio para la fe”, respondió ella. “La fe ha sido cruel conmigo. Reece es mi vida. Sin él, yo no puedo funcionar, no puedo sobrevivir. No puedo pensar en nada más. Quiero estar con él. No puedo esperar más”.

“Lo siento”, dijo Gwen, “pero no tienes elección”.

Stara le lanzó una mirada decidida y dura.

“*Siempre* hay una elección”, dijo Stara.

Cuando se dio la vuelta y se fue hecha una furia, Gwen observaba cómo se iba y tuvo el presentimiento de que Stara estaba a punto de tomar una muy mala decisión.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Reece yacía en el barco gravemente herido, en lo profundo de una cueva luminiscente, con Thorgrin y los demás a su lado, mientras se retorció de dolor por su herida. La niebla todavía era espesa y sus flotas estaban bien escondidas por el muro de niebla. Reece sabía que debía estar agradecido por ello.

Pero ahora mismo no se sentía agradecido. Sentía un dolor agudo en las costillas y, cuando miró hacia abajo, vio el corte que le había hecho la flecha en el pecho, sangrando gravemente. Se la habían arrancado y, desde entonces, sus vendajes estaban empapados de sangre. Estaba agonizando y sabía que aquello no era una buena señal; sentía que no le quedaba mucho tiempo de vida.

Reece miró a Selese a los ojos y ella lo miró fijamente a él, con sus ojos de una bonita sombra de azul, abiertos como platos, mirándolo como un ángel. Había adquirido una naturaleza etérea desde que había ascendido de la Tierra de los Muertos, tenía un aura casi luminiscente que hacía juego con el aura de aquella cueva. Era como si una parte de ella estuviera aquí y una parte de ella todavía merodeara por allá abajo.

Reece la amaba tanto que lo que más le dolía de morir era dejarla. Finalmente, se habían vuelto a unir para, irónicamente, ser él el que iba a morir.

Reece alzó la vista y vio también a Thorgrin y a sus hermanos de la Legión, apiñados a su alrededor, con la preocupación en la mirada. Se oían quejidos en el aire y Reece supo que no había sido el único al que habían herido; él había visto docenas de heridos tumbados en los barcos de Erec. Otras docenas más, muertos, fueron tirados por la borda, la suave salpicadura del agua interrumpiendo el ambiente de la noche. Habían conseguido la libertad, por ahora, pero a un precio alto.

Y él más que nadie. De todas las maneras de morir, Reece nunca había querido que lo matara una flecha anónima. Quería caer en batalla, enfrentándose al enemigo, mano a mano. Él apretó la suave mano de Selese y la recordó, recordó cuánto había querido casarse con ella. Todavía no estaba preparado.

Otro dolor le destruía el cuerpo.

Thorgrin, arrodillándose hacia él, le agarró el brazo.

“No nos dejes, hermano mío”, dijo Thorgrin. “Nos quedan muchas batallas en las que luchar juntos”.

Selese le apretó la mano, con los ojos llenos de lágrimas.

“No puedes dejarme”, dijo, mientras le colocaba un trapo húmedo en la frente. Selese hablaba lentamente, aguantándose las lágrimas. “Ahora no. Nos queda una vida entera para pasarla juntos”.

“Yo no quiero marcharme”, contestó, esforzándose a cada palabra. Pero mientras las decía, sentía que se le escapaba la vida; ahora no quedaba mucho tiempo.

Cuando miraba a los ojos a Selese, podía ver la determinación en ellos.

“De buen grado aceptaría la muerte por ti”, dijo ella.

“Nunca”, respondió Reece. “Le diré al Señor de la Muerte, cuando lo vea, que puede llevarme a mí, pero que no te lleve a ti todavía”.

Selese estiró los brazos y colocó sus manos sobre su herida y, al hacerlo, algo descargó sobre Reece repentinamente. Sus manos estaban frías como el hielo, como la muerte —y aún así, extrañamente, hicieron que una energía fría como el hielo corriera por su herida. Corrió por sus venas, corrió por todo su interior, haciéndole sentir más frío de lo que jamás había sentido, los dientes le castañeaban. Alzó la vista y vio una helada luz, entre blanca y azul, que salía de sus manos, como un rápido destello, y sintió que algo parecido a un viento helado entraba en su cuerpo.

Al principio fue increíblemente doloroso, como si le destruyera el cuerpo de la cabeza a los pies, y él chillaba mientras le atravesaba el cuerpo. Sentía que era el espíritu de la muerte, que Selese ahora llevaba dentro, que estaba entrando en él.

Entonces, con la misma rapidez, terminó. Reece estaba allí tumbado y, al mirar hacia abajo, observó sorprendido cómo su herida había sanado completamente.

Reece parpadeó varias veces, sudando, anonadado.

Entonces, poco a poco, increíblemente, se incorporó. Se miró la herida y estaba completamente curada. Lo más raro de todo, a parte del frío sudor que le corría por la nuca, es que se sentía normal, como si nunca hubiera estado

herido.

Reece echó una mirada a Selese, boquiabierto, y los demás también lo hicieron.

Selese se miró las manos, como si se sorprendiera de lo que había pasado y bajó la mirada con humildad.

“¿Cómo lo hiciste?” preguntó Reece. “Me has salvado”.

Reece, que sentía como si hubiera vuelto a nacer, se incorporó alegremente, mientras las caras de todos los que estaban a su alrededor se iluminaron y él agarró a Selese. Le dio un gran abrazo y dieron más y más vueltas y, al final, se besaron. Ella lloraba lágrimas de alegría mientras lo besaba.

“No tenía ni idea de que pudieras devolver la vida”, dijo.

Ella se sonrojó.

“Yo tampoco, mi señor”.

Reece abrazó a Thorgrin, Elden, O’Connor y los demás, todos ellos encantados de tenerlo de vuelta, vivo. Él miró a Selese, asombrado. ¿La había cambiado el infierno?

Alistair dio un paso adelante y la miró atentamente.

“En tu interior llevas los misteriosos poderes de aquellos que han cruzado hacia la Tierra de los Muertos”, le dijo Alistair. “Y desde la muerte nace la vida”.

Alistair se giró e hizo un gesto hacia los heridos que yacían en el barco de Erec.

“Hay otros que te necesitan”, dijo Alistair.

Selese echó un vistazo a las hileras de heridos, dudosa.

“No sé...” empezó “...si podré hacerlo de nuevo”.

Alistair sonrió y dio un paso adelante.

“Puedes”, dijo.

Selese ataravesó la cubierta hacia el barco de Erec, caminó a lo largo de las hileras de heridos y se detuvo ante un hombre que tenía un fuerte corte en el hombro. Selese alargó los brazos con indecisión y le tocó la herida; al hacerlo, una luz azul destelleó de nuevo y, un instante después, su herida había sanado completamente, sin dejar ni rastro.

Selese miró a Alistair maravillada.

“No comprendo este poder”, le dijo a Alistair.

Alistair le sonrió.

“A veces nuestros más grandes poderes”, respondió, “son los que jamás comprendemos”.

*

Mientras Alistair caminaba por la cubierta del barco, admirando la obra de Selese, a todos los soldados curados, escuchó que su hermano, Thorgrin, llamaba su nombre. Se dio la vuelta y el corazón le dio un vuelco cuando vio que se acercaba. Corrió hacia sus brazos y lo abrazó y él le dio un fuerte abrazo. Nunca hubiera imaginado que lo volvería a ver.

A ambos les habían pasado muchas cosas, habían sufrido mucho, desde que se habían visto por última vez en el Anillo, era casi como si ahora fueran personas diferentes. Cuando ella partió del Anillo hacia las Islas Superiores, nunca podía haber imaginado todo lo que sucedería. Nunca había podido imaginar que el lugar que ella amaba, que había sido su hogar, habría sido completamente destruido –o que la próxima vez que viera a su hermano sería al otro lado del mundo, en una cuerva en medio del océano, escondiéndose del Imperio. Se sentía abrumada por el remordimiento, deseando haber podido estar allí para todos ellos.

Estaba emocionada por volver a estar al lado de Thor, la única persona que podía entender la educación que había tenido, su padre, el monstruo Andrónico; que podía entender a la madre que solo había conocido en sueños. Ella entendió que, como hermanos, compartían poder, que les permitían escapar de las garras del Imperio y, estando junto a Thor, se sentía más fuerte, más poderosa, que cuando estaban separados. Ella percibía que él también lo sentía.

Ella veía también la tristeza en los ojos de Thorgrin, sentía todo el sufrimiento que había pasado y sentía que había cambiado más que antes. Todo este sufrimiento, de estar separado de su mujer, de su hijo, lo había moldeado. Sus ojos tenían una mirada mucho más seria, más mayor. La mirada de un guerrero.

“Nunca pensé que volvería a verte”, dijo Thorgrin.

“Ni yo”, dijo ella.

Se giró y echó un vistazo a la pared de niebla que los resguardaba del

Imperio.

“Nos has salvado a todos con tus obras”, dijo.

“Es tanto obra mía como tuya”, respondió él. “No podría haberlo hecho yo solo”. Él la miró de manera inquisitiva. “Tus poderes... ¿te sientes más fuerte cuando estamos juntos?”

Ella había estado pensando exactamente lo mismo; era inquietante –como si compartieran los pensamientos. A ella no le gustaba hablar de sus poderes, pero con Thorgrin era diferente.

“Sí”, respondió. “Siento como si me hubieran devuelto la otra mitad de mi poder”.

“Pero ¿cómo llegaste hasta aquí?” preguntó él. “Pensaba que estarías segura en las Islas del Sur”.

Ella negó con la cabeza.

“Nos llegaron noticias de lo que pasó en el Anillo. Zarpamos de golpe hacia el Imperio, para ayudar a liberaros, a Gwendolyn a todos los demás. Pero ¿por qué no estás con ella?” preguntó, perpleja.

Notó que le cambiaba la cara, vio su tristeza.

“Mi hijo”, dijo Thorgrin, “Guwayne. Está perdido”.

A Alistair se le hizo un nudo en la garganta al oír la noticia. Cuando Thor mencionó su nombre, ella no entendió lo que le sucedió: de repente, le anegaron unas visiones oscuras e inquietantes que destelleaban en su mente, visiones que no acababa de entender.

Thor la miró atentamente.

“¿Estás bien?” preguntó. “¿Qué te sucede?”

Alistair negó con la cabeza.

“No es nada”, respondió ella. “Yo... solo siento tristeza por la noticia”.

“¿Lo has visto?” preguntó Thor, con la voz tensa con la esperanza de un padre. “¿Tienes alguna idea de dónde podría estar?”

Ella negó lentamente con tristeza.

“Me gustaría poderte decir otra cosa”, dijo.

El bajó la vista, decepcionado.

“¿Y Gwendolyn?” preguntó Alistair.

Thor negó con la cabeza.

“No lo sé”, respondió él. “Cuando la dejé por última vez, zarpaba hacia el

Imperio en busca de un refugio seguro para nuestro pueblo. No puedo volver a ella hasta que encuentre a Guwayne”.

Thor miró a Alistair con atención.

“¿Y tú?” preguntó Thorgrin. “¿Ya has visto a nuestra madre? ¿Has estado en la Tierra de los Druidas?”

El corazón de Alistair dio un vuelco ante el pensamiento; esto es lo que deseaba más que nada en el mundo.

“Solo en mis sueños”, respondió ella. “Me visita cada noche. Un día me arriesgaré a ir allí. Pero ahora no es el momento. Por ahora, mi destino está al lado de Erec. Él me necesita. Y nos vamos a casar”.

Thor asintió, comprendiéndola. De repente, ella sintió deseos de comunicarle la noticia, la noticia que todavía no había compartido con nadie, sobre el hijo que tenía en su interior.

“Hay algo más que debo decirte...” empezó.

Los ojos de Thor se iluminaron y ella estaba a punto de decirlo –pero, entonces, se detuvo. ¿Cómo iba a hacerlo? Todavía no se lo había dicho a Erec. No sería justo.

Thor la miraba pacientemente, pero ella negó con la cabeza y desvió la mirada. Notó que él le miraba la barriga y, de alguna manera, sintió que le había leído la mente.

“Sea lo que sea, hermana mía”, dijo él, “puedes decírmelo cuando llegue el momento”.

Alistair se sintió aliviada de que respetara su silencio y no la presionara.

“Necesito tu ayuda”, le dijo Thor, con urgencia en la voz, y ella se giró hacia él. “Necesito tu visión. Tu poder. Tu vista. Estoy perdido. ¿Puedes ayudarme a encontrar a Guwayne?”

Alistair cerró los ojos, intentando sentir dónde podía estar Guwayne pero, una vez más, solo vio oscuridad y, asustada, los abrió rápidamente.

“Lo siento”, dijo. “No lo sé. Pero rezaré. Y me preocuparé de ello. Esta noche y mañana y cada día que venga después. Rezaré para que la respuesta venga a ti rápidamente”.

Thor asintió con la cabeza, agradecido.

De repente, Alistair sintió una fuerte mano en su hombro y, al darse la vuelta, vio a Erec acercándose, sonriendo a Thor.

“Lo siento, amor mío”, le dijo, disculpándose, “no es mi deseo interrumpir, pero te necesitan en los barcos”.

Alistair dudó y Thor asintió con la cabeza, entendiéndolo.

“Ve, hermana mía”, se apresuró a decir. “Nos volveremos a ver por la mañana”.

Cuando Alistair se dio la vuelta y cruzó la cubierta de la mano de Erec, sintió un repentino cosquilleo en la barriga. Se colocó allí la mano y sintió una tremenda vibración, más poderosa de lo que jamás había sentido.

“¿Sucede algo, mi señora?” preguntó Erec, preocupado. “¿Se encuentra mal?”

Alistair bajó rápidamente la mano y desvió la mirada, negando con la cabeza. Pensaba decírselo y, en aquel momento, con ellos dos solos, era lo que más deseaba. Nunca había estado tan orgullosa de algo.

Sin embargo, por alguna razón, sentía que no era el momento adecuado. Aquí no, ahora no. Algo la hacía contenerse. Habría un momento mejor, un lugar mejor.

“No, amor mío”, dijo, “no sucede nada”.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Godfrey corría junto a los demás de noche por las calles de Volusia, moviéndose tan rápido como podía, pegado a las paredes y escondiéndose en las sombras para no ser visto. Luchaba por mantener la respiración, el sudor le caía por la nuca. No habían parado de correr desde que se habían fugado de la prisión, dirigiéndose a las puertas del otro extremo de la ciudad y, finalmente, se estaban acercando. Estaba sorprendido de que todavía no se hubiera desplomado, especialmente después de la horrorosa noche que había pasado y estaba asombrado de que todos los demás aguantaran: no sabía que Akorth y Fulton se podían mover tan rápidamente. Es sorprendente, pensó, lo que el miedo puede hacerte.

Todos salieron despedidos de nuevo a las calles adoquinadas, Merek y Ario al frente, los más rápidos del grupo y Godfrey los admiraba cada vez más, impresionado por lo bien que se las habían apañado antes. Godfrey sabía que él tampoco lo había hecho mal, pero si no fuera por ellos dos, ahora todos estarían muertos. Se dio cuenta de que, de un modo impensable, había reunido al mejor equipo posible para aquella situación. Todos, excepto Akorth y Fulton. Pero Godfrey sabía que, incluso ellos, tenían sus talentos únicos y sabía que grandes cosas tenían que venir de ellos, incluso aunque fuera en los momentos y de las maneras más improbables.

Mientras Godfrey corría por las calles vio los montones de cadáveres, los hombres de Darius, amontonados contra las paredes como perros, abandonados para pudrirse con el sol del desierto. De nuevo la rabia y el remordimiento se apoderaron de él. No podía evitar sentirse responsable de todas aquellas vidas; al fin y al cabo, era él el que los había guiado hasta el interior de aquellos muros, todo porque había confiado ingenuamente en los Finianos. Prometió no volver a ser ingenuo nunca más.

Jadeando, Godfrey chocó contra Merek y Ario cuando estos se detuvieron de repente tras una esquina. Échó un vistazo y el corazón le dio un salto al ver, ante ellos, las puertas de la ciudad sin vigilancia a estas altas horas de la noche. Era su oportunidad.

Todos se disponían a moverse cuando un pensamiento, de repente, se apoderó de Godfrey y levantó la mano para que se detuvieran.

Merek y Ario, que respiraban con dificultad, se dieron la vuelta y lo miraron como si estuviera loco.

“¡Ahora tenemos nuestra oportunidad!” exclamó Merek. “¿Estás loco?”

“¿Qué estás haciendo?” siseó Ario. “¡Estamos tan solo a unos metros de nuestra libertad!”

Godfrey no lo podía evitar. Sabía que esta era su oportunidad y sabía que debía huir con los demás. Esto sería lo racional y disciplinado.

Pero Godfrey nunca había sido disciplinado y nunca había sido racional. Había llevado una vida movida por las pasiones y ahora no iba a ser una excepción.

Godfrey se dio la vuelta y examinó la tranquila ciudad de Volusia y sintió un nuevo deseo de venganza. En la distancia, alzándose sobre los edificios de la ciudad, veía el palacio de oro de los Finianos. Echó un vistazo y vio todos los cuerpos sin vida de sus amigos y no le pareció justo que los Finianos quedaran impunes. Se había cometido una injusticia y se tenía que enmendar.

Godfrey sabía que este era uno de aquellos momentos en su vida. Podía hacer lo que siempre hacía –tomar la salida fácil– o podía hacer lo que era honesto: vengar la muerte de sus amigos. De aquellos que habían confiado en él. Godfrey sabía que este sería el camino difícil, el camino en el que, seguramente, los matarían.

Pero, por primera vez en su vida, a Godfrey ya no le importaba. Por primera vez desde que podía recordar, entendió cómo se sentía su padre, y el padre de este antes que él –había algo más en la vida a parte de la seguridad. Estaba el honor. Y el honor tenía un precio.

“No sé vosotros”, dijo Godfrey a los demás, observando el palacio de oro, “pero no me parece que esto sea justo. Aquellos Finianos están durmiendo apaciblemente esta noche. Nuestros hermanos y hermanas están muertos”.

Todos se giraron, todavía recuperando la respiración, sudando y siguieron la mirada de Godfrey hacia el palacio de oro y él vio cómo, lentamente, adoptaban la misma mirada.

“Pero ¿qué estás diciendo?” preguntó Akorth. “¿Qué demos la vuelta?”

Godfrey sonrió.

“Hemos hecho cosas más estúpidas”, dijo. “Esto está terriblemente tranquilo. Digo que podríamos alterar un poco las cosas”.

Merek hizo una amplia sonrisa, con las manos en las caderas.

“¿Esto es un sí?” preguntó.

Merek hizo una sonrisa más amplia, se giró y dio el primer paso de vuelta a la ciudad.

“Algún día me vengaré de la libertad”.

*

Godfrey y los demás atravesaron corriendo el arco de oro al aire libre que llevaba al palacio de los Finianos, entrando en el palacio sin ningún impedimento. Al principio Godfrey se sorprendió de que no hubiera guardias en su exterior, pero después se dio cuenta de que tenía sentido. No temían a nadie. Los Finianos gobernaban la ciudad y nadie en esta ciudad sería tan estúpido como para atreverse a atacarlos. Era el miedo que les tenían lo que los mantenía lejos. Godfrey sabía que la forma superior de poder era cuando no te hacían falta los guardas para nada.

Godfrey entró corriendo a través del arco hacia el palacio, con los pies descalzos y fríos sobre el suelo de mármol y, mientras se adentraban más en el enorme salón, empezó a preguntarse en qué dirección ir. Divisó una enorme estatua de oro y una fuente y, tras ella, unas escaleras de oro, que giraban hasta llegar a los pisos superiores. Godfrey supo de inmediato que era allí donde debían ir; se imaginó que los Finianos estarían durmiendo en los pisos superiores.

Él y los demás subieron corriendo las escaleras, la alfombra roja amortiguaba sus pies descalzos y subían los peldaños de tres en tres, girando, más y más arriba, pasando rellano tras rellano, hasta que al final llegaron a un piso lleno de oro, con las paredes forradas de oro. Godfrey, que corría a toda velocidad, se sorprendió al encontrar un guarda allí, dando cabezadas de espaldas a ellos, obviamente sin esperar que nadie lo atacara.

Todos se detuvieron, desprevenidos, cuando el guarda se giró alertado por su presencia. Antes de que pudiera gritar, Merek dio un paso adelante y le cortó el cuello con su puñal y Ario corrió tras el guarda y le tapó la boca para que no hiciera ruido. Trabajaban bien juntos: el guarda cayó muerto a sus pies, en silencio.

Todos continuaron corriendo por el pasillo, hasta que llegaron a la primera puerta grande, hecha de oro. Godfrey guiaba al grupo, que entró a toda

velocidad, dispuestos a matar a cualquier Finiano que se encontraran.

Pero cuando entraron en la sombría habitación, iluminada tan solo por antorchas, Godfrey se detuvo de golpe, sorprendido por lo que vio.

Era una cámara del tesoro. La habitación estaba llena de joyas y tesoros de todos los tipos que se pudieran imaginar. Godfrey se detuvo y se metió dentro. Godfrey estaba acostumbrado a ver oro en la corte de su padre, pero nunca había visto algo así. El montón de riqueza que allí había, casi amontonado hasta el techo, era asombroso. Incluso uno de los collares que vio delante suyo, cubierto de diamantes y rubíes, podía costear un ejército.

Merek, Ario, Akorth y Fulton se apresuraron hacia dentro y empezaron a cogerlas, llenándose las manos y los bolsillos con las valiosas chucherías, hasta que al final Godfrey pasó por delante suyo y los detuvo.

“Tenemos poco tiempo aquí”, dijo. “¿Qué preferís, las joyas o la venganza?”

Todos se detuvieron, lo entendían, se habían dejado llevar por su avaricia, se dieron la vuelta y lo siguieron, soltando lo que quedaba.

Godfrey, seguido por los demás, se giró y corrió por el pasillo hasta llegar a otra puerta de oro arqueada, más pequeña que la última. Esta vez probó el mango y estaba cerrado.

Lo empujó y Merek y Ario se unieron a él, pero no cedía.

Akorth y Fulton corrieron hacia ellos, empujando con sus hombros y todo su peso.

Todos ellos embistieron juntos y, tras el tercer intento, se abrió de golpe, rompiéndose a pedazos.

“Por fin”, dijo Akorth, “soy bueno para algo”.

Godfrey fue el primero en entrar y, al hacerlo, vio al líder de los Finianos, Fitus, el hombre que lo había traicionado, incorporado en una lujosa cama con sábanas de seda. parecía un niño sorprendido, con la cara pálida, el gran mechón de pelo rojo y la cara cubierta de pecas.

“¿Cómo es que estás vivo?” exclamó Fitus, sorprendido, mientras alargaba el brazo para alcanzar un puñal con el mango de oro de al lado de su cama.

Godfrey pegó un salto hacia delante, fue a parar encima de su brazo y lo inmovilizó, mientras Akorth y Fulton saltaban sobre él a la vez, sujetándolo hacia abajo también. Ario le arrebató el cuchillo de la mano al hombre,

mientras Merek le daba un puñetazo en la parte superior del abdomen.

Ario sujetó el puñal contra la garganta de Fitus.

“Tú mataste a nuestros amigos”, dijo Godfrey.

Fitus, con el terror en la mirada, empezó a temblar.

“Hice lo que tenía que hacer”, dijo. “Tus amigos eran esclavos, de todas maneras, no tenían ningún valor”.

Ario miró a Godfrey, que asintió con la cabeza para darle su aprobación, y con un movimiento rápido le cortó el cuello al hombre.

“Ninguno de nosotros vale nada”, dijo Ario.

Fitus dio un grito ahogado, los ojos se le salieron de sus cuencos y, finalmente, se quedó inmóvil, muerto, con las sábanas manchadas de sangre y Godfrey cogió el puñal y se lo clavó en el corazón.

“Esto es por Darius”, dijo Godfrey.

Godfrey escuchó el grito de un guarda en la distancia y se dirigió a los demás.

“¡Vayámonos!” dijo. “¡Ahora!”

Como uno, salieron a toda velocidad de la habitación y corrieron por el pasillo y, cuando casi habían llegado a las escaleras, Merek se detuvo y exclamó: “¡Esperad!”

Él estaba allí mirando el pasillo, hacia la habitación donde estaban las joyas.

“Vamos a tener que comprar nuestra salida de aquí”, dijo.

Todos tenían aquella mirada en los ojos, la mirada de la avaricia, y ninguno de ellos se pudo resistir. La venganza estaba hecha y ahora era momento para el botín. Godfrey tampoco se podía resistir.

Todos volvieron y cada uno de ellos se llenó la camisa y los bolsillos con tantas joyas como podían llevar. Godfrey cogió un zafiro y una pulsera de rubíes, una pluma de oro, un saco de monedas de oro y un puñado de collares de diamantes. Cogió más y más, sentía que cada vez pesaba más y sabía que aquella riqueza era suficiente para costearse su propio ejército. Para vengarse. Para hacer lo que quisiera.

Cuando todos hubieron cogido lo que querían, se dieron la vuelta y se disponían a marchar cuando vieron que la salida estaba bloqueada.

Una docena de soldados Finianos estaban en la puerta y ante ellos había

una única mujer Finiana, con el pelo rojo y brillante y unos penetrantes ojos blancos, mirándolos a todos tranquilamente. Los miraba fijamente mientras sonreía divertida. Godfrey se preguntaba cuánto tiempo había estado allí.

“¿Iban a algún sitio?” preguntó.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Darius entró al circo acompañado por el aplauso estruendoso de los ciudadanos del Imperio, insaciables por ver más muerte. Caminaba con torpeza, estaba encadenado a sus tres hermanos Desmond, Raj y Luzi –y varios gladiadores más- y sentía la ausencia de Kaz. El circo vociferaba más fuerte, si era posible, que el día anterior y Darius, aunque estaba agotado por las batallas, se quedó tan atónito como la primera vez que lo vio. La luz aquí era muy brillante, rebotaba en el suelo brillante de barro y, a la vez que las olas de calor le azotaban, aquel lugar apestaba al olor corporal de miles de ciudadanos del Imperio que se estaban achicharrando bajo los soles. Entrar aquí era como entrar en una casa de muerte.

Darius, dolrido por sus rasguños, cubierto de arañazos y cortes, estiró las manos, mientras abría y cerraba sus puños en las espadas que les habían dado y se preguntaba cómo podría luchar aquel día. Las espadas eran cortas y desafiladas, para que no fueran lo suficientemente afiladas para cortar sus cadenas. Por lo menos les habían dado espadas y no garrotes y esto era buena señal –o, quizás, de nuevo no lo era.

A Darius le habían dicho que el segundo día de los combates era más intenso que el primero y no sabía cómo eso era posible; el día antes había necesitado todas sus habilidades solo para sobrevivir. Tenía el presentimiento de que sus posibilidades de sobrevivir aquel día eran, en efecto, desalentadoras. Sin embargo, Darius no temía a la muerte. Lo que le daba miedo era morir de forma innoble.

Darius notó un tirón en los tobillos y tropezó hacia un lado, perdiendo el equilibrio. Miró hacia abajo y maldijo sus cadenas, el miedo a que los otros chicos tiraran de ellas, todos a la vez oscilando de delante hacia atrás, de izquierda a derecha mientras caminaban era cada vez más profundo. Por allí cerca divisó a Drok, que lo miraba enfurecido con sus ojos estrechos, en su cara había una expresión más mezquina de lo que jamás había habido. Su mirada era fría y dura y Darius vio en ella un intenso deseo de matarlo. Se preguntaba si se había equivocado al mostrarse compasivo y haberle dejado vivir.

“¿Qué crees que nos tendrán preparado hoy?” preguntó Luzi, que estaba a

su lado, cambiándose nervioso la espada de una mano a otra mientras examinaba los muros del circo.

“No puede ser peor que ayer”, dijo Desmond, encadenado detrás de él.

“Oh, sí que puede serlo”, dijo Raj, que estaba a su lado.

Darius estaba pensando lo mismo. Se giró y miró con atención las paredes del circo, maltrechas por años de lucha y, mientras lo hacía, sonó un cuerno y se abrió la puerta principal. De allí salió Morg y la multitud rugió con locura cuando dio un paso adelante y levantó las manos, empapándose de su aplauso como un artista de circo barato.

Finalmente, llegó al centro del circo y, girándose en todas direcciones, saboreando la atención, bajó las manos. La multitud se quedó en silencio.

“¡Ciudadanos del Imperio!” dijo con voz retumbante. “¡Hoy os presento a los supervivientes del torneo de ayer! Estos chicos valientes que han demostrado su valor ¡y que ahora deben volver a demostrarlo!”

De la multitud salió otro rugido y Morg esperó hasta que se tranquilizaron.

“Hoy solo habrá tres supervivientes o ninguno en absoluto. No quedarán con vida más de tres chicos. ¡No nos importa si los matamos nosotros o se matan entre ellos!”

La multitud aclamó y, con esto, Morg se dio la vuelta y se fue pavoneándose ceremoniosamente del circo y, al hacerlo, las grandes puertas de hierro se cerraron tras él.

De repente, se oyó el sonido de las trompetas y la multitud enloqueció.

Darius, con el alma en vilo, dispuesto a cualquier cosa, sentía cómo su corazón golpeaba con fuerza en su pecho.

“Nos echen lo que nos echen”, instó a sus amigos, “permanezcamos juntos”.

Esta vez se abrieron las celdas de hierro de todos los lados del circo y salieron dos docenas de guerreros del Imperio directos a atacarlos, vestidos de pies a cabeza con sus armaduras totalmente negras, provistos con amenazantes cascos y llevando enormes escudos. Cuando Darius examinó los escudos, vio que giraban y que sus bordes estaban llenos de pequeños pinchos. Por cada uno de Darius y sus amigos había dos de ellos y atacaban desde todas direcciones, cerrándolos en círculo.

Sobrepasados en número, encadenados juntos y armados solo con aquellas

espadas cortas, Darius sabía que sus posibilidades eran ciertamente desalentadoras.

“¡JUNTAOS!” gritó Darius.

Esta vez los chicos escucharon a Darius y Darius sintió cómo sus cadenas se aflojaban, dándole más espacio para maniobrar, mientras los chicos se juntaban más -todos menos Drok, que se mantenía inmóvil, solo al final de la cadena.

“¡Debemos ir a por un hombre y golpear a la vez!” exclamó Darius. Nosotros doce no podemos matar a los veinticuatro que son ellos, ¡pero los doce podemos matar a uno de ellos! ¡Lo único que necesitamos es matar a uno cada vez! ¡Espalda contra espalda!”

Todos retrocedieron hasta que sus espaldas se tocaban en un círculo hermético, la espalda de Darius tocaba la musculosa espalda sudada de otro chico.

Darius permanecía allí mientras los soldados se acercaban para atacarlos, levantando grandes nubes de polvo y él esperaba. Sabía que la disciplina era la clave: si todos eran disciplinados, entonces tendrían una oportunidad.

La multitud aclamaba a la expectativa mientras los soldados se acercaban más y más. Darius miró hacia abajo y calculó la longitud de la cadena y esperó y esperó. Sentía cómo las cadenas tiraban de sus pies y, mientras los demás chicos se ponían nerviosos, rezaba para que obedecieran sus órdenes.

“¡ESPERAD!” exclamó Darius.

Los soldados estaban más cerca, quince metros, después doce, después nueve...

“¡ESPERAD!”

De repente, uno de los chicos se asustó y se separó corriendo del grupo; Darius sentía cómo sus cadenas empezaban a estirarlo, pero entonces vio que Desmond daba un paso adelante y pisaba fuerte la cadena del chico, evitando que huyera.

Un soldado del Imperio, que estaba tan solo a tres metros, lanzó su escudo y este dio vueltas, sus pinchos rotaron y, un instante después, cortó la cabeza del chico errante.

La multitud vitoreó y Darius temía que los demás chicos intentaran correr también; pero, para su sorpresa, se quedaron quietos, esperando, como él

había ordenado.

Darius esperó hasta que los soldados se acercaron incluso más, su corazón golpeaba con fuerza en su pecho.

“¡AHORA!” gritó Darius.

Todos los chicos de repente corrieron juntos a la una, bajando sus hombros, siguiendo a Darius y moviéndose como una unidad. Todos apuntaron y se abalanzaron sobre un soldado, el que estaba más cerca, delante de Darius, todos clavándole puñaladas y haciéndole cortes, perforando su armadura hasta que se desplomó en el suelo, muerto.

“Luzi, coge su escudo”, ordenó Darius. “¡Raj, su espada! ¡Corta nuestras cadenas para liberarnos!”

Raj se tiró al suelo y agarró la pesada espada, hecha de acero fuerte, se dio la vuelta y cortó la cadena, liberándolos del chico al que habían decapitado. Sin embargo, no tenía tiempo de cortar más cadenas, pues el resto de los soldados se les estaban echando encima.

Luzi le pasó el escudo a Darius y Darius lo lanzó de inmediato, sus cuchillos giraban, pasó dando un zumbido por el aire y cortó el brazo de un soldado, cuando este lo levantó para tirarles un hacha. El soldado cayó sobre sus rodillas y la multitud fue un clamor.

Sin embargo, los soldados iban a por ellos rápido, demasiado rápido. Darius blandió su espada contra el soldado que se le echaba encima, pero su escudo giratorio era como un relámpago y sus cuchillas cogieron la espada de Darius y se le escapó de las manos, mandándola por los aires y dejándolo desarmado. El soldado entonces se echó hacia atrás y golpeó a Darius con el escudo en la cara, haciéndolo tambalear hacia atrás hasta que fue a parar al suelo.

Darius agarró la espada, que estaba en el suelo a su lado y se apartó rodando por el suelo justo cuando la punta afilada del escudo se dirigía hacia su cara. Los pinchos clavaron el escudo en el suelo y, cuando el soldado trató de arrancarlo, Darius se adelantó y, balanceándose, le cortó la cabeza al soldado.

La multitud rugió.

A su lado, Raj se agachó cuando un soldado blandió un mayal directo a su cabeza. Raj saltó hacia delante y le clavó la espada al soldado en el pie,

clavándolo en el suelo. Pero se quedó desprotegido con este movimiento y otro soldado fue corriendo hacia él para apuñalarlo en las costillas. A Darius las cadenas lo tiraron hacia atrás y no llegó allí a tiempo.

Darius vio que Luzi corría hacia delante, salvando a Raj del golpe de un salto y, al hacerlo, para sorpresa de Darius, lo apuñalaron en el corazón.

Luzi gimió y se desplomó en el suelo, muerto, mientras la multitud vitoreaba.

Darius estaba tan aturdido que apenas podía respirar. Pero no había tiempo para reflexionar. Los soldados seguían viniendo y tenía que seguir luchando si no quería correr la misma suerte.

Darius estiró el brazo, agarró el escudo y se lo arrebató al soldado de la mano que tenía al descubierto, entonces la hizo girar y la blandió, hasta cortarle la barriga al soldado. A continuación, la blandió tras él e incrustó los pinchos en el lateral de la cara de otro soldado, matándolo.

La multitud rugió cuando cayeron al suelo.

Darius le propinó un golpe limpio a un soldado y se lanzó hacia delante para matar a otro cuando, de repente, sus cadenas tiraron de él hacia atrás. Enojado, miró hacia atrás y vio a dos de los otros chicos corriendo en dirección contraria. Dos soldados aparecieron y, aprovecharon el caos, la falta de organización y usaron el filo de sus escudos para matarlos allí mismo.

Los soldados que quedaban se acercaron y la lucha se volvió espantosa, violenta y mano a mano; se alzaron gritos mientras Darius observaba cómo el número de chicos disminuía. Pronto quedaron solo siete de ellos y un puñado de soldados.

Darius iba en cabeza y los chicos despojaron a los soldados muertos de sus armas superiores y sus escudos y los usaron contra ellos. Esta vez escucharon a Darius y se juntaron para luchar como uno, moviéndose en la misma dirección. Uno a uno, empezaron a derribar soldados.

Darius estaba empezando a sentirse optimista cuando, de repente, escuchó un chillido y, al darse la vuelta, vio que Drok levantaba la espada y le atravesaba la espalda a uno de los otros chicos. Después Drok se giró y le cortó la cabeza a otro chico. Mientras Darius observaba, agarró a Desmond por detrás, le puso la espada en el cuello y lo tiró hacia atrás. Darius sabía que en unos instantes estaría muerto, nadie había previsto un ataque desde

dentro.

Darius no perdió el tiempo: se alejó de los soldados del Imperio y corrió a través del campo, rezando para que sus cadenas le dieran suficiente holgura y se abalanzó sobre la espalda de Drok. Estaba tan solo a unos metros de cogerlo cuando, repentinamente, sus cadenas lo tiraron hacia atrás por uno de los otros chicos que estaba luchando con un soldado. Fuera de su alcance, Darius salió volando hacia atrás.

Era demasiado tarde: Darius observó horrorizado cómo Drok le cortaba la garganta por detrás a Desmond. Drok le sonrió, mirando victorioso a Darius mientras lo hacía.

Darius sentía como si le hubieran cortado a él la garganta; en aquel momento, se culpó y se odiaba por haber dejado a Drok con vida y por permitir que su amigo muriera. Desmond, su amigo más cercano, estaba muerto.

“¡NO!” chilló Darius.

Darius, todavía fuera del alcance, todavía limitado por sus cadenas, no pudo llegar hasta el chico –en su lugar, se giró y descargó su furia con unos soldados del Imperio. Embistió y fue golpe a golpe, espada a espada, luchando como un poseso, buscó brechas, esquivó sus escudos mortíferos y derribó a los últimos tres soldados.

La multitud rugió.

Darius, que respiraba con dificultad, miró a su alrededor y vio que solo quedaban otros cuatro chicos más: Raj, Drok y otros dos chicos, luchadores feroces a los que no conocía. Se preguntaba si el combate había terminado, pues vino un momento de tranquilidad en la lucha. Morg había anunciado que el combate de aquel día acabaría si los mataban a todos o si solo quedaban tres de ellos. Pero quedaban cinco. ¿Significaba esto que el combate había terminado? ¿Iban a venir más soldados a por ellos?

Más que cualquier otra cosa, Darius quería matar a Drok. Cogió la espada de uno de los soldados muertos y partió la cadena, liberándose así para poder abalanzarse sobre Drok. Ahora solo estaba encadenado a Raj. Darius estaba a punto de abalanzarse sobre él cuando, de repente, sonaron unos cuernos.

Entonces se escuchó un rugido, más fuerte que el de antes, y mientras se abría una nueva puerta escondida del lateral del circo, se acercaba hacia ellos

para atacarlos algo que hizo que el corazón de Darius se detuviera: tres inmensos Razifs, fieros animales con la piel de un rojo ardiente, con cuernos y largas garras, que venían disparados directamente hacia ellos. Bajaron los cuernos y embistieron con furia, alentados por la multitud.

Darius no sabía cómo iban a poder sobrevivir a este último reto. Sentía que el miedo lo vencía, pero se obligó a controlarlo, a superarlo.

Y, de repente, tuvo una idea.

“¡Permanezcamos cerca!” le dijo Darius a Raj. “¡Espera a mi palabra! ¡Después corre hacia la otra dirección y retén tu cadena!”

Darius sabía que Raj confiaba en él y los dos se mantuvieron inmóviles, esperando hasta el último momento, dejando que el Razif que encabezaba el grupo se acercara más.

Finalmente, en el último momento, Darius gritó: “¡AHORA!”

Darius y Raj corrieron en direcciones opuestas y, así, su cadena se tensó y Darius aguantó con todas sus fuerzas.

El Razif fue directo hacia ella y el impacto envió a Darius volando hacia atrás. Pero Raj también aguantó y la cadena se enrolló en sus patas y el Razif tropezó y salió volando de cara al suelo.

La multitud vitoreó.

Darius y Raj tuvieron el mismo pensamiento, cada uno de ellos saltó sobre la espada del Razif y le rodearon el cuello con sus cadenas. Ellos resistían, ahogándolo mientras este daba sacudidas salvajemente, hasta que finalmente dejó de moverse.

Apenas lo habían acabado de matar cuando otro Razif vino hacia ellos dispuesto a atacar; esta vez, no había tiempo para reaccionar.

Darius y Raj se apartaron dando vueltas por el suelo, pero el Razif bajó su cuerno y lo enredó en su cadena y ambos salieron volando por los aires, cada uno a un lado del Razif, apenas colgando mientras este galopaba por el circo y la multitud aclamaba. El Razif finalmente enfureció, dio vueltas a su cabeza y los lanzó.

Darius fue dando volteretas, encadenado a Raj, a cada voltereta parecía que se le iban a romper las costillas.

Finalmente, consiguieron ponerse de pie, mientras el Razif daba una vuelta para atacarlos de nuevo.

“¡Acércate más!” gritó Darius a Raj.

Estaban uno al lado del otro hasta que, en el último momento, se apartaron juntos de un salto.

El Razif pasó corriendo por su lado, mientras la multitud se exclamaba por lo cerca que había estado.

“¡SIGUE!” exclamó Darius.

Darius corrió a toda velocidad tras él y Raj le siguió cuando Darius lo alcanzó mientras reducía la velocidad y se preparaba para dar la vuelta y saltó sobre su espalda. Raj saltó rápidamente sobre ella también.

La multitud vitoreaba mientras el Razif daba fuertes sacudidas para intentar sacárselos de encima.

Pero Darius no lo soltaba y, finalmente, tomó el control sobre él y, mientras agarraba su cuello y clavaba sus talones decalzos en su piel, le obligó a cumplir su voluntad. Lo dirigió hacia el otro Razif, que se disponía a atacar a los tres chicos que quedaban.

El Razif de Darius bajó su cuerno mientras se echaba encima del otro Razif y lo corneó en el abdomen. La multitud enloqueció cuando lo llevaba hacia el suelo, matándolo justo antes de que pudiera matar a los otros chicos.

El impacto hizo que Darius y Raj salieran volando, cayeran al suelo y Darius fue rodando por el suelo y se encontró de repente con Drok, que le dio una patada en la cara. Darius cayó sobre su espalda y Drok se le echó encima, ahogándolo, tratando de matarlo.

Darius le dio un rodillazo entre las piernas y, cuando Drok lo soltó, Darius se dio la vuelta y le dio un codazo en la cara, dejándolo fuera de combate.

Darius observó que uno de los otros chicos se disponía a atacar a Drok, con la espada en alto, deseoso por darle lo que merecía mientras bajaba la espada hacia su espalda. Pero Drok se dio cuenta y se dio la vuelta en el último instante y paró la espada con su cadena. El chico se sorprendió cuando Drok le arrancó la espada de las manos y, a continuación, la usó para matarlo.

La multitud aclamaba. Esto dejaba solo a cuatro.

El Razif, todavía vivo, se dio la vuelta y se les echó encima y Darius no pudo reaccionar a tiempo. Vio su cuerno amenazante, a punto de matarlo.

Mientras se preparaba para la muerte, Raj se abalanzó hacia delante y apartó a Darius de un empujón. Salvó a Darius, pero se puso en el camino de

la bestia y su cuerno le cortó la carne, dejándole una horrible herida en el costado, mientras gritaba de dolor cubierto de sangre.

Darius, horrorizado, se giró y saltó sobre la espalda del animal. Este daba sacudidas de forma salvaje mientras Darius levantaba la espada y no conseguía sujetarlo. Fijó su mirada en el cuarto chico y, mientras corría, le atravesó la espalda.

La multitud gritaba enloquecida.

Darius finalmente se hizo con su espada y la bajó con ambas manos, decapitando al Razif.

Este cayó sobre sus rodillas, chorreando sangre, muerto, y Darius cayó al suelo, a su lado.

Darius se arrodilló mientras la multitud era llevada por la histeria y los cuernos sonaban. Todos los Razifs estaban muertos. Solo quedaban tres de ellos.

El combate había terminado.

Darius estaba allí arrodillado, con una dulce sensación de victoria, mezclada con el remordimiento. Había sobrevivido. Raj había sobrevivido.

¿Pero a qué precio?

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Los Señores de los Siete estaban juntos de pie en un círculo en la sombría habitación de piedra, iluminada solo por el único rayo de luz que se colaba por el óculo del techo y se miraban los unos a los otros en silencio, vistiendo sus túnicas totalmente negras y sus capuchas negras. Inmortales, seres que habían dirigido el Imperio siglo tras siglo, que habían estado allí siempre desde la Gran Formación, aquellos siete hombres estaban en la sombra, en la periferia de la luz del sol, mirándola fijamente en silencio, como habían hecho durante milenios.

Durante milenios, habían estado allí mirando fijamente a la luz, viendo visiones, observando el pasado, formando un futuro mientras se arremolinaba a través del polvo de la luz, decidiendo el rumbo del Imperio. Estos seres representaban los cuatro cuernos y las dos puntas del Imperio y el séptimo era el voto decisivo. Ellos eran El Que Lo Gobernaba Todo, aquellos a los que incluso los Comandantes Supremos tenían que deferir. Eran aquellos cuya voluntad era absoluta y aquellos que nunca habían sido desafiados. Jamás.

Ahora, por vez primera, mientras miraban fijamente al rayo de luz, la mesa negra de granito que había debajo no estaba vacía, sino que en ella había la cabeza cortada del mensajero. Lo habían enviado a Volusia y había regresado sin vida.

Todos la miraban solemnemente, poniéndose de acuerdo en silencio en un plan de acción.

Fue el séptimo Señor el que dio un paso al frente, como siempre hacía, para hablar por ellos. Alargó el brazo, cogió el pelo enmarañado por la sangre, la levantó y la miró a los ojos. Todavía estaban abiertos y lo miraban fijamente con una mirada de agonía de la muerte.

“Esta Volusia”, empezó, con voz oscura, seriamente, “esta jovencita que se cree que es una Diosa, piensa que puede desafiarnos. Ha llegado a pensar que puede ganar”.

“Enviaremos nuestras fuerzas desde todos los rincones del Imperio”, interrumpió otro, “y destrozaremos la capital. En quince días, será derrocada”.

El séptimo Señor levantó la cabeza más arriba y la miró fijamente a los ojos, como si estuviera buscando una respuesta. El silencio colgaba pesado en

el aire.

“No”, contestó finalmente.

Todos los demás lo miraron.

“¿No lo veis?” dijo. “Esto es exactamente lo que ella quiere. Ha tejido una trampa. Tiene algún poder a su disposición, un poder oscuro, uno que no puedo discernir. Uno del que no me fío mucho. No caeremos en ello”.

“Entonces, ¿la dejaremos libre, para que maneje la capital con arrogancia?” preguntó otro, enojado.

El séptimo esperó un buen rato y, finalmente, dio un paso hacia la luz, dejando al descubierto una cara demasiado pálida, unos llamativos ojos azules, un rostro marcado por siglos de maldad y engaño. Echó un vistazo a los demás e hizo una sonrisa malvada.

“Le daremos lo que no espera”, añadió. “La haremos sufrir donde más le duele”.

Respiró profundamente.

“Volusia”, dijo.

Todos los demás miraban fijamente y podía percibir lo que estaban pensando.

“No enviaremos nuestros ejércitos a la capital, sino a su ciudad. Ahora está indefensa, sin vigilancia. Nunca lo esperará. Destruiremos todo aquello que ha conocido y amado. Toda su gente. Hasta el último. Esto la atraerá de una forma irracional hacia la guerra. Y entonces nos encontraremos con ella, entonces haremos que conozca el poder de los Siete”.

Entonces vino un largo silencio y, finalmente, los otros seis Señores dieron un paso hacia el círculo y levantaron todos el puño.

Tocaron la mesa con sus puños, un símbolo sagrado, y fue decretado.

Pronto, Volusia sería un recuerdo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Mientras se ponía el segundo sol, Gwendolyn entró en el real salón de banquetes en el magnífico castillo de la Cresta, pasando a través de grandes puertas de plata, que varios asistentes le iban abriendo y se sorprendió por lo que vio ante ella. Acompañada por Kendrick, Sandara, Steffen, Arliss, Stara, Aberthol, Brandt, Atme, Illepra, media docena de Plateados y Krohn a sus pies –todo lo que quedaba del Anillo, todos los que habían sobrevivido a la gran travesía-, Gwendolyn entró en el salón y miró hacia arriba, asombrada por los elevados y estrechos techos, las paredes, que estaban repletas de armas, trofeos de guerra, armaduras, banderas y las cabezas embalsamadas y enmarcadas de animales de caza. A sus pies había un suelo adoquinado desgastado, a lo largo del cual se extendían alfombras tejidas a mano, sobre las cuales descansaban perros perezosos y rellenitos. Había música en el ambiente y Gwen echó un vistazo y vio grupos de músicos, tocando las arpas, entremezclados por entre las mesas del banquete. Las mesas del banquete estaban hechas todas de plata, menos la del Rey, que estaba hecha de oro, era grande y redonda y estaba justo en el centro de la sala. Todo brillaba y era como entrar en un sueño.

Igual de impresionantes eran las personas, este salón estaba lleno de centenares de miembros de la corte real, vestidos con sus mejores atuendos, adornados con las joyas más finas que Gwen jamás había visto. Los hombres llevaban la túnica morada de la familia real, los guerreros llevaban todos las cabezas afeitadas y las largas barbas rubias y tiasas características de su pueblo. Gwen observó que algunas de las barbas estaban trenzadas, indicando quizás un cierto rango, mientras que otras eran largas y tiasas. Troncos de leña quemaban en la enorme chimenea de mármol y varios perros holgazaneaban allí delante, mordiendo satisfechos unos huesos. Era una sala repleta de esplendor y abundancia, de alegría y prosperidad, de música, de animación y, sobretudo, de comida. El delicioso olor de toda la carne asada y las salsas hacía que a Gwen le temblaran las rodillas. No podía recordar la última vez que había comido decentemente.

Gwen sentía que le dolía el estómago por el hambre y sabía que estaba preparada para su primera gran comida –igual que toda su gente; de hecho,

echó un vistazo y vio a toda su gente mirando, paralizados por los montones de carnes y quesos y lujos de todo tipo que había encima de la mesa, casi se les caía la baba ante la abundancia que tenían delante.

“Mi señora”.

Gwendolyn se dio la vuelta y vio a un asistente que se le acercaba con respeto.

“Si me permite, la llevaré hasta la mesa del Rey. Ha reservado un lugar para usted y sus hombres”.

Gwendolyn asintió con la cabeza y lo siguió a través del salón, conmovida por el hecho que el rey le reservara un lugar. Sabía que era un gran honor.

Mientras pasaban a través de la multitud, podía sentir cómo los ojos de centenares de personas la miraban, saludándola con la cabeza afablemente, sonrientes, y examinándolos como si fueran objetos de curiosidad. Gwen se sintió repentinamente avergonzada por su ropa, temiendo por un momento que todavía llevara el mismo vestido que había llevado para atravesar el desierto. Entonces bajó la vista y recordó que llevaba un lujoso atuendo de sedas negras que los asistentes del Rey le habían dejado gentilmente en la habitación.

Mientras se acercaba a la mesa del rey, Gwen echó un vistazo y vio que el Rey estaba sentado a la cabeza y, a su lado, su esposa, la Reina, sentada perfectamente erguida y con una gentil sonrisa, con el pelo largo y rubio y los ojos verdes, la verdadera imagen de la belleza y la realeza. Llevaba el collar más hermoso que Gwen jamás había visto, compuesto de rubíes, zafiros y diamantes y en la cabeza llevaba una corona con diamantes incrustados. Aparentaba tener la edad del Rey, quizás cuarenta y algo.

Se puso de pie y miró a Gwendolyn.

“Mi Reina”, le dijo a Gwendolyn, tomando su mano y besándola mientras se presentaba.

“Mi Reina”, respondió Gwendolyn, sonriente. Entonces negó con la cabeza. “Usted es la Reina aquí, mi señora”, añadió Gwendolyn, “no yo. Soy yo la que debo dirigirme a usted así”.

La Reina le sonrió.

“Si una vez fue reina, siempre será Reina”, respondió gentilmente. “Ha sido despojada de todo lo que tenía. Me aseguraré de que no le quiten el honor y el título de su rango también. Todos nuestros hombres han recibido

instrucciones de dirigirse a usted por su rango, yo me he preocupado de ello”.

Gwen se ruborizó, sorprendida, abrumada por la amabilidad de aquella mujer y sintió una ráfaga de amor por ella. Incluso su madre no había sido nunca tan amable con ella y Gwen no pudo evitar dar un paso adelante y abrazarla.

A la Reina, al principio, pareció cogerla desprevenida, especialmente cuando un grito de sorpresa se extendió por la sala; pero después abrazó a Gwen afectuosamente.

El Rey estrechó las dos manos a Gwen amablemente, después la besó en las dos mejillas, como Gwen imaginó que era su costumbre, mientras la acompañaba a su asiento en la mesa, enfrente del Rey. Kendrick estaba sentado a un lado de ella, Steffen al otro y todos los demás alrededor de la mesa, acompañados no solo por el Rey y la Reina, sino por unos cuantos más, que parecían ser todos miembros de su familia. Gwendolyn estaba sentada en la silla con cojín más lujosa.

A Gwen la tranquilizaba que toda su gente estuviera allí –todos excepto Argon, que estaba en manos de los curanderos del Rey y la bebé, que Illepra había dado a las niñeras para que le dieran de comer. Los Plateados estaban sentados en su propia mesa por allí cerca, junto a guerreros que parecían ser la élite del Rey y que les dieron la bienvenida amablemente. Estaba claro que deseaban compartir sus batallas.

“Siempre podemos hablar”, dijo el Rey en voz alta, mientras todas las miradas se giraban hacia él, “pero primero, deben comer. Después de todo lo que han pasado, primero es la comida. La conversación vendrá después”.

El Rey hizo una señal con la cabeza y, un instante después, una multitud de asistentes colocaron ante ella bandejas con comida y exquisiteces. Gwen vio que el Rey y los demás estaban comiendo y no pudo contenerse. Alargó el brazo y se acercó la primera exquisitez a la boca, un higo cubierto de trozos de coco. Al masticarlo, sintió cómo todo su cuerpo se recuperaba.

Incapaz de resistirse, comió varios más hasta que, finalmente, se controló.

Gwen escuchó un gemido y se quiso morir por haber olvidado a Krohn; sentado pacientemente a sus pies y bajó el brazo y le dio uno. Este se lo tragó entero, se relamió los labios y ella le dio otro. Y después otro.

Gwendolyn comió y comió, igual que los demás, comía carne cortada en

delgados cortes con deliciosas salsas, acompañada de varias frutas y verduras que nunca antes había visto. Por cada mordisco que ella daba, le daba uno a Krohn. Llegaba un plato tras otro, más de los que ella jamás había visto, incluso en el banquete de una boda y Gwen estaba impresionada por la interminable abundancia de este lugar. La risa siempre reinaba en la mesa, esta gente estaban relajados, despreocupados y tenían la risa fácil.

Cuando ya no podía comer más, Gwen alzó la vista y se sintió aliviada al ver que toda su gente alrededor de la mesa estaban igual de satisfechos. Incluso Krohn, que estaba a su lado, estaba por fin satisfecho, acurrucado a sus pies, durmiendo. Finalmente podía reclinarsse y relajarse, por primera vez en no sabía cuánto tiempo. Miró alrededor de la sala, a la artesanía de aquel castillo y se sintió maravillada por la belleza de aquel lugar, por su orden y su sofisticación. En algunos aspectos era como estar en la Corte del Rey, solo que era más lujoso.

Gwen se recostó, llena, y sintió que lentamente recuperaba la energía. Miró al Rey y a la Reina y se sintió profundamente agradecida. Si no fuera por ellos, ella y su gente estarían ahora mismo en el desierto muriéndose de hambre.

“No se lo puedo agradecer lo suficiente”, dijo Gwendolyn con sinceridad. “Nos han devuelto la vida. Que los Dioses les recompensen su bondad. Algún día, de algún modo, encontraré una manera de recompensarlos”.

El Rey sonrió.

“Ya lo ha hecho”, dijo, con su voz profunda y retumbante y los demás se quedaron en silencio mientras él hablaba. “Nos bendicen con su presencia y nos permiten practicar la sagrada ley de la hospitalidad. Por no hablar además de nuestro lejano linaje. Compartimos los mismos antepasados, descendemos de la misma dinastía de reyes y reinas. Hubo un tiempo en el que todos cenábamos juntos, aquí en la Cresta. Ahora este tiempo ha vuelto para los nuestros. Porque, después de todo, incluso separados por un enorme océano, somos un pueblo”.

Gwendolyn nunca lo había pensado, pero supo que era verdad al examinar sus rostros; vio un parecido en la estructura de los huesos, alguna cosa que podría haber sido perfectamente propio de su familia, de su pueblo. Ella veía alguna cosa de ella misma en ellos también y pensó que era extraordinario

pensar cómo podía parecerse a alguien que estaba tan lejos, al otro lado del mundo. Era como si una gran familia se hubiera estado partida en dos todos estos años.

Ahora que había comido y podía pensar con claridad, Gwendolyn observaba con atención todo lo que había a su alrededor; miró alrededor de la mesa, se fijó en todos los que estaban sentados al lado del Rey y sintió curiosidad.

El Rey debió notar su curiosidad, pues se aclaró la garganta y habló.

“Permítame que le presente a mi familia”, dijo el Rey. “Sentados junto a mí hay seis de mis hijos –cuatro chicos y dos chicas- todos ellos, el orgullo de mi vida. Aquí, a mi derecha, está mi hijo mayor, Koldo, un buen guerrero y el líder de mis Legiones. Él será el que heredará mi reino”.

Gwendolyn echó un vistazo y se sorprendió al ver a un hombre alto, con la espalda ancha y musculoso, con la piel negra y oscura, quizás cerca de los treinta años. Sonreía gentilmente, dejando al descubierto unos perfectos dientes blancos y brillantes y, como los demás, tenía la cabeza calva con una cicatriz que la atravesaba y una barba corta. Tenía la elegancia de un guerrero y del hijo primogénito de un Rey.

“Mi Reina”, dijo con voz profunda y fuerte, “es un placer conocerla”.

Gwendolyn sonrió e hizo un saludo con la cabeza.

“El placer es todo mío”, respondió.

Gwen tenía curiosidad por cómo el primogénito del Rey y su heredero podía ser de una raza diferente, pero sabía que ahora no era el momento de preguntarlo.

“Sentados a su lado”, continuó el Rey, “están mis segundos hijos más mayores, mis gemelos, Ludvig y Mardig”.

Dos hombres, de poco más de veinte años, la miraron y Gwen al principio se sorprendió de que fueran gemelos. Tenían la misma altura y complexión general pero, en cambio, no se parecían. Uno, Ludvig, era más musculoso, se sentaba erguido y tenía el aura de un guerrero, la cabeza calva y la barba rubia y trenzada de su pueblo. Tenía una apariencia fuerte, con una gran mandíbula y un rostro sencillo y sincero. El otro, Mardig, era parecido, pero más delgado, más menudo, no llevaba barba y tenía la cabeza llena de pelo negro. Sus rasgos eran más refinados y, al contrario que su hermano, tenía cara de niño

guapo y la miraba con sus ojos oscuros, que contrastaban con los ojos azules de su hermano, y Gwen percibió cierta maldad en ellos. Se preguntaba por qué él, el único entre todos los demás, no se afeitaba la cabeza e hizo una nota mental para preguntarlo más tarde.

A su lado, agarrándose a él de forma posesiva y mirando con furia a Gwendolyn, había una mujer de aproximadamente su edad, con el pelo largo y negro y los ojos negros, quien Gwen supuso, por su anillo de boda, que era su mujer.

Ludvig le hizo un respetuoso saludo con la cabeza.

“Mi Reina”, dijo con voz fuerte y respetuosa.

El otro, Mardig, no la saludó de ninguna manera.

“Usted no es mi Reina”, dijo Mardig, “por lo tanto, no me dirigiré a usted como tal. Pero, bienvenida, forastera”.

“¡Mardig!” le gritó la Reina de la Cresta, con la cara entristecida. Miró a Gwen, sonrojada, disculpándose. “Perdóneme, mi señora”, dijo. “Parece ser que no todos mis chicos han crecido como debieran haberlo hecho”.

Gwen se preguntaba qué sucedía, pero pensó que era mejor mantenerse al margen.

“No se preocupe, mi Reina”, dijo. “Me siento cómoda de que cada uno se dirija a mí como desee”.

La tensión se disipó, aunque, por dentro, Gwen hizo una nota mental para ir con cuidado con Mardig. No le gustaba lo que notaba.

El Rey se aclaró la garganta.

“Sentada a mi otro lado verá a mi hija mayor, Ruth. Es tan buena guerrera como los demás. No se deje engañar por su sexo o su apariencia”.

Gwen echó un vistazo y vio a una chica de quizás unos dieciocho años, alta, con la espalda ancha, mirándola con fuerza en los ojos, los ojos de un guerrero, una mirada que podía reconocer en cualquier lugar. Gwen se sorprendió al ver que ella también se afeitaba la cabeza y llevaba una ligera armadura de malla. Aunque era bonita, sus rasgos eran algo masculinos y, si no le hubieran dicho que era una chica, podría no haberlo adivinado.

“Encantada de conocerla, mi Reina”, dijo, con voz profunda, segura y fuerte, la voz de un guerrero.

Gwen percibía la sinceridad que había en ella, el espíritu de un guerrero, y

le gustó al instante.

“El honor es mío”, respondió Gwen, impresionada.

“A su lado”, continuó el Rey, “mi hija menor, Jasmine. No deje que su edad le engañe; es más sabia que todos nosotros. Su erudición supera incluso mi título de Líder Sabio, tanto que, este año, solo su décimo, ha sido nombrada erudita oficial del Rey”.

Gwen miró a la chica con sorpresa y vio una hermosa joven con los ojos verdes en forma de almendra y el pelo de un rubio fresa, que la estaba mirando, sus ojos destilaban inteligencia. Gwen notaba que había algo especial en ella.

“Mi Reina”, dijo, sonriendo ligeramente con los ojos, “la historia de las Reinas MacGil es interesante. Me gustaría compartirla con usted en alguna ocasión”.

Gwen asintió con la cabeza y no pudo evitar sonreír; la chica hablaba como si fuera tan mayor como Aberthol.

“Estaría encantada”, respondió Gwendolyn. Vio que Aberthol, que estaba a su lado, se enfurecía y le hizo gracia ver que estaba celoso.

“Y a su lado”, concluyó el Rey, “verá a mi hijo menor, Kaden, aproximándose a su decimocuarto año, una edad muy especial en nuestro reino para aquellos que van a ser guerreros. Él se embarcará en su misión como guerrero pronto y entrará en la madurez”.

“Seguiré los pasos de mi hermano”, dijo orgulloso a Gwen. Todavía tenía la cabeza llena de pelo, acastañado, y esto hizo que Gwen se preguntara si los chicos se afeitaban la cabeza cuando se convertían en hombres.

Gwen sonrió al oír la valentía y la determinación en su voz.

“Estoy segura de que lo harás, joven guerrero”, respondió.

“Estos son mis hijos...” empezó a decir el Rey, pero su Reina lo cortó poniéndole una mano sobre la muñeca.

“Tenemos otros hijos, también”, dijo ella misteriosamente. “Pero no pueden acompañarnos esta noche”.

A Gwen, que estaba confundida, le intrigaba saber más, pero se limitó a asentir con la cabeza cortésmente, sin intención de fisgonear.

El Rey bajó la mirada por un momento y Gwen vio la decepción en su rostro. Esto hizo que se preguntara por aquellos otros hijos y sobre qué debían

haber hecho para decepcionar tanto a su padre.

“Es un gran honor conoceros a todos”, respondió Gwen. “Gracias por recibirnos en la mesa de la familia”.

“Somos una dinastía, al fin y al cabo”, dijo la Reina, “y queremos que todos os sintáis como en casa aquí”.

Llegaron asistentes que llevaban sacos de vino, llenaban copas de oro y, cuando Gwen bebió, se le subió directamente a la cabeza. Entonces trajeron más y más bandejas llenas de dulces, bombones y exquisiteces de todo tipo y, Gwen se los comía, incapaz de resistirse, eran los postres más deliciosos que jamás había probado.

“Así que, cuéntenos, mi Reina”, dijo el Rey en voz alta, mientras en la mesa empezaban a quedarse en silencio, “¿qué pasó para que un séquito real del otro lado del mundo acabara aquí? ¿Por qué se marcharon de su tierra?”

Gwendolyn sintió que todas las miradas se dirigían hacia ella mientras su mesa –y las mesas de por allí cerca- se quedaban en silencio.

“No nos marchamos, mi Rey”, dijo ella. “El Imperio nos obligó a exiliarnos. Ellos destruyeron todo lo que siempre habíamos conocido y amado”.

Gwen vio la sorpresa en sus rostros y sintió cómo el salón quedaba en silencio.

El Rey la miró, perplejo.

“Nuestros antiguos libros cuentan que su Anillo estaba protegido por un Cañón”, dijo el Rey, “y por encima de este cañón, por un escudo mágico. Se rumorea que este escudo hacía que el Anillo fuera invulnerable ante cualquier ataque”.

Gwen asintió.

“Este escudo existió una vez”, respondió. “Pero ya no existe. Fue destruido. Por una magia todavía más poderosa. Fue la culminación de una serie de acontecimientos que se desencadenaron por el asesinato de mi padre, el rey MacGil”.

En la habitación se oyó un grito de sorpresa.

“¿Su Rey, asesinado?” preguntó el Rey, apenado.

Gwen asintió.

“¿Por quién?”

Gwen se preparó para responder y, avergonzada, dijo:

“Por mi hermano”, dijo sin expresión.

La habitación dio un grito más fuerte de sorpresa mientras el Rey y su familia la miraban horrorizados.

“Ha pagado por sus crímenes”, respondió Gwen. “Ha sido ejecutado. Pero esto no nos ayuda ahora”.

El Rey, con el ceño fruncido, parecía estar reflexionando sobre aquello mientras siguió un largo silencio.

“¿Y tu pueblo?” preguntó finalmente. “¿Qué pasó con ellos?”

Gwen sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, bajó la mirada y negó con la cabeza con tristeza.

“Todos muertos, mi señor”, respondió finalmente, “todos excepto los que ve ante usted ahora. Y unos pocos más”, añadió pensando en Thorgrin, Reece y Erec.

“Pero ¿cómo pudieron destruir una tierra tan grande”, preguntó la Reina, “y a toda su gente con ella?”

“Llegaron con dragones, dirigidos primero por Andrónico y después por Rómulo. Convirtieron todo lo que vieron en escombros y ruinas”.

Gwen respiró profundamente.

“Mi marido”, añadió, para corregir después, “el que iba a ser mi marido, nos defendió. Los dragones de Rómulo murieron durante el proceso y no sobrevivió ningún dragón”.

“¿Y dónde está el que iba a ser su marido ahora?” preguntó la Reina con la voz llena de compasión.

Gwendolyn bajó la mirada y negó tristemente con la cabeza. Quería responder, pero las lágrimas no le dejaban.

“En algún lugar de alta mar”, respondió, “buscando a nuestro hijo”.

La Reina hizo un grito ahogado y Gwen no pudo aguantar más; rompió a llorar, secándose a continuación rápidamente las lágrimas con el dorso de la mano.

“Lo siento, mi Rey”, dijo. “No estaré nunca en paz hasta que sepa que Thorgrin y Guwayne están a salvo”.

“Existen maneras de encontrarlos”, respondió el Rey.

Gwen lo miró con esperanza.

“¿Cómo?” preguntó desesperada.

“Tengo un vidente”, respondió. “Quizás pueda encontrar a su Thorgrin”.

El corazón de Gwen dio un salto de alegría, aunque le daba miedo sentirse optimista.

“Daría lo que fuera, mi señor”, respondió ella.

Él asintió con la cabeza.

“Considérello hecho”, respondió él. “Al amanecer le daré instrucciones”.

“Sois bienvenidos a vivir con nosotros todo el tiempo que deseéis”, dijo la Reina. “Tanto si es un día como toda la vida. Os damos la bienvenida para que os unáis a nuestro pueblo. Puede haber muchas grandes labores para usted y su pueblo aquí. Nos necesitáis y nosotros os necesitamos”.

Gwendolyn asintió con la cabeza, muy agradecida.

“Es una oferta muy amable y generosa, mi señora”, respondió. “Desearía volver al Anillo, reconstruirlo, ver mi tierra de nuevo y reconstruirla desde sus cenizas. Todos lo desearíamos. Pero ahora esto es solo un sueño”.

“Se han construido imperios con menos sueños que estos”, respondió el Rey.

“Si desea irse, déjela que se vaya”, dijo una voz profunda.

Gwendolyn se giró y vio a uno de los hijos gemelos del Rey, Mardig, mirándola con una intensidad que no le gustó. Su mujer también la fulminaba con la mirada.

“De hecho, creo que todos ellos deberían marchar”, añadió Mardig. “Todos ellos dejaron un rastro evidente en el desierto que llevará al Imperio directo hacia nosotros. Serán el origen de nuestra ruina”.

“¡Vigila esa lengua!” dijo la Reina. “Son familia”.

“¡No son familia nuestra!” replicó Mardig. “Quizás compartimos antepasados. Esto fue hace siglos”.

“Hablarás con respeto en mi presencia, chico”, dijo el Rey. “Tus acciones recaen sobre mí y así no es cómo tratamos a los forasteros”.

Mardig enrojeció y se calló.

El Rey se dirigió a Gwendolyn.

“Discúlpeme”, dijo. “Mi chico puede ser impulsivo. Habla cuando tendría que escuchar”.

El Rey suspiró y Gwen sintió que todos los que estaban en la sala lo

miraban.

“Y, sin embargo, algo de verdad dice, mi señor”, exclamó una voz.

Gwen se dio la vuelta y vio a uno de los guerreros del Rey, en una mesa llena de guerreros, que estaba al otro extremo de la habitación.

“El Imperio podría seguirlos”.

“Volverlos a mandar al desierto no lo evitará”, exclamó otro soldado, desde el otro lado de la habitación.

“Podría hacerlo”, dijo Mardig.

El Rey se levantó lentamente, pidiendo autoridad, y todas las miradas se dirigieron hacia él.

“Es cierto que el rastro puede ponernos en peligro”, dijo lentamente, con rotundidad en su voz, como para acabar con el asunto, “y, sin embargo, no ponemos en peligro a los forasteros. Jamás”.

Esta última palabra la dijo firmemente, con el mando de un Rey y Gwen vio cómo a todos los disidentes se les bajaron los humos. No podía expresar lo agradecida que le estaba.

“Nos ocuparemos del rastro. Al amanecer, enviaré una expedición para aventurarse más allá de la Cresta, más allá de la pared de arena para que borre la pista”.

Un grito de sorpresa llenó la habitación y Gwen entendió que era obvio que aquella era una proposición peligrosa; se sentía fatal de que su presencia aquí causara desavenencias.

“Me gustaría ofrecerme voluntario para ir, Padre”, dijo Ludvig, el gemelo mayor del Rey.

“Y yo me ofrezco voluntario para dirigir”, dijo Koldo, el mayor.

“Padre, yo también deseo ir”, dijo Kaden, su hijo adolescente.

“Y yo”, añadió su hija mayor, Ruth.

Gwen se dio cuenta de que el único que no se ofrecía voluntario era Mardig, que estaba sentado en silencio, ruborizado.

El Rey asintió con la cabeza.

“Soy afortunado por tener hijos e hijas valientes”, dijo con voz retumbante.

“Sí, podéis ir todos. Y aseguraos todos de que volvéis a mí”.

“Yo también querría ofrecerme voluntario”, dijo Kendrick, de pie al lado de Gwendolyn.

Todos en la habitación lo miraron, en silencio, era obvio que les había cogido desprevenidos que un forastero quisiera unirse a ellos.

“Y yo”, dijo Brandt.

“Y yo”, dijo Atme.

Todos los Plateados que quedaban se pusieron de pie y Gwen sintió una ráfaga de orgullo –mezclada con preocupación por ellos.

El Rey reflexionó sobre ello y, finalmente, asintió con la cabeza seriamente.

“Aunque seáis extraños aquí,” dijo, “no os negaré a todos una oportunidad de valor y honor. Vuestros corazones son corazones de guerreros y vuestros corazones han hablado por vosotros. Debéis saber que será una misión peligrosa. Nunca nos hemos aventurado más allá de la pared de arena. Y puede que algunos de vosotros no volváis nunca”.

“Daría mi vida por esta misión”, dijo Kendrick con orgullo. “Al fin y al cabo, si su reino está en peligro, es por nosotros”.

El Rey lo miró a los ojos y, a continuación, asintió con la cabeza para dar su aprobación.

“Mi señor”, añadió Gwendolyn, “en nuestra tierra, Kendrick era el líder de los Plateados, nuestros caballeros de más élite. No existe un hombre mejor en la batalla y un mejor comandante de hombres. Es conocido por todos los rincones por ser un gran líder y no lo digo solo porque sea mi hermano”.

El Rey examinó a Kendrick atentamente durante un buen rato y finalmente asintió con la cabeza.

“Así que, Kendrick, mañana dirigirás a la mitad de mis hombres. ¡Preparaos!” exclamó el Rey. “¡Mañana cabalgamos!”

“¡POR EL ANILLO!” gritó fuerte el Rey levantando su copa.

“¡POR EL ANILLO!” repitieron los centenares de guerreros de la sala.

Gwen sintió el amor, la aprobación y la aceptación a su alrededor y, por primera vez en mucho tiempo, aquí, en compañía de todos aquellos finos caballeros, se sentía como si estuviera en casa.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Godfrey, acompañado por Akorth, Fulton, Merek y Ario, caminaba por el lujoso pasillo de un palacio de mármol y oro, sus pisadas resonaban mientras seguían a la misteriosa mujer Finiana, que se había presentado como Silis, y a su séquito. Tras haberlos escoltado hasta este lujoso palacio al otro lado de Volusia, Silis los había llevado dentro y los había guiado por una habitación tras otra. Godfrey todavía no tenía ni idea de quién era, de qué quería, o de por qué había decidido mantenerlos con vida, pero realmente no estaba en situación de hacer preguntas. Sus hombres los habían escoltado, pero Godfrey tenía la sensación de que si oponían, pagarían por ello. Sabía que tenía suerte de estar vivo, especialmente después de haber matado a sus parientes y haberse llevado las joyas.

Los llevaron por una lujosa escalera de caracol de mármol, a continuación a una larga terraza superior compuesta por una serie de arcos de mármol y ornamentados balaustres, que rodeaba el palacio. Tenía vistas a la ciudad y, mientras caminaban, Godfrey disfrutaba del impresionante paisaje. Era una ciudad hermosa, con sus calles immaculadas, que se entrelazaban con los canales y el mar a sus pies. Todo brillaba y rebosaba riqueza y Godfrey pensó que si este lugar no estuviera gobernado por monstruos, si sus calles no estuvieran manchadas con la sangre de inocentes, realmente sería un sitio impresionante para vivir. Esta era la paradoja de esta cultura construida con la esclavitud.

Mientras caminaban, Godfrey se preguntaba hacia dónde los llevaban, se preguntaba si podía confiar en aquella mujer. Una vez más, curiosamente, se encontraba en situación de tener que confiar en un Finiano. Sin embargo, esta vez parecía diferente. Había algo en ella que parecía sincero, parecía muy diferente a todos los demás —después de todo, podría haberlos matado fácilmente antes. Por alguna razón que no entendía Silis los quería vivos.

Se detuvieron ante una terraza impresionante, hecha de oro sólido y situada justo debajo de donde las olas del mar iban a romper. Ante ellos se extendían lujosos asientos y a Godfrey y a los demás les indicaron que se sentaran.

Godfrey y los otros se hundieron en los cojines rojos de terciopelo, nunca antes habían estado tan cómodos, y entonces llegaron unos sirvientes que

llevaban una fuente de plata llena de exquisiteces. Godfrey cogió una y la examinó cautelosamente, mientras Silis estaba sentada ante él y lo observaba con una sonrisa.

“No te preocupes”, dijo Silis. “Si os quisiera muertos, hay modos mucho más interesantes de hacerlo”.

Godfrey vio que tenía razón y se comió la exquisitez y se sorprendió por lo deliciosa que estaba. Era dulce y blanda y tenía gusto de chocolate, pero más ligero. Se dio cuenta de que tenía mucha hambre y se comió varias; a su lado, Akorth y Fulton se llenaron la boca y los brazos con ellas. Merek y Ario, sin embargo, precavidos hasta el final, no participaron, sino que se quedaron sentados sin mucho humor, en guardia.

Silis, que lo observaba todo, parecía divertida.

“¿Entonces por qué no nos mató?” preguntó Merek.

Ella lo miró con una sonrisa.

“Realmente no es porque me gustéis”, respondió. “O porque me importes tú o tus hombres”.

Silis se reclinó y suspiró, mientras un sirviente le servía una copa de vino.

“Es debido a que vuestra coordinación es perfecta”, continuó. “Y cabéis en mi plan secreto. Odio a mis primos Finianos del otro lado de la ciudad, cuyo palacio visitasteis. Siempre han sido los que han tenido el poder de la ciudad y no les gusta compartir. Me habéis hecho un gran favor al asesinarlos, no podéis imaginar cuánto. De hecho, yo misma había planeado hacerlo, pero nunca encontraba la oportunidad perfecta”.

Godfrey la miró sorprendido, todo aquello empezaba a tener más sentido.

“No lo hicimos porque seamos asesinos”, dijo Godfrey. “Lo hicimos por venganza, por lo que les hicieron a nuestra gente”.

Silis suspiró.

“Sí, lo sé todo. Es una lástima. Odio a aquellos que no cumplen con su palabra y mis primos eran grandes expertos en ello. Lo que hicieron fue deshonroso y la deshonra perjudica al nombre de los Finianos. No podemos permitirlo. Para nada”.

Silis hizo una pausa, examinándolos a todos, como si estuviera dando vueltas a algo. Los observó durante un buen rato, reclinada en su silla y Godfrey podía ver que su mente estaba maquinando. Finalmente, se inclinó

hacia delante.

“Los Finianos somos una gran raza; hemos sobrevivido aquí, en el Imperio, durante miles de años, la única raza de fuera del Imperio que lo ha hecho. Es cierto que a veces hemos sobrevivido con artimañas; pero mayoritariamente con honor”.

Godfrey la miró con atención y vio la autenticidad en sus ojos.

“La creo”, dijo. “A pesar de sus primos. Realmente los redime. Lo que no entiendo es qué quiere de nosotros –aparte de felicitarnos por haberle hecho el trabajo sucio”.

“Si realmente nos lo quiere agradecer, déjenos marchar”, dijo Merek metiéndose en la conversación.

Silis sonrió e hizo una señal a sus hombres: dieron un paso al lado desde sus posiciones guardando la puerta.

“Entonces, iros”, dijo tranquilamente. “Sois libres”.

Godfrey y los demás la miraron escépticos.

“¿Así de simple?” preguntó Ario.

Ella asintió con la cabeza.

“Justo detrás de nuestro palacio están las puertas de la ciudad”, dijo. “Atravesadlas: prometo no deteneros”.

“Esto ya lo hemos oído antes”, dijo Merek. “No nos detendrá, pero nos clavaré un cuchillo por la espalda cuando estemos a medio camino”.

Ella rió.

“Mirad a vuestro alrededor”, dijo. “Estáis rodeados por dos docenas de hombres con puñales y espadas. Vosotros, por otro lado, estáis desarmados y, me atrevería a decir”, añadió, mirando a Akorth y Fulton como se daban un atracón, divertida, “apenas en forma para la batalla. ¿Por qué me iba a tomar la molestia de esperar si os quisiera muertos? Es mucho más fácil hacerlo aquí”.

Un pesado silencio se respiraba en el aire y Godfrey, dudoso, la miró, preguntándose si estaba diciendo la verdad.

“¿Realmente somos libres para marcharnos?” preguntó.

Silis sonrió.

“Todo lo libre que se puede ser”, dijo ella.

Godfrey y los demás se miraron perplejos; él la creía. Y, por muy extraño

que pareciera, tener su libertad le hacía dudar sobre qué hacer.

“Si queréis atravesar aquellas puertas”, continuó, “os invito a hacerlo. Pero, como ya sabéis, fuera de aquí no os espera un cálido hogar. El desierto es un páramo. Los vuestros están muertos. No tenéis un pueblo al que volver. Salid de aquí y estaréis muertos al mediodía –o atrapados por un mercader”.

Godfrey la miró, frunciendo el ceño.

“Entonces, ¿qué sugiere usted?” preguntó.

Silis sonrió.

“Os estoy ofreciendo un lugar aquí, conmigo, en mi castillo. Considerad esto mi agradecimiento”.

“Pero ¿por qué iba a hacerlo?”

Ella suspiró.

“Puedo confiar en todos vosotros”, dijo. “No sucede cada día que conozca a alguien en quien pueda hacerlo. No sois del Imperio, no sois Finianos y tenemos un interés común. Juntos, podemos subvertir a los otros Finianos y yo puedo reclamar el control legítimo de nuestra rama de la familia. Yo también deseo ser libre; ya no deseo responder ante mis primos. Tampoco deseo responder ante el imperio. Tenemos un objetivo común: liberar Volusia. Provocar una revolución. Es por lo que murieron vuestra gente. Y estoy preparada para continuar con la causa”.

Silis suspiró, mientras los miraba con detenimiento.

“Habéis demostrado una asombrosa habilidad para sobrevivir”, dijo, “una astucia y un ingenio que me impresionan enormemente. No lo parecéis, lo cual todavía tiene más valor. Creo que puedo utilizaros para avanzar en la causa”.

Godfrey miró a los otros y vio que Merek y Ario daban su aprobación asintiendo con la cabeza. Él se inclinó hacia delante.

“¿Qué nos haría hacer?” preguntó.

Ella sonrió.

“La lista es bastante larga”, respondió. “Lleva mucho trabajo derribar una ciudad. Lo que corre más prisa, me imagino, es enmendar la injusticia que se está cometiendo con vuestros amigos, los esclavos supervivientes”.

El corazón de Godfrey se paró.

“¿Supervivientes?” preguntó.

Silis lo miró, perpleja.

“¿No lo sabíais?” preguntó. “Vuestro amigo, el líder, Darius. Está vivo, junto a unos pocos de los suyos. Aunque me temo que no vivirá por mucho tiempo. Lo han condenado al circo, a luchar como un gladiador. Esta es una lucha que nadie puede ganar. A no ser que cambiemos el resultado”.

El corazón de Godfrey se llenó de optimismo; aquí, por fin, había una oportunidad de enmendar las injusticias, de compensar lo que les habían hecho a Darius y a los demás. de repente, se sintió vivo con un renovado propósito.

“¿Cómo?” preguntó Godfrey.

Silis hizo una amplia sonrisa.

“Hay muchas maneras, amigo mío”, dijo, “de ganar una guerra”.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Darius, con la cabeza sobre sus manos y los codos en las rodillas, estaba sentado en la pequeña celda de piedra de la cárcel de espera de los gladiadores, destrozado. Se dio cuenta de que, decididamente, era el punto bajo de su vida.

Le dolía cada músculo de su cuerpo, pero esto no era lo que le preocupaba más; cerró los ojos y sacudió la cabeza para borrar las horribles imágenes del día de batalla de su mente. Veía, una y otra vez, cómo mataban a Desmond y a Luzi, a los otros chicos muriendo, cómo herían a Raj. No podía ver la victoria, sino solo las muertes, el sufrimiento. Dos de sus amigos próximos, chicos que él estaba seguro de que vivirían para siempre, asesinados en un día y un tercero herido de muerte. Las imágenes, profundamente clavadas en su mente, no se marchaban.

Darius alzó la vista, medio dormido, para mirar la pequeña celda de espera y vio a los otros dos chicos que quedaban junto a él: Raj, tumbado a su lado, cuidándose las heridas e, irónicamente, Drok, el chico que no moría nunca. Darius sabía que, de algún modo, les obligarían a luchar de nuevo y sabía que el siguiente día de combate sería el peor de todos. Los tres morirían. Él deseaba que todo acabara ahora.

Pero Darius estaba tan molido, igual que los demás, que apenas tenía fuerza para moverse, mucho menos para volver a luchar. Vio que Morg había dicho la verdad el primer día, cuando dijo que todos morirían y que se prepararan. Per ¿cómo se prepara uno realmente para la muerte?

Darius echó un vistazo, agotado, cuando escuchó el sonido de una puerta de hierro que se abría bruscamente y vio a Morg entrando de manera pomposa, solo, esta vez no necesitaba guardas. Sabía que ellos estaban molidos, demasiado heridos, para oponer resistencia.

Estaba de pie, mirándolos fijamente, con las manos en las caderas y una sonrisa de satisfacción.

“Sabes que no puedes ganar”, dijo, examinando a Darius.

Darius bajó la mirada hacia sus manos, intentando soportar el dolor, intentando olvidar a Morg y todo lo demás.

“Deberías haber aceptado mi oferta”, añadió.

Darius, con la cabeza baja, lo ignoró, pues estaba demasiado cansado para responder.

“Ninguno de mis gladiadores ha sobrevivido al último día de combates. Ni uno. No en todos los años que yo he estado aquí”.

Finalmente, Darius alzó la vista.

“No le temo a la muerte”, dijo con voz fría y profunda, reseca por la falta de agua. “Solo le temo a una vida deshonrosa”.

Morg, al ver que aquello le dolía, sonrió con aires de superioridad.

“Y, sin embargo, todavía puedes evitarlo”, respondió. “Lo único que tienes que hacer es aceptar. Aceptar terminar la lucha en tu propio circo, donde no sufrirás. Aceptar dejar que los otros mueran. A Drok lo odias, de todas formas. Y mira a tu amigo Raj: está muriendo mientras hablamos”.

Darius le hizo una mueca.

“Pero todavía no está muerto”, respondió. “Y mientras viva, yo estaré a su lado”.

Morg frunció el ceño.

“Eres un estúpido”, dijo. “Tu honor te engullirá y te irás a la tumba con él”.

Darius consiguió sonreír.

“Nunca lo comprenderás”, dijo Darius. “Mi sueño en esta tierra no es simplemente vivir, sino vivir y luchar con honor, con valor. Si fuera inmortal, no tendría nada que perder y estas cosas no significarían nada para mí. Mi sueño es posible precisamente porque soy mortal. Tengo algo que sacrificar, algo que perder. Y esto es lo que lo hace honorable. Mi sueño es un sueño de mortales”.

Morg hizo una mueca.

“Morirás”, dijo.

“Solo los cobardes mueren”, respondió Darius. “El valiente continúa vivo después de la muerte”.

Morg, furioso, le lanzó una mirada asesina. Y sin nada más que decir, se dio la vuelta y se fue hecho una furia, cerrando la puerta de hierro de golpe tras él, dejando a Darius más solo de lo que jamás había estado.

*

Darius estaba sentado al lado de Raj, mientras este se quejaba en la noche,

agarrándole el hombro. A Darius no le hacía falta mirar a su herida supurante para saber que tenía mala pinta, que no podría vivir. Raj yacía allí, agonizando, y mientras las moscas se posaban en su herida, no tenía la fuerza ni para asustarlas”.

Darius veía cómo la luz se iba apagando en los ojos de su amigo y el dolor le embargaba. Allí estaba Raj, el más seguro de sus amigos, el más intrépido, el que Darius estaba seguro de que nunca moriría y él, también, iba por el imparable camino de la muerte.

“Te pondrás bien”, dijo Darius, agarrándole el hombro después de un ataque de quejidos.

Raj negó con la cabeza.

“Siempre mentiste muy mal”, dijo.

Darius frunció el ceño.

“No dejaré que mueras, de ninguna manera”.

Raj hizo un gesto de dolor.

“Ni tan solo tú, mi amigo, puedes detener esto”.

Darius se encogió de hombros.

“Nos queda una batalla más por librar. Lucharemos juntos. Y moriremos juntos”.

“Yo no puedo luchar”, dijo. “Ya no. Estaré encadenado a ti como un peso muerto. Déjame atrás. Déjame morir. Sálvate”.

Darius negó con la cabeza.

“Ningún hombre se deja atrás”, dijo, insistente. “Ni ahora, ni nunca”.

Raj suspiró, conocía perfectamente lo tozudo que era Darius.

“Mírame. No puedo ni ponerme de pie”, dijo Raj.

Darius sonrió.

“Entonces me arrodillaré a tu lado y lucharemos juntos”.

Raj alargó el brazo y le estrechó la mano.

“Tú eres mi hermano, Darius”, dijo. “Ahora lo has demostrado, más que nunca. Pero no mueras por mí. No vale la pena”.

Darius lo miró firmemente a los ojos.

“Tú lo has dicho”, dijo Darius. “*Hermano*. Siempre he querido tener un hermano y esta es una palabra con un gran significado para mí. Los hermanos no se abandonan; no se dejan atrás. Esto es lo que significa ser un hermano.

Los hermanos se forjan para momentos como este. Y ni la muerte puede interponerse entre ellos”.

Raj se quedó callado, respirando con dificultad durante un buen rato, sin aliento, hasta que, finalmente, agarró la mano de Darius y asintió con la cabeza.

“Muy bien entonces, hermano”, dijo. “Mañana, si estoy vivo, mataremos a tantos como podamos. Y acabaremos luchando juntos”.

CAPÍTULO TREINTA

Volusia estaba ante las inmensas puertas arqueadas de oro de la capital, que se alzaban unos treinta metros, lo único que se interponía entre la capital y las multitudes de soldados del Imperio esperando a destruirla. Levantó el brazo y pasó sus dedos por los complejos tallados, admirando el trabajo que debían haber costado. Recordó haber leído que había llevado cien años a cien hombres tallar aquellas puertas de oro sólido, puertas que nunca se habían penetrado.

“No se preocupe, Diosa”, dijo Gibvin, el comandante de sus ejércitos. “Estas puertas resistirán”.

Ella se giró y miró a su séquito de generales y consejeros y se maravilló de que no tuvieran ni idea de lo que estaba pensando. Lo que nunca podrían entender es que ella había visto su destino. Le había venido en una visión. Y ella estaba preparada, costara lo que costara, a cumplirlo.

“¿Crees que le temo a un millón de hombres?” respondió sonriente.

Él la miró fijamente, perplejo.

“Entonces, ¿para qué hemos venido hasta aquí, Diosa?” preguntó otro consejero.

Ella examinó a sus hombres con sangre fría hasta que estuvo preparada para dar la orden.

“Abrid las puertas”, ordenó con calma.

Sus consejeros la miraron fijamente, como si estuviera loca.

“¿*¡Que las abramos!?*” preguntó su comandante.

Su mirada de hielo fue su única respuesta y ellos la conocían lo suficientemente bien como para no preguntar dos veces.

Ella observaba cómo el pánico se extendía entre sus rostros.

“Si abrimos estas puertas”, dijo Gibvin, “el ejército entrará a toda velocidad. Eso es lo que están esperando. Nuestra ciudad estará perdida. Todos nuestros esfuerzos estarán perdidos”.

Ella negó con la cabeza.

“No me preguntéis”, respondió. “Y no temáis por vosotros. Después de pasar yo por ellas las cerraréis”.

“¿La cerraremos después de pasar usted?” repitió él. “Esto la dejaría allí

sola, enfrentándose en solitario a un ejército. Esto significará su muerte”.

Ella sonrió ligeramente.

“Todavía no lo ves”, dijo ella. “Yo soy una diosa y las diosas no pueden morir”.

Se dirigió a los hombres que manejaban las puertas, fijó la mirada en ellos y sus hombres, con el miedo en el rostro, corrieron hacia delante y empezaron a girar las enormes manivelas de oro. Un crujido llenó el aire mientras las puertas de oro empezaban a abrirse lentamente, unos treinta centímetros cada vez.

Mientras se abrían, los rayos naranjas de los soles que se ponían entraron como una explosión, iluminando a Volusia, haciendo que pareciera y se sintiera una verdadera diosa. Se abrieron poco más de medio metro, lo suficiente para que pasara a través de ellas.

Las atravesó lentamente, sus hombros fregaban el borde de las puertas y salió de la ciudad, dejándola tras ella, pisando descalza las arenas calientes del desierto abierto.

Tras ella, podía sentir el viento de las puertas que se cerraban y, un instante después, escuchó y sintió un decisivo portazo tras ella, que hizo temblar el suelo, el eco del metal. Sabía que ahora no había vuelta atrás. Ahora, estaba allí sola para siempre y eso es lo que quería.

Mientras Volusia daba un paso tras otro, vio ante ella el enorme ejército del Imperio, extendido en todas sus legiones, cubriendo el horizontes como hormigas, todos empezaron a animarse al verla, todos empezaron a ir a por ella.

Embestían con todas sus fuerzas, se levantó un gran estruendo, todos se le echaban directamente encima. Junto a ellos había muchas legiones nuevas, vestidas con la armadura completamente negra del Imperio, obviamente enviados por los Caballeros de los Siete, seguramente eran los primeros refuerzos que llegaban para hacer caer la ciudad.

Volusia sonrió. A los caballeros de los Siete no les debió haber gustado mucho su regalo.

Volusia había observado aquella mañana cómo todos los ejércitos se habían reunido, cómo los hombres de los Siete se habían unido a ellos. Había visto cómo los caballeros de los Siete habían traído todo el equipo de asedio

–las catapultas, los arietes, todo el horizonte estaba lleno de artefactos de guerra pensados para destruir la ciudad -y Volusia sabía que solo era cuestión de tiempo hasta que lo hicieran. No se iba a limitar a sentarse y esperar. No, ella nunca se había defendido. Siempre había atacado.

Y atacaría –aunque tuviera que hacerlo por ella sola.

Volusia caminaba sin miedo, una mujer –una diosa- contra un ejército. Con cada paso que daba, sabía que caminaba hacia su destino. Se sentía invencible. Sentía que realmente era una diosa. Nadie en el mundo había logrado detenerla, como ella había sabido desde el día en que nació. Ni incluso su propia madre. Había venido hasta la capital del Imperio y no iba a parar ahora. Sabía que para tener poder hay que agarrarlo por la fuerza y, lo que es más importante, hay que conservarlo. No necesitaba que otros hombres librasen sus guerras. Sabía que, por sí sola, tenía todo el poder que necesitaba.

Volusia escuchó un tremendo estruendo, sintió que el polvo casi la alcanzaba, mientras el ejército se le echaba encima, ahora a menos de doscientos metros. Venían al ataque, el horizonte estaba lleno de hombres en enormes caballos, Razifs, zertas, elefantes, llevando todo tipo de armas imaginables, emitiendo feroces gritos de batalla mientras corrían hacia su presa. Ya podía ver sus caras, salivando ante la vista, por tener la oportunidad de matar a la líder a campo abierto, allí sola. Como si fuera demasiado bueno para ser verdad. Ella imaginaba que todos ellos habían supuesto que se había rendido, que había venido a hablar de las condiciones o que iba a suicidarse.

Pero Volusia tenía otros planes. Planes mejores.

El ejército se le echaba encima, cada vez más cerca, ahora a menos de cien metros e iban ganando velocidad. Ella escuchaba el sonido de las armaduras, olía el sudor y vio la sed de sangre en las caras de los hombres. Algunas caras mostraban miedo, aunque seguían caminando, un ejército entero contra una mujer sola. Ellos, los sabios, debían saber que en ella había algo diferente, algo que debían temer, si deseaba enfrentarse a un ejército ella sola.

Volusia estaba dispuesta a demostrárselo.

Cerró los ojos y levantó los brazos hacia el cielo y, poco a poco, los levantó más y más arriba.

Mientras lo hacía, se oyó un tremendo zumbido, como si un millón de langostas salieran de la tierra. Cada vez era más y más fuerte y, alrededor de

Volusia, el suelo del desierto empezó a agrietarse y romperse. Primero apareció una garra, abriéndose camino por una fisura de la tierra. Después otra.

Y después otra.

Miles de pequeñas criaturas –gárgolas con alas negras que les salían por detrás- empezaron a salir de la tierra. Tenían escamas traseras viscosas y colmillos largos y afilados y unas alas que emitían un zumbido de una manera que sembraría el terror incluso en el corazón del guerrero más valiente. Parpadeaban, invocados desde los muertos, con sus grandes ojos naranjas brillantes, ojos llenos de una sed de venganza.

Volusia levantó las manos más arriba y su ejército de criaturas vivientes salió de la tierra y se elevó al cielo, ennegreciéndolo tras la puesta del segundo sol. Ella les dio instrucciones y estas corrieron hacia delante y descendieron, a la una, hacia el ejército que corría para matarla.

La primera gárgola llegó al primer soldado, abrió sus mandíbulas, dejando susafiladísimos colmillos al descubierto, y se los clavó al hombre en la garganta, matándolo al instante. Se oyó el primer grito de muerte.

Después cayó otro.

Después otro.

Pronto, el cielo se llenó con los chillidos de un millón de gárgolas negras, con una interminable sed de venganza, mezclados con los gritos de los hombres, que caían allí mismo. Volusia reía mientras lo observaba. Este era el destino que había visto para ella.

Qué estúpidos habían sido al pensar que ellos solos podían matarla. Después de todo, solo eran un ejército.

Y ella –ella era una diosa.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Kendrick estaba en lo alto de la Cresta, junto a docenas de otros caballeros, entre ellos Brandt, Atme, la media docena de Plateados y dos docenas de caballeros de la Cresta, todos ellos observando el desierto que había ante ellos. Todos estaban en la plataforma, y mientras giraban las grandes manivelas y las cuerdas crujían, los bajaban a todos lentamente, escalón a escalón, hacia el otro lado, hacia el Gran Desierto.

Kendrick apenas podía creer que volvía a estar allí solo un día después, este lugar casi lo había matado, había salido con vida de allí por los pelos. Apenas podía creer que volviera a llevar armadura, bajo los soles del desierto, al lado de sus hombres y acompañado por nuevos caballeros, hombres cuyas caras y nombres apenas reconocía todavía. Sabía que todavía no estaba completamente recuperado, estaba todavía un poco débil por la dura experiencia; sin embargo, se sentía obligado a seguir con esta misión de tapan la pista por la seguridad de la Cresta. Su honor lo obligaba y, cuando el honor estaba en juego, nunca decía que no.

Kendrick estudiaba el desértico paisaje mientras los bajaban, la intensidad de los soles ya estaba creciendo, vio la enorme pared de arena, arremolinándose en la distancia y sabía que, una vez pasada, los recibiría un hostil mundo de nada. Agarró con fuerza su nueva espada y esperó poder encontrar un camino de vuelta. No deseaba una estancia prolongada en este desierto de nuevo.

Kendrick echó un vistazo a su nuevo comando, estos caballeros de la Cresta, una docena de ellos ahora respondían ante él, con el ojo de un guerrero profesional. Todos ellos parecían ser buenos guerreros, sus armaduras y sus armas estaban resplandecientes y bien cuidadas, todos tenían una mirada curtida que él ya conocía bien, la mirada de hombres con poco miedo. Él veía que aquellos caballeros tenían una charla íntima entre ellos, habiendo forjado ya sus amistades durante toda una vida. Kendrick no podía evitar sentirse un extraño, era una sensación rara para él, ya que siempre había estado en el centro de una hermandad de guerreros que había conocido toda su vida. No ayudaba que lo ignoraran, que apenas le hicieran caso; estaba claro que les molestaba el hecho que a un extranjero se le permitiera unirse al grupo y

mucho más que lo nombraran su comandante. Estaban todos uno al lado del otro, con las manos en las caderas, mirando hacia el desierto, de espaldas a él, ignorando a Kendrick y a sus hombres.

Kendrick lo comprendía, a él también le hubiera molestado que un forastero le mandara y él no había pedido aquella posición. Únicamente se había ofrecido voluntario para ayudar al Rey a borrar la pista.

Mientras los bajaban más y más, Kendrick pensó que sería mejor romper el hielo ahora, sacar los resentimientos y limpiar el ambiente antes de que se pusiera peor.

Dio un paso adelante y se dirigió a los hombres.

“Comprendo vuestra reticencia a tener un comandante forastero”, dijo Kendrick a los hombres, que estaban de espaldas a él y, poco a poco, se dieron la vuelta y lo miraron. “No vine aquí para quitarles el sitio a vuestros comandantes. Solo vengo a servir con vosotros, a ayudaros en vuestra misión”.

Uno de ellos, un caballero con la cabeza afeitada y una larga barba trenzada, miró profundamente a Kendrick.

“He sido el comandante de estos hombres desde que sé caminar”, dijo, con una voz fría como el hielo. “Entonces, apareces tú y me quitas el puesto. Yo no te tengo respeto, ni ninguno de nosotros. Para ganarte el respeto en la Cresta, lo tienes que merecer. Todos nosotros lo hemos merecido. Y hasta que tú lo hagas, no eres nada para nosotros”.

El caballero se giró bruscamente y la plataforma, completamente bajada, tocó el suelo, temblando tras un gran golpe seco. Las puertas de madera se abrieron y, uno a uno, los hombres se colaron, montando de inmediato en sus caballos, que habían sido bajados y los estaban esperando.

Kendrick, tocado por el diálogo, echó un vistazo a Brandt y Atme, que lo miraban con la misma sensación de recelo y rencor mientras los caballeros de la Cresta montaban en sus caballos y marchaban, hacia el desierto, dejando una nube de polvo, sin ni siquiera esperarlos –sin ni siquiera esperar a su nuevo comandante.

Kendrick montó en su caballo, Brandt, Atme y los demás estaban a su lado, y preparados para seguirle. Sabía que el camino sería largo hasta ganarse el respeto de aquellos hombres. Pero cuando dio una patada a su caballo y todos ellos salieron hacia el polvo, a Kendrick no le importaba. A él no lo movía la

necesidad del respeto y la aprobación de estos hombres; a él lo forzaba el honor, el sagrado deber.

Mientras se dirigían hacia el desierto y el ruido de los caballos les llenaba los oídos, juró cumplir con ese deber, lo quisieran o no aquellos hombres, a pesar de los peligros que le esperaban después de aquella pared de polvo.

*

Gwendolyn caminaba junto al Rey MacGil mientras paseaban por la cima de la Cresta, ellos dos solos, disfrutando de las magníficas vistas que el Rey le ofrecía en aquella excursión. Les seguía todo su séquito mientras cruzaron la capital, cruzaron el lago y subieron con la plataforma hasta allí para poder ver a Kendrick y a los demás partir hacia su misión. Una vez llegaron arriba del todo el Rey había dejado a sus hombres detrás y ahora solo paseaban ellos, el viento movía el pelo de Gwen.

Finalmente se detuvieron y observaron el horizonte; Gwen sintió un malestar en el estómago al mirar hacia el Gran Desierto, tenía la esperanza de no volverlo a ver nunca.

Estuvieron en silencio, uno al lado del otro, observando durante un buen rato, hasta que, finalmente, el Rey habló.

“Me sorprendió su petición”, le dijo el Rey.

“¿Mi petición?” preguntó Gwen.

Él asintió.

“Le ofrecí la oportunidad de visitar cualquier parte del reino y su única petición fue ver partir a su hermano. Podría haber pedido ver mis joyas, mis tesoros, la cripta, la armería, el salón de baile, los viñedos, los jardines... En cambio, me pide venir a este lugar inhóspito, dar una vuelta por nuestras fortificaciones y ver cómo sus hombres parten. Esta es la petición de una verdadera líder, de una líder abnegada”.

Gwen le sonrió.

“Mis hombres son mis joyas”, dijo ella. “Significan más para mí que cualquier otra cosa. Y cuando están en peligro, no existe otro lugar en el que pudiera estar excepto a su lado”.

El Rey asintió con la cabeza.

“Vos y yo”, dijo, “somos iguales. Los líderes no duermen cuando su pueblo está en peligro. Es la maldición –y la bendición- de la responsabilidad”.

Gwen asintió, feliz de poder hablar con alguien que la entendía. En algunos aspectos, deseaba no haber sido nunca Reina; y, sin embargo, en otros aspectos, sintió que era su destino.

Gwen puso las manos sobre la barandilla de piedra y miró al horizonte, observando cómo Kendrick y los demás partían, treinta metros por debajo, creando una nube de polvo al marchar. Se dirigían hacia el horizonte, hacia la pared de arena y, al mirar directamente hacia abajo, de repente sintió náuseas y se echó hacia atrás.

“La caída te impresiona cada vez”, dijo el Rey con una sonrisa. “Hace años que vengo aquí y ahora, de mayor, no lo soporto como antes”. Le guiñó el ojo. “Pero no se lo cuente a mis súbditos”.

Gwendolyn sonrió.

“Usted no es un hombre tan mayor”, dijo ella. “Es mucho más joven de lo que era mi padre”.

El Rey negó con la cabeza y apartó triste a mirada.

Gwen observaba cómo Kendrick se marchaba, desaparecía y le dolía el corazón. Cerró los ojos y rezó para que cumpliera con su misión y volviera sano y salvo. No podía tolerar más pérdidas, no después de lo que le había pasado. Era la única familia que le quedaba.

Gwen abrió los ojos y echó un vistazo, lejos en el horizonte y pensó en Thorgrin, en Guwayne, que estaban allí en algún lugar del vasto y solitario mar. Sentía tanta ansia de que volvieran con ella, como lo haría por la comida o la bebida. La soledad le dolía tanto, que podía sentirla físicamente como un peso en el pecho. Era como si una parte de ella estuviera con ellos, perdida en algún lugar.

“Echa de menos a su hijo, ¿verdad?” preguntó el Rey.

Gwendolyn se giró y se sonrojó al ver que la miraba, que le leía la mente. Se dio cuenta de que este Rey era mucho más intuitivo de lo que ella había sospechado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y ella asintió con la cabeza.

“Lo comprendo”, respondió él. “Más de lo que se imagina. Yo también echo de menos al mío”.

Ella lo miró sorprendida.

“¿Al suyo?” preguntó. “¿Se ha marchado a algún lugar?”

“No”, dijo el Rey con tristeza, negando con la cabeza. “Peor. Está aquí mismo, en mi ciudad. Pero está perdido para mí”.

Gwendolyn frunció el ceño, perpleja.

“No lo entiendo”, dijo.

Él suspiró.

“Dos de mis hijos”, respondió el Rey, “son prisioneros de nuestro líder religioso y su culto se ha extendido por mi ciudad como la vid. Es una religión falsa, que predica un falso profeta y, aún así, todos acuden a él en manada. Sus enseñanzas están por todas partes, tanto que apenas puedo controlar a mi pueblo, y dos de mis hijos lo han creído. Están perdidos para mí de la misma manera que su hijo lo está para usted. Excepto que su hijo puede regresar y mis hijos no lo harán nunca”.

Gwendolyn vio la tristeza en sus ojos y sintió pena por él. Quería hacerle muchas preguntas, pero sabía que ahora no era el momento.

El Rey alargó el brazo y tocó la barandilla de piedra, pasó su mano por ella mientras observaban cómo sus hombres se perdían en el desierto.

“Estas piedras son antiguas”, dijo él. “Tan antiguas como el muro de su cañón. ¿Se ha fijado en su forma?”

Gwen lo miró, desconcertada.

“El Anillo y la Cresta”, dijo él. “Los dos lados de la misma moneda. Son una copia el uno del otro, tienen las mismas dimensiones. Su Cañón, su Anillo tiene precisamente el mismo diámetro que nuestra Cresta, los dos tienen forma de círculo. Mire a su alrededor: nuestra Cresta es circular y cabría perfectamente en su Cañón”.

Gwen se giró para mirar y se sorprendió al ver que tenía razón: la gran Cresta se extendía en un círculo y a ella le parecía que su anchura era la misma que la del Cañón. Se preguntaba qué significaba todo aquello.

“¿Cómo es posible?” preguntó ella.

“Hay mucho que usted todavía no sabe”, dijo él. “Mucho que tengo que contarle. Somos dos mitades del mismo círculo, separadas al nacer. El Anillo y la Cresta: se necesitan el uno al otro, siempre se han necesitado para estar completos”.

Miró durante un buen rato seriamente a Gwendolyn.

“Usted piensa que les hemos salvado la vida”, dijo él, “pero lo que no

comprende es que hay una razón por la que usted ha venido aquí. Nos necesita, sí, pero nosotros la necesitamos a usted también”.

Gwen estaba perpleja.

“No llegó aquí por casualidad”, añadió. “Llegó por el destino. Todo su viaje, su exilio, el haber cruzado el mar, el haber atravesado el Desierto todo fue por esta razón”.

Gwen lo miró fijamente maravillada, intentando asumirlo todo, todavía no comprendía el alcance de todo aquello.

“Pero ¿por qué?” preguntó.

El Rey desvió la vista y se quedó en silencio durante un buen rato.

Finalmente le dijo: “¿Puedo confiar en que me guarde un secreto?”

El corazón de Gwen palpitaba con fuerza al preguntarse qué diría a continuación. Ella asintió.

“Quiero contarle algo que nadie más sabe”, dijo. “Ni tan solo mi familia. Ni tan solo mi propia mujer”.

Gwen sentía que su corazón latía como loco mientras esperaba, sentía que, fuera lo que fuera, sería crucial.

“La Cresta se está muriendo”.

Gwen dio un grito ahogado.

“¿Qué quiere decir?” preguntó.

“Todo lo que ve aquí, toda esta abundancia, su belleza, todo esto pronto estará muerto”.

“Pero ¿cómo?” preguntó ella.

“Nuestro lago es nuestra fuente de vida”, dijo. “Y se está secando. Lleva haciéndolo, lentamente, durante años. Muy pronto, todo lo que ve será un desierto estéril, tragado por el Gran Desierto, por los soles, igual que todo lo que nos rodea. Ragon lo previó: y eso es por lo que se marchó”.

“¿Ragon?” preguntó ella.

Él asintió solemnemente.

“El hermano de Argon. Nuestro hechicero. Vivió aquí durante siglos. Y después, se exilió. Bueno, esa es la historia oficial. Pero lo que nadie sabe es que nunca se exilió. Se fue él solo”.

Gwen se sentía cada vez más confundida. Nunca pensó que Argon tuviera un hermano o que este fuera el hechicero de la Cresta. De repente se preguntó

si, de alguna manera, podría ayudarle a encontrar a Thorgrin.

“Pero ¿por qué?” preguntó. “¿Por qué se fue? ¿A dónde fue?”

“Se marchó porque vio lo que venía. Y sabía que debía marchar antes de que fuera demasiado tarde”.

Gwen todavía estaba perpleja.

“Todavía no lo comprendo”.

“La necesitamos, Gwendolyn”, dijo. “Yo la necesito”.

Alargó el brazo y le estrechó los hombros y la miró fijamente con una intensidad que la asustó. De repente, quería estar en cualquier lugar que no fuera aquí; no quería oír lo que fuera que iba a decirle a continuación.

“La Cresta se está muriendo, Gwendolyn... y yo también”.

Cuando lo miró vio lo que la había estado molestando, en el fondo de su mente, todo este tiempo: la frágil mirada en sus ojos, la palidez de su piel. Notaba que lo que él había dicho era cierto. Él se estaba muriendo. Todo aquí, en este hermoso lugar, estaba a punto de cambiar.

Y de repente supo por aquella mirada en sus ojos, la misma mirada de su padre antes de morir, que él quería que ella fuera la próxima Reina.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Darius miraba con dificultad a la luz cuando salía del largo túnel de piedra y entraba en el clamor del circo. La multitud, más a rebosar que nunca, todos aquí para la gran final, daban golpes con los pies y gritaban, el ruido era ensordecedor. Darius era incapaz de escuchar sus propias cadenas traquetear mientras se clavaban en sus ensangrentados y magullados tobillos, tenía a Drok a un lado y al otro a Raj, que cojeaba fuertemente, mientras Darius lo sujetaba.

Se movían lentamente, tan rápido como Raj podía ir, hasta que llegaron al centro del circo, Darius vigilando en todo momento que Drok no le saltara encima por detrás. Pero, por alguna razón, Drok esperando el momento – quizás, pensaba Darius, para atacarlo en un momento más oportuno. O quizás esperaba a conocer las normas de este último combate primero.

Darius estaba allí, esperando, su corazón palpitaba con adrenalina mientras examinaba a la desconocida multitud, pero esta vez estaba más resignado que nervioso. Sabía que la muerte venía a por él y ya no le temía, siempre y cuando muriera de una manera honrada.

Sonó un cuerno y la multitud de repente gritó cuando se abrió una puerta de hierro al otro lado del circo. De allí salió Morg andando pomposamente, levantando sus brazos abiertos, complaciendo a la multitud, se quitó su sombrero con una reverencia, saludó y se giró en todas direcciones hasta que, poco a poco, se quedaron en silencio. Darius sabía que Morg era lo suficientemente megalomaniaco como para pensar que todas aquellas personas lo estaban aclamando a él.

“¡Conciudadanos del Imperio!” dijo Morg con voz resonante. “¡Os presento hoy la tercera y última batalla de los gladiadores!”

La multitud gritaba, golpeaba con los pies, haciendo temblar el lugar y Morg esperó un buen rato hasta que, finalmente, se quedaron callados.

“Hoy”, dijo con voz resonante, “quedan tres gladiadores. ¡En este día, tendrán una muerte de gladiadores!”

La multitud gritó.

“Ningún gladiador ha sobrevivido jamás al último combate”, continuó Morg, “pero si uno de ellos lo hiciera, entonces el vencedor ganaría el

derecho a luchar en el más grande de todos los circos: el Circo de la Capital”.

La multitud gritó y Morg se dio la vuelta sonriendo cruelmente a Darius, después le dio la espalda y salió pavoneándose del estadio, la celda se cerró de un portazo tras él. Sonaron una serie de trompetas. Los espectadores bramaban y Darius se preguntaba qué le arrojarían esta vez.

Darius sintió un tirón en el tobillo, echó un vistazo y vio que Drok fruncía el ceño mirándolo a él.

“No creas que vas a sobrevivir a esto”, gruñó Dork. “Si lo que sea que salga de aquellas puertas no te mata, lo haré yo”.

Darius estaba harto de aquel chico y tiró de su pierna, haciendo chasquear las cadenas, dándole un tirón en la otra dirección.

“Puede que no sobreviva”, dijo Darius, “pero si yo caigo, tú lo harás conmigo”.

Drok frunció el ceño y empezó a andar amenazante hacia él; Darius, sin miedo, andaba hacia delante a su encuentro cuando sintió un tirón en el otro tobillo y vio a Raj, de rodillas en el suelo y negando con la cabeza.

“No lo hagas”, dijo Raj. “Es lo que quiere. Conserva tu energía”.

Se escuchó otro coro de cuernos y Darius se dio la vuelta y vio que las puertas de seis celdas se abrían y seis soldados del Imperio, enormes, vestidos con armaduras y máscaras negras, montados en caballos negros y empuñando largas alabardas, venían directamente hacia ellos, para deleite de la multitud.

Darius se preparó y se dio cuenta de que no era ni de cerca tan malo como podía haber sido; después de todo, no había ni bestias ni armas exóticas, ni otros trucos del Imperio, como él esperaba. Por supuesto, todavía se enfrentaban a hombres montados a caballo, todavía los superaban por dos hombres a uno –y con Raj herido, eran más bien tres a uno- y con Drok a su espalda, empeoraba las posibilidades incluso más. Darius se preguntaba si Drok se limitaría a luchar o a buscar la oportunidad de matarlo. ¿A Drok le preocupaba vivir?

“¡Quédate cerca de mí!” gritó Darius a Raj. “¡Quédate agachado y levanta tu escudo!”

Darius apretaba y soltaba la empuñadura de la espada que le habían dado, apenas lo suficientemente afilada para enfrentarse a los hombres en la batalla

y, por supuesto, no lo suficientemente afilada para cortar aquellas cadenas que lo ataban a los demás. Entonces se escuchó el conocido ruido de los caballos pisando fuerte cuando el primero de los soldados llegó hasta él y Darius corrió hacia delante para encontrarse con él.

Darius levantó su escudo y este chocó con la alabarda del soldado con un gran ruido de metal, el armamento superior, el tamaño superior del soldado y su impulso al cabalgar, todo ello hizo que Darius se balanceara y tropezara hacia atrás. Fue como una explosión; sus oídos le resonaban y sentía cómo las vibraciones de su mano le subían por el brazo.

Pero Darius no se soltaba.

En el mismo movimiento, Darius consiguió balancearse y cortarle las patas al caballo desde debajo; se encogió ante el hecho de tener que herir a los animales. Pero era vivir o morir y sabía que no le quedaba elección.

La multitud gritó cuando el caballo relinchó y se desplomó directamente en el suelo y el jinete cayó.

Sin perder el tiempo, Darius fue a por él y lo alcanzó justo cuando se estaba girando y lo apuñaló y lo mató justo antes de que pudiera levantarse.

Justo cuando Darius le estaba quitando su espada superior al soldado, llegó otro soldado, que saltó desde su caballo y fue a parar encima de Darius, derribándolo. La multitud gritó mientras los dos se revolcaban en el suelo.

Darius se lo quitó de encima, se puso de pie y se abalanzó sobre el soldado, vio una brecha y se preparaba para acabar con él cuando, de repente, su cadena se tensó. Se dio la vuelta y vio que el peso muerto de Raj lo tenía encadenado atrás. Darius se balanceó, pero no logró tocar al soldado por unos pocos centímetros.

El soldado se recuperó y se puso de pie de un salto, echándose encima de Darius y blandiendo su espada hacia la cabeza de este. Darius lo paró con el escudo y lo blandió y el soldado lo bloqueó. Iban de un lado para otro, con el sonido de espadas, escudos y armaduras.

Darius escuchó el galope y supo que los otros soldados se estaban acercando y que no tenía mucho tiempo. Él y su contrincante estaban muy igualados y sabía que tenía que hacer algo rápidamente, antes de que le superaran en número.

De repente, se oyó el ruido de tierra y su contrincante gritó mientras se

agarraba la visera al entrarle una nube de arena en los ojos, que lo dejó ciego. Darius, perplejo, miró por encima del hombro y vio a Raj de rodillas, respirando con dificultad y se dio cuenta que acababa de lanzar un puñado de arena.

El soldado tiró su espada y Darius fue a por él y lo apuñaló, matándolo.

Darius miró a Raj agradecido.

“Todavía te queda algo de lucha dentro”, dijo Darius.

Raj tan solo le sonrió, estaba demasiado débil para hablar.

Darius escuchó los caballos, se giró y vio a Drok preparándose mientras los soldados ahora iban a por él. Fueron directos hacia él y Drok esperó hasta el último momento, entonces se echó al suelo y estiró las piernas. Al hacerlo, usó sus pies para levantar las cadenas hasta que estuvieron tensas. Darius sintió el tirón en sus propias rodillas.

Darius salió volando cuando las cadenas hicieron tropezar a los caballos. Los caballos, enredados, fueron al suelo, dieron vueltas y sus jinetes cayeron, uno de ellos gritó al ser aplastado por un caballo. Drok se fijó en otro, se dio la vuelta y, sin perder el tiempo, le rodeó el cuello con la cadena y apretó. Entonces sacó un puñal de la cintura del soldado, lo alcanzó y lo apuñaló en el pecho.

La multitud gritó de placer.

Darius consiguió ponerse de pie y se quedó allí, inestable, las cadenas tiraban de él de un lado a otro. No podía escoger libremente su dirección y sabía que tenía que conseguir que Drok colaborara con él –era el único camino.

“¡Podemos trabajar juntos y salvarnos”, le gritó Darius a Drok, “o podemos estar en contra el uno del otro y perder!”

Drok se giró, y para sorpresa de Darius, asintió con la cabeza mostrando su acuerdo.

Darius alzó la vista y vio que dos soldados más se les echaban encima.

“¡Tú te encargas del de la izquierda y yo me encargaré del de la derecha!” exclamó Darius mientras ambos estaban allí, uno al lado de otro, mirándose.

Drok frunció el ceño mientras examinaba a los contrincantes que se acercaban. Para sorpresa de Darius, por primera vez, parecían estar de acuerdo.

“Séparate todo lo que puedas”, exclamó Drok. “¡Los dividiremos!”

A Darius le gustó la idea; corrió en una dirección mientras Drok corría en la otra, obligando a los caballos que se acercaban a separarse.

Darius se preparó cuando uno de los soldados giró bruscamente y blandió su larga alabarda apuntando a su cabeza. Levantó el escudo y el golpe lo tiró de espaldas, el sonido del metal al golpear resonó en su oído. Tropezó hacia atrás y el brazo le escocía, pero había evitado su filo mortal.

La multitud aclamó cuando el soldado dibujó un amplio círculo y fue otra vez a por él. Esta vez, sin embargo, el soldado giró bruscamente hacia Raj, era obvio que iba a por la víctima más fácil.

Darius, al ver lo que estaba haciendo, se puso en frente de Raj, bloqueando el paso, y respiró hondo mientras se acercaba la alabarda. Sabía que hacía falta un movimiento audaz si quería salir ileso de este encuentro y esperó hasta el último momento, entonces levantó su espada y atacó, cogiendo al soldado desprevenido. Darius no apuntó al caballo, ni al jinete, sino más bien al mango descubierto de la alabarda.

Fue un golpe perfecto. Partió el mango en dos y la punta y el mango fueron dando vueltas por el suelo.

El soldado pasó por delante de él sin causar daños, blandiendo un mango roto y falló y Darius no perdió el tiempo. Corrió hacia el mango partido, con el filo en la punta, lo agarró del suelo, lo levantó en alto, lo giró y lo lanzó.

Darius observaba cómo el filo iba dando vueltas por el aire y se clavó en la espalda del soldado mientras escapa montado en el caballo. La multitud gritó deleitada mientras el soldado gritaba, arqueó su espalda, para después caer de lado del caballo.

Drok, mientras tanto, se encaraba a un soldado mientras este blandía su alabarda; Drok esperó hasta el último momento, entonces saltó a un lado, en un movimiento contraintuitivo, yendo a parar justo en el camino del caballo en lugar de hacerlo lejos de él y, al hacerlo, se giró y le clavó la espada al caballo en la garganta por debajo, directo hacia su cráneo.

El caballo se desplomó, sin tocar por poco a Drok, y su jinete cayó de cara sobre su cabeza, hasta tambalearse hacia el suelo. La multitud gritó y Drok corrió hacia delante sobre sus manos y rodillas, agarró la alabarda que había caído y la llevó hacia la parte posterior de la cabeza del soldado, mientras

este intentaba levantarse.

La multitud gritó, dio saltos, enloqueció mientras Drok, Darius y Raj estaban allí, jadeando. Darius miró a su alrededor atónito. No podía creerlo. A su alrededor había una carnicería y, de alguna manera, habían ganado.

Después de una larga ronda de aplausos y gritos, Darius empezaba a preguntarse si el combate había terminado cuando, de repente, sonaron más cuernos. Darius sintió un dolor en el estómago y se preparó, preguntándose de qué se trataría.

Entonces se escuchó un repentino estruendo y a Darius no le gustó cómo sonó o cómo se sentía bajo sus pies. Todo el suelo tembló.

La histeria se apoderó de la multitud cuando la enorme puerta de hierro de una celda se abrió y se oyó la llamada de una trompeta. A Darius le dio un vuelco el corazón: no necesitaba que se abrieran las puertas para saber qué venía a continuación.

Saliendo a toda velocidad por las puertas, al otro extremo del circo, salieron de golpe dos de los elefantes más grandes que Darius había visto jamás, uno negro y el otro blanco, con unos largos colmillos curvados de marfil que alcanzaban los seis metros. La multitud enloqueció cuando los elefantes, llevados cada uno por un caballero de armadura negra, se dirigían hacia ellos.

Darius miró a los elefantes, que le tapaban el cielo con su larga sombra y supo que estaba mirando a la muerte cara a cara. No había modo de sobrevivir a aquello.

El elefante blanco redujo la velocidad y se desvió, dio una vuelta, lentamente, en círculo al circo, disfrutando de los gritos de adulación de la multitud, mientras que el blanco continuó yendo a por ellos. Darius se aguantó la respiración mientras se les echaba encima y parecía haberle echado el ojo a Raj.

Darius se puso en su camino, tapando a Raj.

“Déjame morir”, exclamó Raj, con la voz débil. “¡Sálvate!”

“¡NUNCA!” exclamó Darius, por encima del estruendo del elefante.

Darius estaba allí, protegiendo a su amigo, con la espada en alto, sabiendo que estaba a punto de morir pero que, por lo menos, lo haría protegiendo a su hermano. Darius se preparaba para su muerte, le venían imágenes rápidas de

personas a las que había conocido y querido. Pensaba especialmente en Loti.

Mientras el elefante se acercaba, Darius levantó la espada, aún sabiendo que era inútil, pero necesitaba, por lo menos, acabar como un guerrero y, mientras se preparaba para la muerte, algo extraño sucedió. Darius observó cómo el elefante disminuyó la velocidad repentinamente y después se balanceaba como si estuviera mareado. Sus enormes ojos daban vueltas y, de repente, cayó de lado, haciendo que el suelo temblara cuando cayó con un gran golpe. Su impulso lo empujó hacia delante y fue patinando por el suelo, como una imparable montaña de tierra que iba resbalando hacia él. Resbalaba tan rápido que no había tiempo para correr. Darius estaba seguro de que pronto aquella avalancha lo enterraría.

Pero Darius se quedó inmóvil, decidido a proteger a su amigo, viniera lo que viniera.

El elefante se acercaba resbalando más y más, hasta que al final, sorprendentemente, se detuvo, a tan solo unos metros de Darius, congelado, muerto.

La multitud soltó un grito de asombro, estaba claro que se habían quedado atónitos ante lo que había sucedido. Darius también estaba perplejo. Era obvio que había algo que había matado al elefante y, sin embargo, no lo había tocado ningún arma. ¿Se trataba de una enfermedad?

Darius vio que le salía espuma de la boca y se preguntó si lo habían envenenado. Pero ¿quién? ¿Y por qué? ¿Había alguien que lo había estado cuidando? ¿Quién quedaba en la ciudad de Volusia que pudiera preocuparse por él?

Darius no tenía tiempo para pensar; su jinete había salido volando cuando cayó y ahora se había puesto de pie e iba hacia Darius. Darius apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando el soldado le lanzó una lanza, que esquivó en el último momento, cuando le pasó como un remolino por encima de la cabeza.

Un momento después el soldado se le echó encima, le bajó la cabeza y lo derribó en el suelo. Darius se sorprendió por el peso de aquel soldado del Imperio, con su armadura completamente negra; parecía que una montaña de acero le había caído encima.

Darius intentaba liberarse, pero el soldado lo aguantaba con fuerza, inmovilizándole los brazos. Darius sintió como si le hubieran quitado la vida y

se preguntaba si podría liberarse cuando, de repente, los ojos del soldado se abrieron como platos.

Darius escuchó el traqueteo de cadenas y, al alzar la vista, vio a Raj encima del soldado, rodeándole el cuello con sus cadenas por detrás. Raj usó toda la energía vital que le quedaba y apretó y apretó hasta que, finalmente, el soldado soltó a Darius.

Darius salió rodando de debajo de él y agarró su espada rápidamente. Se dio la vuelta y vio que el soldado ahora estaba encima de Raj, que estaba sobre su espalda, todavía apretando la cadena, pero con menos fuerza. El soldado pronto se liberaría.

Darius corrió hacia delante, levantando la espada y se la clavó en el corazón al soldado.

Finalmente, este dejó de moverse.

Se escuchó otro elefante barritando y Darius se giró y vio al otro elefante dando la vuelta y dirigiéndose hacia ellos. Era obvio que a este no lo habían envenenado y Darius se quedó atónito al ver que algo tan grande podía moverse tan rápido, a medida que avanzaba, la tierra temblaba con cada paso.

Mientras su sombra empezaba a cubrir a Darius, este supo que no tendría tanta suerte una segunda vez. Lo que fuera que lo había salvado la primera vez ya no estaba a su disposición. Ahora no le quedaba otra elección que luchar con esta bestia monumental.

Mientras Darius se preparaba, oyó un grito repentino, seguido del traqueteo de cadenas, se giró y se quedó perplejo al ver que Drok iba a por Raj, con la muerte en su mirada. Darius no comprendía lo que estaba sucediendo.

Se dio la vuelta y corrió para cerrarle el paso a Drok, quedándose entre él y Raj.

“¿Qué esperas ganar?” exclamó Darius, desconcertado. “Aunque nos mates a los dos, no serás el vencedor. Todavía tendrás que matar al elefante ¡y no puedes hacerlo tú solo! ¡Nos necesitas!”

“¡Estúpido!” le respondió Drok gritando. “Ya estamos muertos aquí. No hay posibilidad de ganar, nunca la ha habido. ¡Pero antes de morir, os quiero ver a los dos muertos primero!”

Darius frunció el ceño.

“¡Si quieres matarlo a él”, dijo Darius, “tendrás que pasar por encima mío!”

“¡No te preocupes!” exclamó Drok. “¡Tú serás el próximo!”

Drok se abalanzó con su espada y Darius la paró con su escudo y lo blandió hacia atrás. Drok paró el golpe de Darius y fueron de un lado hacia el otro, muy igualados, llevando el uno al otro de delante hacia atrás, tan lejos como sus cadenas les permitían.

Drok se agachó y tiró de las cadenas y Darius tropezó hacia delante, justo hacia él, perdiendo el equilibrio. Entonces Drok bajó su espada y Darius la esquivó justo a tiempo. Darius, a continuación, la llevó hacia su espalda, pero Drok dio una vuelta y la paró. Ninguno de ellos pudo ganar ventaja.

Darius escuchó un estruendo que venía hacia ellos y, por el rabillo del ojo, vio que el cielo ennegrecía y que el elefante iba a por ellos. Sabía que necesitaba prestar atención al elefante, pero Drok no se soltaba.

Darius sabía que tenía que hacer un movimiento arriesgado. Vio una brecha, se abalanzó hacia delante y derribó a Drok, haciendo que cayeran sus armas y tirándolo al suelo.

En el mismo instante, el elefante bajó su colmillo hacia ellos y no cogió a Darius. Pero Darius oyó un grito horroroso, oyó el ruido de un colmillo golpeando la carne y al girarse vio, horrorizado, que el elefante había atravesado a Raj. Su colmillo entró por un lado y salió por el otro.

Raj chillaba mientras lo levantaba por los aires y, mientras el elefante lo levantaba más y más arriba, Darius sintió un tirón en sus cadenas y sintió como, de repente, lo levantaban por los aires. Se llevó a Drok con ellos, los tres colgaban por los aires, unos seis metros por encima del suelo, mientras el elefante salía corriendo. La multitud enloqueció.

Darius sentía como si cada hueso de su cuerpo se fuera a romper mientras rebotaba de arriba abajo, colgando del revés en el aire, con su cadena enganchada en el colmillo del elefante hasta que, por fin, afortunadamente, el elefante se cansó de ellos y los tiró.

Darius, Raj y Drok, todavía encadenados juntos, salieron volando y fueron a parar todos al suelo con un gran golpe, Darius sentía como si sus costillas se fueran a romper.

La multitud gritaba deleitada y el elefante se fue como un rayo al otro

extremo del circo, dando una vuelta victoriosa antes de volver a por más.

Darius abrió los ojos y se obligó a apoyarse en sus manos y rodillas, con la cara cubierta de tierra y, al echar un vistazo, vio a su amigo Raj allí tumbado, a unos pocos metros, mientras le caía sangre de la boca y tenía los ojos totalmente abiertos.

Estaba muerto.

Se le hizo un nudo en la garganta al verlo, sentía como si una parte de él hubiera muerto también.

Pero no tenía tiempo de pensar; oyó unos pies que se arrastraban y vio que Drok se ponía de pie e iba al ataque. Drok soltó un grito gutural cuando fue a parar encima de Darius, inmovilizándolo e intentándolo ahogar hasta la muerte.

Darius sintió sus fuertes manos alrededor del cuello, que golpeaban su cabeza contra la tierra y sintió que le faltaba el aire. Le sorprendía que a Drok todavía le quedara tanta energía y que todavía tuviera tanto odio reservado para él.

Darius consiguió estirar los brazos y agarrar sus muñecas y, por fin, darse la vuelta y ponerse encima de él e inmovilizarlo. Sin embargo, Drok dio nuevamente la vuelta e inmovilizó a Darius.

Iban dando vueltas de un lado a otro, luchando, los dos cubiertos de tierra y sangre, ya no les quedaba energía a ninguno, tan solo la energía para matarse el uno al otro. Los dos estaban más que agotados y sabían que el elefante iba a por ellos de nuevo y, aún así, solo les preocupaba matarse el uno al otro.

El elefante rugió y el suelo tembló mientras Darius sentía cómo la bestia se acercaba. Sabía que estaba a tan solo un instante de la muerte, incapaz de desenredarse de Drok y lo aceptó.

Y entonces Drok, con las manos resbaladizas por el sudor, soltó momentáneamente a Darius y resbaló; y al hacerlo, Darius aprovechó, agarró a Drok, dio vueltas y con un último tirón, consiguió tirarlo.

Drok cayó unos metros más lejos, a su lado y justo en el camino del elefante que venía a por ellos. El enorme pie del elefante bajó y fue a parar encima de Drok, aplastándolo hasta la muerte. Lo último que vio Darius fue a Drok levantando las manos en protesta, sus gritos se sofocaron cuando el elefante lo aplastó.

La multitud parecía rugir cuando el elefante pasó corriendo y Darius, jadeando y cubierto de heridas, sorprendido de estar vivo, poco a poco consiguió ponerse de pie. Todavía encadenado a los demás, no podía correr. Y mientras el elefante daba una vuelta y volvía, Darius supo que se estaba enfrentando a su último ataque mortal.

De repente, Darius escuchó el ruido de una pequeña puerta de hierro que se abría, seguido del ladrido de un perro salvaje. La multitud gritó sorprendida y Darius se dio la vuelta y se quedó asombrado al ver que un perro salvaje entraba en el circo, lo atravesaba corriendo, directamente hacia él. Incluso se quedó más asombrado al darse cuenta de que lo reconocía: era su perro, Dray.

El corazón de Darius dio un salto de alegría al ver a su querido amigo vivo de nuevo, confundido como estaba. Se dio cuenta, de repente, que alguien lo debía haber encontrado y debía haberlo soltado allí cuando Darius lo necesitaba. Alguien en el Imperio lo estaba vigilando. Pero ¿quién?

Mientras Dray se acercaba, Darius divisó una única arma atada a su cuello y, cuando el perro lo alcanzó, bajó el brazo y lo palpó hasta que vio de qué se trataba: su vieja y querida honda, con el agarre de piel desgastado, que encajaba perfectamente en su mano. Atado a ella había un zurrón de lona, lleno de piedras lisas.

Darius quería abrazar a Dray, pero no había tiempo para reencuentros. El elefante se les echaba encima y Dray, de repente, fue corriendo a través del circo, sin miedo, a encontrarse con el elefante.

La multitud enloqueció al verlo, un perro pequeño ladrando y atacando a un elefante. El elefante, sin embargo, enfureció y fue hacia Dray con rabia.

Dray, mucho más pequeño y rápido, esperó hasta el último momento, después se dio la vuelta, desviando al elefante de Darius, obviamente quería salvar a su dueño. Funcionó. El elefante cambió de rumbo, persiguiendo a Dray, sin importar lo que su jinete intentara cambiarlo de dirección.

Darius vio que era su oportunidad. Colocó una piedra perfectamente redonda en la honda, se inclinó hacia atrás y, cuando el elefante dio la vuelta, dejando al descubierto el costado del soldado, a unos nueve metros, la lanzó.

Darius vio que la piedra volaba por los aires, rogando que su puntería todavía existiera.

Darius respiró aliviado al ver que la piedra golpeaba al soldado en la sien, un peculiar sonido metálico sonó al golpear su casco. Darius observó que el jinete caía de la espalda del elefante y caía sobre su propio cuello, rompiéndoselo con un horrible chasquido.

Yacía en el suelo del circo, muerto.

La multitud gritaba conmocionada.

El elefante, sin jinete, dejó de seguir a Dray. Sin dirección, furioso, giró a la derecha hacia las filas de espectadores. Corrió directo hacia los muros del circo, construidos a poca altura del suelo, saltó hacia la multitud, barritando con furia.

Los ciudadanos no pudieron apartarse lo suficientemente rápido y los gritos crecieron mientras los pisoteaba por docenas. Se produjo el caos mientras la gente corría en todas direcciones, intentando ir a las filas más altas. El elefante los pisoteaba sin piedad y docenas de cuerpos cayeron muertos en el circo.

El elefante finalmente se hartó, se dio la vuelta y fijó su mirada en Darius. Por alguna razón, fue directamente a por él, embistiendo con furia, todavía lo quería muerto.

Dray corrió hacia delante, mordisqueándole los talones, intentando que se desviara, pero esta vez no lo pudo disuadir. Continuó directo hacia Darius, como si la misma muerte se le echara encima.

Darius, con el corazón palpitándole fuerte, colocó otra piedra, apuntó, cerró los ojos y rezó a Dios. Sabía que el tiro debía ser perfecto.

Por favor, Dios. Si merezco algo en esta vida, permíteme hacer este tiro. Solo un tiro más. Permíteme que muera como un vencedor.

Darius abrió los ojos y el mundo disminuyó la velocidad mientras el elefante se acercaba a él a cámara lenta. Se inclinó hacia atrás y, con todas sus fuerzas, la lanzó.

Darius observaba cómo aquella piedra volaba por el cielo, parecía ir más lenta que cualquiera que hubiera tirado en su vida. Y entonces, un instante más tarde, observó incrédulo cómo la piedra entraba por el ojo del elefante.

El elefante chilló cuando la piedra se clavó, más y más adentro, yendo directamente a su cerebro. Continuó su marcha y, por un momento, Darius se preguntó si caería.

Entonces, de repente, dio un tropezó y cayó.

Cayó dando una voltereta, directo hacia él y Darius se agachó, preparándose, esperando morir.

Pero, de alguna manera, dio una vuelta justo por encima de él, por el aire, suficiente para no encontrárselo cuando pasó cerca de su cabeza.

Fue a parar detrás de él, de espaldas.

Muerto.

Por un momento, el circo se quedó en silencio, paralizado por la sorpresa.

Y entonces, de repente, vino un grito salvaje.

Darius era el último hombre que quedaba en pie.

De alguna manera, a pesar de las dificultades, había ganado.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Thorgrin volaba por los aires a toda velocidad, su cabeza corría a través de las nubes, sin entender qué estaba sucediendo. Bajó la vista y vio que estaba montado en la espalda de un dragón y se sintió feliz al ver que era su vieja amiga, Mycoples. No entendía cómo había llegado hasta allí o incluso cómo podía estar viva. Mientras volaba sobre su espalda, corriendo a través de los cielos, se sintió vivo de nuevo.

“¡Mycoples!” exclamó, inclinándose para abrazarla. “Mi vieja amiga, ¿Cómo volviste a mí?”

Ella ronroneó, arqueó el cuello y corrió más rápido y Thor se preguntó hacia dónde iba. No le preocupaba, siempre y cuando estuviera montado sobre ella, todo en este mundo volvía a estar bien.

Thor, de repente, oyó el lloro de un bebé, bajó la vista y se sorprendió al ver, allá abajo, en las garras de Mycoples, a Guwayne. Lo agarraba con cuidado, envuelto por sus garras y, mientras lloraba, tenía los ojos abiertos y Thor vio que eran de un azul penetrante. Thor se sintió abrumado por esta conexión con su hijo.

“¡Guwayne!” exclamó.

Mycoples, de golpe, bajó en picado, bajo las nubes, más y más abajo y, al hacerlo, Thor vio acercándose bajo ellos una vasta extensión de mar. Una serie de colinas rocosas, formaciones de piedra, sobresaliendo del agua, separadas la una de la otra, salpicando el océano como grandes peñascos escarpados caídos del cielo, como peldaños a otro mundo, brillando bajo la luz de un único sol. Los cielos oscurecieron, a pesar del sol, y mientras descendían más, Thorgrin sintió que, de alguna manera, aquello se había convertido en la Isla de la Luz. La isla de Ragon.

Thor escuchó gritar a Guwayne, miró hacia abajo y el corazón le dio un vuelco al ver que Mycoples había soltado a su bebé. Guwayne cayó de sus garras y Thor observó, horrorizado, como caía por los aires, planeando directo hacia la Isla de la Luz.

“¡GUWAYNE!” chilló Thor.

Thor se despertó gritando. Miró hacia todos lados en la oscuridad, la luz del sol se colaba entre estrechos listones y se preguntó dónde estaba. Un sudor

frío le corría por la nuca cuando se incorporó y se frotó los ojos.

Había parecido muy real. Le llevó varios segundos, respirando con dificultad en la oscuridad, darse cuenta que solo había sido un sueño. Una interminable pesadilla. Buscó a Guwayne por todas partes, vio que no estaba allí y sintió una sensación de alivio. Por lo menos, no había caído del cielo.

Sin embargo, aquello todavía le inquietaba, había parecido más que un sueño: había parecido un mensaje. Pero ¿cuál? ¿Qué le estaban intentando decir sus sueños?

“¿Thorgrin?” dijo una voz.

Thor echó un vistazo y vio que, en la oscuridad, al otro lado de la bodega estaba Angel, mirándolo fijamente. Thor entendió que estaba en el barco, bajo cubierta, cuando Angel se acercó a él y le colocó una compresa húmeda en la frente.

“Estabas soñando”, dijo ella. “Estabas hablando dormido. Algo sobre Guwayne y un dragón”.

“Angel”, dijo Thor, dándole un abrazo, volviéndose a ubicar, mientras recordaba. “¿Dónde estamos?”

Echó un vistazo y vio que estaba amaneciendo y se dio cuenta de que había dormido toda la noche, por primera vez en no sabía cuánto tiempo.

“Hemos navegado toda la noche”, dijo ella. “Escucho mucho escándalo allá arriba. Creo que nos estamos acercando a la entrada del Imperio”.

Thor, al recordarlo, pegó un salto de inmediato y atravesó corriendo la bodega, abriendo de golpe el pestillo de madera y subiendo los peldaños de dos en dos a toda prisa, Angel iba detrás de él.

Al salir, Thor vio un hermoso amanecer, los dorados soles lo bañaban todo con un suave naranja tenue y, al salir, vio a Reece, Selese, Indra, O’Connor y Matus de pie en proa. Navegaban al lado de los barcos de Erec y Alistair y Thor vio a su hermana y a su cuñado en guardia en proa también, junto a Strom y todos sus hombres. Todos estaban paralizados, mirando directamente hacia delante y Thor también se giró para mirar.

Tierra. Thor se quedó sin aliento al verla, después de todo este tiempo, y su corazón se llenó de alivio. Era una tierra diferente a cualquiera que hubieran visto e, inmediatamente, supo que habían llegado a las orillas del Imperio.

Thor sintió que el barco iba más despacio, las mareas cambiaban bajo ellos y, al echar un vistazo, vio que el mar se mezclaba con la boca de un río. Vio que el río serpenteaba hasta desaparecer en el horizonte.

“¡El río Volusia!” exclamó Erec, mientras Thor caminaba hasta la proa. “Va directo al corazón del Imperio. Nos llevará hacia el norte, hacia la ciudad de Volusia”.

Thor se detuvo, observó el Imperio, sabiendo que Gwen, el amor de su vida, estaba allí en algún lugar y lo necesitaba. Por un lado, su corazón palpitaba por la emoción de verla de nuevo; sin embargo, por otro lado, se sentía agobiado por la culpa: ¿cómo podía encontrarse con ella sin Guwayne?”

Entonces se oyó un chillido distante, arriba en el aire, y Thor se fijó y observó el cielo, buscando, recordando su sueño. No era un chillido normal. Era el chillido de un dragón y, en el mismo segundo que se oyó, supo que iba dirigido a él.

Seguramente, de los cielos saldría un dragón solitario, volando en círculos allá arriba y el corazón de Thor dio un vuelco al ver que era Lycoples. De todos los momentos, era extraño verla ahora, aquí en este cruce de caminos, cuando no sabía qué hacer y después de un sueño tan vivo. Parecía que su sueño se había vuelto realidad.

Todos los hombres de los barcos se detuvieron y miraron hacia arriba horrorizados, mientras Lycoples bajaba en picado hacia ellos.

“¡Un dragón!” exclamó uno de los hombres de Erec. Todos los hombres se encogieron de miedo, se tiraron sobre cubierta, aterrorizados, todos menos Thor y Angel. Solo Thor se quedó inmóvil, sabiendo que no había nada que temer y Angel, sin miedo y fascinada, se quedó a su lado.

Lycoples descendió directa a él y entonces, en el último segundo, chilló y batió las alas y se elevó, no tocándolo por poco.

Lo hizo una segunda vez, después una tercera, hasta que Thor supo que no había duda: le estaba intentando dar un mensaje.

Lycoples entonces giró y fue volando hacia el horizonte, en dirección contraria, lejos de la tierra, lejos del Imperio y de vuelta al mar abierto. Thor observó cómo se iba, observó cómo desaparecía, y lo supo. Simplemente lo *supo*.

Quería que la siguiera.

Entonces, de repente, como una ráfaga, a Thor lo inundó la claridad. Thor estaba seguro, más seguro de lo que había estado jamás en su vida, de lo que quería decir. El misterio se descifró de golpe.

Lycoples quería guiarlo de vuelta, de vuelta a la Isla de la Luz, porque en ella, le esperaba alguien muy querido para él.

Guwayne.

Thor se odió a sí mismo en aquel instante. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido de no verlo durante todo este tiempo? Todo este tiempo, Guwayne había estado justo delante de ellos, justo delante de sus ojos y él había zarpado de allí.

“¡Dad la vuelta a nuestro barco!” ordenó Thorgrin.

Todos los miraron como si se hubiera vuelto loco.

“¿Estás loco?” exclamó Erec. “¡El Imperio está delante de nosotros, no detrás nuestro!”

Thor fue hasta la barandilla y sonrió.

“No lo comprendéis”, exclamó. “Mi misión está detrás nuestro, no ante nosotros. ¡Guwayne! ¡Vive! ¡Lycoples me llevará hasta él!”

Todos lo miraron fijamente, atónitos.

“No puedo volver a Gwendolyn sin él”, exclamó Thor. “Vosotros seguid hacia delante. Id a Volusia, encontradla. Decidle que enseguida vendré con nuestro bebé. ¡Marchaos ahora, amigos míos!”

Alistair y Erec vieron claramente la mirada en los ojos de Thor, vieron su determinación y asintieron con la cabeza, entendiéndolo. Acercaron más sus barcos, tan cerca que Thor alargó el brazo y pudo estrechar el antebrazo de Erec y abrazar a su hermana.

¡Hasta que volvamos a encontrarnos, hermano mío”, dijo Erec.

“Te quiero, hermano”, dijo Alistair.

“Y yo a ti, hermana”, respondió él.

Thor dejó que el mar los separara, hasta que se dejaron llevar más y más lejos. Sus hombres, bajo las órdenes de Angel, se apresuraron a ocuparse de las velas, a girar el barco, todos ellos deseosos de seguir la pista de Lycoples.

Thor se giró y se quedó de cara al mar abierto y, por primera vez desde que había empezado esta misión, se sintió seguro.

Y esta vez, no se detendría ante nada –absolutamente nada- hasta que tuviera a su hijo de vuelta.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Ragon estaba en el extremo de la Isla de la Luz, sujetando a Guwayne, y mirando fijamente al alto pincho de cristal que salía del suelo. Se alzaba unos tres metros, sus escarpadas puntas apuntaban hacia el cielo como algo prehistórico y, mientras Ragon lo miraba fijamente, brillaba con diferentes colores.

El rayo de Asus. Era el lugar al que Ragon siempre podía venir para buscar la claridad en tiempos de confusión. Siempre que su visión fallaba, lo cual era raro, podía venir aquí y mirar qué sucedería. Era un privilegio del que no quería abusar, ya que sabía que sus oportunidades de mirar a través en el cristal eran limitadas. Pero ahora, con este nuevo conflicto, se sentía obligado a hacerlo.

Ragon buscó en el cristal, necesitaba desesperadamente claridad, necesitaba saber por qué su visión le había fallado, entender qué estaba pasando. Una premonición estaba creciendo dentro de él y no le gustaba la sensación que le daba.

Ragon cerró los ojos y canturreó en voz baja, esperando que el espíritu viniera a él.

Ookythroota, Ookythroota, Ookythroota...

Guwayne lloraba flojito mientras él canturreaba y Ragon lo mecía, cantando una y otra vez, más y más fuerte, hasta que, finalmente, sintió aquella conocida sensación entre sus ojos.

Ragon abrió los ojos y miró fijamente al rayo de cristal y, al hacerlo, vio que brillaba en los colores amarillo, naranja y blanco –hasta que, por fin, la visión vino a él.

Ragon vio, desplegándose ante él, una profecía que no comprendía. Vio un mundo cubierto de negro, las puertas del infierno abiertas y un millón de criaturas malvadas saqueando el mundo. Vio su propia isla, la Isla de la Luz, aquella isla que siempre había sido inexpugnable, que había estado allí durante siglos, consumida por las llamas. Vio como a él le atacaban un ejército de criaturas vivientes.

Ragon deseaba apartar la vista, pero se forzó a no hacerlo. Deseaba no haberlo hecho, mientras un frío pavor se apoderó de él. Vio a Guwayne

rodeado por la oscuridad, arrebatado de sus brazos. Lo agarró con fuerza mientras lo veía perdido en las garras de un poder más grande de lo que él jamás había visto.

Ragon no podía soportarlo más. Se obligó a apartar la vista, respiraba con dificultad, su corazón latía con fuerza, y miró a Guwayne, que estaba en sus brazos, ahora en silencio. Ragon estaba cubierto por un sudor frío y no entendía nada de aquello; había sido la visión más aterradora de su vida.

Ragon huyó corriendo del rayo y cruzó la isla, dando largos pasos de hechicero, cada zancada era más grande que la anterior, tres metros, después treinta metros, después sesenta, daba saltos como una gacela a través de la isla que conocía tan bien, hasta que al final llegó al otro extremo.

Estaba allí, en la otra punta, en el sitio que vio en sus visiones y miró hacia el cielo, mirando fijamente al horizonte. El cristal le había mostrado que era desde aquí desde donde lo atacarían.

Ragon miraba y miraba fijamente a las oscuras nubes que se acumulaban en el horizonte y, sin embargo, no veía nada. Se preguntaba si todo había sido una ilusión. Al fin y al cabo, ¿cómo podían atacarlo a él, Ragon? ¿Cómo podían quitarle a Guwayne, el niño más poderoso de la tierra?

Y, aún así, debía admitir que sentía que se acercaba cierta oscuridad.

Estaba allí, observando el cielo, reflexionando sobre su destino y no sabía cuánto tiempo había pasado cuando, poco a poco, sus peores miedos se confirmaron. En el horizonte empezó a salir una plaga de oscuridad, un ejército de demonios y otras criaturas que volaban por el cielo, en dirección a su isla. Enseguida supo de quién era obra y qué oscuro señor demonio estaba detrás de aquello.

Descendían cada vez más y ya podía sentir que todo aquello era verdad. Las profecías que había visto eran ciertas. La isla sería destruida. Le quitarían a Guwayne. Lo matarían a él. El mundo descendería a la oscuridad. Y no había nada que él pudiera hacer.

Cogió con fuerza a Guwayne, apretándolo contra él con todas sus fuerzas, queriéndolo abrazar solo unos segundos más antes de perderlo para siempre. Pero el destino estaba llamando a la puerta. Y supo que nada que él, o alguien más, pudiera hacer lo cambiaría.

Él moriría hoy allí, estaba seguro de ello –pero no lo haría sin luchar.

Respiró profundamente, cogió con fuerza a Guwayne, sosteniendo su bastón y se preparó para la guerra.

¡ DISPONIBLE AHORA!



UNA JUSTA DE CABALLEROS
(LIBRO #16 DEL ANILLO DEL HECHICERO)

“EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros aguerridos e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico”.

-Books and Movie Reviews, Roberto Mattos (sobre La Senda de los Héroes)

“(Una) entretenida fantsía épica”.

-Kirkus Reviews (sobre La Senda de los Héroes)

“Los inicios de algo extraordinario están aquí”.

-San Franciso Book Review (sobre La Senda de los Héroes)

En UNA JUSTA DE CABALLEROS, Thorgrin y sus hermanos siguen la pista de Guwayne en el mar, siguiéndolo hasta la Isla de la Luz. Pero cuando llegan a la devastada isla y al moribundo Ragon, puede que sea demasiado tarde.

A Darius lo llevan a la capital del Imperio, al circo más grande de todos. Lo entrena un misterioso hombre que está decidido a hacer de él un guerrero y a ayudarlo a sobrevivir a lo imposible. Pero el circo de la capital no es como nada que él haya visto y sus tremendos rivales pueden ser demasiado intensos para que incluso él los conquiste.

Gwendolyn entra en el corazón de las dinámicas de familia de la corte real de la Cresta, cuando el Rey y la Reina le piden un favor. En una misión para sacar a la luz secretos que pueden cambiar el mismo futuro de la Cresta y salvar a Thorgrin y a Guwayne, Gwen se sorprende por lo que descubre cuando indaga más profundamente.

Los vínculos entre Erec y Alistair se hacen más profundos cuando navegan río arriba, hacia el corazón del Imperio, decididos a encontrar Volusia y salvar a Gwendolyn –mientras Godfrey y su equipo siembran el caos dentro de Volusia, decididos a vengar a sus amigos. Y la misma Volusia aprende lo que significa gobernar el Imperio, cuando ve que su frágil capital está asediada por todos lados.

Con su sofisticada construcción del mundo y caracterización, UNA JUSTA DE CABALLEROS es un relato épico de amigos y amantes, de rivales y pretendientes, de caballeros y dragones, de intrigas y maquinaciones políticas, de crecimiento, de corazones rotos, de engaño, ambición y traición. Es un relato de honor y valentía, de sino y destino, de hechicería. Es una fantasía que nos trae un mundo que nunca olvidaremos y que agradará a todas las edades y géneros.

“Una animada fantasía ...Es solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para adultos jóvenes”.

-Midwest Book Review (sobre La Senda de los Héroe)

“Una lectura rápida y fácil... tendrás que leer lo que pasa a continuación y no querrás dejarlo”.

-FantasyOnline.net (sobre La Senda de los Héroe)

“Llena de acción... La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento intrigante”.

-Publishers Weekly (sobre La Senda de los Héroes)



UNA JUSTA DE CABALLEROS
(LIBRO #16 DEL ANILLO DEL HECHICERO)



¡[Escuche](#) la saga de EL ANILLO DEL HECHICERO en formato de audio libro!

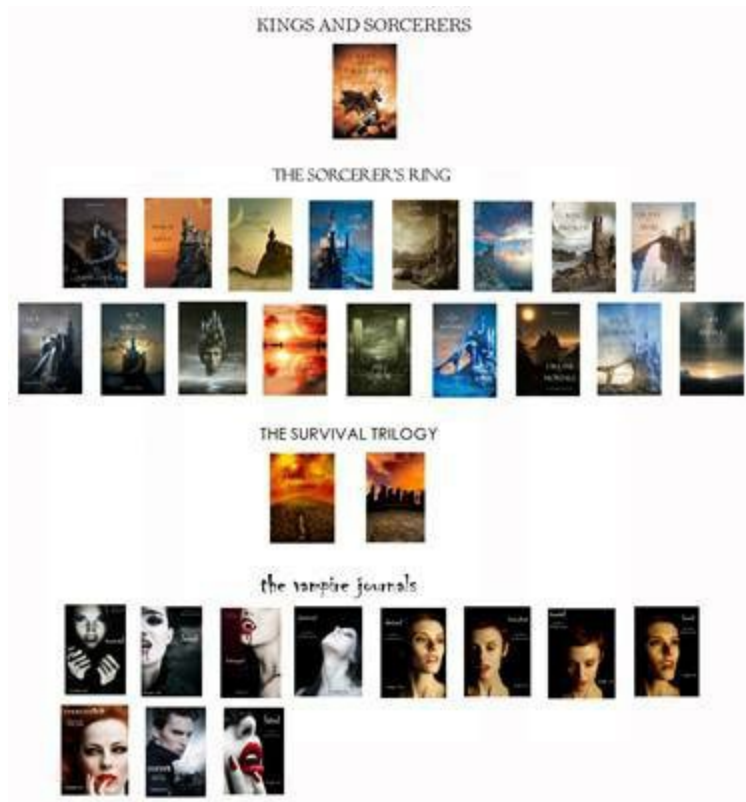
Ya está disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)



Libros de Morgan Rice

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

LA NOCHE DEL VALIENTE (Libro #6)

EL ANILLO DEL BRUJO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE LA SUPERVIVENCIA

ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro # 1)
ARENA DOS (Libro # 2)

LOS DIARIOS DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)

AMORES (Libro # 2)

TRAICIONADA (Libro # 3)

DESTINADA (Libro # 4)

DESEADA (Libro # 5)

COMPROMETIDA (Libro # 6)

JURADA (Libro # 7)

ENCONTRADA (Libro # 8)

RESUCITADA (Libro # 9)

ANSIADA (Libro # 10)

CONDENADA (Libro # 11)

OBSESIONADA (Libro # 12)

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!